



**DIPUTADOS**  
de la PROVINCIA de BUENOS AIRES



**IJÓVENES**   
INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN SOBRE  
JÓVENES, VIOLENCIA Y ADICCIONES

**INFORME 2015**

## **AUTORIDADES**

**Fernando “Chino” NAVARRO**

Presidente

**Walter MARTELLO**

Vicepresidente

**Nancy MONZÓN**

Vicepresidente 1°

**Alfredo FERNÁNDEZ**

Secretario Ejecutivo

**Ignacio O’DONNELL**

Dir. Territorial y Técnico

Introducción	4
• Violencia y desigualdad en los territorios donde trabajamos	14
• Instituciones, organizaciones sociales y políticas públicas	35
• Escuelas: crisis y permanencia de la educación formal	55
• Familias, juventud y consumos problemáticos	85
• Trabajo: entre la idealización y las dificultades para sostenerlo	93
• Identidad y juventud: lo que se graba en el cuerpo	106
• Consumos problemáticos y no problemáticos	113
• Dispositivos territoriales de prevención y tratamiento	137
• Otras formas de zafar: música, deportes, religión, familia	164
• Un año de trabajo con personas privadas de la libertad	173
• Reflexiones en clave de políticas públicas	179
Marco Normativo en materia de Adicciones y Derechos de Jóvenes	186
Bibliografía	192

# Contexto normativo y político-institucional. Aportes para una propuesta actual

## I. Introducción

Investigar en la Provincia de Buenos Aires la situación de los jóvenes y sus familias respecto a los problemas de violencia y adicciones requiere no sólo una tarea minuciosa en el territorio de ciudades y barrios, sino también tener un adecuado registro de nuestro marco normativo, de la evolución de los criterios de abordaje y de las estrategias y dispositivos que se despliegan en ese contexto.

Existen temores y prejuicios diversos frente al consumo de sustancias psicoactivas. El consumo de drogas suele ser asociado con la ilegalidad, la delincuencia y la marginalidad, y para su tratamiento suele pensarse en el encierro, la internación, las comunidades terapéuticas, la prohibición de las sustancias y el abstencionismo en el consumo. Este sentido común aún predominante es reforzado por la prédica constante a través de los medios de comunicación y no es exclusivo de la población general, sino que también está arraigada en muchos profesionales de la salud.

Edith Benedetti señala que *“tanto las concepciones que vinculan mecánicamente consumo de sustancias psicoactivas con mundo delictivo como los tratamientos en clave de encierro y sus estrategias abstencionistas se muestran incapaces de pensar la complejidad de los fenómenos relacionados con el consumo problemático de dichas sustancias”*. En su trabajo ***Hacia un pensamiento clínico acerca del consumo problemático***<sup>1</sup> nos brinda una valiosísima referencia que nos servirá de introducción para comprender en qué situación nos encontramos, relatar qué realidad hemos encontrado en nuestra tarea de investigación y vislumbrar posibles caminos a seguir.

Para ello es necesario considerar las múltiples dimensiones de estos fenómenos, como la legislación, los marcos éticos y culturales de la sociedad, los grupos y los individuos, las condiciones socio-económicas y culturales de la población, las transformaciones de época y su impacto en las subjetividades, los modelos sociales, las políticas públicas en general y las sanitarias en particular, entre otros.

Pero a su vez, señala como imprescindible subrayar una evidencia: la mayoría de los consumidores de sustancias psicoactivas no son consumidores problemáticos, tal cual lo afirma el Documento oficial del Comité Científico Asesor en Materia de Control del Tráfico Ilícito de Estupefacientes, Sustancias Psicotrópicas y Criminalidad Compleja sobre los usuarios de drogas y las políticas para su abordaje, elaborado en 2009.

Esta afirmación marca un claro contraste con las representaciones sociales predominantes respecto a las sustancias psicoactivas, el consumo y los consumidores.

Nuestra legislación nacional sobre salud mental, sancionada en 2010 y reglamentada en 2013, expresa un adecuado registro de esa evidencia. Ese marco normativo enfrenta a los responsables de las políticas públicas con la tarea de elaborar nuevos dispositivos y estrategias de intervención clínica como parte de los servicios de salud mental en los hospitales generales, cuyo fundamento es la salud como derecho y el sujeto como sujeto de derecho. Pensar esos dispositivos y estrategias requiere revisar los existentes y considerar también las condiciones político-institucionales de su producción forma parte de la tarea.

---

<sup>1</sup> Edith Benedetti, “Hacia un pensamiento clínico acerca del consumo problemático”, Serie Papeles de Trabajo del Hospital Nacional en Red.

La sanción y reglamentación de la Ley Nacional 26.657 de Salud Mental constituye un cambio de perspectiva. Un ejemplo en este sentido es el artículo 4º del capítulo II: *“Las adicciones deben ser abordadas como parte integrante de las políticas de salud mental. Las personas con uso problemático de drogas, legales e ilegales, tienen todos los derechos y garantías que se establecen en la presente ley en su relación con los servicios de salud”*.

Por eso, nuestra tarea de investigación requiere comprender que *“somos contemporáneos de un desplazamiento en la comprensión normativa de las adicciones del ámbito penal al sanitario que nos obliga a repensar nuestras prácticas clínicas e institucionales a la luz de estas alteraciones, como parte de una ingeniería de proceso de largo alcance y escala”*<sup>2</sup>.

## **II. Una mirada clínica sobre el consumo problemático de sustancias psicoactivas**

El desplazamiento al que nos referimos, es importante señalar, resulta justo y necesario desde una perspectiva clínica. En primer lugar, porque el abordaje penal de la cuestión no hace posible pensar en clave de sujeto, de sujeto de derecho y de la salud como derecho. Por otro lado, cuando leemos esta temática desde una perspectiva penal, el criterio de legalidad (sustancias psicoactivas legales e ilegales) gobierna la lectura. Pero el consumo problemático no se reduce a sustancias prohibidas. De hecho, el alcohol no está prohibido, por lo menos para los mayores de 18 años. Permanecen por fuera de la definición del problema un conjunto de fenómenos sobre los que es necesario intervenir clínicamente.

En un nivel de análisis más conceptual, podríamos decir que la perspectiva penal no distingue entre consumo problemático y no problemático (e inclusive tampoco lo hacen algunas miradas clínicas). Si lo consideramos desde el estereotipo penal, el esquema es bien conocido: el consumidor es un consumidor de sustancias ilícitas que viola la ley y por eso es un transgresor. Para una lectura clínica, el desplazamiento de las adicciones del campo penal al campo sanitario implica tanto el cuestionamiento de la relación mecánica y directa entre consumo de sustancias psicoactivas y consumo problemático de tales sustancias como la asociación entre consumo de sustancias psicoactivas y problemas para el consumidor, su grupo de referencia y la comunidad en general.

Cuando analizamos el consumo problemático hoy, no podemos perder de vista las variaciones a nivel de la subjetividad que se han producido en las últimas décadas en el mundo, o al menos en gran parte de él. A riesgo de simplificar, podríamos decir que **la sustitución de la figura del ciudadano por la del consumidor introduce consecuencias que algunos autores llamaron “liquidez” y otros, “fluidez”. Se trata de puro consumo. En definitiva, el mercado introduce una serie casi infinita de objetos listos para consumir. Y en este sentido, las sustancias psicoactivas (o lo que sea: cirugías, bingo, compras, internet, celulares, etc.) se inscriben en una lógica de mercado como cualquier mercancía.**<sup>3</sup>

Si el eje de análisis no es la sustancia lícita o ilícita sino el sujeto, es necesario pensar el vínculo problemático que cada sujeto sostiene con el objeto en cuestión. No se trata de una empresa sencilla; sin embargo, no hay que perder de vista que somos contemporáneos de un gran avance en esta materia. La Ley Nacional 26.657 de Salud Mental de la República Argentina establece en su artículo 4º que cualquier ciudadano que tenga un vínculo problemático con el consumo, sea el que fuere, está padeciendo, y es competencia de las instituciones sanitarias darle tratamiento a la temática. Aunque la ley lo establece, no quiere decir que este desplazamiento esté consolidado, pero es un avance importantísimo.

---

<sup>2</sup> Edith Benedetti, op. cit.

<sup>3</sup> Estas metáforas (que antes Marx sintetizó con la famosísima imagen de “todo lo sólido se desvanece en el aire” para describir el pasaje del feudalismo al capitalismo) destacan la fragmentación, la precarización y la fragilización de los vínculos sólidos, pero también revelan un tipo de relación (nueva) de los sujetos con los objetos.

Este cambio normativo y las transformaciones en la subjetividad contemporánea requieren revisar y repensar los modelos de intervención clínica en salud mental en general y relacionados con el consumo problemático en particular. El diseño y la implementación de las intervenciones clínicas exige una lectura interdisciplinaria de los sujetos y de su padecimiento que, además, no puede excluir las dimensiones históricas y sociales. Es necesario pensar la singularidad del sujeto en clave de época y situación. Pero además, ese modelo de intervención clínica debe pensarse desde la base misma, en el sistema de atención primaria de la salud y en el contexto de las intervenciones destinadas a fortalecer la organización social y comunitaria.

### **III. Modelos de intervención clínica y consumo problemático**

El abordaje del consumo problemático demanda reflexionar sobre los modelos de intervención clínica y su evolución histórica.

#### **1. Modelo ético-jurídico**

Surge hace más de cien años y es cronológicamente el primer modelo preventivo-asistencial. El eje de análisis está puesto en la sustancia psicoactiva. Las sustancias psicoactivas (para este tipo de discurso: las drogas) son la causa de todos los males individuales y sociales, un flagelo compuesto de drogas, delincuencia, vicio. En este análisis el sujeto es un actor secundario, que se convierte en un objeto dominado por la sustancia psicoactiva.

Como se trata de un modelo principalmente jurídico, su consideración de las sustancias está determinada por el criterio de legalidad, y por eso resulta primordialmente punitivo. Hay sustancias lícitas y sustancias ilícitas. Las segundas, resulta evidente, constituyen el “problema droga”. Según esta concepción, entonces, el consumidor de drogas ilícitas viola la ley y se convierte en un transgresor. De esta manera, la dimensión contextual queda reducida a la dimensión normativa (nada se dice de lo social, es decir, de ese contexto social que se hace texto subjetivo a nivel de la subjetividad), y la clasificación entre normales y desviados organiza el encuadre. Las categorías epistémicas que dominaban y dominan este tipo de análisis suelen ser: flagelo, delincuencia, vicio, desviación, anormalidad, etc.

Tratándose de un modelo punitivo, tanto la reducción de las sustancias psicoactivas a partir de la prohibición de su oferta, cultivo, elaboración, fabricación, distribución y venta como la penalización del consumidor son estrategias centrales. En ambos casos, son estrategias abstencionistas.

Resabio de este modelo es la Ley Nacional 23.737, que penaliza en nuestro país la tenencia de sustancias psicoactivas ilícitas para consumo personal. A modo de ejemplo: si una persona tiene un cigarrillo de marihuana para consumo personal, puede ser detenida e iniciarse un proceso penal en los términos de dicha ley, en tanto que ha cometido una infracción.<sup>4</sup> Según el modelo ético-jurídico, ese fumador de marihuana es leído como la víctima (objeto) de una sustancia poderosa y a su vez, como el culpable, en tanto sujeto de la transgresión, de haber violentado la norma establecida.

#### **2. Modelo médico-sanitario**

---

<sup>4</sup> Cabe destacar que, si bien la referida ley sigue en vigencia y urge una reforma a la ley de estupefacientes, se dispone de jurisprudencia que -en conjunto con la Ley Nacional 26.657- sienta las bases para la no penalización del consumo. En esta dirección, debemos recordar el Fallo Arriola (A. 891. XLIV.), de 2009, anterior incluso a la Ley 26.657, en el que se declara la inconstitucionalidad del artículo 14<sup>o</sup> de la Ley 23.737 y se despenaliza la tenencia de estupefacientes para uso personal, en ámbito privado y en condiciones que no traigan aparejado peligro o daño a derechos de terceros.

Este modelo surge a mediados del siglo XX y es una suerte de derivación del esquema preventivo-asistencial vinculado con las enfermedades infectocontagiosas. Se trata de una mirada médico-epidemiológica; por eso mismo, las adicciones son leídas en clave de enfermedad y el consumidor de drogas, como enfermo (no como transgresor y/o delincuente). En sintonía con el modelo ético-jurídico, el eje del análisis recae en la sustancia y no en el sujeto. Sin embargo, la causa del fenómeno no es pensada bajo un criterio normativo sino en conexión con su toxicidad o potencial adictivo, es decir, en relación con sus efectos clínicos (pero en cualquier caso, esos efectos siempre son leídos negativamente). Por eso mismo, la distinción entre sustancias psicoactivas lícitas e ilícitas no resulta relevante para esta concepción, de modo que el alcohol, el tabaco y los medicamentos en general forman parte de lo que se construye como problema.

El modelo médico-sanitario se relaciona íntimamente con el pensamiento médico-hegemónico: comparten, a grandes rasgos, la misma concepción de salud como contraria a la enfermedad. La consideración del contexto en el análisis del modelo médico-sanitario hace eje en los actores de diverso tipo que pueden estar vinculados con grupos y/o poblaciones de riesgo, como niños y jóvenes, por ejemplo. Es decir, el entorno se lee en los mismos términos en que se leen las enfermedades infectocontagiosas: población de riesgo, contagio, contaminación. De esta manera, las estrategias de la salud pública son asimiladas a instancias de control y disciplinamiento sociales. Como la pretensión es evitar el consumo de la sustancia entendida como causa de todos los males individuales y sociales, su estrategia también es abstencionista. La abstención aquí no se trata, sin embargo, de la sanción normativa sino de la comunicación -fundamentalmente a partir de campañas publicitarias- de los “daños” producidos por el uso de sustancias psicoactivas.

### **3. Modelo psico-social**

A diferencia de las perspectivas ético-jurídica y médico-sanitaria, el esquema psico-social se concentra en el sujeto -o más precisamente, en el vínculo que ese sujeto construye con la sustancia-, y éste se convierte en el protagonista principal del análisis. Por eso mismo, tanto la condición lícita o ilícita como el estatus farmacológico de las sustancias son asuntos necesarios pero secundarios. Como consecuencia de esta modificación en el análisis (de la sustancia al sujeto), surgen una serie de conceptos -por ejemplo: uso y/o abuso de sustancias psicoactivas o adicciones- que permiten introducir una distinción entre consumo problemático y consumo no problemático, lo cual, no hay dudas, es incompatible con los dos primeros modelos tematizados.

El consumidor problemático tiene estatuto de enfermo. Pero la genealogía de ese consumo problemático no se explica como consecuencia del contacto del sujeto con la sustancia sino como síntoma de un malestar previo que el sujeto tiene con su medio social (familia, entorno, grupo de pertenencia, etc.). Si bien este modelo conlleva un avance en la medida en que pone énfasis en el sujeto y de esta forma destaca su vínculo con la sustancia, no contempla la dimensión social. El sujeto es considerado un enfermo, como mencionamos, y la génesis de esta enfermedad es psicológica, razón por la cual la lógica establecida en este modelo puede tender al psicologismo individualizante.

### **4. Modelo socio-cultural**

Este modelo -que también surge durante la década de los '80- pone el énfasis en la dimensión macro-social. Entonces, las causas del consumo problemático y no problemático de sustancias psicoactivas se describen como cualquier hecho o fenómeno social. Las estructuras sociales y sus factores socio-culturales y socio-económicos son los recursos, primeros y últimos, tenidos en consideración. Así, según esta mirada, el análisis de las diversas formas de presión, influencia y/o condicionamiento de lo social sobre el individuo parecen echar luz sobre este tipo

de fenómeno. Cualquier exponente de este modelo podría sostener que “la droga funciona como evasión de la realidad” y es un síntoma de una sociedad en crisis. O si lo pensamos desde los individuos, en la manifestación de la imposibilidad de esa sociedad de ofrecer a esos individuos un proyecto existencial.

Esta modelización se completó, a la luz de las particularidades de América Latina en general y de la Argentina en particular, con un quinto modelo: el ético-social. Un grupo de profesionales de la salud reunido en la organización no gubernamental Fondo de Ayuda Toxicológica (FAT), bajo la dirección del Dr. Alberto Calabrese, lo presentó ante la Unesco. Su perspectiva, enmarcada en la sociología crítica, problematiza la relación del sujeto con la sustancia psicoactiva en un contexto determinado e incluye la pregunta por el proyecto vital como dimensión central a considerar.

#### **IV. Estrategias de intervención abstencionista-prohibicionista y de reducción de riesgos y daños**

Los modelos arriba descritos y analizados orientan (sabiéndolo o a veces sin saberlo) las acciones de los profesionales de la salud. Para tratar estas cuestiones, los modelos se enlazan con dos estrategias de intervención que, en la actualidad, coexisten en el terreno de la prevención y la atención: por un lado, la estrategia abstencionista-prohibicionista y, por el otro, la de reducción de riesgos y daños. A continuación expondremos elementos y características fundamentales de cada estrategia, así como la dirección que marcan en los ámbitos de la asistencia y de la prevención.

##### **a. La estrategia abstencionista-prohibicionista**

Esta estrategia se inspira en los modelos ético-jurídico y médico-sanitario (o, como mencionamos, médico-hegemónico). Como en éstos, pone especial énfasis en el objeto -es decir, en la sustancia psicoactiva- como causa del consumo. Por eso mismo, en el ámbito asistencial, lograr la abstinencia es la condición de inicio del tratamiento. La sustancia, por su parte, es un objeto fuertemente prohibido. Esta estrategia se desarrolla en comunidades terapéuticas, sobre todo en las comunidades cerradas que cuentan con determinadas reglas que, si son transgredidas, dan lugar a una sanción.

Las estrategias preventivas, a su vez, no están separadas de aquellas con las que se trabaja en la asistencia, sino que se orientan por los mismos principios. Un ejemplo son las campañas publicitarias de prevención. En su mayoría -con variantes y matices-, ubican la sustancia como eje central, y así surgen eslóganes como: “las drogas controlan tu vida”, “viaje de ida”, “no te dejes caer en los vicios que quieren aprovecharse de vos”. Allí el sujeto es visto como una suerte de títere que se deja manipular pasiva y dócilmente. Incluyen una noción que reza que algunas drogas son puerta de entrada para otras más tóxicas, un “pase sin salida”. Como si la sustancia por se causara la adicción, la sostuviera y la trasladara progresivamente a drogas más duras, sin considerar al sujeto y el vínculo establecido. Agréguese asimismo aquellas que también colocan a la droga como fetiche y la oponen a la vida misma: “no te consumas, las drogas extinguen tu vida”, “no a las drogas y sí a la vida”. Las publicidades que afirman que la droga enferma y mata dejan entrever el discurso médico-sanitario. Aquellas que apelan al flagelo como metáfora de la droga suelen explicitar el discurso ético-jurídico, es decir, la droga como un mal, una falla moral, algo ilegal. Campañas de esta índole comprenden, en la misma operación, dos propensiones: por un lado, a la pasividad del sujeto, que se deja manejar por la droga y se contrapone a un sujeto activo y responsable. Por otro, a la fetichización de la sustancia. “Un día más sin consumir”: la preeminencia de la droga y la centralidad que obtiene en esa fórmula es notable. Es importante remarcar que la droga es mencionada en la estrategia preventiva de matriz abstencionista-prohibicionista -y habitualmente como mención fetichizante-, pero no en la de prevención inespecífica.



Otra estrategia preventiva, en este mismo sentido, son las charlas informativas en las que se explicitan los efectos toxicológicos de cada droga, por ejemplo, las excitadoras y depresoras del sistema nervioso central. Se puede constatar que algunas de estas estrategias terminan por promocionar la sustancia, no la salud.

Desde esta perspectiva, una intervención posible es la reducción de la oferta de droga. Al respecto, podemos citar la normativa que prohíbe la venta de alcohol a menores o restringe su horario de comercialización (prohibir su venta a partir de las 23 horas, por ejemplo). En otras palabras, son intervenciones que apuntan al objeto. Parten del principio de la sustracción de la sustancia como estrategia crucial de intervención. Y en este sentido, la estrategia abstencionista-prohibicionista se relaciona con el control: se concibe que, si se puede sustraer el objeto, se lo puede controlar; y de ahí se deriva la idea de una estrategia para la mejoría de una persona. De esta manera, el abordaje en cuestión condiciona a la persona al futuro logro de la abstinencia. Si a lo largo de un tratamiento una persona consume, se lo plantea como recaída. La recaída se homologa al concepto de "recidiva", que designa la reaparición de una enfermedad algún tiempo después de transcurrido el padecimiento y su cura. En este sentido, una recaída implica pensar linealmente el consumo problemático como una enfermedad. En esta misma lógica, si la cura es la abstinencia, entonces si el paciente vuelve a consumir, vuelve a enfermarse.

La presente estrategia se asocia eminentemente con el tratamiento a puertas cerradas, que es lo que caracteriza a las referidas comunidades terapéuticas. Un balance de este tipo de estrategias nos hace pensar que el encierro, en sí, no es capaz de curar. Por otro lado, se trata de un mecanismo en el que el sujeto tiene poca participación, a diferencia del sujeto activo planteado en la estrategia que se describe a continuación.

## **2. La estrategia de reducción de riesgos y daños**

Una de las características más importantes de la reducción de riesgos y daños es la posibilidad de disminuir la entrada a la adicción y los riesgos asociados con el consumo.<sup>5</sup>

Dos hechos fundamentales condujeron a que, en los últimos treinta años, varias corrientes internacionales de la reducción de riesgos y daños hayan ganado fuerza: (1) en Europa, los costos sociales, sanitarios y económicos que demanda el HIV/SIDA entre los usuarios de drogas intravenosas son superiores a los daños producidos por la sustancia misma; (2) el fracaso de las políticas de tolerancia cero y su inconmensurable costo social, jurídico y sanitario, que se traduce en población joven arrojada a la marginalidad, a la reclusión carcelaria, al incremento del consumo, de las intoxicaciones en virtud de las prácticas clandestinas de uso y del tráfico de drogas.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Esta estrategia, que surge como alternativa al modelo abstencionista-prohibicionista, tiene como principal antecedente histórico la creación del Comité Rolleston en 1926 en Inglaterra. Dicho comité generó estrategias de intervención que consistían en la prescripción de heroína y cocaína como parte integrante del tratamiento, que favorecería la desintoxicación progresiva. Esta experiencia -que se disolvió en la Segunda Guerra Mundial- dejó su huella en la tradición de los médicos ingleses y sentó las bases para lo que en los años '80 vino a constituirse en tanto política pública y a llamarse "reducción de riesgos socio-sanitarios vinculados al uso de drogas".

<sup>6</sup> Las estrategias de reducción de riesgos y daños se han combinado, en algunas experiencias, con abordajes conductistas y otros de orientación teórica diversa. Por ejemplo, en términos de política pública, en la actualidad se lleva adelante en Suiza un programa titulado Droga por droga, que consiste, fundamentalmente, en administrar la sustancia (en este caso, la heroína) por medio de profesionales y en buenas condiciones sanitarias, con lo cual se reducen los riesgos diversos presentes desde la obtención de la droga de un narcotraficante, las mezclas o productos tóxicos que puede haber, hasta el uso de jeringas descartables, etc. Naturalmente esta aplicación de la estrategia puede funcionar en un determinado contexto espacio-temporal y no en otro, aunque se parta de la misma matriz conceptual. Hacemos hincapié en que es insoslayable el pensamiento de una

En la estrategia de reducción de riesgos y daños, dejar de consumir no es una condición de inicio de tratamiento. Por el contrario, se orienta por el principio de que una persona que consume -que eventualmente no quiere o no puede dejar de consumir- debe ser ayudada por el profesional a disminuir los riesgos que puedan estar vinculados con el consumo.

Estos riesgos pueden ser: (1) de la salud, como la transmisión de enfermedades; (2) sociales, por ejemplo, la estigmatización, la vulnerabilidad social; (3) legales, como la penalización por la tenencia de estupefacientes. Nuestro trabajo, en tanto profesionales de la salud, apunta fuertemente a disminuir tales riesgos.

Esta estrategia hace hincapié en el sujeto, definido como activo y responsable por sus prácticas. Es un sujeto que requiere espacios de escucha y posibilidades para que se pueda preguntar sobre qué le está pasando, qué le pasa con su práctica de consumo. Al considerar que es un sujeto activo y responsable, debe tener participación en su propio tratamiento y que éste tiene que poder llegar a esa persona, es decir, debe ser accesible. La aceptabilidad tiene anclaje normativo en la actualidad y la accesibilidad, por su parte, es crucial al momento de pensar la atención en salud.

En la estrategia de reducción de riesgos y daños se parte del hecho de que la persona está consumiendo y que está en riesgo. Que hay situaciones a las que se expone y que hay cosas que no sabe. Y que es posible ayudar a esa persona a esclarecer algunas informaciones sobre su propio consumo, así como también a cuidarse.

En el terreno de la prevención, la reducción de riesgos y daños no se dirige de modo estricto y lineal a la producción de un efecto. En este sentido, no se trata de una lucha o un combate. Tampoco de una comprensión somera de la idea de prevención. Cabe destacar la noción de "prevención inespecífica" como una intervención que apunta a algo más que al no inicio o la supresión del consumo. Se debe tomar también la idea de prevención en tanto promoción: de posibilidades, de sentidos, de transformaciones, de fortalecimiento, de escucha, de activación de recursos y alternativas para resolución de problemas; en fin, de construcción de un proyecto vital, entramado contextual y textualmente.

## **V. Aportes para una propuesta actual**

Entendemos que para dar respuesta a las problemáticas de salud mental y adicciones debemos enfrentarnos con una serie de nuevos interrogantes que interpelan desde diferentes lugares: la expresión de nuevas formas de los problemas sociales, los impactos institucionales inesperados, las nuevas presentaciones, los posibles escenarios de la intervención clínica, así como una serie de desafíos que surgen a partir de estos interrogantes.

El consumo problemático de sustancias se inscribe dentro del tipo de problemas que, en las últimas décadas, ocupa un lugar diferenciado en el imaginario social, las representaciones sociales -como vimos- y las nuevas expresiones de la cuestión social, dentro de escenarios cada vez más confusos. Las adicciones son, de este modo, el lugar desde donde sobresalen los rasgos de una sociedad atravesada por relaciones violentas, fragmentación y pérdida de espacios de socialización; esto produce nuevas formas de padecimiento.

Las expresiones de la desigualdad, del malestar en tanto padecimiento, interpelan cotidianamente a las diferentes prácticas de intervención en salud mental. Es por ello que la reconstrucción y recuperación de la centralidad del Estado debe atravesar todos los órdenes

---

estrategia en clave de época y situación, y no se deben desconsiderar los resultados a menudo nefastos de la mera importación de estrategias.

políticos de la sociedad para que éste pueda volver a ser el garante de la solidaridad y la integración social.

La legislación vigente en salud mental y adicciones, la Ley Nacional 26.657 de Salud Mental asociada con otros hitos, marca un nuevo escenario para pensar la salud mental en general y los consumos problemáticos en particular, dado que reconoce que son procesos determinados por componentes históricos, socio-económicos, culturales, biológicos y psicológicos. En el artículo 4°, al cual hicimos referencia anteriormente, la ley detalla: *“Las adicciones deben ser abordadas como parte integrante de las políticas de salud mental. Las personas con uso problemático de drogas, legales e ilegales, tienen todos los derechos y garantías que se establecen en la presente ley en su relación con los servicios de salud”*.

**La consideración de las adicciones como una cuestión que se inscribe en el campo de la salud mental, la no distinción entre las sustancias lícitas e ilícitas y la inclusión de las adicciones en las políticas públicas y su atención en los servicios de salud son tres aspectos centrales para una propuesta actual de intervención en consumo problemático.**

En la Provincia de Buenos Aires, desde 2012 se reincorporó la Subsecretaría de Atención a las Adicciones a la esfera del Ministerio de Salud. Un año después se avanzó en la integración de las áreas de adicciones y salud mental con la creación de la Subsecretaría de Salud Mental y Atención a las Adicciones. Dichas decisiones políticas invocaron como objetivo *“generar una política de salud mental, sobre la base de la restitución de derechos y a favor de la inclusión social siguiendo los lineamientos de la Ley Nacional de Salud Mental y la Ley Provincial 14.580 que adhiere a la misma”*.<sup>7</sup>

Desde esa perspectiva, se remarcó la necesidad de una mirada integral: *“El consumo problemático de sustancias es situado y reafirmado como problema que debe abordarse desde la complejidad y multidimensionalidad, apuntando a modificar los determinantes sociales, políticos y ambientales que juegan en la naturaleza de dicho problema. La progresiva eliminación de la dicotomía instalada entre salud mental y adicciones que se inicia a partir de la nueva perspectiva pone marco al abordaje de las adicciones consolidando el enfoque integral, buscando evitar las internaciones compulsivas y prolongadas, el aislamiento y la abstención como parte de los tratamientos que se multiplicaron en la década del '90 en la Provincia de Buenos Aires de la mano de organizaciones privadas con fines de lucro. La búsqueda de la atención integral de las problemáticas de salud mental y de las adicciones y la incorporación del tratamiento con competencia de los centros asistenciales generales de salud pública suponen una visión que intenta reducir la brecha en la accesibilidad disminuyendo los niveles de estigmatización, que se presume, en el imaginario social, sobre el consumidor de drogas”*.<sup>8</sup>

En el ámbito federal, la SEDRONAR es el organismo responsable de coordinar las políticas nacionales de lucha contra las adicciones. Como órgano especializado en la prevención y asistencia en el uso indebido de drogas, sus áreas programáticas tienen como objetivo asegurar la presencia del Estado en las regiones más vulnerables de nuestro país, garantizando el desarrollo de redes preventivo-asistenciales integrales articuladas intergubernamentalmente. En el marco de la normativa nacional ya citada, en 2013 se reformuló el perfil del organismo inaugurando, en materia de construcción y ejecución de políticas públicas, un nuevo camino a recorrer en la erradicación del uso indebido de drogas y sus adicciones. Como se señala en la información institucional del organismo, *“fue necesario dejar atrás conceptos estigmatizantes como adicto, paciente y enfermo, para adentrarnos en un nuevo paradigma. En él, observamos a las adicciones como un problema de salud social que involucra a diversos actores: la familia, la comunidad, la escuela, la salud, los trabajadores, las*

---

<sup>7</sup> Del prólogo del Dr. Alejandro Collia al libro *Salud Mental y Adicciones en Buenos Aires: un nuevo rumbo*.

<sup>8</sup> *Salud Mental y Adicciones en Buenos Aires, un nuevo rumbo*. P 26-27

*organizaciones de la sociedad civil, la iglesia, entre otros. A ellos debe responder la SEDRONAR con propuestas de inclusión, reconstrucción del tejido social, crecimiento y superación. Frente al consumo problemático de drogas es tarea de esta Secretaría reconstruir el entramado social a partir de la consideración del adicto como un sujeto activo de derecho, con capacidad de crecer, soñar y proyectar. Entendemos que es necesario no criminalizar al consumidor sino promover espacios de integración que le ofrezcan otras opciones de vida y la posibilidad de ser incluido socialmente. En este sentido, observamos la cultura, el trabajo y el deporte como articuladores que permiten construir sentido de pertenencia y fomentar la inclusión”.*<sup>9</sup>

Como vemos, tanto desde el Estado nacional, a través de SEDRONAR y del Hospital Nacional en Red, como desde la Provincia de Buenos Aires, se procura llevar adelante políticas públicas que consideren a las adicciones como una cuestión que se inscribe en el campo de la salud mental, no distingan entre las sustancias lícitas e ilícitas e incluyan a las adicciones en las políticas públicas y su atención en los servicios de salud.

**Nuestra tarea de investigación procura corroborar en qué medida esa concepción logra abrirse camino en el territorio y en la comunidad y evaluar si los dispositivos de las políticas públicas son útiles y suficientes para avanzar en el contexto del paradigma que reivindicán.**

Éste sería, podemos decir, el contexto normativo y político-institucional. Se hace ineludible, además, vislumbrar qué nos muestra la complejidad de las presentaciones actuales. Éstas revelan la necesidad de cambiar el modelo de las prestaciones uniformes por aquel de las intervenciones según las necesidades, a partir del cual se entiende al otro como sujeto activo y responsable de sus prácticas, y se interviene clínicamente con el objetivo de que se pregunte, como mencionamos, qué le está pasando, qué le pasa con su práctica de consumo.

En línea con la estrategia de reducción de riesgos y daños, es necesario mencionar a las **estrategias de umbral mínimo de exigencia o umbral mínimo de requerimientos**. Dichas estrategias tienen como elemento clave la no exigencia de abstención para el inicio del tratamiento pero establecen un piso mínimo de exigencia que debe cumplir quien quiera participar del tratamiento. En suma: dejar de consumir no consiste en el objetivo general del tratamiento; en cambio, lo que está en el horizonte de nuestra propuesta es dejar de consumir de modo problemático. Siempre teniendo en cuenta que el umbral mínimo de exigencia debe ser definido en clave de época y situación.

Una propuesta actual debe orientarse, así como en la estrategia de reducción de riesgos y daños, a la disminución del ingreso al consumo problemático y los riesgos que de ahí advienen. Dejar de consumir no es condición para el inicio del tratamiento; tampoco es razón para su suspensión. Lo que debe tener centralidad es la singularidad, o más precisamente, la singularidad del sujeto entendida como plural. Desde el posicionamiento aquí propuesto se piensa fundamentalmente en sujetos de derecho, la salud como derecho inalienable y el Estado como garante de ese derecho.

Entendemos que no es posible una práctica que no sea político-epistémica, cuestión que nos obliga a ser creativos para dar respuesta a las problemáticas actuales con compromiso ético.

La salud debe ser entendida como una construcción social y por lo tanto atravesada por componentes históricos, socio-económicos, culturales, psicológicos y biológicos, cuyo mejoramiento implica el compromiso de toda la sociedad para su concreción como derecho. Consideramos además que es necesario complejizar los modelos, tener en cuenta la época y la

---

<sup>9</sup> <http://www.sedronar.gob.ar/a/263/15065/que-es-la-sedronar.html>

situación, entendiendo al sujeto como histórico y social, es decir que lo social produce subjetividad; reiteramos: no es sólo contexto sino texto subjetivo.

Es importante ampliar las posibilidades con respecto a la oferta de atención, estableciendo objetivos múltiples e intermedios, adaptando las intervenciones a la heterogeneidad de los sujetos con consumo problemático y sus trayectorias individuales.

Creemos fundamental dar lugar a una relación profesional-usuario de sustancias psicoactivas más flexible en la toma de decisiones, incorporando medidas que permitan un uso controlado de sustancias. Entre el uso compulsivo y la abstinencia, trabajar con regulaciones en el consumo.

La noción de “regulación del consumo” es entendida ante todo como un movimiento en la posición subjetiva del paciente, que consiste en un efecto clínico. Paulatinamente, el paciente es capaz de tomar ciertas decisiones respecto de su consumo, que tiende a perder su carácter compulsivo o impulsivo, en el cual se siente tomado por una situación. Debemos resaltar que la regulación del consumo es un objetivo que está íntimamente ligado con el trabajo clínico, a partir del cual se espera que ciertos cambios subjetivos posibiliten un manejo del consumo. La abstinencia, en cambio, puede llegar a ser un imperativo tan elevado que termina por resultar irrealizable.

El consumo problemático representa un aspecto del amplio y complejo abanico que implica pensar la clínica. Este pensar comprende también el abordaje interdisciplinario: una disciplina no responde sola acerca del padecimiento.

El artículo 8° del capítulo V de la Ley Nacional 26.657, relativo a la modalidad de abordaje, establece que la atención en salud mental queda a cargo de un equipo interdisciplinario que incluye áreas como la psicología, la psiquiatría, el trabajo social, la enfermería, la terapia ocupacional y otros campos pertinentes. Del mismo modo, el abordaje a concebirse ante el complejo campo de la salud mental debe ser intersectorial: demanda la articulación de diversos sectores, aspecto referido en el mismo capítulo V de la mencionada ley. Podemos citar, como ejemplo, dispositivos que involucran el acompañamiento terapéutico, la internación domiciliaria, la asistencia jurídica, estrategias de revinculación con el trabajo y/o terminalidad escolar, entre otros. En cada uno de estos dispositivos, diversos sectores están en juego. Se trata de múltiples aristas, dado que el abordaje desde un solo lugar es insuficiente. Si recortamos tan sólo la sustancia, nos olvidamos de la dimensión socio-histórica y otorgamos una pretendida universalidad al fenómeno en cuestión.

Trasladar estas ideas a la reflexión acerca de dispositivos implica generar recursos más abiertos, amigables y no censorios, interdisciplinarios, intersectoriales y político-institucionales. En suma, se trata de concebir la intervención como lugar de encuentro, como la cimentación de dispositivos que construyan un nuevo lugar para la persona en el que su palabra tenga valor.

## **Violencia y desigualdad en los territorios donde trabajamos**



Hacia el interior de todos los barrios donde trabajamos existen distintas formas de desigualdad, que muchas veces está vinculada al acceso a la vivienda, a la salud, o a derechos básicos. Resulta necesario reflexionar sobre esas desigualdades que van más allá de la división entre “el adentro” y “el afuera” de los propios barrios y analizar sus tramas internas.

El trabajo de campo nos llama a profundizar en torno al concepto de desigualdad planteado por Kessler (2014). El autor propone pasar de la categoría de pobreza a la de desigualdad entendiendo que esta última aporta mayor complejidad ya que no se encuentra basada únicamente en términos de ingresos económicos -como la categoría de pobreza- sino de una multiplicidad de factores: acceso a la vivienda, a la salud, a derechos, etc. En ese contexto, entiende que la desigualdad es una noción relacional, reinscribiéndola en una dinámica social.

Muchos jóvenes dicen que se sienten encerrados en sus propios barrios. El sociólogo Alberto Morlachetti en el artículo “Para una geografía del encierro” (2007) los definía como cárceles a cielo abierto: “Ante la imposibilidad física de aplicar la prisión indefinida, las sociedades ‘evolucionadas’ se han cerrado sobre sí mismas, provocando en su repliegue la automática expulsión de los indeseables. Las cárceles están abarrotadas, pero la forma más novedosa y sutil de la prisión es esta condena a permanecer a la intemperie del mundo, del otro lado del espejo, en un calabozo de castigo cuyas paredes lindan con la nada. Tal vez el ‘remedio-sanción’ ideal para Loïc Waquant en nuestros tiempos sea una vacuna cuya aplicación extirpe de raíz toda reminiscencia de dignidad humana, un anticuerpo que libre a los menesterosos de la tortura de la esperanza, los vuelva estériles e indiferentes a la belleza y los convenza para siempre, a ellos y a los hijos de sus hijos, que sólo han sido dotados para engendrar tristeza y parir desolación”.

La fragmentación territorial va de la mano de la categoría de gueto (Waquant, 2010). Tradicionalmente se planteó que el gueto tiene dos caras: una negativa, que es el confinamiento, y otra más positiva, que es la creación de vínculos fuertes entre los confinados. A la luz del trabajo de campo podemos señalar que las violencias y desigualdades vividas al interior de los barrios hacen que la creación de los vínculos de solidaridad mencionados sean cada vez es más débiles.

La visión del gueto de dos caras -una negativa, que es el confinamiento, y otra más positiva, que es la creación de vínculos fuertes entre los confinados- para muchos autores quedó atrás. “En la actualidad los que trabajamos en villas nos cuesta encontrar -no digo que no exista- la solidaridad entre los villeros”, plantea Garriga Zucal (2012) en uno de sus artículos.

Ello genera procesos de deterioro socio-psico-biológico, que limitan notoriamente las oportunidades y el espacio social de los sujetos; efectos que se profundizan con procesos de estigmatización (“delincuente/chorro”) y criminalización (carrera delictiva por reiterados ingresos a comisarías y/o penales). Los relatos que se desprenden del trabajo de campo en los territorios nos permiten pensar en los aportes de Puebla (2008) en relación a la vulnerabilidad psico-social entendida como el riesgo y la desprotección que poseen determinados sujetos motivo por el cual son captados por la intervención del sistema penal.

En palabras de Puebla (2008): “La criminalización, entonces, es un proceso de construcción socio-política y cultural, a partir de una estructura de poder que genera agudos procesos de marginalización. Ésta es, además, una trayectoria del sujeto en la que ha sido sucesivamente vulnerado en sus derechos, ha sido desatendido, violentado y cronificado desde los organismos del Estado responsables de velar por su seguridad y atención”.

En la misma línea, Soldano (2008) -siguiendo a Wacquant (2001) y Mingione (1991)- plantea una perspectiva centrada en el concepto de “nuevo régimen de marginalidad urbana”, que explica de manera multidimensional el proceso de segregación de los territorios. Dice: “La

retirada o abandono estatal, las restricciones ligadas al funcionamiento de los mercados de trabajo, cada vez menos integradores, los procesos de encogimiento de las redes sociales y la desertificación organizativa, la desproletarización, la creciente informalidad y la pérdida de pacificación de la vida cotidiana se constituirían en los principales desencadenantes de una sociedad regida por la lógica de la desigualdad” (Soldano, 2008:39).

El proceso de aislamiento y de radicalización de las violencias internas impide la creación de lazos fuertes al interior de las villas. El autor agrega: “El proceso de aislamiento es impuesto y autoimpuesto. Los habitantes de las villas sienten que son discriminados y/o perseguidos en otros espacios y por ello prefieren no salir de ese espacio”. Lo descripto para la categoría de gueto va de la mano con los procesos de fragmentación territorial mencionado más arriba, producto del debilitamiento de los lazos de solidaridad y de la fuerte conflictividad social que generan las desigualdades al interior de los barrios.

También existen movimientos donde el estigma puede reconvertirse de un mote negativo a un valor positivo en el endogrupo. En el caso del barrio La Matera, en Quilmes, del estigma de ser “sucio o ladrón” se pasa a “mandar o tener aguante”, como rezan las pintadas en los paredones que dicen “La Matera manda”. Se puede establecer una correspondencia con las investigaciones de Garriga Zucal (2006) en relación a las hinchadas de fútbol respecto del aguante, el cual está vinculado a la persona que “va al frente” ante una situación de conflicto, que resiste el combate y los golpes recibidos. Está relacionado también con una disposición mental que permite tolerar situaciones de incertidumbre con temple. Ante el estigma que viene del afuera o de “los otros”, los jóvenes de La Matera establecen un contrasentido en torno a el aguante como una virtud.

Ese proceso de segregación territorial se manifiesta de diversas maneras y también se verifica no sólo en el conurbano sino en los nuevos barrios de las ciudades del resto de la provincia. Tiene diversas formas de expresarse: ausencia de planificación territorial, dificultades o falta de acceso a servicios sanitarios, ausencia de transporte público e incluso, en muchos casos, deliberada actitud de las fuerzas de seguridad procurando que los jóvenes de esos barrios se acerquen lo menos posible a la parte céntrica o histórica de sus ciudades.

Así lo hemos percibido en nuestras investigaciones y cabe pasar revista a las diversas formas en que se manifiesta en los distintos territorios.

### **Villa Caracol y Bajo Rondeau (Bahía Blanca)**

“Las vías separan todo. De ese lado viven los pelos duros, los pobres, y de este lado, los que están un poco mejor, pero alguna vez también vivieron de ese lado”, dice Flor, habitante de Bajo Rondeau.

Bajo Rondeau y Villa Caracol son dos barrios ubicados en la periferia de la ciudad de Bahía Blanca, a 30 cuadras del centro. Allí viven alrededor de 700 familias y se accede a través de tres líneas de colectivos, que paran a unas siete cuadras de los barrios.

Las vías del ferrocarril simbolizan la separación entre Bajo Rondeau y Villa Caracol. Esta división es real y, asimismo, opera como frontera en el imaginario de los vecinos. “No sólo comprende la frontera dimensiones geográficas y geopolíticas tanto psicológicas y simbólicas, sino que incide en el ser de los sujetos históricos al igual que en sus condiciones de existencia” (Balibar, 2005).

Mientras que la mayoría de las viviendas de Bajo Rondeau son de ladrillo, en Villa Caracol son de chapa. Pato, una vecina, cuenta: “Los terrenos son inundables y las construcciones de las viviendas son precarias. Muchas familias, sobre todo en Caracol, viven apretadas, son muchos



en una misma casa”. Si bien las casas de Bajo Rondeau son construcciones de material, eso no equivale a que su habitabilidad sea adecuada: muchas de ellas tienen humedad y filtraciones de agua, entre otros problemas.

En los últimos años, a través de diferentes programas como el Plan Ahí a nivel nacional e iniciativas de Cáritas Vivienda y de otras organizaciones, se mejoraron y construyeron viviendas de material para algunas familias del barrio. Sin embargo, los déficits habitacionales siguen siendo una de las problemáticas más salientes: “Yo me pude hacer mi casita con mucho esfuerzo, y la pago con changas que voy haciendo. Pero a veces me cuesta llegar a fin de mes, del 20 en adelante se me hace difícil hasta comer”, dice La Tana, una vecina.

En relación a la electricidad, en algunas casas de Bajo Rondeau tienen sus medidores. Pero el barrio Villa Caracol está “colgado” del servicio de luz. Juana, una de las referentes del barrio, cuenta: “Al principio, una vecina y yo éramos las únicas que teníamos luz, y entonces todos se colgaban de nosotros. Tengo guardado en una carpeta todo lo que hicimos para que nos den la luz, pero siempre pasa algo diferente y nos perjudicamos. Me cansé de ir cincuenta veces a la Municipalidad a pedir cosas. ¿Por qué no vienen ellos?”.

El sector se abastece de agua de la red. La mayoría de las casas cuenta con canillas en su interior. Los baños, por lo general, son precarios y están ubicados afuera de las casas; los pozos los realizan los vecinos. Actualmente se está iniciando una obra de cloacas para parte del barrio Bajo Rondeau pero los vecinos concuerdan en que “siempre que se empieza algo nunca se termina. Estamos así hace 20 años, todos los políticos prometen cosas pero nunca cumplen”.

Ninguno de los barrios tiene acceso a gas natural. Se utilizan leña y garrafas para la cocina y la calefacción. La mayoría de las familias recibe tres bonos para la garrafa social al año, que los otorga la trabajadora social de la delegación. Un vecino afirma: “la trabajadora social sólo te da la garrafa, después no podemos tener otro trato con ella”.

En Villa Caracol hay un basural a cielo abierto, que también afecta a Bajo Rondeau. En el último tiempo ha disminuido su magnitud por algunas acciones llevadas a cabo en conjunto con el Estado, las instituciones y organizaciones barriales y las familias. Se instalaron una batea y contenedores en diferentes cuadras, y un grupo de mujeres se organizó para conformar una cuadrilla de limpieza. “Fuimos mejorando, antes la mugre no te dejaba entrar. La gente del barrio ayuda mucho pero también están los que no quieren dejar su forma de ser y no cambian. Tienen caballos y no limpian nunca. Acá no somos todos iguales”, cuenta Cabero, referente de Caracol.

“Éste es mi barrio, le falta muchas cosas pero es mi barrio. Si a alguno no le gusta que se vaya a su casa”, dice Fito, un joven de Caracol, en una asamblea barrial mientras algunos referentes discuten sobre las condiciones del barrio. La mayoría de las familias vive allí desde los años '90. Por eso, tienen un gran sentido de pertenencia con el territorio. Isabel, miembro de una de las primeras familias que llegó al barrio, explica: “Yo tengo nueve hijos y todos viven en este barrio con sus familias. Cada vez que necesitamos algo todos sabemos que contamos entre nosotros y que nos prestamos lo que sea”.

### **30 de Mayo (Chascomús)**

El barrio 30 de Mayo es el más grande de Chascomús; tanto en cantidad de manzanas como de habitantes, es como la ciudad de Lezama. Está ubicado en las afueras de la ciudad y fue construido hace siete años a través de un Plan Federal de Viviendas. Son 500 casas distribuidas en 23 manzanas, donde viven aproximadamente 4 mil personas. A un lado del

barrio hay un loteo de Pro.cre.ar donde se construirán 226 casas, y al otro lado, en un terreno baldío, una cooperativa proyecta construir 200 casas más.

“Cuando vinimos no había ni calles. Nos tiraron acá. Cuando llovía no entraba ni salía nadie porque no se podía. Con el tiempo la Sociedad de Fomento anterior y la que yo conduzco hoy pudimos ir arreglando las calles, la iluminación”, cuenta Eduardo, presidente de la Sociedad de Fomento del 30 de Mayo. Ahora tienen todos los servicios excepto gas.

Cuando se inauguró el barrio, las 500 familias tuvieron sólo un mes para mudarse o perdían la titularidad de la casa. Los vecinos no se conocían y no hubo un trabajo previo que fomentara su integración. Por eso, al comienzo hubo muchos problemas de convivencia: “Cuando recién llegamos había muchos problemas entre vecinos. Y para colmo no teníamos medianera entonces tu patio y el mío eran el mismo patio. Entonces había discusiones del tipo: ‘El alambrado me lo pusiste un metro para acá’. Había vecinos que estaban acostumbrados a estacionar el auto en la vereda y a algunos eso no les gustaba. Costó mucho y gracias a dios se ha calmado el barrio, pero falta mucho para hacer todavía”, explica Eduardo.

En Chascomús no hay transporte público y la gente se acostumbró a andar en bicicleta o en moto. “Han funcionado los colectivos y al tiempo los dejaban de usar porque no pasaban a horario, no había frecuencia. La gente le tiene miedo porque llegaban tarde”, dice Luján, coordinadora del programa Envión. “En el 30 de Mayo no hay escuelas ni árboles. Son casas una al lado de la otra. Ahora está mejor el tema del acceso y hay una Sociedad de Fomento. No sé si tendría que haber una escuela en el barrio para que sólo los chicos de ahí vayan, pero sí una escuela cerca”, agrega Ana, coordinadora de la Orquesta Escuela.

La mayoría de los chicos del 30 de mayo van a la escuela secundaria 6, que queda a más de 20 cuadras. “Nosotros tenemos un aporte que nos da el Ministerio de Educación para movilidad, y con eso entregamos bicicletas. Porque el barrio 30 de Mayo está lejos y el San Cayetano está más lejos aún. Pero no llegamos a todos. Ha mejorado un poco. Pero también pasa como pasa siempre, se roban las bicis. Hay que vivir en un barrio para darse cuenta que cuando llueve no se puede salir. El 30 de Mayo es lejísimos y el San Cayetano cuando llueve se pone bajo agua. Entre el San Cayetano y el centro la única escuela secundaria es ésta. Después está la agraria, pero tiene modalidad de ocho horas, y hay que sostener la cursada... Si estamos pensando en una escuela pública, es ésta”, dice María Julia Ugarte, la directora de la escuela 6.

\*\*

“Acá en Chascomús no pasan estas cosas, éste es un evento especial”, dice un pibe que vive en La Plata pero que ese fin de semana volvió a su pueblo y está recorriendo el barrio 30 de Mayo.

La Sociedad de Fomento junto con la agrupación Artistas Unidos Chascomús (AUCH) organizaron, el 22 y 23 de agosto pasado, un festival en el barrio en el que participaron alrededor de cien artistas locales y platenses. Además, se armó una feria de comidas latinoamericanas que se ubicó, junto al escenario principal, al lado del Centro de Integración Comunitaria (CIC). Mientras sonaba música en vivo, se pintaban catorce murales en algunas de las paredes de las casas del 30 de Mayo. Ésa fue la primera parada del festival itinerante, que luego irá migrando por distintos barrios de Chascomús.

“Cada cosa que pasa me pone la piel de gallina porque nos costó mucho cranear este festival. Éste es el puntapié inicial”, afirma Andrés Fraga, uno de los organizadores y miembro de AUCH. Y agrega: “Mucha gente se prendió y nos cedió sus paredes para que pintáramos los

murales. Y mucha gente está esperando a ver qué pasa para sumarse. A algunos les choca, piensan que es política. Y se animan de a poco”.

Este festival es el primero en el que participa AUCH pero el tercero que se realiza en el barrio. “El primero fue muy bien y con cero pesos; metimos 500 personas. Para que tengas parámetro, un cierre de campaña del peronismo o del radicalismo, donde hay comida gratis y están todas las organizaciones, junta 800 personas. En el segundo lamentablemente llovió y vinieron 200”, dice Eduardo.

Este tercer festival tuvo dos objetivos. Por un lado, se buscó fortalecer los lazos entre los habitantes del 30 de Mayo y el resto de la ciudad. Según Eduardo, “como en Chascomús hay una mezcla de clases sociales, la idea era que los vecinos se conocieran entre sí, que se empezaran a crear lazos de vecindad. Y este festival nos pareció una muy buena idea para cambiarle la cara al barrio. Nosotros estuvimos mucho en la boca del vecino de Chascomús por el tema de la inseguridad. Había ladrones que lamentablemente eran de acá, del barrio. Entonces la idea es que el vecino se conozca, se creen lazos de vecindad y que la gente no tenga miedo de venir al barrio porque, como en todo Chascomús, hay vecinos buenos y hay vecinos malos”. Andrés coincide: “Hay mucho prejuicio de los que no conocen el barrio, te dicen: ‘En el 30 de Mayo te van a robar todo’. La actividad es para que la gente se acerque y conozca, generar una unión entre toda la comunidad”.

El otro objetivo del festival tuvo que ver con la descentralización de la actividad cultural, que actualmente se desarrolla principalmente en el centro de la ciudad. “Acá hay muchos artistas y la idea fue empezar a juntarnos. Nos planteamos venir a los barrios para ser una referencia para los pibes, darles ideas para que ellos también vayan haciendo cosas. Nosotros no tuvimos eso, lo tuvimos que buscar afuera. Y hay pibes que no salen del barrio, ni siquiera conocen la laguna”, cuenta Andrés.

## **El Centenario (Mar del Plata)**

“Las cosas que te pueden pasar acá son como cualquier barrio, son hechos aislados. El problema lo tiene la gente que vive acá por el tema de la estigmatización. Cuando te subís a un remis y el tipo pone alguna de las calles de acá en el GPS, le sale zona peligrosa”, dice Miguel, referente de la escuela de fútbol y coordinador territorial del Punto de Encuentro de la SEDRONAR en el barrio.

El Centenario es un complejo de viviendas de tipo Fonavi. Cada manzana tiene, hacia su interior, pasillos internos que comunican el espacio central con las calles y veredas. “Acá tenés un tema con lo que se conoce como los pasillos. Si sos de afuera y querés entrar al barrio, ni en pedo te metés en los pasillos. Los pibes los usan, a veces, como un escondite para guardarse. Se usa mucho para que los rastros, que no hay demasiados pero hay, vengán picando de afuera”, cuenta Humberto, un vecino.

Para los habitantes del Centenario, no da lo mismo vivir sobre las calles Peña, Alvarado, Chile o Perú, donde las casas dan al frente, que vivir en los pasillos o en las callecitas internas: las casas que dan al exterior están más cuidadas e iluminadas por la noche que las viviendas de adentro. Y si durante el día hay mucha gente circulando y realizando diversas actividades, por la noche el escenario cambia y son los pibes los que se encuentran en ese espacio. Según Humberto: “Ahí la cosa cambia, sobre todo a la noche. La gente más grande o las familias más constituidas en el barrio están en la zona de afuera; los otros viven más adentro. De hecho, las banditas de pibes se juntan en la zona de las plazas centrales que quedan adentro del barrio y están rodeadas por los pasillos”.

Si bien no existe una zona delimitada de enfrentamiento entre bandas, se pudo registrar enfrentamientos con la Villa Matadero, que se encuentra próxima al Centenario. Esto implica que algunos de los pibes están armados en varios momentos y que, cuando se encuentran en el medio de alguna situación complicada, necesitan resguardarse en algún lugar de referencia.

En varias ocasiones luego de enfrentamientos, estos jóvenes se refugiaron en la sede del programa Envión. Algunos trabajadores empezaron a impedir que esto suceda a partir de que muchas madres se resistieron a mandar ahí a sus hijos porque dicen que es “un aguantadero de delincuentes”. Y aunque los trabajadores municipales tratan de revertir esta imagen, está muy instalada en los vecinos del barrio.

## **Facundo Quiroga II, Lourdes y 4 de Octubre (Olavarría)**

Olavarría fue fundada en 1867, a la vera de un arroyo y sobre incontables yacimientos de caliza. Según los datos provenientes de la Anses, el 10 por ciento de la población (unas 11 mil personas) recibe algún tipo de plan del Gobierno Nacional: los 9127 beneficiarios de la Asignación por Hijo implican alrededor de 70 millones y medio de pesos que circulan por la ciudad en un año. Hay además 1633 jóvenes que reciben el plan PROGRESAR, lo que representa más de 17 millones y medio de pesos anuales. Y a través del plan Conectar Igualdad, 15 mil netbooks llegaron a manos de los estudiantes.

\*\*

El barrio Facundo Quiroga II, ubicado en el extremo sudeste de la ciudad, está conformado por apenas cuatro manzanas flanqueadas por las calles César Milstein, Bernardo Houssey, Corrientes y El Maestro, también conocida como el terraplén. El Facundo II es considerado uno de los barrios de mayor conflictividad y los límites territoriales son claros: de un lado está el barrio Luz y Fuerza; del otro, el Facundo I. Para un costado, el campo y para el otro, la nada misma.

El barrio está conformado por 94 casas. Las primeras 40 se construyeron entre 2003 y 2005, a través de diez cooperativas, la mayoría de la Federación de Tierra y Vivienda (FTV). Una vez inauguradas, se renovó el contrato y se edificaron 54 viviendas más en el 2007. Las casas se levantaron a través del Plan de Emergencia Habitacional.

Cada cooperativa tenía 16 integrantes, un jefe de hogar y cuatro desocupados. “Al albañil se le pagaba 50 pesos por semana”, relata Beto Calderón, que es referente de la FTV y fue presidente de una de las cooperativas fundantes cuando tenía 17 años. Y agrega: “De los míos, doce hoy tienen familia y trabajo registrado, cuando al principio eran todos esquina 24x48”, como define a los que estaban en la esquina todos los días, a toda hora. En la segunda etapa, “los 50 pesos semanales ya no convocaban a nadie. Cualquier otra changa rendía más. O bien, la transa. Hoy, en el Facundo, te das cuenta enseguida dónde vive un oficial albañil porque tiene la casa linda. Pero el peón de albañil es el más desprotegido porque no tiene trabajo registrado, tiene la AUH y algún otro plan y nada más”, dice Beto.

El santuario del Gauchito Gil -reducido ahora después de que el anterior, más grande, fue derrumbado a mazazos por la policía en marzo de 2009- es un punto de encuentro para los pibes del barrio, que viven de noche y se encierran durante el día. La casita color ladrillo tiene fotos, bebidas, porros, puchos, licores finos y una botellita de piña colada que “si la tomás y la vaciás, la tenés que reponer”, dice Lolo, cultor de los códigos. Primero, las ventanitas estaban cerradas con una cadena. Ahora no, nadie la toca y las cosas no desaparecen. El culto al Gauchito como una ochava de los pibes arrancó “hace seis o siete años, a partir de Nicolás, Lucho, Tute, Lolo y el Tano”, el dealer más pesado del barrio.

Las venas adolescentes del barrio funcionan así: siempre hay un adulto que abre las puertas de la casa. Generalmente, una mujer de más de 50 años, que reúne cinco o seis pibes como mínimo. Empiezan a juntarse desde los 14 años y en ese espacio juegan, fuman, hacen una vaquita y compran algo para comer. La dueña de casa aprovecha para sobrevivir con lo que le aportan los chicos.

\*\*

Los barrios Lourdes y 4 de Octubre están ubicados al noroeste de la ciudad de Olavarría, en el extremo opuesto al Facundo Quiroga II. No nacieron como planes habitacionales específicos y llevan décadas de historia. Han sido barrios -sobre todo el Lourdes- de enorme conflictividad social y aún hoy, para muchos en la ciudad, la zona es conocida como “barrio Escuela 6”, quitándole la posibilidad de tener una identidad por sí mismo.

Los barrios del noroeste están detrás del arroyo Tapalqué, pero mucho más alejado del barrio residencial Pueblo Nuevo, que disfruta paisajísticamente de la ribera. Esa zona extrema es la que siguió creciendo para el punto cardinal no deseado por los distintos gobiernos municipales. Y se volvió uno de los arrabales olvidados: la mayoría de los sectores no están pavimentados, no hay cloacas y las redes de agua corriente y gas llegan hasta la puerta de las viviendas pero es demasiado oneroso para los vecinos acceder a las conexiones internas.

"El acceso a los servicios es algo que marca mucho a un barrio. Los remises no entran. Lo único que te queda es hacerte cliente de una agencia, pero si un día entra un remisero nuevo a trabajar, lo primero que te pregunta cuando subís al coche es: '¿Está bravo el barrio, no?'. No llega el cable ni tampoco Internet. No llega el teléfono fijo. De los colectivos sólo pasa el 501 cada media hora, pero mandan los peores coches, los más viejos y sucios. Hay luz, agua y gas pero la mayoría de las casas no tienen la conexión a las redes de gas, entonces casi todos usamos garrafa. A fin de año pedí un presupuesto para la conexión y salía carísimo, inalcanzable. Cloacas no hay y asfalto, menos. Ni siquiera cordón cuneta, que no sólo impide que entre el agua a tu casa sino que cambia la visión del barrio", cuenta Pedro, un vecino del Lourdes. Y agrega: "Los criaderos de pollos que están sobre la 226 queman ahí los residuos y el humo invade el barrio. Nos hemos cansado de hacer cartas para reclamar y desde Control Urbano jamás contestan. Todas estas cosas acumulan una terrible violencia que se vuelve hacia adentro".

Silvia tiene 50 años y es mamá de dos jóvenes. Ella y su prima tienen una activa participación en el barrio y fueron impulsoras de la implementación del Plan FinEs en el que ellas mismas están estudiando. "El otro día, acá nomás, en Colón e Ituzaingó, un muchacho de 27 años que consume hace rato estaba apretado porque parece que tenía una deuda como de cinco mil pesos por drogas y se metió a robar en un negocito. Lo empezaron a perseguir desde ahí y se juntaron vecinos que lo corrieron y le pegaron. Otros vecinos trataron de evitar que lo mataran a palos y se terminaron enfrentando unos con otros. Ni siquiera se acordaban de la existencia de este muchacho. Desde ese día no se lo vio más. Es un muchacho con historias de consumo desde hace mucho. Tiene un hermanito de 14 años al que no le dieron banco en la escuela porque el hermano es plaga. Y lo terminaron estigmatizando", cuenta Silvia.

"Sin compromiso y sin humanidad no se cambia nada. Si no tenés humanidad, que es lo que te diferencia de los animales, no sos nada. Hay que reconocerse en los ojos del otro", afirma Camila, la prima de Silvia, y habla de Facundo, que vive en su barrio y tiene actualmente 16: "Lo conozco desde los 3 años, iba con mi hijo al jardín de infantes. El padrastro en ese tiempo abusaba de él. Era muy agresivo. Pateaba a todo el mundo. Yo había logrado establecer con él una conexión. Tenía una hermana de 18 años y él la encontró ahogada en la pileta. Trabaja de peón de albañil y cuidaba autos en la doma. Es un caldo de cultivo perfecto para cazarlo. Fuma para no tener frío, para no tener hambre. Es como si por dentro fuera un nene. En la escuela

piensan que mejor que no vaya. Durante un tiempo fue a una escuela especial. Tiene un retraso que está relacionado con todo lo que pasó en la infancia. Se empezó a juntar con la banda de Los Tatú. A fumar, a tomar. Son una pandilla y uno de ellos, dado vuelta, terminó implicado en un crimen”.

Las dos saben dónde, cuándo y quiénes venden sustancias en el barrio. “Hay una despensa, acá cerca, que vende bebidas alcohólicas toda la noche y también drogas. En el barrio todos saben que está prendida con la cana. Se la agarran con los pibes todo el tiempo y a esa mugre nadie la toca”, dice Camila.

\*\*

Los jóvenes del Facundo II, Lourdes y 4 de Octubre están obligados a permanecer dentro de los límites férreos (imaginarios o no) de la propia barriada, con todos sus déficit y olvidos, a riesgo de ser castigados en caso de intentar trasponerlos. Si intentan salir y acercarse al centro, la policía, que los tiene marcados, los expulsa y los presiona para que regresen al barrio.

Leandro, que tiene 18 años y vive en el 4 de Octubre, abandonó hace algunos meses el uso de gorrita con visera porque “estaba podrido de que cada vez que iba al centro, me agarraban los milicos y me basureaban. La última vez, pasaba por Racing y se pusieron muy densos. Me dijeron: `Caminá, contá hasta diez y no te des vuelta`. Yo les dije que vivía para el otro lado pero ellos dijeron: `Andá para allá`. Y cuando caminé para donde me decían, me gritaron: `Hey, ¿no era que vivías para el otro lado?`. Ahí me amenazaron con que iba a desaparecer y me dijeron que volviera al barrio porque sino la iba a pasar muy mal”.

Aaron, del Facundo Quiroga II, cuenta una historia similar: “Mientras no lles nada encima, llegás cerca del centro. Pero cuando te ven milicos que te conocen, te empiezan a molestar hasta que no te queda otra que irte. Una vez salí de trabajar re cansado y me agarraron los policías. Me salvé porque había una vieja que miraba toda la situación y el cana me dijo: `Esta vez te salvaste porque hay gente alrededor”. La experiencia de Aaron llegó al extremo de haber sido víctima de “submarino seco” en la comisaría cuando lo llevaron porque “se confundieron. Creyeron que había cumplido 18 y no 17. Me pararon una noche y me dijeron: `Ahora que ya sos mayor, no zafás”. A las cuatro horas lo dejaron en libertad.

## **Kennedy (Pergamino)**

“Pergamino, en general, tiene una diferencia de clases muy marcada. Se nota un montón en el laburo del barrio. Por eso es que hay bastante ausencia del Estado y de cómo abordar. Hay como un encierro institucional. Trabajé 16 años en salud y es muy difícil actuar interdisciplinariamente con grupos que tengan compromiso social. Se producen distanciamientos”, cuenta Silvana Ampudia, primera trabajadora social del barrio Kennedy y actual integrante de la conducción del Galpón del Arte.

Pergamino, después de San Nicolás, es la ciudad más importante de la región. Dentro de la localidad se encuentra el barrio Kennedy, a media hora del centro. Según un censo realizado por el Municipio, en el Kennedy viven cerca de 800 personas, aunque los integrantes del bachillerato popular que funciona en el barrio hicieron un relevamiento propio y creen que hay más de mil personas viviendo allí.

En 2012 hubo una toma al lado del arroyo: “Vino un chico de una organización y entraron 200 familias. Este chico conocía a alguien de Vialidad que estaba pasando por un momento difícil, y el pibe, que había ido a la iglesia evangélica y había aprendido un buen discurso, le empezó a hablar de Dios, lo sensibilizó. Y le hizo un comentario acerca de estos terrenos que estaban

disponibles. Un día me dijo que había un compañero, que hoy es candidato a intendente, que quería hacer un CIC (Centro de Integración Comunitaria). Pero a partir de que fueron a hablar con Vialidad, vinieron con dos topadoras y sacaron los dos ranchitos que había en el terreno. Dejaron liberado el terreno”, cuenta Carlos Ramos, presidente de la Comisión de Fomento del barrio Kennedy. Y agrega: “La verdad es que, en ese momento, actuamos con el corazón más que con la razón. Y si bien no participamos, le dimos un listado de nombres de algunos compañeros y vecinos que necesitaban casas. Finalmente hicieron la toma. Fue una movida política, y la gente quedó ahí, sin papeles ni nada y encima en una zona inundable. Cualquier lluvia los llena de agua”.

Sólo las calles de acceso al barrio están asfaltadas. Las casas en su mayoría son de material, pero no hay acceso a servicios como agua potable ni cloacas. La parte más precaria es la lindera al arroyo, donde se asientan las familias que tomaron el terreno hace tres años, aunque de a poco fueron levantando casitas de material. Hay mucha actividad industrial, por ejemplo, de una semillera que tiene una procesadora sobre una de las calles más importantes del Kennedy, lo que se percibe fácilmente porque el aire está un tanto viciado.

“Atrás del barrio hay una zanja de desagüe del Parque Industrial en la que podés ver agua de todos los colores, un día azul, otra roja. Eso va al arroyo de una y como no hay sistema de cloacas ni agua potable, eso llega al pozo y la gente toma agua de ahí cuando suben las napas. Hay muchos problemas respiratorios, también por la fumigación con glifosato. Todos los chicos del barrio viven con ese tema, que es atribuible a un montón de situaciones. Acá atrás también hay una semillera que procesa y seca las semillas en unos tanques y el desecho va al aire, está siempre suspendido en el aire. La zanja va cambiando de color todo el tiempo porque también hay una lavadora de jeans que va tiñendo el agua del canal de acuerdo a la tinta que use. Los vecinos piden que al menos se entube el canal”, dice Matías García, miembro y docente de matemáticas del bachillerato popular La Grieta. Matías también dice que en el barrio circula “el cuento del perro azul”: así llamaron unos pibitos al perro que se cayó en una zanja que desagota en el arroyo, y que salió teñido de color azul.

Después de las inundaciones de agosto, se realizó un relevamiento en las tres manzanas más afectadas a la vera del arroyo y del otro lado de la ruta 188. Este relevamiento arrojó que hay más de 60 beneficiarios de las prestaciones de la ANSES en esa zona.

“Hace dos semanas el barrio se inundó y el Galpón y este aula funcionaron como centro de evacuados por un par de días. Entonces no se dictaron clases y algunos alumnos nos llamaron para poder seguir en otro espacio. Hubo muchos inundados de este barrio, tuvimos unos cien evacuados y muchos que tenían que dejar las casas no lo hicieron para cuidar sus cosas”, cuenta Matías, del bachillerato popular La Grieta.

\*\*

El barrio está rodeado por el Parque Industrial de la ciudad, la calle Vacarezza, el arroyo Pergamino (que lo divide de los barrios José Hernández y Quinientos Doce) y las vías del ferrocarril Belgrano Cargas. Pero, a su vez, tiene una división interna: la ruta 188, y el barrio sigue del otro lado hasta las vías. Entre la ruta y el Parque Industrial, incluida la toma de 2012, hay unas 22 manzanas.

“La ruta divide al barrio, hay una división simbólica. Desde el otro lado han intentado fogonear para que sean dos barrios pero la comisión debe actuar para ambos porque es un sólo barrio. Allá no hay instituciones ni nada, de este lado es más poblado. Es complicado que la gente se organice, en la comisión somos cuatro o cinco nada más, no hay participación y tampoco hay una acción desde el Municipio que haga que las cosas cambien. Nosotros podemos decir que hay un foquito quemado y pasa un año y sigue en el mismo estado, entonces eso desalienta la

participación porque sienten que no tiene sentido formar parte”, dice Carlos, de la Comisión de Fomento del Kennedy, y agrega que la presencia física del Municipio “se reduce a la salita, el Galpón del Arte y el centro Mi Casa, nada más. Y los punteros, que son bastantes”.

Silvana Ampudia, del Galpón del Arte, coincide con Carlos sobre la ausencia del Estado: “Del otro lado de la ruta, el sector que ahora se llama El Triángulo, hay una ausencia total del Estado. Por ejemplo, venir acá a la sala de salud o al centro Mi Casa implica asumir un riesgo porque tenés la ruta. Es terrible. Al centro cultural los chicos vienen solos, no los trae el padre”.

“El centro Mi Casa y este espacio cortó un poco con esto. Se empezaron a vincular, a tener amigos. Pensemos que acá no había ningún espacio de vinculación”, explica Silvana. Y agrega que el espacio cultural y el centro Mi Casa han permitido salvar algunas diferencias entre los dos sectores del barrio porque se empezaron a vincular, a tener amigos del otro lado de la ruta. Sin embargo, la discriminación sigue operando: “Se llaman `los de arriba´ y `los de abajo´. Los de abajo, los del barrio municipal, tienen construcciones de la época de Alfonsín, de Menem y de la inundación del año ´95. La mayoría de esas familias habían venido de Santa Fe. Y los de arriba son los que viven en el sector más cercano al barrio José Hernández”.

Hace dos años se construyó el puente Bicentenario, que comunica el Kennedy con el José Hernández. Este puente, según Silvana, trajo tensiones entre los habitantes: “Cuando se armó el puente empezaron a venir al espacio y hubo tensión. Es más, la gente del Kennedy no quería el puente. Para la mamá que llevaba a su hijo a la escuela 5 le venía bárbaro, pero había sectores que se resistían. Había una cosa de estigmatización y de posiciones sociales; algo que se ve permanentemente”.

\*\*

El barrio presenta marcas de aislamiento desde lo geográfico y lo simbólico: falta de transporte público (que no ingresa al barrio después de las 6 de la tarde por “problemas de seguridad”), ausencia de escuelas y de espacios verdes, atención médica limitada (la única salita de primeros auxilios funciona en un horario reducido).

“Hay una criminalización del barrio. Si vas por la calle Guiraldes y la ruta, el Municipio puso una luz azul, por donde está la gomería, que prende y apaga como si fuera un patrullero. Es un código para que no paren los camioneros porque les afanan. El barrio está marcado”, dice Matías, de La Grieta. La criminalización también atraviesa a cada uno de los habitantes del Kennedy, recordándoles que su lugar es el barrio y no las calles asfaltadas del centro. Algo que la policía cumple a rajatabla, disfrazando el maltrato de orden y cuidado.

“Cuando vienen los chicos, a veces los para la policía. Tres meses atrás, uno nos contó que les tiraron un escopetazo y ellos tenían el cartucho. Los maltratan verbalmente, es usual. Antes no pasaba el patrullero, ahora sí pero quizás se baja un milico que tiene un mal día y se pasa de la raya con los pibes”, cuenta Carlos, de la Comisión de Fomento. Silvana, del Galpón del Arte, coincide: “Persiguen mucho a los jóvenes y se construyen identidades: la identidad del delincuente. Y eso es terrible porque después los marcan y los maltratan. Nos han comentado que al pasar el arroyo, los paran y los revisan por estar vestidos de determinada manera. Complicado. Se construye la identidad del: `Vos perteneces acá, sos delincuente, drogadicto´”.

## **Villa Garrote (Tigre)**

Un equipo local jugaba al fútbol contra los de Rincón de Milberg. Las cosas se pusieron tensas y los jugadores se armaron con maderas stockeadas en las barcasas de la costa. El partido terminó a los palazos. Desde aquel día, aunque oficialmente se llama Almirante Brown, todos conocen al barrio como “La Garrote”.



Garrote, en Tigre centro, es una villa de 800 familias rodeadas por el agua y el lujo de los countries. Queda a orillas del río Luján, al costado del country Venice, al lado de un proyecto trunco de viviendas de Sueños Compartidos, a unas 15 cuadras del puerto de frutos y a 7 de la estación Carupá del Tren Mitre. Se llega caminando en línea recta por la avenida Almirante Brown -frontera entre Tigre y San Fernando- hasta Italia. Ahí está la entrada. En una de sus canciones, la banda de hip hop Trap Villero habla de esa única vía para entrar:

“Calle sin salida/doble enseguida/aquí adentro vivimos otra vida”

No es una metáfora. Hasta hace poco, en la entrada a la villa había un cartel de tránsito que decía “calle sin salida”, con la intención de advertir a los turistas. A principio de año lo sacaron por presión de los vecinos.

Para los jóvenes, salir del barrio no es fácil. Cuando quieren participar de algún espectáculo público o caminar por el centro, los pibes -vigilados por las cámaras del Centro de Operaciones Tigre (COT)- son detenidos y devueltos a Garrote. “Si te ven afuera te mandan al COT. Vienen, te revisan todo, te re bardean. Si decís que sos de la Garrote fuiste. Te ponen contra el patrullero y te hacen abrir las piernas hasta que duela, como si fueras el hombre elástico. Te buscan droga o armas y si no te encuentran nada, buscan que les respondas mal. Total las cámaras no escuchan lo que decís”, cuenta un pibe de Garrote. Ser joven y vivir en un barrio que forma parte del bolsón de pobreza de la ciudad de Tigre, sitúa a estos sujetos como foco de atención y accionar del COT.

Adentro del barrio la vida es precaria. Para evitar que se caigan los postes de luz, los vecinos los refuerzan con palos o los atan a algún techo. Algunos hicieron un tendido cloacal que desemboca en el río y otros cavaron pozos ciegos. Lo mismo con el agua corriente. Hace cuarenta años, había tres bombas para cien casas. “Esto era tipo campo, no estaba tan poblado y el río estaba limpio”, recuerda Chávez, uno de los referentes históricos. “Cuando la población creció, hicimos un pozo hasta que encontramos el caño maestro, lo perforamos y le mandamos una llave de paso. Nos mojamos todos, ¡salía una cantidad de agua! Pero conectamos, cerramos la llave, la cubrimos con una chapa de fierro y seguimos excavando para adentro del barrio. Después pusimos caños y llevamos agua hasta el fondo. Los de Obras Sanitarias venían con una maquinita para buscar la llave de paso pero no la detectaban por la tapa de chapa que le habíamos puesto”.

Ahora el problema es otro: las aguas bajan turbias. “Abrís la canilla y sale marrón. Para poder tomarla tenés que esperar que se asiente, que baje la tierra. Y está llena de bacterias. En 2012 tuvimos una epidemia de parásitos, los pibitos vomitaban gusanos”, asegura Federico, un pibe del barrio.

Cuando sube el río, Garrote se inunda mucho. En la casa de Pablo, amigo de Federico y miembro de una banda de hip hop del barrio, la marea dejó una línea blanca a un metro del suelo. Ese día se veían ratas enormes caminando por los cables de luz. Cuando llueve, tiene que caminar con cuidado por los pasillos para no patinar y caer en el barro. “Eso se convierte en un pantano”, cuenta.

\*\*

Si la división con el afuera es tajante, brutal, barrio adentro también se tejen desigualdades. Villa Garrote se divide entre “los de adelante” o “los tucumanos”, los que viven cerca de la entrada al barrio, y “los del fondo”, que están más cerca del río. Si bien el límite no es claro, la división es histórica. Los vecinos hablan de cómo se pobló, de viejos tiroteos y de robo.

Según Andrés, un joven de Garrote, su abuela fue una de las primeras en instalarse. Cuando venía gente nueva le pedían permiso, “pero la parte que son de Tucumán no, ellos vinieron y se metieron. Es más, sacaron a la gente de adelante y los echaron para el fondo. Algunos murieron. De eso pasó una banda de años, ahora el día a día lo siguen los pibes. Yo como vivo en el fondo me empecé a juntar con los del fondo”.

El límite es difuso: las casas de material parecen diluirse a medida que se avanza hacia el fondo. Atrás de todo se vive la precariedad dentro de la precariedad. Los de atrás son en su mayoría recicladores que viven en casas de madera y pasillos de tierra. Marcela confiesa: “Vivo acá hace 25 años pero hace poco me di cuenta de que no conocía Garrote. Conocía a toda la gente pero nunca le había prestado atención a las necesidades que hay en el fondo porque nunca me había comprometido. Cuando arrancamos a hacer una tarea social en el barrio, en 2009, fuimos viendo que si bien adelante no es que estamos re bien, en el fondo viven más amontonados, tienen menos recursos y son los primeros que se inundan cuando sube la marea. Es otro Garrote”.

En Garrote, como en otros barrios, podemos encontrar que la desigualdad no sólo se da entre el adentro del barrio y el afuera, sino hacia el interior de los mismos barrios. Es así que las desigualdades y las prácticas de fragmentación territorial se van agudizando, generando una tendencia hacia las microfragmentaciones, las cuales van de una lógica interbarrial hacia lo intrabarrial.

### **Barrio Las Rosas (La Plata)**

En otros barrios esas fronteras internas parecen estar más claras. En La Rosas la calle 520 es la vía que se conecta con la Ruta 2 y la calle por la que pasan los colectivos. Pero esa calle es, además, uno de los límites simbólicos, quizás imperceptible para los de afuera pero tajante para quienes conocen el barrio. Ir a la escuela o vivir del otro lado significa ir a Santa Ana, cruzarse a otro barrio. Desde la calle 520 hasta la 526 es Santa Ana. Desde la 526 -la otra calle asfaltada que actúa como frontera- a la 32, Don Fabián. Luego viene la villa: los terrenos que bordean a las vías del tren Roca que unía La Plata con Brandsen y que en 2007 fueron parte de una toma.

En términos formales, las diferencias no son tan claras. “¿Los de la villa donde viven? En Las Rosas”, dice Julieta Relli, pediatra del Hospital José Ingenieros de Las Rosas. Mariano Merlo, docente de FinEs del mismo barrio, agrega: “Tiene mucha mala fama la toma de la vía, la de atrás. De ahí dicen que salen a robar, que ahí están los chorros del barrio. Aunque tampoco es tan real”.

Diego y Pablo estudian en la escuela 66, de Santa Ana. Hablan entre ellos:

-¿Sabés cómo le dicen a Don Fabián?

Se contesta a sí mismo:

-Bolofabián, porque son todos bolivianos. Y los de Las Rosas, paraguas.

-Estamos justo en el límite- dice el otro.

-Yo mucho no vengo para acá. No me cabe el caquerío.

-¿El qué?

-El caquerío, todos los caquitos ahí en la plaza, mostrándose, haciéndose los locos porque se fuman un porro. Esos tres que están ahí sentados con la moto, esos que juegan al fútbol, esos cinco de la esquina que están promocionando.

-¿Promocionando?

-Sí, que son pibes, deben tener 14 años como mucho, pero están ahí en la esquina, promocionando para ser más.

“Cuando los chicos del taller de ‘este lado’ se enteran que va a venir alguien ‘del otro lado’, no es lo mismo”, dice Lorena, miembro de la Asociación Civil Brújula, una ONG que depende del servicio zonal de niñez. “Se lo bancan hasta por ahí nomás. Tienen sus resquemores”.

Las instituciones que articulan el trabajo social de uno y otro lado toman nota de esa situación. “Si bien en la mesa de gestión trabajamos con la escuela 13, la 66, con La Brújula, que es una asociación civil que está de aquel lado, justamente está de aquel lado. El trabajo lo estamos haciendo en paralelo: es decir, el mismo proyecto de salud medioambiental pero en paralelo de los dos lados. Pero también muchos chicos van a la escuela 13 y son de este barrio”, dice Silvina Sanz, psicóloga de los consultorios externos del CPA en el Hospital José Ingenieros.

## **La Matera y La Paz (Quilmes)**

En La Paz, al oeste de Quilmes, el arroyo San Francisco marca el límite entre el barrio y el asentamiento. Del otro lado del agua se termina el asfalto y las casas de material. Y allí está La Matera con sus ranchos.

La división intrabarrial se expresa incluso en el interior de las instituciones que hacen trabajo social en el barrio. En La Casita, una casa ubicada en La Paz que depende de la iglesia y que le hace “el aguante” a los adolescentes para que pasen el día y no estén todo el tiempo en la calle, la división se expresa más allá de las intenciones de quienes la dirigen.

“Adentro de La Casita todos discriminan a los de La Matera porque son de la villa”, dice Gastón, vecino de La Paz. “Siempre fue así. Ada, encargada y cocinera de La Casita, prefirió a los de La Casita antes que a los de La Matera. Siempre que hay una cagada, quiénes fueron: los de La Matera. Se roban algo y quiénes fueron: los de La Matera. Cuando nos íbamos a las piletas, primero los de La Casita y después los de La Matera. Un poco los discriminan por ser villeros”.

Una tarde, Juan entró a La Casita con la campera abrochada hasta el cuello, a pesar de estar transpirado. Llevaba algo que apretaba con fuerza debajo de la axila.

-Mirá, está casi nuevo- le dice a Gastón y desenrolla un jean.

-Pará, ése es mi jean- dice el amigo y su cara se transforma.

Empieza una discusión: Federico, vecino de La Matera, es el principal sospechoso del robo. Los pibes comienzan a apilarse en el patio. Se miran, miran el jean.

-Lo compré. Cincuenta pesos- dice Federico mientras se acomoda la gorra.

-¿A quién? Si estaba en mi casa.

-A un chabón de La Matera.

Federico aprovecha una distracción y se fuga.

“La Matera es La Matera -dice Ada-. Cruzando el arroyo los chicos claramente pasan carencias, conviven en la calle todo el tiempo. Y esa situación no favorece mucho. Y los chicos de acá, de La Paz, dicen que los de La Matera son sucios, son ladrones. A veces no se dan cuenta y nosotros los escuchamos. Hay situaciones donde por ejemplo falta algo, y dicen: ‘Ahh, fueron los de La Matera’. Tratamos de que se junten, pero a veces se agarran afuera”.

En La Casita hay unos treinta pibes. Santiago, de La Paz, y Lucas, de La Matera, se paran frente a frente. Los pibes los rodean. Se provocan. Hacen gestos con los brazos. Las cocineras

y encargadas del lugar les gritan que se tranquilicen. Hace unos días, dice Lucas, le pegaron entre dos. Santiago se le acerca, tiene los ojos rojos y mucho aliento a vino. “Vamos a pelear”, dice. Se empujan. Surgen las primeras piñas. De pronto se suman más pibes: Matera contra La Paz. Vuelan las sillas que dividen la cocina del pasillo: el lugar que se pensó para contenerlos deviene en campo de batalla.

## **Puerta de Hierro (La Matanza)**

La villa Puerta de Hierro está ubicada al este de La Matanza, en San Justo. Limita al sur con Avenida Crovara, al Norte con el Cementerio Municipal de Villegas, al este con las vías del Ferrocarril General Belgrano Sur y al oeste con el barrio 17 de Marzo y San Petersburgo. Hoy habitan alrededor de dos mil personas, 500 familias. El barrio se divide en tiras, separadas por pasillos angostos que sólo pueden ser transitados a pie.

“Puerta de Hierro es un barrio que fue hecho por el Estado y fue condenado a la indigencia perpetua. Donde no tenés intimidad, ni para ir al baño ni para estar con tu pareja; para nada. No hay patios y los pasillos son muy angostos, una persona gorda tiene que pasar de costado”, dice Pablo Pimentel, de la APDH La Matanza, y agrega: “La persona que está desahuciada de todo, que no tiene una vivienda digna, que no tiene una familia constituida, con hermanos escolarizados y demás. Hay mucho papá preso, mucha madre que está en otra cosa, los chicos han nacido en un clima hostil por donde se lo quiera ver. Desde sus casas, por la forma de construcción. En el barrio no hay lugares comunitarios para poder jugar. Un día fui con un amigo sociólogo, para que escuchara, y me dijo: `Mirá, Pablo, el nivel de indignidad que arrastran hace 35, 40 años, los lleva a verse desvalorizados tanto como personas que es muy difícil construir o reconstruir tejido social”.

“Puerta de Hierro está en la Estación de Villegas. Y el tren, que viene del lado de Capital Federal, de alguna manera ahí se vacía, porque los pibes que viajan se bajan ahí, cruzan Crovara, entran corriendo a comprar a Puerta de Hierro, y si logran subir al tren que vuelve, bien. Sino esperan a otro tren que venga, y sino otros pibes se quedan ahí. Muchos han perdido la vida al costado de la vía, o los chocó un coche. Es una zona donde la vida perdió el valor”, dice el Padre Bachi.

Desde chicos los pibes hacen carne las situaciones de violencia y aprenden a ubicar las zonas de miedo: saben cuáles son las cuadradas peligrosas donde suele haber tiroteos, quiénes son las personas que ejercen el poder mediante el uso de la fuerza, cuál es el comportamiento que hay que mantener para sobrevivir en una situación de conflicto permanente.

En La Matanza hay una disputa en los barrios para ver quién detenta el poder. Eso se hace visible en las bandas de jóvenes. Las bandas, ancladas en la territorialidad (barrios), mantienen entre sí fuertes conflictos para defender y manejar los espacios propios. Se construyen identidades ligadas al territorio y la búsqueda de poder que confiere defenderlo: se es de Puerta de Hierro, se es de San Pete, se es del 600.

Al indagar sobre las situaciones de violencia en las zonas de mayor venta de sustancias, se descubren formas intermedias de regulación de los conflictos en las que los vendedores de drogas juegan un papel activo.

Laura Romero es una docente que da clases en Puerta de Hierro y suele organizar talleres extracurriculares. A veces, de la mano de sus alumnos, logra entrar en el barrio. Una de esas veces habían hecho locro en el taller. Cómo sobró, decidieron llevarlo a la biblioteca del barrio para que lo repartieran. Se internó por los pasillos de Puerta con una olla y acompañada por una nena de 7 años, seguida de otras personas. Al llegar a la zona de mayor concentración de transas, comenzaron las ofertas. “¿Querés comprar?”, le decían a la docente. La niña tomó las

ofertas como una ofensa. “¡Salí! -le gritaba a los transas- ¿No te das cuenta, boludo, que venimos para para otra cosa?”.

“Me llamó la atención la construcción que ella tenía -reflexiona Laura-. Porque por más que yo fume o no fume, la actitud de ella al decir: `correte, no te desubiques, que venimos para otra cosa’, fue muy fuerte”. Los niños de 4 o 5 años saben de qué se trata el circuito de consumo. Camila, una nena que participa del Hogar de día de la Fundación Cadena, dice en media lengua: “Mi hermana está con eso que comen los fisuritas, con la pasta base. Ella lleva y vende en el tren”.

También Laura contribuye con el relato contando que en el aula son los mismos chicos los que se dicen “callate transa” como insulto o “tu vieja es un arruinaguacho”.

Ser *arruinaguacho* debido a la venta de pasta base a otros jóvenes o tener algún vínculo familiar con alguno de ellos se transforma en un agravio del que hay que defenderse, un valor negativo, por un lado, debido al estigma. Pero, a la vez, ser transa esa una forma de acceso a bienes. En ese punto radica la tensión, como lo demuestran los dichos de un alumno frente a esa acusación:

-¿Y a vos qué te importa? Mirá cómo estoy vestido yo y cómo estás vestido vos.

-Sí, mi vieja me viste con esto, pero trabaja- le respondió una chica.

Situaciones similares ocurren en Puerta de Hierro: “El otro día, cuando entro al aula, un pibe de 13 años me puso la pistola arriba de la mesa. Me pidió si no se la cuidaba durante la clase - cuenta Daniel Romero-. Cuando se lo conté a la directora, ella me dijo: ‘Tranquilo, vamos a manejarlo, es un pibe pesado del barrio, lo estamos conteniendo acá’”.

A fines de septiembre, 30 policías de civil y 300 efectivos de las delegaciones de Drogas Ilícitas de La Matanza y Ezeiza entraron a la villa Puerta de Hierro y secuestraron paco y marihuana y detuvieron a 12 personas, en su mayoría mujeres.

El operativo estuvo filmado con una cámara oculta, otra que se encargó de los planos generales, dos GoPro adosadas al cuerpo de los policías y un dron que sobrevolaba la zona. En el operativo no participaron policías de la comisaría 20, con jurisdicción en el barrio. Ellos, según los vecinos, son quienes todos los días recaudan dinero entre los transas.

Los medios recibieron las imágenes editadas y las transmitieron sin más. Como sucede desde hace un tiempo, la Bonaerense sugirió un título que los canales de televisión compraron a libro cerrado: “Las narcochicas de Puerta de Hierro”. En las imágenes se ven casas precarias, mujeres jóvenes que dijeron vender dosis de paco a 5 y 10 pesos y muchísimos envoltorios plateados al lado de un sánduche de milanesa envuelto en la papel de almacén. El cálculo policial fue de 20 mil dosis de paco secuestradas. Dos horas después del allanamiento, el barrio volvió a ser el de siempre: pasó el tren del dinero y se detuvo en la Estación Villegas, los consumidores volvieron a comprar y los transas, a ofrecer su mercadería.

La policía dijo que el allanamiento fue el resultado de nueve meses de investigación. Antes de entrar al barrio instalaron cámaras ocultas, hicieron escuchas telefónicas y agentes de civil se hicieron pasar por clientes. Así descubrieron que las que hacían el trabajo de fraccionamiento, venta y entrega de la recaudación eran mujeres. Algo que cualquier niño de Puerta de Hierro sabe.

Es bastante común que en Puerta de Hierro la policía allane una casa o detenga a gente por error. La escena es repetida: caen los policías con una orden, rompen puertas, hay gritos, puteadas, vecinos que se asustan, que no pueden creer que les toque a ellos.

Los testimonios sobre este punto son casi espontáneos. Se escuchan en los pasillos cuando los vecinos comentan los pormenores del último operativo. Beto, por ejemplo, había comprado una puerta hacía poco. De madrugada se despertó a tomar agua y vio a un policía del otro lado de la ventana preparado para patearle la puerta. Llegó a abrirle.

A Lucho le pasó lo mismo. Y cuando se fueron los policías, después de insistirle que eran una de las familias históricas del barrio y que no andaban en eso, encontró varios cogollos de marihuana entre los bidones de lavandina que vende en el negocio. “Estaban fraccionados y todo -dice-. Estaba todo listo para armarme la causa”.

En Puerta de Hierro la seccional de la policía está a 100 metros del paso a nivel de Villegas. Cuando salen, les tiran piedras. Los patrulleros no suelen entrar al barrio. La Gendarmería, cuando se hace presente, es la que impone respeto.

Verónica es directora de la Fundación Cadena, un centro de día para niños y niñas que depende de la Iglesia del Padre Pablo Ghilardini. Allí van cerca de 40 niños entre 2 y 12 años que comen, hacen actividades recreativas y tienen asistencia médica a través de diferentes convenios con el hospital Balestrini. Verónica explica: “Si pasó algo y le pedís a la policía, ellos no pueden entrar a Puerta. Antes de las vacaciones me llamaron del jardín de infantes, porque nosotros pertenecemos a una red de todos los que trabajamos con la niñez. Me llamó la directora a las 8 de la noche para decirme que en el jardín estaba la vicedirectora con una nena que no habían ido a buscar. Y yo le pregunté qué quería que hiciera, porque no podía entrar a esa hora a la villa. Pero yo era el único contacto que tenían. Así que llamamos a una mamá del hogar para que la fuera a buscar y la llevara a la casa. En esos casos, el jardín tiene que hacer la denuncia y la policía tiene que notificar a los padres y llevar a la criatura a la casa, o retenerla hasta que la vayan a buscar. Pero en la comisaría le dijeron a la directora que los disculpen, pero que ellos no podían entrar a Puerta”.

## **San Petersburgo (La Matanza)**

IJÓVENES trabajó durante todo el año 2015 en un dispositivo que se armó en San Petesburgo, articulando con el Padre Basilio “Bachi” Britez –miembro de los denominados ‘Curas Villeros’-, la Asociación Civil Íntegra, la Universidad Abierta Interamericana (en la cual los referentes territoriales realizaron la ‘Diplomatura en Adicciones’) y el Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires. En este dispositivo se brindó un espacio de prevención para niños y jóvenes que incluye tareas de refuerzo escolar, talleres de primeros auxilios, cine-debate, clases de guitarra, manualidades, ajedrez, artesanía en vidrio y deportes.

Además, este dispositivo contó con servicios de tratamiento individual y grupal para las adicciones. Éstos se enmarcan en acciones de intervención temprana, asistencia y seguimiento. Una tarea central en la atención de las adicciones son las acciones de ‘largo alcance’, que implican salir al encuentro del consumidor y sus familias en sus hogares o donde se encuentren (esquina, cancha, kiosko, etcétera). Este seguimiento hace que aquellos más reticentes a comenzar un tratamiento, lo inicien, y quienes se estén atendiendo, puedan sostener los logros obtenidos y fortalecerse a diario. Todas estas actividades, son supervisadas por un Coordinador Operativo y Terapéutico que conduce a los referentes comunitarios en el territorio.

El proyecto preventivo-asistencial es liderado por vecinos del barrio, configurándose de esta manera en un trabajo que nace desde la comunidad y es llevado adelante por miembros de la misma. Este modo interdisciplinario de llevar a cabo el emprendimiento, es lo que hace posible que el trabajo sea sustentable, exitoso y replicable.

Todas las acciones realizadas en este barrio hubiesen sido impensadas sin el apoyo del Padre Bachi, quien es el párroco de San Petersburgo y las comunidades aledañas (Villa Palito, Puerta de Hierro, 17 de Marzo y Caacupé). El padre brindó el espacio físico en San Petersburgo y 17 de Marzo para que trabaje el equipo técnico de Jóvenes en conjunto con los referentes territoriales, y la Asociación Civil Íntegra y el Ministerio de Desarrollo Social colaboraron con los sueldos de los equipos y los materiales de los talleres.

La gratitud que nos manifiestan a diario los vecinos, además del enorme compromiso del equipo, hacen que este proyecto, pese a las dificultades, crezca, se consolide y logre seguir involucrando actores que viven en los barrios y voluntarios que no son de allí. Con Jóvenes también realizamos una investigación durante todo el año que se vio plasmada en un documento completo; la misma incluyó el registro y relato de las experiencias, así como la evolución del plan estratégico anual.

### **Villa La Cárcova (San Martín)**

En La Cárcova hubo tres tiroteos entre bandas lideradas por transas. Fueron cerca de una escuela, un lugar intocable para todos los vecinos, y representaron un punto de quiebre en lo que respecta a la violencia derivada de la comercialización y el consumo de sustancias.

La confianza en las instituciones estatales es escasa o nula, quizá porque la mayoría de las veces el Estado se presenta allí a través de la policía o la Gendarmería, ambas acusadas de ser cómplices de los transas. En términos generales, los vecinos no responsabilizan de su situación directamente al Estado, pero tampoco lo perciben como un agente que pueda solucionar ciertos problemas, como la violencia derivada de la comercialización de sustancias.

Darian tiene 9 años y es hijo de un referente barrial de La Cárcova. “Esos son transas”, dice señalando a dos motos que pasan a alta velocidad por la calle central. También cuenta que desde pequeño sabe quiénes son los transas en el barrio porque los veía con armas.

Cuando pasa por al lado de un transa se calla, sabe que adelante de ellos no tiene que decir nada. Cuenta que varios de los hermanos mayores de sus amigos trabajan con ellos. Y que cuando sea grande le gustaría ser policía y meter preso a los transas, porque así podrían vivir más tranquilos en el barrio y los chicos podrían ir a la escuela sin miedo a que les disparen. “Yo no me quiero ir del barrio, pero tampoco quiero que maten a más gente”, dice.

Desde pequeños los niños hacen carne las situaciones de violencia que ocurren en el barrio, los lugares por los que se puede transitar y los que no, qué decir, cuándo hablar y cuándo callar. Ubican rápidamente las zonas de miedo.

La circulación de armas se encuentra íntimamente ligada al incremento de la violencia. El Fiscal de Drogas de San Martín comenta que en los allanamientos se encuentran armas de todo tipo: 9 milímetros, Glock, granadas, subfusiles y ametralladoras M16. Valentín, de La Cárcova, coincide en este hecho y relata: “En el barrio siempre hubo algunas armas, pero nunca como ahora. Un ejemplo: después del tiroteo que hubo en la puerta de la escuela, los integrantes de una de las bandas transportaron armas de diferentes calibres en una bolsa de arpillera de cien kilos. Las armas antes la manejaban jóvenes-adultos y adultos. Ahora hay chicos de 12 años que están armados”.

Mariana quedó en medio de uno de ellos: dos jóvenes que peleaban, uno armado con una faca y otro con una pistola. Unos días más tarde le robaron a una médica que trabajaba en la salita de primeros auxilios del barrio. Los trabajadores de la salita se pusieron de acuerdo e hicieron correr el rumor. “Si esto sigue así -dijeron- cerramos la sala”. Lo hicieron con la intención de que hubiera una reacción barrial. “A los pocos días, dos muchachos vinieron acá, pidieron una

reunión y nos dijeron: ‘No queremos que cierren, nosotros vamos a parar un poco, vamos a arreglar todo’”. Después de esa visita la situación se calmó. “Acá no se hacen denuncias en la comisaría. Acá los problemas se resuelven hablando o sin hablar, o no los resolvés y vivís toda la vida con el problema. Dicen que lo primero que hay que hacer para ganar una batalla es identificar al enemigo, con quién voy a pelear. Acá, a veces es muy difícil identificar al enemigo, y ahí es cuando uno se confunde y piensa que el vecino es el enemigo”.

A fines del año pasado mataron a Enzo Ledesma, un pibe de 13 años del barrio. Los vecinos prendieron fuego la comisaría. La bronca pasó. Así y todo, en septiembre de este año, la comisaría apareció vallada, con doble reja en la puerta. “¿Por qué? ¿Qué están haciendo para saber que tienen que poner vallas? ¿Se están cubriendo de algo que hicieron y están esperando el vuelto?”.

## **Fiorito (Lomas de Zamora)**

Si pinchamos la casa de cualquiera de nuestros entrevistados de Fiorito en un programa de mapeo satelital y miramos su ubicación a la distancia podemos llevarnos una impresión equívoca o incompleta. ¿Quién no quiere vivir allí, a minutos de la principal ciudad de Argentina y a pocas cuadras de avenidas, autopistas o caminos que rápidamente nos comunican con las posibilidades de trabajo, educación, cultura y esparcimiento?

Sin embargo, a medida que nos acerquemos en la fotografía satelital, comenzaremos a tener otra dimensión de otros lugares, que comprenderemos en plenitud desde las historias de vida de sus protagonistas. La realidad de la primera Fiorito, la de la estación y los primeros habitantes, era compleja porque nació en el margen y siempre se percibió como un espacio “vaciadero de la ciudad”, como nos lo relata Gladys, responsable de ALUD: “Viví en Fiorito desde muchos años atrás, cuando esto era una villa bastante cerrada atrás de la vía. Con colectividades, familias paraguayas, chilenas, que se habían asentado acá. Era el vaciadero de la ciudad de Buenos Aires. Y todos tiraban todo atrás de la vía. Los laboratorios tiraban medicamentos pasados y los chicos se proveían de ese lugar”. Pero mucho más complejo es ahora, que el territorio se fue cubriendo hasta la Ribera con nuevos barrios que suelen llevar de nombre la fecha en que los vecinos realizaron la toma y se instalaron. Viven en los márgenes del margen, en aquellos terrenos que por diversas razones no fueron elegidos para vivir cuando se fueron conformando las ciudades.

Si pasamos revista a los problemas que ellos padecen, al cúmulo de carencias y dificultades, podemos quedarnos con la creencia de que el Estado nunca llegó ahí y que están absolutamente olvidados. Pero si miramos la película en lugar de la foto, podemos concluir que son territorios en los que ha existido una fuerte inversión en infraestructura y social, que esa inversión no siempre ha estado bien orientada, que las condiciones en las que habitan hacen difíciles de encaminar las soluciones y que la lucha de los vecinos sigue adelante porque es mucho lo que falta.

Las historias de vida van delatando las diversas presencias de lo público en el territorio y la relación muchas veces efímera o esporádica que sus protagonistas mantienen con ellas. Y también, la fragmentación en las vidas de personas que vienen de otros lugares con otras experiencias y terminan procurando hacer de este lugar -en el que la organización popular busca resolver los problemas de hábitat, contaminación, violencias y adicciones- su lugar en el mundo.

Como Norma, que pasó de los campos de algodón en Chaco a la Ribera del Riachuelo. Se crió con su abuela y no conoció a su papá, trabajó en la cosecha de algodón en un campo de su familia en Chaco hasta que su mamá -que había formado otra familia- la llevó al conurbano a los 14 años para que cuidara a sus hermanitos, porque tenía que trabajar. A los 15, Norma



conoció a Juan, su compañero y padre de sus hijos, y se instalaron en Fiorito, a la vera del Riachuelo, un lugar atravesado por inundaciones, contaminación y pobreza; un lugar que incide en sus vidas y las condiciona hasta el presente. Para Norma, la Ribera es la explicación de la muerte de su hija de 2 años y 8 meses. Pero también, de la frágil salud de su hijo y de cómo esa fragilidad influyó en su personalidad. En los días en que conversamos con ella, él se encontraba en prisión. Sin embargo, Norma hizo de Fiorito su lugar y siente que allí cumplió muchos de los sueños de su niñez, como tener familia, trabajo y su casa. Pero además, se siente una persona valiosa en su comunidad. “Estoy a cargo de los chicos del programa Envión, haciéndoles el desayuno y el almuerzo, y siempre estoy interesada en saber todos los problemas que tienen: de familia, de consumo, falta de cobertura médica”, dice. En el camino, el territorio fue lucha. La muerte de su hija disparó que se juntara con otros vecinos. Tomaron un predio que estaba cercado por un corralón pero que no le pertenecía. Luego de asentarse descubrieron que eran tierras fiscales. Y el territorio fue lucha: desde 1998 se asentaron y comenzaron a construirlo como su barrio, a tratar de encarar los problemas de los chicos, a luchar por las calles, el asfalto, las viviendas. Tienen asignaturas pendientes como el programa Mejor Vivir, que aún no se pudo terminar. El territorio fue lucha y en esa lucha, los reclamos y las broncas pero también los logros y avances, se dieron en relación al Estado.

O como María Herrera, cuyo primer territorio fue el campo. “Me crié en la pobreza absoluta, de no tener nada, a veces, ni para comer. En el tiempo en que yo era chica en Chaco, si se sembraba algodón en la época de cosecha no íbamos a la escuela, empezábamos el año después de las vacaciones de julio. No había manera de convencer a mi papá para ir a la escuela a estudiar”, cuenta. Después, trabajó en una casa de familia: “Me fui de casa a trabajar en casa de familia, de mucama, de niñera, en el Chaco. Viví toda clase de situaciones de humillación”. Hasta que migró a Fiorito: “Vine en 1993 con un bebé de 4 meses. Mi marido había venido un mes antes. Nos instalamos en una casita en Roberto Arlt y Necol. Después compramos otra en Quesada y Unamuno. Ahí viví tres años y tuve dos chicos más. Era horrible porque se rebalsaba el arroyo y era un desastre. Mi segundo hijo estuvo internado unas siete veces en el Hospital de Niños por neumonía. Cuando se armó la cooperativa Roberto Arlt, el presidente era Camilo Fernández. Me ofrecieron mudarme a otro lugar donde tendría más espacio, un barrio mejor. Antes de la toma del 3 de Enero, nos vinimos en la parcela en Darwin 3035, que es donde vivo ahora. El proyecto se frustró porque por un tema político se tomaron las tierras. Sufrimos mucho los conflictos de esa toma”.

Hoy el lugar de María es Fiorito, donde hay varias escuelas. Sin embargo, María envía a su hija más pequeña a una escuela de doble turno en la Ciudad de Buenos Aires. Su vinculación con lo público tuvo a la militancia juvenil como nexo. Así se formó como promotora de salud, se conectó con el equipo que puso en marcha el hogar Fátima Catán y se vinculó a la Misión Materno Infantil (un operativo casa por casa de la Secretaría de Salud), a la Unidad Sanitaria Nueva Fiorito y, en los últimos tiempos, a los talleres en el Centro Comunitario Floreal Ferrara. Cuando acudió desesperada al hospital para resolver el problema de su hijo, se dio cuenta que no encontraría la solución allí. Y entonces recurrió a ALUD (Asociación de Lucha contra la Drogadicción), una asociación civil con varias décadas de trabajo en Fiorito. Su responsable es Gladys, que empezó a trabajar hace cuatro décadas y que hoy, a los 71 años, teme que nadie sostenga la entidad en el futuro.

Pero los vecinos siguen y el testimonio de Alberto Lares nos da una pincelada de sus luchas en el presente. “Hoy tenemos una mesa de trabajo barrial y con eso tratamos de obtener los títulos a través del Estado para el garante del acceso a la tierra. Hubo distintas acciones en general con respecto al Estado, pero el balance aún no es positivo. Después del último intento de regularización, que fue hace pocos meses, todavía estamos con las entrevistas, que llevan a reuniones donde siempre es: ‘Vamos a intentarlo’. Tenemos los trámites burocráticos organizados, el plano aprobado y los censos hechos, pero todo queda demorado por cuestiones de política y burocracia (...) La realidad es que los vecinos no tenemos el título de

propiedad, que es algo a lo que queremos llegar. Tenemos luz porque cuando vino Edesur, querían hacer buena letra. Primero nos querían poner un medidor comunitario, le ganamos la pelea con los vecinos y tenemos medidores individuales. A partir de que los vecinos nos movilizamos, se han logrado algunos cambios positivos: alumbrados en algunos barrios, la semana pasada comenzaron con el posteo y si todo va bien el barrio tendría una unidad eléctrica mejor. A partir de la movilización en el barrio se logró eso en el barrio 1º de Octubre”.

Entubamiento del arroyo Unamuno, numerosos asfaltos, recuperación de espacios públicos, nuevos establecimientos sanitarios y educativos, diversas obras de saneamiento: mucho es lo que ha invertido y hecho el Estado en Fiorito y mucho es lo que falta. Pero además, de los testimonios se percibe que es una comunidad con voluntad de protagonismo y participación y que no siempre el Estado ha canalizado de manera adecuada esa vocación.

## Red de instituciones, organizaciones sociales y políticas públicas que trabajan con jóvenes



En los territorios relevados durante el trabajo de campo se encontró una amplia diversidad de instituciones, organizaciones sociales y políticas públicas que trabajan con jóvenes. Hay propuestas que provienen de las diferentes áreas del Estado, y otras sostenidas por organizaciones sociales.

En la mayoría de los espacios, la dificultad es la misma: entre los 15 y los 18 años los jóvenes son difíciles de interpelar. Muchas veces, las propuestas barriales son para los niños más chicos, porque son más fáciles de “controlar”. Otras no son lo suficientemente atractivas para que un joven se sume a participar.

Las propuestas educativas, como el Plan FinEs, empiezan a partir de los 18 años. Y en muchos barrios no existe el Envi3n. Entonces, si un joven deja la escuela a los 15 años, hasta los 18 no sabe a d3nde ir. Cuando la escuela deja de ser un espacio de pertenencia y encuentro, su atenci3n pasa a estar enfocada en otras cosas. Entonces, quienes coordinan las actividades piensan estrategias que abran las instituciones donde trabajan. Un proyecto de red comunitaria puede ser una manera de integrar, de una u otra forma, a aquellos que quedan por fuera.

Muchas de las experiencias que relevamos no trabajan solas; las instituciones se agrupan, arman redes, tienden lazos de participaci3n y ayuda comunitaria dentro de los mismos territorios. Si hay dos talleres para ni3os en un mismo barrio, por ejemplo, se proponen llegar a pibes de diferentes edades, o si un espacio tiene problemas para abordar el consumo problem3tico de sustancias, recurren a las redes que ofrece el Estado.

Esos mismos equipos basan su trabajo con j3venes consider3ndolos, principalmente, sujetos de derechos, activos en la construcci3n de su subjetividad, capaces de elegir. Entonces, la educaci3n popular pasa a ser un pilar fundamental, sumado al armado de redes de articulaci3n barrial, vinculaci3n con instituciones estatales y una fuerte participaci3n local.

Algunas de ellas tienen, dentro de sus objetivos espec3ficos, dispositivos de tratamiento y prevenci3n de consumos problem3ticos de sustancias (que ser3n abordados en el cap3tulo “Dispositivos de tratamiento”).

En otros casos -como la Orquesta Escuela de Chascom3s, GiraVida y COPATE en Villa Caracol y Bajo Rondeau (Bah3a Blanca) y el Galp3n del Arte, el Centro Educativo Complementario Mi Casa y Caba3a Joven en Pergamino-, si bien la tem3tica de consumos no forma parte de sus proyectos institucionales directos, influyen de forma colateral a trav3s del tendido de redes para los j3venes al acompa3arlos y sostenerlos para que puedan construir y desarrollar sus proyectos de vida.

En Garrote (Tigre) y Las Rosas (La Plata) las actividades para adolescentes y j3venes tienen escasa convocatoria y se observa una dificultad en la inclusi3n a pol3ticas p3blicas de los j3venes de entre 15 y 18 a3os debido al quiebre con la escuela -que se sit3a como la principal pol3tica existente para esta franja etaria- y a la ausencia de otras pol3ticas que incluyan a los j3venes. Los referentes explican que a partir de los 12 a3os los chicos empiezan a relacionarse con otras din3micas, muchos dejan la escuela y ya no ven a los talleres como un espacio de contenci3n. Y si bien existen programas como FinEs y J3venes por m3s y mejor trabajo, que apuntan a recomponer el v3nculo con el mundo educativo y laboral, son para j3venes mayores de 18 a3os (estos programas est3n desarrollados en los cap3tulos correspondientes a “Trabajo y Juventud” y “Educaci3n”, respectivamente).

En otros territorios -como los barrios 30 de Mayo de Chascom3s, Centenario de Mar del Plata, Villa Caracol y Bajo Rondeau de Bah3a Blanca, Fiorito y Santa Catalina de Lomas de Zamora- funcionan sedes del programa Envi3n, pol3tica p3blica destinada a j3venes de 12 a 21 a3os en situaci3n de vulnerabilidad social. Sin embargo, la convocatoria y la permanencia de los beneficiarios son diversas: al ser un programa de gesti3n compartida entre los Estados provincial y locales, los proyectos pedag3gicos y las infraestructuras son dispares, lo que

impacta en los niveles de participación y compromiso en las actividades por parte de los jóvenes. Otra variable que incide de forma diversa es el cobro de la beca. En algunos casos, como en Chascomús, los pibes siguen asistiendo a los talleres a pesar de los reiterados retrasos en el pago. En Mar del Plata sucede lo opuesto: de los 73 beneficiarios, sólo 20 participan activamente en los talleres. El Envión genera espacios de taller y expresión que en principio están destinados a los becarios, pero que a su vez pueden ser útiles para otros jóvenes. Sin embargo, no en todos los Enviones están dispuestos a que los talleres sean abiertos, porque temen que se generen conflictos por la diferente situación entre quienes perciben beca y quienes no.

Por eso, sin perjuicio de la descripción en términos generales, es interesante que demos detalles de experiencias barriales en algunos de los territorios que dan cuenta de la importancia de la articulación entre las distintas instituciones para dar respuesta a las demandas de la comunidad.

### **Si tenés entre 15 y 18 años no hay puertas abiertas. Las Rosas (La Plata) y Garrote (Tigre)**

El ensayo de una murga del barrio Garrote, en Tigre, iba a cerrar con una merienda comunitaria.

-Hoy te toca a vos hacer las tortafritas- le dijo Paula, la coordinadora, a un quinceañero.

-Vos estás loca, yo no sé cocinar.

-Cuando yo nací no sabía ser mamá, la vida me fue enseñando. Antes vos no sabías tocar el bombo y ahora sabés. Entonces las tortafritas se hacen así y así.

Con la merienda ya servida, el pibe les contó a todos, uno por uno y con una alegría enorme, que él había hecho las tortafritas. “Ahí entendí: el problema es que no los hacemos sentir útiles, por eso muchos no estudian ni trabajan. Porque piensan que no sirven para nada”, reflexiona Paula.

En muchos espacios de Garrote se habla de la dificultad para convocar y mantener el vínculo con los adolescentes y jóvenes. En el otro extremo del conurbano, cerca de La Plata, los grupos que hacen trabajo social narran la misma situación. “A partir de los 12, 13 años hay pocas expectativas de los chicos a hacer algo, van dejando la escuela, o la escuela ya no es un espacio de contención para ellos, y se empiezan a identificar con otras cosas. No tienen la expectativa o la certeza de un pibe de clase media que sabe que va a seguir estudiando o que le va a ser más fácil conseguir un trabajo”, dice Lorena de la Asociación Civil La Brújula, con trabajo en el barrio Don Fabián de La Plata.

Los referentes coinciden en que a partir de los 12 años hay un quiebre: los chicos empiezan a relacionarse con otras dinámicas, muchos dejan la escuela y ya no ven a los talleres como un espacio de contención. Para los pibes de entre 15 y 18 años no hay propuestas institucionales claras. Si bien existen programas como FinEs y Jóvenes por más y mejor trabajo, que apuntan a recomponer el vínculo con el mundo educativo y laboral, ambos son para jóvenes mayores de 18 años.

“El discurso de las madres es clarísimo. Nos dicen: ‘Cuando llegan a esa edad es como que los pierdo’, se me escapan de las manos’. Si las mujeres están solas o tienen una chorrera de hijos, cuando ven que los pibes pueden manejarse solos aceptan decir: ‘Bueno, ya está, que se arreglen y me ocupo de los chiquitos’”, agrega Lorena.

\*\*

En la parroquia de Garrote se hacen talleres culturales. “Van los chiquitos hasta los 13, 14 años. Después no quieren saber más nada”, cuenta el diácono. Frente a la escasa participación, él y su hermano construyeron un ring de boxeo al lado de la canchita de fútbol. La obra arrancó en mayo y un mes más tarde estuvo todo listo.

Las clases de boxeo empiezan a las cinco de la tarde, cuando ya está oscureciendo. El río trae un viento frío y no hay nada que lo repare en el ring, un cuadrado de cemento con paredes que llegan al metro de alto y sin techo. Está terminando la clase de los más chicos, los que tienen hasta 10, 12 años. Mientras, un grupo de pibas espera afuera. Macarena tiene 15 años, no va al colegio y tampoco trabaja. Cuenta que ayuda a la madre en la casa y cuida a su hermanito de 2 años. Sus amigas dicen que es la mejor haciendo guantes; a ella le gustaría llegar ser boxeadora profesional. Antes de que existiera el ring en el barrio, nunca se había imaginado que podía pelear pero desde que empezó a entrenar trata de no faltar.

“Venimos todos los días, somos siempre las mismas”, dice Macarena. En dos semanas tiene su primera exhibición, en Las Tunas. Cuenta que se acercó al ring porque “una vez hicieron una exhibición en la cancha y me había gustado. Lo que más me impresionó fue ver cómo peleaban las chicas, no sabía que las mujeres también podían boxear. Cuando vi que estaban construyendo el ring me empecé a acercar”.

El profesor, casi sin voz y con unas anginas en puerta, cierra la clase de los más chicos y les hace seña a las pibas para que suban al ring y arranquen con la entrada en calor. En este grupo, el de los adolescentes y jóvenes, hay sólo dos varones. El resto son mujeres. “Al principio venían pero después dejaron, quedan uno o dos. Están muy enganchados en las drogas, se quedan siempre en la esquina. El ring lo hicieron para esos pibes pero no quisieron venir más, son unos curtidos. Las mujeres también nos vamos de joda pero menos, lo fines de semana”, dice una chica.

Los pibes se paran en círculo y siguen las órdenes del profesor. Suben y bajan los brazos, saltan, estiran las piernas. Ya están entrados en calor, algunos se sacan las bufandas y los gorritos de lana y se vendan las manos. Mientras la mayoría se turna para pegarle un rato a la bolsa, dos se preparan para hacer guantes en el ring:

-¿No te da miedo que te peguen fuerte?

-No, estoy acostumbrada- contesta una.

\*\*

Marcela integra Vecinos Solidarios, una cooperativa de construcción formada por mujeres del barrio Garrote en 2009 a través del programa Argentina Trabaja. La cooperativa construyó un Centro Social donde se dan clases de apoyo, la Asociación Civil ETIS realiza talleres y funciona FinEs. Además, en el quiosco de Marcela, frente al Centro Social, empezaron hace unos meses un emprendimiento de venta de comidas.

“El proyecto inicial era construir un centro cultural en la entrada del barrio, en el único espacio grande y vacío que queda. No conseguimos el lugar así que terminamos construyendo el Centro Social en un terrenito que yo tenía adelante del quiosco. Lo prestamos a todas las organizaciones que quieran usarlo, pero el lugar es chico”, cuenta Marcela.

Según esta referente, a ellos también les cuesta mucho convocar a los pibes de 15 a 20 años: “Llegamos al vecino grande porque nosotras somos grandes, y también vienen un montón de nenes porque cuando hacés una chocolatada, un payaso, un pelotero, se te llena de chicos. Pero cuesta mucho llegar al adolescente, al joven. Hubo un tiempo en que los chicos nos acompañaban, sobre todo en la militancia. Pero nos cuesta mantener ese vínculo. Y no nos

pasa sólo a nosotros, también lo veo en las demás organizaciones. Hay como una falta de interés de los pibes, una falta de preocupación por ellos mismos”.

\*\*

Es sábado a la tarde y cinco chicas que participan de un taller en Garrote están redactando una carta para presentar al Municipio. Tienen entre 11 y 14 años, van todas a la escuela de la isla y están pidiendo que se construya un muelle cerca del barrio para poder tomarse la lancha que las lleva al colegio. El que usan ahora queda a unas veinte cuadras, en San Fernando.

En esos mismos talleres, organizados por la Asociación Civil ETIS desde hace una década, llegaron a participar hasta cien chicos. Gisella, del equipo de coordinación, cuenta que pudieron convocar esa cantidad de pibes a través de un programa para jóvenes que tenía Nación en el que los adolescentes cobraban una beca. La convocatoria no se logró sostener cuando se dio de baja el programa: “Si no había plata, los chicos no venían. A partir de que se cayeron las becas, nunca se pudo remontar”. Ahora la asociación da clases de apoyo escolar, un taller de arte y un espacio para jóvenes. “Los talleres no tienen tope de edad pero los adolescentes no vienen”.

Yacqueline vive en Garrote y es coordinadora de ETIS. “Primero convocamos al mediodía - dice-, al principio vinieron un par pero no duraron. Pensamos que como era sábado los pibes no se querían levantar temprano y lo pasamos a las cinco de la tarde, pero tampoco se engancharon mucho. Ahora están viniendo unas cinco chicas, a los varones no les interesa”.

Para Gisella, la falta de convocatoria “tiene que ver con varias cuestiones. Una es que hay muchos embarazos adolescentes. La deserción escolar también incide, empiezan a hacer otras cosas y pierden eso de ir todos los sábados a un grupo. A los 14 o 15 el mundo les cambia radicalmente”.

\*\*

La falta de contención escolar, como se verá más adelante, es uno de los grandes problemas para los chicos de esa franja etaria. Una trabajadora social de Las Rosas, en La Plata, dice: “Cuando los chicos terminan la escuela en tercer año, quedan a la deriva en la escuela 66 porque los otros colegios quedan muy lejos”, y sigue: “En tercero dejan a los 15. Al FinEs con suerte pueden entrar a los 17 o 18 años. Ahí tenés tres años donde el pibe no sabe a dónde ir, ni tampoco puede ir a ningún lado. Es la misma escuela que viene con ese resabio de que los van dejando a un lado. En el momento en el que más hay que contener a los pibes, quedan boyando”. Mariano Merlo, docente de FinEs, agrega: “No hay ni siquiera un club, nada que los contenga y que los corra de estar en una esquina, charlando, tomando una cerveza”.

Marcela, de Vecinos Solidarios de Garrote, sostiene que hay un sector de los adolescentes, los que tienen entre 15 y 17, que quedan afuera de los programas estatales: “El pibe que tiene 15 o 16 y que dejó el colegio a los 13, no quiere volver a la escuela porque se siente grande en relación a sus compañeros de curso. Y en FinEs o en una nocturna no lo aceptan porque porque todavía es chico. Entonces no cobra la Asignación y no entra en el PROGRESAR ni consigue trabajo en blanco porque es menor”.

\*\*

Uno de los proyectos de mayor convocatoria en Garrote es la murga Alta Taka Taka, que existe desde 1999 y comenzó siendo un taller de Gaviota, un centro cultural del barrio que existe hace veinte años y que en 2009 se convirtió en cooperativa de construcción a partir del programa Argentina Trabaja, del Ministerio de Desarrollo de La Nación. Actualmente participan en la murga alrededor de 250 personas de diversas edades.

Los trajes son azul y rojo; este verano salieron primeros en los Carnavales del Río 2015, la competencia de corsos de Tigre. Según Paula, en la murga los adolescentes encuentran espacios de participación: “Arreglan los instrumentos, aprenden a tocar el bombo, bailan, algunos ayudan con las letras de las canciones”. También hacen tortas fritas. Pero la murga no dura todo el año, apenas funciona en temporada de carnaval.

### **El programa Envi3n. 30 de Mayo (Chascom3s), Centenario (Mar del Plata), Villa Caracol y Bajo Rondeau (Bahía Blanca)**

“Cuando empez3 el programa no teníamos este espacio f3sico. Dependíamos de las salitas, las ONGs y los clubes. Hacíamos talleres en cada barrio, donde conseguíamos lugar. Y en el 3ltimo tramo del gobierno del ex intendente, nos cedieron este sal3n y pudimos unificamos todos los talleres ac3”, dice Luj3n, la coordinadora del equipo t3cnico del Envi3n de Chascom3s.

En el CIC del 30 de Mayo funciona el Programa de Responsabilidad Social Compartida Envi3n, una pol3tica p3blica del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires ejecutada en conjunto con los Municipios. El programa desarrolla acciones relacionadas con la educaci3n, el deporte, la salud y el trabajo, y est3 destinado a j3venes de 12 a 21 a3os en situaci3n de vulnerabilidad social. Los beneficiarios, que cobran una beca, tienen que asistir a los talleres y espacios que se generan desde el programa y, al mismo tiempo, tienen que continuar o retomar sus trayectorias educativas.

Los m3s de cien pibes de Chascom3s inscriptos en el programa ahora tienen una sede 3nica: “Habernos mudado y tener un lugar f3sico estable fue un cambio tremendo. 3ste es el lugar de los chicos. Tienen que venir dos veces por semana como m3nimo pero muchos pasan, ven que est3 abierto y se quedan a tomar un mate o ayudan en alg3n taller”, cuenta Luj3n.

El equipo del Envi3n de Chascom3s est3 formado por una psic3loga, una psic3loga social, dos asistentes sociales y una coordinadora. Cada taller tiene un capacitador y los s3bados, estudiantes universitarios dan apoyo escolar. Adem3s, se asigna un tutor cada diez chicos. “Nuestro trabajo es muy personalizado”, afirma Luj3n.

El viernes los pibes del Envi3n tienen taller de deportes, entonces la clase no es en el CIC sino en el campito que est3 al lado. Mientras el profesor ayuda a unas chicas a poner una red para jugar al v3ley, los varones agarran una pelota y se van a la cancha de f3tbol. Juan est3 atento: mira los partidos, va de un lado al otro, se acerca a la ronda de pibas que no quiso entrenar y que, por eso, se sentaron en el pasto a charlar mientras toman la merienda.

-¿Quieren jugo?, ¿queda mate?- pregunta Juan.

-No queda m3s agua. Voy a buscar- responde una compa3era.

-No, quedate. Yo me encargo- dice Juan y camina para el CIC.

-Mir3 que no pregunta porque quiere sino porque es tutor. Y como sabe que los chicos tienen que tomar la merienda, lo tiene re incorporado- agrega Gabriela, la coordinadora.

Juan ya cumpli3 los 18 a3os. Tendr3a que empezar los talleres que ofrece la oficina municipal de Producci3n pero le gusta el grupo que hay en Envi3n. Por eso las coordinadoras le ofrecieron que se quede y que sea el tutor del grupo de varones. En unos meses, cuando Luc3a cumpla 18, tambi3n va a ser tutora. “Se encargan de charlar con los chicos, de contarnos si hay algo que se nos pasa, pero tambi3n est3 bueno para seguir en contacto”, dice la coordinadora.

Muchos chicos llegan al programa por derivaci3n de distintas instituciones como las escuelas, las salitas, el servicio local, el CPA y tambi3n madres y vecinos preocupados. “Los chicos vienen con historias de vida de lo m3s diversas. A m3 nunca me gust3 que el programa sea s3lo para pibes de los sectores populares. Entonces siempre hubo un mix”, cuenta Luj3n. Al equipo



del Envi3n le gusta que haya diversidad, que los pibes se conozcan entre ellos: "A las familias de los chicos tambi3n les hace bien porque hay mucho prejuicio. Una madre vino preocupada por 'los chicos con los que trabajamos', y yo le dije que en el boliche se encuentran todos. Est3 bueno que se conozcan de otros espacios tambi3n".

\*\*

Cuando empez3 a funcionar el Envi3n en Chascom3s, el cobro de la beca era una condici3n para que los chicos participaran. Pero ya no pasa eso: "Antes, si se retrasaba el pago de la beca los chicos se enojaban, decían que no iban a venir m3s. Pero ahora el Ministerio no est3 al día con el pago, estamos en septiembre y los chicos reci3n est3n cobrando la beca de mayo y casi no le dan importancia. La beca ya no es el tema, ellos vienen igual", cuenta la coordinadora.

-Cuando estemos de viaje voy a cumplir un a3o de novia.

-¡Qu3 bueno! ¡Vas a festejar el aniversario en Acu3polis! Yo me acuerdo cuando empezaron ustedes, estaban a los besos en la pileta, no les importaba nada.

-¿Y vos vas a ir este a3o?

-No s3. Porque no me dejan tirarme al agua con remera, y me da vergüenza estar en malla.

-Dale, si nos re divertimos. ¿Te acord3s que se rompi3 el micro? Tardamos como seis horas en llegar pero igual la pasamos bien, cantamos.

Mientras un grupo de varones juega al f3tbol y unas chicas arman un partidito de v3ley, Florencia y Juana toman mate y charlan sobre el viaje que van a hacer con el Envi3n. Igual que el a3o pasado, este diciembre las coordinadoras organizaron un fin de semana en un complejo de piletas cerca de Mar del Plata. Los pibes no tienen que pagar nada: durante el a3o juntaron plata vendiendo ropa y alfajores que hicieron en los talleres.

En el Envi3n hay talleres de cocina, carpintería, costura, m3sica, cer3mica, organizaci3n de eventos y deportes. Se dan de lunes a viernes por la ma3ana y por la tarde, y los s3bados hay apoyo escolar. Adem3s se organizan actividades especiales: "Continuamente estamos viendo a d3nde podemos ir para demostrar lo que saben. Este a3o un jardín maternal y una ONG hicieron un t3 para juntar fondos y las chicas del taller de organizaci3n de eventos fueron a hacer de mozas. Había gente grande, muy paqueta, y ellas estaban ahí, manejándose. Fue una experiencia divina", cuenta Luj3n, y agrega: "Nosotras subimos fotos al Facebook de todo lo que hacemos porque queremos mostrarle a la comunidad que no son chicos que cobran la beca y que no hacen nada. Es un prejuicio muy grande de pueblo; es muy fuerte que te digan algo así. Por eso los hacemos participar en lo que aparezca".

Si bien el equipo busca que los pibes puedan tener una salida laboral, a veces no est3n preparados y, por eso, se cambian los objetivos de las actividades: "Nosotros apuntamos a que puedan tener una salida laboral con lo que hacen, una proyecci3n de vida. Pero a veces nos damos cuenta que son m3s nuestras ganas que lo que quieren los chicos, que no est3n preparados en ese momento. Por ahí no est3n en esa etapa, entonces cambiamos el objetivo a viajar, por ejemplo", explica Luj3n.

Si alg3n chico falta mucho a las actividades, lo visita un tutor o el equipo t3cnico para saber qu3 est3 pasando en la casa, en el barrio o en la escuela. Las coordinadoras tienen en cuenta las particularidades de cada pibe para proponer estrategias alternativas: "Cuando los chicos viven lejos o se les complica venir, les proponemos que hagan un taller del Municipio en su barrio y uno acá. Tratamos de mantener uno en el CIC porque ése es nuestro contacto. Y siempre quedamos en contacto con los referentes de los otros barrios para seguirles el rastro".

El equipo del Envión también articula con las escuelas, el Centro de Escolarización Secundaria para Adolescentes y Jóvenes (CESAJ), el plan FINES, el CPA y la secretaría de Producción del Municipio, que implementa el programa nacional Jóvenes por más y mejor trabajo.

“En Chascomús hay políticas para los jóvenes desde el 2003. Y en el Envión ya llevamos cuatro o cinco años, y se ven los logros. Cuando nos reunimos con otras sedes nos damos cuenta que acá estamos muy bien; en otros lados hay programas fantasmas, chicos que están cobrando pero que no tienen talleres o coordinadores que no cobran”, cuenta Luján.

\*\*

En el barrio Centenario de Mar del Plata funciona una sede del Envión que coordina el Municipio de General Pueyrredón. Actualmente, 73 chicos son beneficiarios de la beca pero sólo 20 participan activamente en las actividades. “A veces, las cosas que se plantean desde arriba, desde la facultad y los espacios más académicos y acartonados, no pasan en la realidad o son muy difíciles de sostener. Uno viene acá y hace lo que puede”, dice Marcelo, trabajador del Envión. Y agrega: “Lo de la franja etaria es un tema complicado. Lo que le pasa a un pibe de 12 no es lo mismo que lo que le pasa a uno de 14 y a uno de 18. Igual los 18 ya se nos escaparon”.

En el Envión hay talleres de cocina, pastelería y panadería, herrería, guitarra, goma eva y manualidades y taller de madres, entre otros. Pero el programa, además, funciona como lugar de contención y de tránsito. “Nos brindamos como nexo entre lo que entendemos que son los derechos que tienen las personas y la batería de programa sociales que el Estado pone a disposición para que eso se cumpla, desde el Plan PROGRESAR y el FinEs hasta nuestros talleres”, dice Nacho, miembro del equipo.

En el Envión del Centenario se trabaja con los beneficiarios del programa y también con los que quedan afuera porque no están insertos en un ámbito educativo. Para algunos vecinos, estos últimos fueron los que se robaron una computadora de la sede del Envión. Este episodio marcó un antes y un después porque puso en escena las distintas (e incluso opuestas) formas de entender el trabajo. Hacia el interior del equipo se discutió si se seguía con la modalidad de puertas abiertas o si se comenzaba a trabajar con un régimen más cerrado y con horarios pautados. Finalmente triunfó la segunda postura, que se mantiene hasta la actualidad. Los argumentos: que los pibes entiendan el límite y que se den cuenta que necesitan un cambio; que participen en los talleres, en las clases y en los encuentros pero desde otro lado; que el cambio es una demanda de ellos y que el equipo tiene que saber escucharla e interpretarla.

Esta nueva forma de funcionamiento generó malestar en los chicos. Roque es uno de los pibes del barrio con más problemas con la ley: con 15 años suma 39 causas en la justicia. Él fue al único que los vecinos no acusaron de haber participado en el robo de la computadora. Pero la primera vez que fue al Envión después del episodio del robo, encontró la puerta con traba.

-¡Déjenme pasar, quiero entrar!- gritó mientras golpeaba la puerta. Después fue hasta la ventana y le pegó a la reja.

-Roque, no podés pasar por ahora, las cosas cambiaron. Quedate tranquilo, no grites ni patees nada porque sabés que ésa no es una solución- le dijo Nacho.

-Mirame a los ojos. No te pongas así, entendenos a nosotros también. Ya sabés que no le dijimos a la policía quién fue, y no lo vamos a hacer- se sumó Silvina. Pero Roque seguía gritando.

-¡Yo no robé la computadora!, ¡ustedes saben quién soy, siempre bardié, todo el tiempo bardeo pero acá en el barrio no!, ¡estos no entienden nada!, ¡dale, déjenme pasar, quiero jugar al ping pong!

-A ver, Roque. Partamos de esta base: a nosotros nos robaron la computadora y eso no es cualquier cosa, es un robo. Por eso decidimos cambiar la forma de trabajar. Nosotros estamos acá porque creemos que podemos ayudarlos a que su realidad sea un poquito mejor. Y vos sabés que tenés la confianza para venir, llamarme y pedirme lo que necesites; el Envión no va a dejar de existir. Pero vamos a tratar de organizarnos un poco mejor con los talleres para que no piensen que todo da lo mismo. El robo no da lo mismo, porque si vos hacés esto mismo en otro lugar vas en cana, ¿entendés? Ahora no estarías hablando conmigo, estarías preso- le explicó Nacho.

-Sí, pero en Envión es para nosotros también, eso lo dice siempre Lorena. ¿Y ahora qué? Yo quiero jugar al ping pong, quiero pasar. ¿Por qué no puedo pasar? Dale, dale, por qué no, quiero entrar.

Después de una larga conversación, Roque se fue. Y siguió una reunión del equipo, donde se planteó la idea de la “demanda” de los pibes. La mayoría sostuvo que si esa demanda no estaba presente era muy difícil el trabajo. Silvana dijo que a veces sentía que tenía una barrera con algunos chicos y se preguntaba quién era ella para venir a modificar una realidad tan compleja si del otro lado no había la necesidad y la demanda de hacerlo. Nacho contó que varias veces, cuando quiso hablar con los pibes de algo particular sobre sus vidas, ellos le dijeron que “no les queme la cabeza, que no los psicopatee”.

\*\*

La única política pública con trabajo territorial en Villa Caracol y Bajo Rondeau, en Bahía Blanca, es el programa Envión, que funciona en los barrios desde 2010. En su inicio fue pensado de la mano de dos organizaciones sociales con presencia barrial: el programa GiraVida de Acción Católica y Pibes de Don Bosco de la comunidad salesiana. Pero luego, por diferencias sustanciales con quienes en ese momento dirigían el área de Desarrollo Social de la Municipalidad, las organizaciones se desvincularon del programa, que pasó a ser implementado de manera directa desde el Municipio.

Al comienzo se realizó un relevamiento de los jóvenes del barrio y se los incorporó al dispositivo. Las actividades se desarrollaban en la sede de la capilla San Dionisio mediante un comodato con el Municipio. Las instalaciones eran compartidas con la Unidad Sanitaria y con otro dispositivo municipal de atención de niños llamado “Pequeños Sueños”. La falta de espacio y la superposición de actividades complicaban la tarea.

En 2013 se clausuró la sede por una pérdida de gas, y los diferentes programas tuvieron que pulular durante más de un año por diversos lugares. El equipo del Envión, además de visitar a los pibes en sus casas, alternaba sus actividades entre la plaza y el SUM de Villa Caracol, que se encontraba en condiciones muy precarias: ni siquiera tenía un baño.

Esto impactó directamente en la asistencia de los jóvenes. Cuando finalmente pudieron regresar a la capilla San Dionisio, la concurrencia fue mucho menor a la que tenían: pasó de 150 a 40 chicos. Y algunos de los miembros del equipo fueron reasignados a otras sedes. Además, bajó la edad de los adolescentes que participan en los talleres de guitarra, serigrafía, educación física y apoyo escolar, entre otros. María José, coordinadora del Envión de Villa Caracol-Bajo Rondeau, cuenta: “Sabemos que a algunos pibes no llegamos porque el programa es para chicos que van a la escuela y que viven cerca. Pero tratamos de pensar cómo trabajar mejor con los demás. Tenemos dos operadores comunitarios que son jóvenes del barrio, eso nos ayuda a que nos cuenten cuál es la verdadera realidad del territorio”.

El cobro de las becas es, desde el inicio, un tema complejo. Hubo períodos de varios meses sin que las mismas llegaran a los jóvenes: aquello que se planteó como un incentivo terminó siendo una nueva frustración. Por otro lado, los equipos técnicos de Envión de Bahía Blanca están precarizados: el pasado 8 de abril se declararon en estado de alerta y enviaron un

comunicado a la prensa que da cuenta de su situación de monotributistas y con contratos renovables cada tres meses. El reclamo continúa en la actualidad, los trabajadores siguen sin recibir respuestas favorables y no se arbitró ninguna medida que garantice la continuidad del programa.

### **La Orquesta Escuela de Chascomús; GiraVida y COPATE en Villa Caracol y Bajo Rondeau (Bahía Blanca); El Galpón del Arte, El Centro Educativo Complementario Mi Casa y Cabaña Joven en Pergamino**

“Acá hay chicos haciendo pasantías que vienen de Chaco y se instalan en Chascomús para estudiar en la orquesta”, dice Flavio, director de la orquesta sinfónica juvenil Alberto Ginastera, integrada por más de 40 chicos que tienen entre 14 y 20 años.

El sábado a las 3 los pibes llegan en la Catedral, donde a las 8 de la noche van a dar un concierto en las fiestas patronales de Chascomús. Los chicos estuvieron ensayando a la mañana y ahora bajan tubas y atriles de una camioneta. A las 3 y media, cuando todo está acomodado, empieza el ensayo general.

-¿Podemos tomarnos cinco minutos para afinar los instrumentos?- pregunta uno en el fondo. Y el del violín más cercano al director se para y toca un Do para todos.

-Diego no vino- dice Carlos cuando se da cuenta que en la percusión no están los tres miembros. Esa noche, el triángulo y el platillo los va a tocar un alumno que también es coordinador.

-Sí, hace rato que no viene a los ensayos. Debe estar medio flojo en la escuela- le responde Graciela que, lista en mano, se encarga de pasar asistencia mientras los pibes templan los instrumentos y se acostumbran a la acústica de la Catedral.

El proyecto de la Orquesta Escuela nació en 1998 por iniciativa de Valeria Atela. “Ella se había recibido de maestra de música en el conservatorio y tenía antecedentes de haber trabajado como maestra de música en escuelas en los barrios. En ese contexto, evaluó un montón de problemáticas, circunstancias y dificultades. Y tenía la experiencia de haber estudiado en el conservatorio, donde también se encuentran un montón de dificultades en la formación ortodoxa, donde hay como una gran ruptura, una disociación del disfrute y el placer”, cuenta Ana, una de las coordinadoras de la Orquesta Escuela.

A partir de esas experiencias, Valeria empezó a desarrollar un proyecto de Orquesta Escuela para Chascomús. En ese momento había un programa nacional de orquestas, y ella le propuso al Municipio implementarlo. La Municipalidad se interesó pero el programa de Nación cayó. Entonces el gobierno local le pidió a Valeria que llevara adelante un proyecto propio. Ana explica que “ella desarrolló un proyecto con una visión propia donde la base pedagógica y la base social son los dos aspectos más fuertes”.

En el 2005 los convocaron para abrir un programa provincial de orquestas escuelas, del que Valeria fue su coordinadora desde que se inició hasta 2012. Durante su gestión se crearon 21 orquestas en todo el territorio bonaerense y se sistematizó el proceso pedagógico para promover procesos igualitarios en territorios diversos. Ella se alejó de la coordinación pero la Orquesta Escuela de Chascomús sigue perteneciendo al programa provincial. “La institucionalidad de la orquesta es compleja. Hay que pensarla como conjuntos que se interseccionan. Siempre tuvimos el apoyo de la Municipalidad, en el 2005 se sumó el apoyo de la Dirección de Escuelas de la Provincia y hay una Asociación de Amigos que acompaña y nos permite tener un resguardo de los vaivenes políticos”, dice Ana y agrega: “En todos estos años uno pasa políticamente por diversas gestiones, y la orquesta es entendida de distintas maneras. Para unos hacemos música y para otros atendemos chicos pobres... Cada uno nos encasilla en un lugar y nosotros decimos que somos todo esto otro”.

Además, la Orquesta Escuela de Chascomús integra la Fundación Sistema Orquestas Infantiles y Juveniles de la Argentina (SOIJAr), formada a partir de la sugerencia del sistema venezolano de orquestas creado hace cuarenta años. “A partir del vínculo con el sistema venezolano recibimos maestros a través del Banco de Desarrollo de América Latina, que tiene un área de acción social que promueve el sistema de orquestas en diferentes países”, cuenta Ana.

\*\*

“El concepto que estuvo desde el comienzo es trabajar con una población focalizada que esté en situación de vulnerabilidad en algún sentido: porque los papás son operarios en una fábrica y los chicos están mucho tiempo solos, familias numerosas o situaciones más problemáticas. Pero para que esos chicos queden incluidos en una propuesta social y educativa hay que hacer un trabajo de integración. Nosotros vamos a buscar a los chicos a las escuelas”, explica Ana.

En las escuelas se hace una convocatoria dirigida: los profesores dan un concierto didáctico en el que se muestran los instrumentos, los chicos pasan a tocar y se los invita a que vayan a la orquesta. Para Ana, “lo positivo de ese contacto es que garantizás tener presencia todo el tiempo. Porque lo más común es la intermitencia: el chico viene una vez y después pasan dos semanas y no viene más. Entonces, hasta que se genera el vínculo más fuerte, tenemos la excusa de que el profesor va en la semana a la escuela y los sábados los chicos vienen acá a la orquesta inicial. El proceso de integración no es mecánico ni automático, pero lo importante es que hay una focalización sobre esa población y hay un seguimiento personalizado de los chicos: conocemos su realidad, su familia, su contexto, su entorno, cómo están en la escuela, cómo está su salud”.

El sábado a la mañana, la orquesta organizó una muestra en su edificio. Vecinos, artistas locales y autoridades de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) recorrieron las aulas y escucharon a los distintos grupos. Primero, nenes de 4 y 5 años hicieron dos canciones infantiles en sus mini violines. Después, unos diez varones que no tenían más de 12 años demostraron sus habilidades para tocar sus instrumentos de percusión al mismo tiempo que revoleaban los palillos con destreza. El grupo de guitarras tocó folklore y el número final estuvo a cargo de una de las dos orquestas de adolescentes y jóvenes: cincuenta pibes, cada uno con su instrumento y su atril y sentados en semicírculo, siguieron las coordenadas de Valeria, su directora. Ella conoce a todos los alumnos, los llama por su nombre.

La orquesta inicial está todo el tiempo sumando chicos. No hacen un llamado de inscripción a principio o mitad de año, sino que los pibes se pueden sumar en cualquier momento. La orquesta inicial los recibe y se realiza un trabajo pedagógico que facilita su integración: “Los docentes tienen que tener la habilidad de dar herramientas a esos chicos para que se integren rápidamente a la orquesta. Cualquier herramienta, musical o pedagógica, tiene un fundamento: que sirva para la integración. A nivel arreglos musicales, cada chico tiene una parte que está armada especialmente para que pueda participar”, explica Ana, agrega: “Hay raíces no musicales para la convocatoria, para el armado de la orquesta, para las edades con las que se trabaja. No es sólo porque así va a salir bien musicalmente, sino porque también está comprobado que ese tipo de recursos o herramientas nos sirven para generar inclusión. Todo nuestro caudal académico en realidad es una excusa para la integración”.

\*\*

Actualmente, entre los alumnos de la sede y los de las escuelas, participan en la Orquesta Escuela de Chascomús alrededor de 700 chicos que tienen entre 3 y 25 años. Y en el staff hay alrededor de 40 profesores. Algunos vienen de La Plata, otros de Buenos Aires y muchos son egresados de la orquesta.

Hasta hace unos años, la orquesta tenía un mayor nivel de deserción adolescente. Como ensayan los sábados, muchos preferían salir el viernes a la noche y no querían levantarse temprano al día siguiente. “Pero eso -cuenta Ana- se ha revertido y la nueva sede fue una de las cosas que posibilitaron que los jóvenes continúen participando. Antes estábamos en una sede más cerca del centro y en otra que, si bien la podíamos usar libremente, no era nuestra. Y cuando nos mudamos a este edificio hubo un cambio notorio en la cercanía que sienten los chicos y las familias. Aquí estamos cerca de los barrios”.

“A nivel juvenil tenemos un programa de multiplicadores: desde los 15 años se da un proceso de formación natural como asistentes y guías de fila de sus compañeros para fomentar el desarrollo de liderazgos y del compañerismo, que se tienen que dar juntos. Trabajamos mucho con generación de duplas: tengo un pibe que es re introvertido y este otro que tiene muchas pilas, entonces los ponemos con un desafío determinado”, dice Ana.

La coordinadora cuenta que antes llegaban a la formación de los chicos hasta los 18 años, y después no tenían ningún tipo de certificación, “pero ahora tenemos otras propuestas para que los jóvenes pueden desarrollarse a nivel docente o a nivel instrumental”. Desde la fundación están implementando un programa de capacitación en el que 19 jóvenes mayores de edad viven desde marzo a noviembre en Chascomús, se forman en la orquesta y realizan prácticas de técnica docente; junto a la UNSAM abrieron la diplomatura en orquesta escuela; brindan prácticas técnicas financiadas por el Ministerio de Trabajo; y tienen un convenio con la Universidad Nacional de las Artes para la tecnicatura en instrumentista de orquesta.

La Orquesta Escuela articula con diversos organismos estatales. Hicieron talleres de prevención de consumo de sustancias con el CPA y una actividad sobre derechos con el servicio local de infancia y adolescencia. Además, tienden redes comunitarias con organizaciones e instituciones: “Tenemos vinculación con todo el tercer sector. A nivel ideológico es muy interesante porque nos acompaña todo el espectro: la gente del club social, que les gusta porque tocamos la música que ellos aprendieron; la gente que trabaja en programas en barrios y nos llevan; nos llaman de jardines de infantes, hogares de ancianos, talleres protegidos, las sociedades de cada comunidad de inmigrantes, la escuela de folklore. Todo el tiempo hay actividades en la comunidad”, dice Ana.

\*\*

El programa GiraVida, que desarrolla actividades en los barrios Villa Carracol y Bajo Rondeau de Bahía Blanca, es una institución eclesial sin fines de lucro que pertenece a Acción Católica Argentina. El objetivo de GiraVida es estimular los procesos educativos formales y no formales de la comunidad, promoviendo acciones conjuntas con los Estados municipal, provincial y nacional y con empresas locales, nacionales e internacionales.

El equipo del programa explica que su modelo de intervención se basa en un enfoque integral que considera el desarrollo infantil desde una perspectiva de derechos: las familias, la comunidad y los distintos actores sociales son los protagonistas de las acciones profesionales. “Tomando como punto de partida la aproximación diagnóstica, crítica, objetiva y subjetiva de esa totalidad, y realizando continuos ajustes diagnósticos, podemos distinguir los elementos más evidentes que intervienen en las diferentes problemáticas de este sector. Adoptamos el concepto de educación popular de Paulo Freire que sigue la línea dialéctica teoría y método: surgir de la práctica social para volver, después de la reflexión, sobre la misma práctica y transformarla”, dice un miembro del equipo, y explica que los talleres se organizan participativamente para recuperar la subjetividad de los participantes: “Desde la educación popular se trabaja con niños, adolescentes y adultos que viven en un contexto de pobreza, marginalidad social y/o exclusión. A través de esta práctica, hacemos un proceso de recuperación y asunción de su protagonismo, su ser sujeto activo, su subjetividad muchas veces dañada y herida. El proceso educativo se convierte primeramente en un proceso de

subjetivación de los individuos. Por eso, los espacios educativos propuestos se organizan con una metodología de taller participativo”.

GiraVida está en el barrio desde octubre de 2009, y el equipo logró construir una cercanía con la comunidad. Un vecino dice que “los miraba raro cuando llegaron, y me preguntaba cuánto aguantarían éstos en el barrio. Pero ya pasaron seis años y siguen acá, siempre nos están apoyando en todo y nos sentimos parte de Giravida, el programa es nuestro”.

Este año tienen espacios de mujeres en ambos barrios, donde se encuentran a conversar y debatir y se generan diferentes acciones como el mejoramiento del SUM de Caracol o la recuperación de algún espacio verde: son espacios de autogestión. Además, tienen un taller de baile que es llevado adelante por las mismas mujeres, dan apoyo escolar para niños, hay un espacio de expresión musical para niños y adultos y un taller de fotografía para adolescentes mujeres. Y acompañan el sostenimiento de la escuelita de fútbol Noroeste, un espacio generado por los vecinos que convoca a muchos niños y jóvenes del barrio.

GiraVida trabaja en forma conjunta con el programa Envión en la convocatoria a jóvenes para desarrollar capacidades artísticas y compartirlas en las instituciones educativas del barrio.

Una de sus apuestas fuertes son las jornadas comunitarias, que se hacen una vez al mes, reúnen a toda la comunidad -participen o no del programa- y buscan fortalecer los lazos comunitarios. Un vecino cuenta que “la pasamos bárbaro, a mí me hace bien. Venimos, ayudamos entre todos, comemos y pasamos una tarde distinta”.

El equipo expresa preocupación por los jóvenes que “han quedado por fuera de todo. Los dispositivos existentes no les sirven y su marco de referencia ha pasado a ser la esquina u otros espacios que claramente no son los que se espera que transite un joven”. Por esta razón, GiraVida diseñó el dispositivo COPATE en articulación con otras organizaciones sociales, el Estado municipal y una empresa. Este proyecto está destinado a los jóvenes “que quedan por fuera de los dispositivos que existen para su grupo etario”, explica Juan Cruz Martín, trabajador social de COPATE, y agrega: “COPATE se focaliza en los jóvenes sin perder de vista la comunidad. Entendemos que su situación de exclusión es consecuencia de la vulneración social de un amplio sector de las comunidades. Así, la focalización pierde su carácter peyorativo, es una estrategia de intervención frente a una realidad dada. Y aunque reconocemos la variedad de realidades, no perdemos de vista la importancia de la construcción de un proyecto de vida que dé sentido a cotidianidad de los jóvenes y que los ayude a superar la vulnerabilidad que sufren todos los días. Ése es nuestro motor”. Para ello, el equipo tiene en cuenta las particularidades de cada familia y las redes más cercanas, y pone énfasis en la profundización del vínculo con cada uno de ellos.

COPATE realiza un diagnóstico participativo donde rastrean las opiniones, los intereses y las necesidades que los jóvenes expresan frente a su situación de vulnerabilidad. Además, realizan un relevamiento institucional que facilita el acceso a recursos disponibles para la articulación del trabajo: “Nos proponemos facilitar y gestionar el diseño y puesta en marcha de talleres de oficios y cursos que respondan a los intereses de los jóvenes. Y los acompañamos en la inscripción de cursos de formación profesional de las instituciones como la Oficina de Empleo local”, cuenta Juan Cruz y agrega: “También acompañamos el proceso de terminalidad educativa. Es un objetivo realmente pretencioso ya que las instituciones educativas suelen poseer condiciones que excluyen a la población. Por eso, buscamos trabajar a través de la gestión de becas de estudio”.

En relación a la mirada y abordaje sobre la temática de consumos, Juan Cruz explica: “La realidad es que esta problemática es el correlato de otras cuestiones estructurales y sociales, como la pobreza y el narcotráfico. Nuestro acompañamiento en la construcción de un proyecto de vida es, para nosotros, el medio por el que pretendemos colaborar en el desarrollo social y humano de los jóvenes vulnerados. Claramente, estas pretensiones no se conquistan de un día

para el otro, sino que necesitan de un trabajo sostenido, y con posibilidades de réplica en distintos sectores y contextos. También es necesario obtener las voluntades políticas que confíen en nuestras hipótesis, y la posibilidad de trabajar las problemáticas sociales a través de la construcción conjunta de soluciones, sin olvidar la importancia del protagonismo de los actores sociales, protagonistas no sólo del sufrimiento”.

Para Juan Cruz, hay que “dejar atrás metodologías enlatadas y deshumanizantes, y tomar la bandera de los vínculos. Los jóvenes más vulnerados están inmersos en redes de narcotráfico que los convierten en sus últimos eslabones, los más débiles. Por eso no hay que perder de vista la perspectiva de clase frente a problemáticas tan amplias como el consumo problemático de sustancias. El trabajo frente a la droga en los pibes no está en la primera sino en estos últimos. Cuando corremos el foco de la sustancia, reaparecen los sujetos por detrás y recobramos la confianza. El narcotráfico es una temática que como trabajador social no puedo abordar y no siento la necesidad de hacerlo, pero frente a los consumos, la transformación reside en que cada sujeto pueda tomar las riendas de su camino, sin olvidar las condiciones que sufre y lo amenazan pero recordando que el futuro es el que puede llenar de sentido su presente”.

\*\*

El Galpón de Arte es una de las instituciones con mayor convocatoria en el barrio Kennedy de Pergamino. Comenzó a funcionar en 2003 a partir de la organización de un grupo de vecinos que construyeron el espacio “cuando atravesamos la profundización del neoliberalismo. Empezaron a surgir demandas sociales de la gente del barrio, de los jóvenes. No había instituciones educativas. Sólo estaba la sala sanitaria”, cuenta Silvana Ampudia, primera trabajadora social del Kennedy y actual integrante de la conducción del Galpón del Arte.

El centro cultural se gestó mediante acciones impulsadas por la comunidad autogestionaria y por un programa municipal dando como resultado un “espacio que busca permanentemente promover la participación, habilitando de esta manera proyectos autogestionarios”. Así comenzó esta aventura de talleres, proyectos, una biblioteca de libre acceso y diversas formas de articulación con las necesidades barriales.

En el 2011 y en el mismo espacio del Galpón se inauguró el Bachillerato Popular La Grieta, que tiene una propuesta de educación popular para un barrio de aproximadamente 520 habitantes, de los cuales alrededor del 80 por ciento no terminó el secundario y entre el 30 y el 40 por ciento no terminó la primaria.

\*\*

El Centro Educativo Complementario Mi Casa de Pergamino funciona hace cincuenta años como espacio de deportes y apoyo escolar. “Nuestra tarea es ser un complemento a contraturno del jardín, el primario y el secundario. Los chicos que asisten al centro, desayunan, meriendan o cenán según el horario en el que vengan, y reciben apoyo pedagógico, hacen actividades y trabajan en proyectos con las docentes. No están divididos por grados sino por grupos”, explica Gabriela Robledo, vicedirectora de Mi Casa.

En el Centro participan 200 chicos y trabajan 23 personas. Depende de la Provincia y pertenece a la modalidad de psicología comunitaria y pedagogía social. Además, a través de un convenio con el Municipio, la orquesta infanto-juvenil local funciona en ese espacio a contraturno de las actividades de Mi Casa, al igual que otros años lo hizo una escuela de adultos.

\*\*



Remueven la tierra en línea recta. La hilera se extiende cerca de la canchita de fútbol. Después vienen las semillas: acelga, lechuga, espinaca, tomates. Hay que esperar un poco para echar el agua. Uno de los pibes le apuesta a Alan un celular y 200 pesos si se come la lombriz que acaban de descubrir. Se ríen. Alan va a buscar la manguera. Del otro lado se escuchan los martillazos de los fierros. Dentro del taller de herrería los pibes sueldan canastos, bocas de tormentas, cestos de basura. Entre un par levantan una estructura, la apoyan con suavidad en el piso para que las recientes uniones no se zafen del todo. Están concentrados. Un chico limpia los corrales, le da de comer a los pollos y cambia la cama del resto de los animales. Después la llama a Belén y los dos se acercan a las conejeras.

Cabaña Joven es un espacio municipal que brinda contención y capacitación en oficios. Está ubicado en la calle 21 de Enero 301, en el barrio Santa Inés, zona oeste de Pergamino. La Cabaña pertenece a un proyecto del Fondo de Fortalecimiento Familiar, que brinda contención y capacitación a jóvenes varones en situación de vulnerabilidad social.

"Ellos entran a las 8 y se retiran a las 11. Hoy tengo 25 chicos de 14 a 21 años. Ingresan por voluntad propia, por derivaciones de centros comunitarios. Y también trabajamos con algunos directores de escuela: ellos traen a los chicos que están para egresar, les mostramos el lugar y si les gusta siguen a contra-turno del colegio", cuenta María Belén Busalacchi, trabajadora social a cargo del Centro Cabaña Joven.

Los pibes cobran una beca municipal de 400 pesos, y la asistencia es casi perfecta. Cuidan y alimentan a los animales, limpian los corrales y mantienen el agua fresca de los bebederos, entre otras tareas. "Tengo chicos en situación de riesgo social, con padres desempleados, falta de presencia familiar, violencia, deserción escolar. Este tipo de actividades les sirven mucho porque es un espacio de contención. Los chicos vienen, pasan un buen momento, están entre amigos y se capacitan y aprenden oficios para que el día de mañana puedan desempeñarse por su cuenta", agrega María Belén.

## **Experiencias de articulación territorial**

En algunos de los territorios relevados durante el trabajo de campo se hallaron experiencias barriales que dan cuenta de la importancia de la articulación entre las distintas instituciones para dar respuesta a las demandas de la comunidad. Sin perjuicio de los ejemplos que mencionamos, cabe señalar que se detectan mesas de articulación en casi todos los territorios en los que hemos investigado, a veces organizada en función de la niñez, de la violencia o de los problemas de hábitat, pero que siempre implican procurar soluciones desde una perspectiva multisectorial.

### **Mesa de Articulación Territorial de Las Rosas, La Plata**

Todos los meses, referentes de Las Rosas, Don Fabián y Santa Ana se juntan a discutir las problemáticas de los barrios y a organizar soluciones en conjunto desde un enfoque intersectorial. Las organizaciones políticas no participan: el argumento es que la mesa es un espacio de "instituciones".

La última Mesa fue en la casa de Billi, que también es la sede de la Asociación Civil La Brújula, en el barrio Don Fabián. Había coordinadores de la Comunidad Terapéutica La Granja (de la SADA) y del Hospital José Ingenieros -las instituciones más fuertes del barrio-, representantes del servicio zonal del Hospital de Romero, miembros de Vecinos Autoconvocados de Las Rosas, la maestra de terminalidad de primaria, representantes del colectivo barrial Aguafuertes, psicólogas del equipo de orientación escolar de la escuela primaria 13 y talleristas de ciencias de la educación que empezaron hace poco a trabajar en el Centro de Integración Barrial. En el salón donde a la tarde los pibes cocinan y meriendan, esa mañana había más de veinte adultos que decidieron que ese espacio ya no sería sólo de Las Rosas sino que se ampliaría a todo Melchor Romero.

\*\*

A través de la organización, las instituciones y los vecinos consiguieron que la Provincia construyera un jardín de infantes para el barrio. Los docentes de las escuelas se habían dado cuenta de que los niños que empezaban primer grado en la primaria 75 o en la 39 no habían pasado antes por una institución. Y como desde enero de 2015 el último año de la educación inicial es obligatorio, pidieron que se construyera el jardín. Antes, el Estado no garantizaba un lugar a dónde mandar a los más chicos. La Mesa logró que el Ministerio de Educación de la Nación financiara la obra. “Nos presentamos en Infraestructura del Ministerio y nos dijeron que si nosotros les dábamos el terreno, ellos lo gestionaban”, dice Julieta Relli, médica del Hospital José Ingenieros. La Mesa decidió que el terreno fiscal que está al lado de la plaza era el indicado, y en 2016 lo van a inaugurar.

“El jardín de infantes es, para todos los actores de la Mesa, un logro de trabajo, de continuidad. Ellos van viendo cómo se levantan las paredes y lo consideran un logro del sostenimiento, de que ante determinadas situaciones no hay que bajar los brazos. La Mesa de Las Rosas tiene el condimento del abordaje intersectorial, que no es menor, y su continuidad en el tiempo”, explica Natalia Herrera, coordinadora de la Región Sanitaria XI de la Subsecretaría de Salud Mental y Atención de las Adicciones (SADA), y agrega: “La propuesta de territorialización que tiene la Subsecretaría está marcada por experiencias previas. Le dimos lugar a los trabajadores que venían sosteniendo esa línea, todos los programas que hemos impulsado salieron de propuestas de gente que estaba trabajando en los territorios”.

\*\*

En 2008, el terreno donde ahora está la plaza, en 159 y 514, era un baldío lleno de yuyos. Desde el 2000 se habían empezado a tomar muchos terrenos que eran fiscales y quedaban pocos lugares vacíos. Por eso, los trabajadores de La Granja y los pibes internados, junto con docentes de la secundaria 53 y de la primaria 75 y trabajadores del hospital, empezaron a delimitar y desmalezar una parte. Querían hacer una plaza: “Quisimos conservar este predio como espacio verde porque si no iba a ser tomado como un terreno para construir casas y nos parecía que estaba bueno que el barrio tuviera su plaza. Ése fue el hito, nuestro primer encuentro interinstitucional y comunitario”, cuenta Silvina Sanz, psicóloga de los consultorios externos del CPA en el Hospital José Ingenieros.

-Si bien es un reclamo del barrio, ahora que estamos en época de elecciones vienen a hacer todas las obras, pero hay que dejar en claro que el agua es un reclamo de los vecinos, no de los punteros- dijo Pablo, miembro de Vecinos Autoconvocados de Las Rosas. Durante la reunión quería contar cómo estaban haciendo la nueva instalación de la red de agua potable en el barrio.

-Eso es algo que pasó siempre, cuando hicimos la plaza pasó lo mismo, todos decían que la habían hecho ellos. Y sí, era un reclamo de los vecinos, lo motorizamos desde la Mesa. Pero también es cierto que ahora es época de elecciones y que están haciendo cosas que le hacen bien al barrio. Me parece que no tenemos que ir en contra de eso sino aprovechar para pedir- contestó Julieta Relli y propuso hacer una carta para que circule por el barrio, donde se explique que las obras no son de un candidato en particular sino que las piden todos los vecinos.

\*\*

Todos los años, desde la Mesa se arma un proyecto para trabajar. El de este año tiene que ver con la salud ambiental: trabajar en torno a la basura. Por eso, un grupo de referentes se junta en una subcomisión para llevar adelante el proyecto que pretende articular con la Cooperativa de la Unión de Cartoneros Platenses, que está en 161 y 514, y armar jornadas de concientización en la plaza.

Desde ese espacio y junto con el equipo de residentes de medicina general se hizo un diagnóstico del barrio. “El mayor de los temas es el de la basura”, dice Natalia Herrera. En Las Rosas funciona una cooperativa de cartoneros que recupera y separa todos los residuos secos de la ciudad. “Los chicos del CPA retiraban maderas de ahí, las reciclaban y hacían tachos de basura. Después hubo conflictos por dónde se ponían esos tachos, nadie quería tener un tacho de basura en la esquina de la casa porque juntan mugre y ratas. Y eso estuvo bueno porque surgió desde la Mesa. Ahora estamos trabajando un proyecto sobre reciclado entre el Ministerio de Desarrollo Social, La Brújula, la SADA y el CPA”, dice Natalia Herrera, de la SADA. El espacio de Salud Ambiental se junta todos los lunes a la mañana y está organizando unas jornadas de capacitación en la plaza y en escuelas con talleristas del Organismo Provincial de Desarrollo Sustentable.

\*\*

Para trabajar en el barrio, la SADA se planteó dos ejes: aumentar la presencia del Estado y “territorializar” lo que querían abordar. “Fortalecimos las relaciones entre las distintas instituciones que son parte de la realidad. Tratamos de cortar con una idea que se venía dando desde el Estado que era ‘bajo yo y soluciono el problema’, cuando en realidad ésa no es una buena forma de trabajar. Nos propusimos hacer un diagnóstico, compartirlo con los actores que estaban a diario en los barrios y armar entre todos una estrategia conjunta. No podemos generar reticencia en los propios actores del barrio porque eso es una mezquindad política y hace que cada cuatro años las políticas hacia los territorios se reviertan profundamente. Eso sólo le permite a la gestión sacar muchas fotos pero resolver poco”, dice Santiago Sanguinetti, miembro de la Subsecretaría, y agrega: “Muchas veces, hay instituciones que no están en la Mesa pero las creemos necesarias. La iglesia, por ejemplo, no está pero la creemos parte porque tiene una territorialización de su estructura mucho mayor que muchas organizaciones políticas”.

\*\*

### *La toma de mujeres*

“Ellas dejaron sus casas y se llevaron a los hijos. Al principio se iban a vivir a lo de algún familiar pero los maridos las iban a buscar. Entonces empezaron a buscar otras maneras de irse de la casa”, cuenta Claudia Rodríguez, referente Deportes en Movimiento.

Hace dos años, en un terreno se cedió la SADA en Las Rosas, se formó un barrio de mujeres que fueron víctimas de violencia de género y que dejaron a sus maridos y empezaron de nuevo. “El verano de la toma nos lo pasamos haciendo ollas populares para poder comer entre todas, porque fueron ellas mismas las que levantaron las casillas”, recuerda Miriam Alegre, referente del Frente de Mujeres del Movimiento Evita en el barrio.

“Estoy muy agradecida, hace dos años tengo mi casa”, dice Rosa y mira el barrio. Ella llegó desde Paraguay y vive en la toma de las mujeres de Las Rosas. Tiene un hijo de 4 años y trabaja como recicladora en la Unión de Cartoneros Platenses. Cuando su hijo tenía 1 año, el lote que estaba atrás de La Granja era un monte. Entonces, muchas mujeres como ella entraron, machete en mano, y empezaron a desmalezar. Tiraron abajo árboles y sacaron basura, marcaron una posible calle y delimitaron los lotes donde, con el tiempo, estarían sus casas.

En la toma hay 23 mujeres. Miriam dice que ahora que están habitando los terrenos, se encuentran en tratativas para mejorar las condiciones de las casas y hacer llegar los servicios. “En verano se complica mucho porque toda la zona sufre cortes de agua. Con la luz nos arreglamos, les pasamos un cable y se enganchan desde ahí”, aclara Miriam. Tienen el presupuesto para iniciar una huerta comunitaria y una fábrica de conservas. Todavía falta

asegurarles un trabajo fijo, aunque muchas mujeres trabajan en las cooperativas de Argentina Trabaja o en la Unión de Cartoneros Platenses.

Para la SADA, la cesión de terrenos fue un antes y un después en la relación entre la gestión y el barrio. “Esas mujeres venían solicitando terrenos al Municipio por las situaciones de violencia que vivían las familias. En el marco del trabajo de articulación, entramos en contacto con ellas y al principio fue bastante fuerte porque el planteo era: ‘Ustedes tienen los terrenos y nosotras los necesitamos’. Entonces comenzamos a trabajar hacia el interior de la comunidad terapéutica, porque los trabajadores venían resistiéndose a la posibilidad de la toma”, cuenta Natalia Herrera, coordinadora de la Región Sanitaria XI de la SADA. Y agrega: “Para nosotros fue un punto de inflexión con la comunidad bastante grande porque tomamos una decisión desde la gestión que no tenía todo el acompañamiento de la comunidad en un primer momento”.

El terreno donde se llevó adelante la toma pertenecía a la comunidad terapéutica La Granja, que está de otro lado del terreno. Silvina Sanz, psicóloga de los consultorios externos del CPA y trabajadora de La Granja, dice que “la necesidad habitacional va avanzando, y te avanza. La Subsecretaría cede el terreno porque lo venían tomando. La Granja no estaba delimitada, no tenía un alambrado final. Cuando yo empecé a trabajar pasaba el tren. El barrio fue cambiando mucho con el paso de los años, y las estructuras no acompañan muchas veces los procesos”.

Durante la toma del terreno cedido por la SADA, la Mesa de Articulación fue fundamental. Natalia Herrera cuenta que cuando se inició la toma, los internos de La Granja vendieron parte del mobiliario a través del alambrado para comprar marihuana, pastillas o alcohol. Y eso generó tensiones. “Fueron situaciones que se pudieron ir destrabando a través de los espacios de diálogo. Hoy en día no hay situaciones conflictivas, más allá de las cuestiones convivenciales que se dan en cualquier barrio”, explica Natalia.

### **La Red Noroeste de Bahía Blanca**

La Red Noroeste es un espacio que funciona hace siete años y nuclea a instituciones y organizaciones como la escuela primaria 37, la escuela especial 510, el jardín de infantes 950, la Unidad Sanitaria San Dionisio, el CPA, Pibes de Don Bosco, el programa GiraVida, el Movimiento Pueblo en Lucha, el Movimiento El Grito, la Comunidad y la Universidad Salesiana, la inspectora de psicología y el Centro de Referencia de Desarrollo Social de Nación.

Esta red se reúne una vez por mes para debatir y abordar diferentes problemáticas barriales. Con el tiempo se ha ido fortaleciendo, sobre todo en el impacto que tiene sobre algunos reclamos barriales, y logró convocar a funcionarios municipales y concejales.

El año pasado, la Red presentó en el Concejo Deliberante un petitorio donde se reclamó la urgente construcción de un Corredor Seguro para que las familias puedan acceder a las instituciones educativas y de salud. También se pidió la ampliación del jardín 950 y la construcción de una sede propia para la unidad sanitaria. Algunos de los reclamos están siendo tratados.

Miembros de la Red afirman que una de las temáticas de mayor preocupación es el consumo y tráfico de sustancias. Con respecto a la comercialización, se plantea que debe ser abordado por las autoridades correspondientes. Pero en relación al consumo, se ha generado dentro de la Red una subcomisión que se propone diseñar un abordaje que no se centre en las sustancias sino en lo que les pasa a los jóvenes. La primera iniciativa fue armar un instrumento de relevamiento que se aplicará en las instituciones educativas. En base a la información relevada se diseñarán herramientas de intervención.

El CPA participa de la Red a pesar de que no tiene dispositivos territoriales en la zona de Bajo Rondeau-Villa Caracol. El equipo entiende que la atención centralizada no llega a los jóvenes de estos barrios, y decidieron sumarse a la subcomisión para pensar otros dispositivos menos

convencionales que tengan características específicas en respuesta a las demandas de estas comunidades.

### **El CIC de 30 de Mayo de Chascomús**

En la entrada al barrio 30 de Mayo de Chascomús se encuentra el Centro de Integración Comunitaria (CIC), un espacio público en el que participan diferentes actores que trabajan de modo intersectorial y participativo. En el CIC funciona la salita sanitaria, el CPA, la Sociedad de Fomento, el programa Envi3n, FinEs, la Comisaría de la Mujer, el Rinc3n de Abuelos y el Foro de Seguridad. Dos jueves al mes se reúne la Mesa de Gestión, un espacio de encuentro entre vecinos, organizaciones sociales e instituciones para abordar problemáticas y proyectos en conjunto.

“Cuando entré a presidir la Sociedad de Fomento hace cuatro años, vi que faltaba justamente eso, la articulaci3n entre instituciones. Entonces lo primero que hicimos fue pedir que se formara la Mesa de Gestión. La Mesa no funcionaba y costó hacerla porque al principio no convenía políticamente que hubiera una articulaci3n entre las diferentes patas que trabajan en el barrio. Pero no nos podemos estar pisando, no podemos hacer dos organismos el mismo laburo. Complementémonos, trabajemos a la par. Entonces luchamos para que se formara la Mesa y empezamos a trabajar muy bien hasta que se sectorizó”, cuenta Eduardo.

Para el presidente de la Asociación de Fomento, surgen tensiones en relaci3n a la pertenencia y militancia partidaria a la hora de participar en la Mesa de Gestión: “Yo creo que la Mesa tiene que estar para políticas sociales, no para políticas partidarias. He tenido peleas grandes porque les digo: ‘Muchachos, yo soy del Partido Justicialista pero acá soy el presidente de la Asociación de Fomento. Acá me pongo la remera de mi barrio’. Lo que pasa es que hay personas que no la entienden”.

El martes, la Mesa de Gestión hizo una reuni3n extraordinaria para organizar la semana de la lectura en el barrio. Participaron representantes de todas las instituciones y Jimena, una de las psicólogas del CPA, decía: “El reconocimiento que tuvimos en la Mesa de Gestión es significativo. No trabajamos igual antes que ahora, a partir de haber empezado a participar de la Mesa. Hay un reconocimiento, inserci3n y la comunicaci3n fluye. Es interesante”.

\*\*

Cuando Toto y Juan llegan en bicicleta al CIC del barrio 30 de Mayo, las secretarias les preparan el balde con detergente y les alcanzan los trapos. Es la una y media de la tarde y todavía no llegaron los chicos del turno tarde del Envi3n.

-Yo ya tengo 38 horas hechas.

-Yo hoy a la tarde fui a cortar pasto, y tengo 24.

Juan y Toto est3n haciendo tareas comunitarias y, seg3n el juez, tienen que llegar a las 50 horas para cumplir con el Patronato de Liberados. Lavan el piso del Centro Comunitario, baldean, barren. Y terminan a los 20 minutos.

-Hay que estar acá, por las dudas. Es horario de trabajo- dice uno.

Cuando empiezan a llegar los del Envi3n, entran andando en bici al Centro. Y los que baldearon se enojan:

-¡Mirá c3mo dejan el piso enseguida, loco! ¡Tengo que volver a pasar el trapo!

Gabriela es coordinadora del Envi3n y, adem3s, forma parte del equipo del Consejo Local. Ella discute este tipo de trabajo para los pibes que vienen del Patronato de Liberados: “Cuando vienen los chicos y me dicen que tienen que hacer tareas, pensamos c3mo pueden reparar el daño a partir de algo que pueda ser significativo para ellos. Porque limpiar baños no sirve de mucho. Si al pibe no se lo interpela, es un mero trámite para cumplir las horas, es por el juicio y nada más”.

El CIC es la sede Envi3n de Chascom3s, donde los cien pibes que son parte del programa hacen talleres y actividades. Seg3n las coordinadoras, tener un espacio 3nico y estable fue un cambio importante, ya que los chicos lo sienten como propio: no s3lo van a los talleres, sino que muchos pasan y se quedan ayudando o tomando mate. El equipo articula con diversas instituciones, como el Patronato de Liberados, el servicio local, los trabajadores sociales de los otros barrios y las escuelas: "Hay una articulaci3n que permite esa ida y vuelta, y sabemos las complejidades de cada caso. No estamos aisladas. Pero eso tambi3n lo genera tener un lugar, porque conoc3s al chico, le ves la cara, sab3s si falta o no, creamos h3bitos", dice Luj3n, y agrega: "Algunos no pueden sostener la escolarizaci3n as3 que vamos negociando, tratamos de mantenerlos en los talleres y los vinculamos con el CESAJ (Centro de Escolarizaci3n Secundaria para Adolescentes y J3venes) o el Plan FinEs".

Adem3s, trabajan en articulaci3n con la Secretar3a de Producci3n del Municipio, que est3 a cargo de la implementaci3n del programa nacional J3venes por m3s y mejor trabajo: acordaron que los pibes de 12 a 17 a3os van al Envi3n y los mayores de 18, a Producci3n. Luj3n dice que "antes los dos espacios trabaj3bamos con las mismas edades y, como las informaciones de las becas no se cruzan, era desordenado. En la franja de 12 a 17 no hay otros programas, as3 que apuntamos m3s que nada a esas edades".

Eugenia Zuccatti, psic3loga del CPA (que tambi3n funciona en el CIC del 30 de Mayo), cuenta que derivan muchos pibes a Envi3n: "Nosotros, hemos derivado muchos casos. Nos capacitamos con ellos, trabajan muy bien". Para Luj3n, "toda construcci3n es un proceso. Y muchas veces es un proceso largo, donde fundamentalmente hay que estar para lo que necesiten y si no, armar los lazos para no dejarlos solos".

## Escuelas: crisis y permanencia de la educación formal



El siguiente capítulo describe y analiza el lugar de la escuela y del sistema educativo como un espacio de vínculo de los jóvenes y adolescentes de la Provincia de Buenos Aires.

El análisis surge a partir de las escuelas de los barrios Las Rosas (Gran La Plata), La Paz (Quilmes), La Cárcova (San Martín), Garrote (Tigre) y Puerta de Hierro (La Matanza). Nos permite adentrarnos en los consumos, las violencias, las familias y las estrategias que se ensayan dentro de las instituciones escolares como respuesta frente a estas problemáticas donde la escuela es un dispositivo que cada vez puede responder menos a las demandas de los jóvenes.

No se trata sólo de las escuelas primarias y secundarias de los barrios periféricos de la provincia. A partir del trabajo realizado en escuelas de clase media de Ramos Mejía, pudimos sumar elementos al análisis y complejizar un mapa general.

En relación a la continuidad escolar de los jóvenes que finalizan la primaria y pasan a la secundaria, la principal dificultad que se presenta es la escasez de oferta y falta de infraestructura. Existe un quiebre brusco en el pasaje de un nivel educativo a otro, tanto en términos institucionales como vinculares: gran parte de los jóvenes que se encuentran en situaciones de mayor vulneración no posee los andamiajes necesarios que faciliten dicho pasaje sumado a la ruptura de los vínculos con sus referentes significativos que forjaron durante la infancia en la mencionada institución.

Asimismo, una particular dificultad en la inclusión a políticas públicas de los jóvenes de entre 15 y 18 años está ligada al quiebre con la escuela -que se sitúa como la principal política existente para esta franja etaria- y a la ausencia de otras políticas que incluyan a los jóvenes. Los referentes territoriales dicen que a partir de los 12 años los chicos empiezan a relacionarse con otras dinámicas sociales, muchos dejan la escuela y ya no ven a los talleres como un espacio de contención.

La menor oferta de espacios de inclusión socioeducativa para esta franja etárea es parte del problema. En los barrios relevados no existen o hay pocas sedes de Centros de Actividades Juveniles (CAJ) -que forman parte de la política socioeducativas del Estado nacional-, y si bien se implementan programas como FinEs y Jóvenes por más y mejor trabajo, son para jóvenes mayores de 18 años.

Al momento de analizar los consumos de sustancias en relación con las escuelas, es posible tomar como referencia los datos del “Sexto estudio nacional sobre consumo de sustancias psicoactivas en estudiantes de enseñanza media” realizado por la SEDRONAR (2014) en más de mil escuelas públicas y privadas de todo el país. El objetivo del informe fue indagar sobre los patrones, la magnitud y las características de los consumos de los adolescentes que cursan la secundaria.

Entre los hallazgos de la investigación de la SEDRONAR se destaca que el alcohol es la sustancia psicoactiva más consumida al menos una vez en la vida entre los estudiantes secundarios (70,5 por ciento). Luego siguen las bebidas energizantes (67,5 por ciento), el tabaco (35,8 por ciento) y la marihuana (15,9 por ciento). El 5,9 por ciento de los estudiantes declaró haber consumido al menos una vez psicofármacos (tranquilizantes y/o estimulantes) sin prescripción médica; el 3,7 por ciento, cocaína; el 3,5 por ciento, solventes/inhalables; el 2,3 por ciento, éxtasis; el 1,7 por ciento, alucinógenos; y el 1,6 por ciento, pasta base-paco.

Otra variable relevada por la SEDRONAR es el consumo según el género. Si bien no se presentan diferencias significativas en la proporción de consumo alguna vez en la vida de alcohol, pueden observarse algunas diferencias para otras sustancias: en términos generales, los varones presentan proporciones más altas de consumo. Esto se verifica para el consumo alguna vez en la vida de marihuana (18,8 por ciento para los varones y 13,2 por ciento para las mujeres) y de cocaína (4,7 por ciento para los varones y 2,6 por ciento para



las mujeres). Sin embargo, esta relación se invierte en el caso del consumo alguna vez en la vida de psicofármacos (5 por ciento para las mujeres y 4 por ciento para los hombres) y de tabaco (34,9 por ciento para los varones y 36,8 por ciento para las mujeres).

Por otro lado, la edad promedio de la primera vez de consumo se sitúa, en términos globales, entre los 13 y 15 años cualquiera sea la sustancia que se considere. Si la información se desagrega según la sustancia tomada en consideración, en el caso del alcohol la mayor cantidad de estudiantes consumieron por primera vez entre los 13 y 15 años, observándose que una proporción significativa consumió alcohol a los 12 años o antes. En cuanto al consumo de marihuana, la distribución se concentra entre los 14 y 16 años. Finalmente, en el caso de los psicofármacos se observa que la dispersión de la población es mayor, presentándose una distribución más uniforme entre los 11 años o antes y los 16 años.

En suma, según el informe de la SEDRONAR, muchos pibes en edad escolar se relacionan con alguna sustancia. Por esta razón, los colegios tienen que ser capaces de abordar la problemática, contener a los alumnos y leer cuál es la función que cumple el consumo en cada caso. Sin embargo, muchas veces las infraestructuras deficitarias y la falta de profesionales dificultan el trabajo. Y los pibes ya no ven a la escuela como un espacio de contención.

### **Escuelas de Quilmes, Gran La Plata, La Matanza, Tigre y San Martín**

El 14 de diciembre de 2006, después de dos meses de debate y 34 votos en contra, 133 diputados nacionales aprobaron la Ley de Educación Nacional. Era parte de un paquete de leyes que dejaba sin efecto la Ley Federal que había sancionado el menemismo. La nueva legislación cortaba los lazos con el libre mercado y consagraba que la educación era un derecho social que tenía que estar garantizado por el Estado. Además, establecía que la educación secundaria comenzaba a ser obligatoria. En marzo de 2007, cuando los chicos de Santa Ana, en La Plata, volvieron a clases, el edificio de 158 y 524 había dejado de ser sólo una escuela primaria: ahora también había una secundaria. Para los que viven en ese barrio o en los alrededores -en Don Fabián, El Futuro o las Cuatro Manzanas- la propuesta era interesante. Podían empezar a estudiar a los 6 años, en primer grado, y terminar en sexto año, a los 18, en el mismo lugar. En Santa Ana ahora hay dos escuelas completas, como marca la ley. Pero la primaria 13 y la secundaria 66 funcionan en el mismo edificio.

Al principio se las arreglaron; todavía no eran tantos. Enfrente de la dirección de la primaria, en una esquina, armaron la dirección de la secundaria con un panel de machimbre y otro de durlock. Además, construyeron dos aulas en el patio y una tercera al lado del escenario del salón de actos, escondida, con menos metros de los que debería tener. Faltaban tres aulas más y el edificio no tenía tantos rincones, así que la secundaria quedó por la mitad y sólo se puede cursar allí de primero a tercero. De la escuela "se egresa" a los 15, pero sin el título.

Aquí se ven una serie de reformulaciones de la organización de la Escuela que la reforma trajo consigo y que tienen en el centro de la escena la cuestión de la convivencia escolar. Esto implica ensayar estrategias para organizar tiempos y espacios, dejar aulas para dar clases.

La secundaria 66 tiene dos turnos, mañana y tarde. Un día a la semana la cursada no dura cuatro horas, sino cinco. Los martes, los chicos de 3ºB van a la escuela de 8 a 12. Tienen dos horas de historia y dos de matemática, pero en el programa tendrían que tener también una hora y media de construcción de la ciudadanía. Al mediodía almuerzan. Y no pueden quedarse en el edificio porque el aula la usan los chicos del turno tarde, entonces se van y vuelven a las 4. A esa hora ya se fueron los chicos del turno tarde de secundaria y los de primaria ya tomaron la leche. No pueden cruzarse con los de primaria: la idea es que un grandote de 15 no comparta el espacio con uno de 6, que recién empieza.

A veces, cuando los de 3ºB tienen construcción de la ciudadanía, las aulas están ocupadas por los chicos de la primaria, que todavía no se fueron. Entonces, los de secundaria tienen

clases en el salón de actos, el único espacio de tránsito de la escuela. Ubican filas de tabloneros y bancos, como en una comunión. En la primera se acomoda tercer año; en otra, segundo. Y trabajan en voz baja para que no escuchen los del otro curso. Y de vez en cuando gritan y putean a alguno que pasa. También les tiran bollos de papel a los de la primaria cuando se van en fila hacia la puerta, por atrás de la maestra.

“Lo que necesitamos acá es un edificio para poder tener la secundaria completa”, dice Lucía Graciano, la directora. A pesar de las gestiones con el Municipio, la Provincia y las distintas secretarías de inspección, a la escuela le siguen faltando tres cursos para que cumpla con la obligatoriedad de la escuela secundaria completa. Los cuatro cursos de la mañana y los dos de la tarde suman 188 estudiantes. Serían 376 si existieran todos los años.

Cuando los de tercero egresan, muchos piden el pase a la secundaria 78, que está a más de 20 cuadras. Carlos Pache, el vicedirector de la técnica, dice que la escuela tiene doble jornada con orientación en maestro mayor de obra, y que pocos pibes de la 66 llegan a cursar en su institución: “El régimen de casi ocho horas acá adentro hace que no lo aguanten, que se vayan a los dos meses. Por eso tampoco tenemos grandes problemas de conducta. Porque los pibes que están quieren estar en la escuela o por lo menos sostienen la intensidad de la cursada. Es el mismo sistema el que va haciendo que los otros no vengan”.

### **La Escuela como espacio de contención**

Oscar abandonó la casa paterna cuando terminó séptimo grado. Dice que su papá está re loco y que no aguanta que se pelee con su mamá. Vive donde le hagan un lugar. Cuando está muy pasado sí va a lo de su mamá, porque no quiere quedar mal con la gente que le presta una cama.

Una de las docentes dice que el papá de Oscar es alcohólico y que cuando tomaba les pegaba a todos: a su mamá, a sus hermanos más chicos y a él también. Cuenta que cada tanto le pregunta cuándo van a abrir cuarto año, porque quiere seguir estudiando. Por eso, lo dejan que curse tercero de nuevo en la escuela 66. “¿Viste que Oscar relojeaba todo el tiempo para afuera? Parecía que se estuviese escapando de algo”, dice la docente.

En julio, Oscar cumple los 18 y le gustaría anotarse en algún lado para seguir estudiando. Tal vez en un FinEs, pero no sabe bien cómo hacerlo ni dónde hay uno. Todos sus compañeros de tercero están en alguna: se juntaron, siguieron estudiando, o se fueron a otros lados.

“En la escuela hay un montón de Oscars. Porque si tuviésemos un edificio completo, una secundaria en serio, con talleres para los pibes, seguramente Oscar no hubiese empezado a consumir. O tal vez sí, pero hubiésemos estado con él, acompañándolo”, explica Lucía, la directora.

\*\*

Después de que Guido se quiso suicidar, la escuela 53 de Gorina empezó a trabajar con el Equipo Distrital de Infancia y Adolescencia (EDIA). Juntos, llevaron adelante un proyecto que se llamó Fotografiando el silencio. “La idea era que los chicos sacaran fotos de su contexto y que lo expusieran adelante de los docentes para conocer su contexto. Acá no pasó, pero las coordinadoras del EDIA nos contaron que los pibes les sacaban fotos a las plantas de marihuana”, dice Hugo Caro, el director de la escuela. Y agrega: “Acá están haciendo una huerta y una profesora les preguntó a los pibes si sabían qué eran los plantines. ‘Sí, cómo no vamos a saber, los de marihuana’, respondieron. Nosotros queremos descubrir a través de las fotos lo que está pasando con los chicos. Yo vengo de una formación técnica y al principio pensaba que era una pérdida de tiempo. Pero después te das cuenta de la importancia”.

Hugo dice que se da cuenta cuando los pibes consumieron o cuando tuvieron un problema en la casa “porque vienen o muy callados o muy exaltados, y ese día causan problemas”. Habla de un chico que estaba muy eléctrico en la puerta del colegio y que, ni bien entró, pateó una silla. Después tuvo problemas en el curso. También habla de otro chico al que lo van a

suspender por un día para que haga un trabajo reflexivo en la casa: “Ese pibe genera desorden en el aula, juega de manos, no deja trabajar. Entonces armamos un equipo con docentes, preceptores, dos alumnas y yo, y decidimos qué hacer con ese pibe. A todos se les da participación y que decida la mayoría. No lo suspendemos como medida de sanción, lo que queremos es que haga un trabajo de reflexión con la familia”.

La E.S.B. 53 de La Plata también comparte el edificio con una primaria, la 75. Queda en Gorina, es una de las últimas construcciones del loteo del barrio. Por eso, además de trabajar con los vecinos de Las Rosas, llegan a otra población. “El contexto social de la escuela 66 es distinto al de acá. Allá es el barrio Santa Ana, que es una cosa, y nosotros somos semi rural, que es más mezclado. Hay muchos quinteros, changarines”, dice Hugo Caro, el director de la 53. Para llegar a la escuela hay que pasar por varios descampados. Sólo un ramal del colectivo Oeste circula a la mañana y al mediodía, en el horario de entrada al colegio.

“Muchos chicos del barrio si no terminan acá, no terminan. Por varios motivos: porque les queda lejos, porque no se animan a ir a otro lugar, porque no se sienten parte de otro barrio o porque hay gente que vive muy metida en su casa, prácticamente no se mueven. Vienen y me dicen: `Usted me tiene que dar un banco porque toda mi familia vino a esta escuela`. No entienden que no hay lugar. Desde un sillón en la Dirección General de Escuelas dicen: `A diez cuadras tienen otra escuela a la que pueden ir`, y no hacen nada. Hay varios chicos de la 66 que hacen acá cuarto, quinto y sexto, pero son dos o tres. Vienen porque la directora de la 66 también trabaja acá”, agrega el director.

A la escuela inscripta en el territorio de las problemáticas sociales complejas se le exige, más que respuestas pedagógicas, respuestas sociales. En este sentido aparece la idea de contención cuando se habla de escuela. Darío Rivero, docente, entiende que la función que termina teniendo la escuela es la de contención, pero sin la coordinación y las herramientas necesarias para hacerlo de una manera eficiente. Expresa: “Hay como un consenso de que hay que contener. Y yo no sé si es una idea de todos o es responder a una política que viene desde arriba de que hay que contener a éstos que no deberían estar acá. Eso es una discusión. Hay pibes que no aprenden nada, pero está bueno que estén ahí. Y está la situación de que nosotros somos docentes, no tenemos tantas herramientas”.

Kessler (2002) sostiene: “Es una escuela en la que prima, claramente, el intento de retención escolar con menor acento en la calidad; donde la cuestión social está omnipresente, tanto en docentes como en alumnos: como realidad, como límite estructural, como problemática central a ser trabajada.”[2]

\*\*

La escuela La Concepción, de Tigre, es gratuita, tiene los niveles inicial, primario y medio, depende del Arzobispado de San Isidro y recibe una subvención estatal para el pago de los salarios docentes. Allí cursan chicos que viven en la isla y también muchos pibes del barrio Garrote. Todas las mañanas, ellos tienen que caminar unas veinte cuadras desde el barrio hasta el muelle por el que pasa la lancha.

La escuela La Concepción, al igual que la 66 de La Plata, sólo tiene hasta tercer año del secundario. Los pibes que quieren seguir estudiando, pedir el pase a la escuela 39, en Italia y Butteler, a la media 10, en España y Chacabuco, o a la técnica 5, en Cazón y Chacabuco. O pueden pedir una beca en el colegio Don Orione, en Cazón y Luis Pereyra. A diferencia de La Concepción, estas cuatro escuelas quedan en el continente, en las cercanías de Garrote.

La escuela de la isla se caracteriza por poseer redes vinculares y de sostenimiento afianzadas para los jóvenes ya que cuenta con algunas características particulares como la estabilidad del personal docente. Mónica, que trabaja en la escuela desde 1979, explica que una de las fortalezas institucionales es que todo el personal trabaja hace muchos años en el colegio. La escasa rotación del personal y el hecho de embarcar todos juntos y de ver a los

padres cotidianamente en el muelle posibilita que la información circule permanentemente entre las familias y los docentes.

Otra singularidad del colegio es que el 80 por ciento de los alumnos son hijos de ex alumnos: "Yo fui maestra de los abuelos de los chicos que están ahora en el colegio. Esta continuidad permite que las familias que son de ex alumnos tengan un alto compromiso", dice Mónica.

Sin embargo, el proceso de integración de las nuevas familias es más complejo: "Nosotros observamos que hay miedo al compromiso: como en el barrio están tan sacados y con tantas armas, muchos tienen miedo a involucrarse. En las reuniones de padres nos dicen que los ven a los chicos consumiendo pero que no pueden hacer nada porque les dan un puntazo o les pegan un tiro. Entonces, cuando le preguntás a un padre cómo podemos operar sobre el tema desde la escuela, el emergente es el miedo". La directora afirma que es muy difícil pedirles a los padres que se involucren desde lo barrial porque no pueden garantizarles su seguridad: "Una vez le dije a una madre: 'Si ustedes saben quién vende, ¿por qué no lo denuncian?'. Yo lo dije como una idea, para ayudar, pero después me entero que fueron a la casa de esta madre y le tirotearon el frente, tuvo que esconder a los chicos abajo de la cama".

\*\*

Los alumnos de secundario de la escuela de la isla están en un taller sobre prevención de consumo de sustancias. Una de las talleristas pregunta: "¿Cómo se puede ayudar a una persona que tiene un problema de consumo?, ¿a dónde se les ocurre que puede recurrir?".

-La policía no sirve para ayudar a los que se drogan. Hay policías que se drogan, hay policías traficantes... los tratan mal y la violencia genera más violencia. Lo que necesitan es ayuda psicológica, un terapeuta, un asistente social, gente que estudió para eso- opina uno de los chicos.

-Dios también ayuda. Y las familias tienen que acompañarlos- suma un compañero.

-Hay familias que casi nunca ayudan, les entra por un oído y les sale por el otro- dice Sofía.

-Todos se dan cuenta de quién estás hablando, de una persona que está acá, y no sabés si esa persona después se pone mal o se va llorando. Tenés que tener cuidado con las palabras- le responde Julieta.

-Vos no sos la única que tiene problemas en la familia. Vos no sabés de lo que estoy hablando. Me da bronca que pienses que hablo de vos porque yo lo digo por mi propia familia- contesta Sofía.

El taller sigue pero Sofía no participa más. Se va a un pupitre del fondo, se tapa la cara con las manos y se larga a llorar. Mientras una de las talleristas queda al frente del curso, la otra se acerca a consolarla. Sofía le explica que no estaba hablando de Julieta sino de sus tíos: "Ellos se drogan y en mi familia nadie habla del tema". La tallerista le propone a Sofía que, al terminar la clase, hable con su compañera para aclarar la situación. Cuando suena la campana del recreo, las tres se reúnen en el patio:

-Yo no estaba hablando de vos, estaba hablando de mis tíos, pero si pensás que todos hablamos de vos y necesitás que todos te presten atención, ¿por qué no te comprás un perro?- le dice Sofía a Julieta y se va corriendo.

-Yo te voy a ser sincera -le confiesa Julieta a la tallerista-, mi papá mandó a mi hermano a un centro de rehabilitación y no funcionó, cuando salió volvió a agarrar las drogas. Pero yo no salté por mí sino por otra persona. Todos sabemos que los padres de una compañera nuestra venden droga en su casa, y me pareció que teníamos que tener cuidado con lo que decíamos para que no se sintiera ofendida. Igual reconozco que se lo dije mal.

La directora del colegio cuenta que trabajan sobre prevención de consumo "desde los 80, pero nunca vimos esta problemática tan agravada como ahora. La prevención está en que los chicos sepan que las drogas no son buenas, les hacen mal, les perjudica el aprendizaje, les

quita libertad. Nosotros queremos que los chicos puedan construir proyectos de vida de calidad. Les explicamos que, en el caminito de la vida, los pasos son: estudio, me recibo, consigo trabajo, busco tener algo, me pongo de novio, me caso y recién ahí tengo bebés”.

La escuela cuenta con diferentes dispositivos para abordar esta temática. Por un lado, se apoyan en la “Guía de orientación para la intervención en situaciones conflictivas y de vulneración de derechos en el escenario escolar”, del Ministerio de Educación de la Provincia. Además, el equipo de orientación del colegio trabaja en articulación con el Centro de Atención Familiar y de Salud Canal (la salita): “La información circula y los casos se trabajan bien. Cuando detectamos un chico con consumo recurrimos a ellos y también al programa de Fortalecimiento Familiar del Municipio. Y trabajamos con las familias, claro. Pero hay que revisar qué pasa en los centros de internación. Nosotros hacemos prevención y detección en la escuela pero después, cuando salen de internación, vuelven peor de lo que estaban”, cuenta Mónica.

Si bien Mónica, como otros docentes, expresa intenciones de mostrarle a sus alumnos un rumbo posible a través de la educación, lo cierto es que la escuela o la educación ya no se asocia en los sectores populares como un camino de ascenso social, no siempre se inscribe la finalidad educativa como un valor dentro de las familias vinculado a la inserción laboral. En este contexto, estudiar- trabajar- tener una familia, como le transmite Mónica a sus alumnos, no se cristaliza como un camino posible en la trayectoria de los jóvenes debido a las contingencias de lo cotidiano y a la preponderancia del presente. Ellos estudian y también trabajan, tienen hijos, dejan de estudiar y vuelven, y van construyendo sus trayectorias con idas y vueltas, interrupciones y escasas continuidades.

“Creo que no ir al colegio se está haciendo cultural. Muchos papás no les insisten a sus hijos para que vayan a la escuela, ni siquiera pagándoles como ahora”, opina el diácono de la parroquia de Garrote. Gisella, de la asociación civil ETIS que da talleres en el mismo barrio, coincide: “Hay una enorme deserción. De hecho, a nuestro espacio de apoyo escolar vienen chicos que no van al colegio, y aunque sea practican, escriben o hacen cuentas”. Un referente referente histórico de Garrote, dice que se pelea con la mitad del barrio por los chicos que abandonan la escuela: “Les digo que manden a sus hijos al colegio aunque sea para cobrar la asignación. Pero algunos lo mandan una vez y después dejan, y la ley lo dice clarito, tienen que ir a estudiar”.

Marcela, de la Cooperativa Vecinos Solidarios de Garrote, destaca el rol que están cumpliendo la Asignación Universal, FinES y PROGRESAR: “Antes la mayoría terminaba noveno y abandonaba la escuela. Ahora están estudiando muchos más porque los padres los obligan para cobrar la Asignación Universal. Y los que tienen más de 18, por el PROGRESAR. Sobre todo las chicas jóvenes. Porque si se ponen a pensar un poco, no hay salida laboral si no se ponen a estudiar”.

\*\*

La escuela 25 Provincia de Chubut de Quilmes es pública y tiene primaria y secundaria. Frente a ella está el matadero, una zona desolada, de pésimas condiciones de higiene, con poca luminaria (a veces sin ella) e inundable. Muchos pibes van al colegio armados, según dicen, “por protección”. Otros directamente abandonan. Gastón vive en La Paz y cuenta: “No voy a la escuela porque me robaron, y el colegio no se hizo responsable de lo que me hicieron. Ellos tendrían que haber llamado una ambulancia y a un patrullero. No hicieron nada. Y los pibes son de ahí nomás. Adentro del colegio hay armas, bastantes. Yo pienso que las llevan por seguridad. No son de mostrarlas en todo el colegio, a los conocidos nomás. Van al baño, corte te llaman ahí, pum pan, y te dicen: `Vos si tenés algún problema llamame a mí’”. Los robos y las violencias emergen como otro aspecto adicional a enfrentar al momento de ir a la escuela. Algunos jóvenes se sienten desalentados y deciden abandonar sus trayectorias educativas.

Antes, en la escuela pública 2 de La Paz sólo se podía cursar la primaria. Ahora incorporaron el nivel secundario, convocando a la gran mayoría del alumnado de la zona. Asisten chicos de La Paz y La Matera, y trabajan en permanente contacto con La Casita, un lugar que funciona como comedor y contención para jóvenes y niños.

La Escuela Madre Teresa es un colegio privado administrado por la iglesia, de nivel primario y secundario. Su directora, Adriana Alemany, habla de la dificultad que experimentan sus egresados al transitar el nivel universitario. Explica que, conforme evalúan las complicaciones, se focalizan y modifican su esquema pedagógico complementando la currícula y haciendo hincapié en la referencia del docente como un vínculo primordial: “Los chicos vienen con nosotros por cualquier inconveniente. Nos enteramos de los problemas antes que los papás. Y tenés que ser el nexo para decírselo. A veces es complejo. Vos das contención, incluso los ayudamos después de egresar. Pero quién te contiene a vos... Además tratamos de trabajar en red con las universidades, cuando podemos”, asegura. Este colegio, en línea con la experiencia de la escuela de la isla, en Tigre, muestra un intento de continuidad en las trayectorias educativas de los jóvenes. De aportar un plus al momento de la transición entre una institución a otra que sostenga lo que a veces no es posible sostener desde los espacios familiares. Para ello, como manifiesta Adriana, buscan armar una red.

### **Escuela, ausentismo, deserción**

En los barrios Puerta de Hierro de La Matanza y La Cárcova de San Martín, se ve a la escuela como la institución tradicional que cuenta con más prestigio entre los niños y adolescentes, también es la más cuidada por la mayoría de los adultos. Desde un punto de vista infantil, es identificada como el lugar donde se juega y aprende con pares y amigos.

Asimismo, en estos relatos de pibes y referentes, se señala una serie de tensiones vinculadas a la escuela. Los jóvenes entrevistados marcan como principal falencia de la escuela la ausencia cotidiana de algunos maestros y profesores, cuestión que suele llamarse “ausentismo”. Al mismo tiempo, de manera excepcional, elogian a aquellos docentes que estimulan la creatividad a través de prácticas artísticas y los incentivan a seguir estudiando una vez que terminen el secundario.

Continuar o abandonar la escuela, además de estar vinculado a los aspectos del contexto barrial relatado, también está ligado al valor que se le otorga en el círculo familiar. En ese sentido, Noelia señala que ella sigue estudiando porque le gusta, y además porque todos sus hermanos más grandes terminaron la secundaria. Aunque quizá no tenga claro qué pasará luego de que termine la escuela, entiende que en su familia es importante egresar. A diferencia de su situación, otras chicas de su edad atraviesan escenarios diferentes que en ocasiones complejizan la posibilidad de sostener el espacio escolar. Explica: “Hay muchas chicas de mi edad que dejan el colegio porque están embarazadas. Yo tenía una compañera que tenía 13 años y quedó embarazada y dejó el colegio. Una chica que vive acá enfrente de mi casa tiene 16 años y tuvo una bebé, pero ella siguió yendo al colegio porque le dijeron que tenía que seguir y que se podía retirar temprano si la bebé lloraba. Ella, si quería podía llevar a la bebé, pero no quiso llevarla porque muchos chicos peleaban a las piñas en la puerta del colegio. Se peleaban en la escuela por problemas de la calle”.

### **Convivencia y conflicto social**

Unas semanas antes de las vacaciones de invierno hubo un tiroteo en la puerta del edificio donde funcionan la escuela 40 y la primaria 51 de La Cárcova. El enfrentamiento empezó pasadas las 11 y duró hasta las 11:50, poco antes del horario de la salida de clases.

Noelia cursa a la mañana el tercer año del secundario junto a otros 20 chicos de entre 14 y 18 años. Ese día estaban en hora libre porque había faltado un profesor. La mayoría, dicen los chicos, falta casi todos los días. Cuando empezó la balacera ella estaba sentada al lado de la ventana. Vio que algo entraba por el vidrio.

En lo que va del año hubo tres tiroteos en la puerta de la escuela, y más de una decena en las cercanías. Uno de ellos fue a la tarde. “Los chicos de sexto grado se tuvieron que poner cuerpo a tierra”, recuerda Gladis, una trabajadora social.

“Mi profesora de plástica nos metió en un salón y nos empezó a decir que ella no puede venir si se agarran a tiros, que la escuela tiene que mejorar, que se tienen que juntar todos los padres. Mi mamá va a todas las reuniones y, cuando ella no puede, va mi papá o mi hermana mayor. Pero hay padres que no van. Hay dos compañeras más que se quieren ir de la escuela por miedo”, cuenta Noelia.

Después de los tiroteos, algunos chicos faltaban y los que iban estaban muy alterados, nerviosos, inquietos. Si el tema de la violencia aparece, los docentes tratan de trabajar sobre ello, pero piensan que también hay que generar espacios en los que los chicos puedan vivir su infancia, que también vean que hay situaciones de alegría y que no todo es violencia. Desde 2011, comentan los docentes, los chicos empezaron a hablar de la droga en el aula como algo cotidiano. Los tiroteos se convirtieron en un punto de inflexión.

“La escuela, en algún punto, funciona como la Cruz Roja”, dice Gastón y está seguro: “Es un lugar que no debe tocarse”. El tiroteo puede funcionar como indicador del fenómeno creciente de violencia, dejando al descubierto el grado de conflictividad existente en el barrio.

Frente a la escasa oferta institucional específica (equipos de orientación) que haga un trabajo sistemático con los chicos y chicas, es la escuela la que asume la responsabilidad de llevar adelante un seguimiento a sus estudiantes. Y es dentro de las instituciones donde se tejen las resistencias.

En palabras de Kessler (2002): “La situación personal y el problema social está omnipresente en el contrato pedagógico y de convivencia al interior de la clase. Tan es así que los profesores se debaten entre dos posiciones: aquellos que aceptan esto y que han reducido sus expectativas pedagógicas centrándose únicamente en la retención, y los que tratan de preservar la labor docente tal como la entendían en su formación, sosteniendo que no les cabe a ellos ocuparse de la problemática social o familiar de los estudiantes”.

Laura Romero es docente de Puerta de Hierro y dice: “Si falta un pibe durante un tiempo, no podés mandar una notificación de que no vino. Tenés que ir a buscarlo. Si pasó algo en el barrio, y la familia se fue por un tiempo a mitad de año, por ahí no vuelven. O vuelven en noviembre. Por suerte ahora se está instalando esto de que hay que matricularse, que hay que anotarse, que hay que traer la fotocopia del documento o lo que tengas que diga que sos fulano. Cuando yo recién empecé los pibes cuando venían decían: 'Mi mamá me dijo que tengo que estar en séptimo'. Y vos qué sabés si el pibe estaba en sexto, en cuarto o dónde. Le pedíamos que viniera alguien a charlar, y hasta que aparecía algún familia, pasaba un mes de clases. Y ya fue, el pibe quedó en séptimo. Con escuelas con su sistema de organización tan verticalista, tan normado, es lógico que al pibe le agarre un raye. Porque vienen de una comunidad que no está normada. Es lógico el enfrentamiento. Y las instituciones están para dar respuesta. Lo único que sigue acá somos nosotros. Pasó la crisis, pasaron los saqueos, y esto sigue”.

\*\*

Darío sostiene que “la tensión se da para varios lados. Es muy difícil el encuentro entre la comunidad y la escuela. El otro día me pasó que se agarraron a trompadas en la puerta y cuando quise llamar a los padres, uno me dijo que el padre estaba en cana y la otra, que su madre era prostituta. Son situaciones pesadas todo el tiempo. Y en el cómo empezar es necesario saber que hay una realidad que va mucho más allá de la realidad particular del pibe o la piba, o de las tensiones del lugar, sino que hay un problema general que es muy difícil que se resuelva todo lo otro. Porque está bueno y hace falta poner centros culturales y sociales. Pero también hay una tensión superestructural que por acción u omisión, desconoce todo eso”.

En la escuela 40 de La Cárcova una mamá fue a avisar que sus hijos no habían ido a clase porque hubo un allanamiento en la cuadra. Al día siguiente los docentes armaron un espacio de juego para que los chicos que habían faltado por ese motivo pudieran distraerse, para que se conectaran con cosas de chicos. Mientras armaba un rompecabezas, una nena de 6 años que estaba en primer grado le dijo: “Yo no vengo a la escuela porque ellos no quieren que nosotros vengamos, así trabajamos para ellos”. Graciela, la asistente social, no necesitó preguntar quiénes eran ellos: todos los hermanos de esa nena trabajan para transas, algunos están presos.

“Cuando entre todos armamos las reglas de convivencia, los chicos dicen: ‘No tirar piedras a los coches, no usar armas, no tirar tiros’. En las palabras de los chicos hay planteos adultos. ¿Por qué un chico de seis años dice que no hay que tirar tiros? Porque vive en una realidad en la que los tiroteos son algo cotidiano”, dice Graciela.

\*\*

En Puerta de Hierro, Lucía sitúa dos puntos fundamentales al momento de pensar los motivos de abandono escolar: el rol fundamental que posee la familia al momento de la contención para que un joven sostenga la escolaridad y el consumo de pasta base. Dice: “Acá, la contención de un adulto, de la familia, es muy poca. Hay muy pocas familias que hacen eso, en otros casos la vida o las realidades de las familias son muy distintas y hacen que los pibes se manejen solos. Entonces aquel pibe que tiene una condición de regular es porque está más o menos contenido. Y porque no está dentro del consumo del paco, puntualmente”.

Y al mismo tiempo, esas tensiones se reflejan en el aula, frente a un universo normado poco frecuente. “En el barrio no hay normas, entonces no es raro que le digas a un pibe que tiene que estar sentado durante cuatro horas y te revolee una silla”, agrega Lucía.

\*\*

Eugenia Mistura, en su artículo “Broncas y muertes”, recupera a María Victoria Pita para dar cuenta de los procesos de delimitación de un territorio. “Para Pita, hablar de territorio social implica sostener que el mismo es el resultado de redes de relaciones que configuran espacios sociales y morales antes que -exclusivamente- una base territorial y física. Así, un territorio no supone necesariamente emplazamientos fijos sino que puede ser definido en virtud de los desplazamientos, las redes de sociabilidad y las interacciones donde se producen y se sostienen las identidades (individuales y colectivas)” (Pita, 2010: 48).

Frente a la posibilidad de ir a una u otra escuela, los chicos del barrio elijen diferentes opciones. Tomás va a la media 21, en Ciudad Evita. Podría ir a la secundaria de Puerta de Hierro, que queda a dos cuadras de la villa, pero elige caminar más y cree, de esa forma, escapar al estigma del barrio. “Lamentablemente soy de Puerta”, dice. Graciela, la asistente social, plantea algo parecido: “Igual los de acá son tranquilos -dice refiriéndose a los chicos de la escuela 21-. En la escuela de Puerta es más complicado. Ahí vi cosas terribles, acá por lo menos hay una familia, alguien que responde por los pibes si los mandamos a llamar porque vinieron drogados. Allá parece una escuela de huérfanos”.

En ese sentido, Kessler (Ibid) sostiene: “La diferenciación que se da en el Gran Buenos Aires entre la 'escuela buena' y la 'escuela mala' en una misma zona por criterios informales de selectividad, también tiende a polarizar socialmente al alumnado. Por eso en estas escuelas se exacerban problemáticas sociales al punto de ocupar la centralidad de la tarea escolar”.

### **Trabajo de campo en una escuela de San Martín**

Todos los jóvenes entrevistados en San Martín abandonaron la escuela, aunque Marco, un estudiante asegura: “La directora me tenía encima a mí y me echó la culpa, y bueno, ya fue, ahí no fui nunca más. Yo no dejé el colegio, el colegio me dejó a mí”.



En la muestra estudiada, esta deserción suele ocurrir en los primeros años del secundario. En muchos casos, la misma está vinculada al embarazo o a la posibilidad de formar una pareja estable. Por otra parte, no es posible inferir -salvo excepciones- que reciban o hayan recibido apoyo o presión de sus familias para permanecer en la escuela.

Algunos testimonios dicen: “Empecé a drogarme a los 10 años. En el colegio no se daban cuenta, cuando iba a la escuela no me drogaba, pero cuando salía sí. O a veces ni iba a la escuela, hacía como que iba pero después me iba a otro lado”. La visión de los adultos sobre el rol de la escuela es coherente con las experiencias referidas por los jóvenes y permite explicar en mayor profundidad la escasa adhesión de estos a la institución.

En general, los adultos opinan que la escuela no tiene la capacidad para contener, orientar y capacitar para la vida a los jóvenes que allí asisten. Esta falla en el dispositivo escolar es explicada, a su vez, a partir de algunas causas comunes. En primer lugar, es posible que la escuela no cuente con los recursos materiales y humanos suficientes para desempeñar adecuadamente sus funciones: “Una maestra está haciendo doble turno. Es una decisión política, si vos los tenés bien a los maestros creo que van a estar abocados y no estar pensando si llega a fin de mes o si no le alcanza la plata”; “El estado no les envía materiales, tiene que ver también con la capacidad del docente”; “Nosotras hacemos todo lo que nos dicen, y de hecho hay muchas maestras y auxiliares que no cobran su sueldo. Hay gente que no cobra desde enero. Las maestras pagamos el alquiler de la fotocopiadora el papel de nuestro bolsillo. Nadie nos paga las tizas. Siempre es pongan, pongan, pongan”.

Además, la institución no estaría lo suficientemente preparada para abordar las problemáticas graves y complejas de los jóvenes alumnos y de sus familias: “Me parece que la escuela, como institución, está en crisis. En este barrio no puede dar respuesta o no puede ser todo lo continente que debería ser con pibes, por ejemplo, con problemáticas de consumo. La excede. Pero por qué no puede hacer nada: porque es un modelo que no se fue actualizando a medida que se fue actualizando la sociedad y que fueron cambiando los pibes y sus problemáticas”; “Es como un rompecabezas en el que algunas piezas te cambiaron y no te van a encajar nunca. Entonces me parece que tenemos que repensar la institución escuela en general”; “Tienen un gran problema de violencia en la escuela acá. Los chicos que llegan tienen graves problemas de conducta, los padres también”, dicen los docentes.

“Cuando es un momento de enriquecimiento, cuando es un periodo donde más le metés información al pibe, más le aportás a su construcción de persona”, dice un docente. En relación a este último punto, prevalece la opinión de que los jóvenes de estas zonas vulnerables requieren de un alto grado de compromiso por parte de las instituciones al momento de trabajar con ellos en pos de mejorar sus condiciones de vida.

Esto podría deberse a un menor seguimiento de los alumnos, a la ausencia de vínculos significativos entre estos y sus docentes: “Entonces otra vez te encontrás con la pared. Alguien le quiere enseñar algo muy formal y darle materias pero no los conoce, no les pregunta, y les dicen: `¿Para qué tomas? ¿Para qué te drogas?´ Nosotras muchas veces perdemos la hora de clase conversando sobre sus temas, y eso es lo que vienen a buscar. Nosotras sabemos que tenemos que enseñar pero de repente es más valioso escucharlos, estar con ellos y no darle una clase de matemática. Lo que funciona es cuando está la misma persona y establece un vínculo”, cuenta una docente. Y manifiesta ciertas características expulsivas de las escuelas secundarias que las distinguen de las primarias: “Nosotros los buscamos a los chicos, tratamos de que vuelvan y no tenemos la autorización de poder echar a un chico. Así nos esté

golpeando, no tengo la autoridad de decirle no vengas más. Y la secundaria sí, los echa y los sacan de la escuela”.

En general, prevalece el consenso de que estas familias carecen de la capacidad para contener adecuadamente a los jóvenes, principalmente debido a la falta de compromiso de los padres hacia sus hijos: “Nunca te preguntaste por qué se drogan los pibes. Porque los padres los dejan solos. Los padres son cómodos acá, ven que su hijo sale a robar y le traen plata. Y les dicen: ‘Vos no tenés que hacer esto pero dame’. Los padres tienen la culpa, no los pibes”. Esta falta de compromiso se observaría en el escaso interés por el comportamiento y bienestar general de los jóvenes y/o en el escaso interés y capacidad para establecer límites claros en el comportamiento.

En otros casos, la escasa capacidad de los padres para contener a sus hijos no estaría dada por actitudes de indiferencia o negligencia, sino por las condiciones de precariedad económica que los obliga a trabajar la mayor parte del día para sostener a la familia y que, por lo tanto, no queda espacio para el acompañamiento de los jóvenes: “Por ahí los padres se levantan a las 5, 6 de la mañana para ir a trabajar. Ellos no están en todo el día con los chicos, no sé si le mirarán el cuaderno, si fueron al colegio, si no fueron. Y cuando se dieron cuenta ese varón o esa nena ya está en las malas”.

Al ser cuestionados acerca de las acciones del Estado, gran parte de los entrevistados -tanto jóvenes como adultos- no puede identificar claramente las respuestas de éste frente a las problemáticas del consumo de sustancia y las violencias. Entre aquellos que sí lo hacen, muchos consideran a los planes sociales como la principal o única forma de respuesta. En tanto que varias de las propuestas de los vecinos apuntan al mejoramiento de las condiciones de vida de sus barrios de pertenencia (por ejemplo a nivel laboral, educativo, etc.), es comprensible que se identifique a los distintos planes sociales como posibles paliativos, debido a la oportunidad que estos ofrecen de generar mayor inclusión: “El Ellas Hacen está re bueno, acá hicieron todas las capacitaciones de plomería, electricidad. Después está el PROGRESAR para los chicos de 18 a 24. Había muchos que no querían hacer porque dormían todo el día, y ahora van a la escuela y cobran su plata”.

De todos modos, las opiniones en relación a este tipo de respuesta por parte del Estado se encuentran divididas. Por un lado, los planes sociales son vistos como formas posibles de contribuir a la prevención de las adicciones y de la violencia, o bien como una forma de ayuda en el proceso de reinserción social de los consumidores problemáticos. Por el otro, estas medidas son vistas como insuficientes y hasta contraproducentes, ya que fomentarían el “asistencialismo” y atentarían contra la “cultura del trabajo” en los sectores más vulnerables: “Yo diría que todo el mundo tiene que trabajar, no recibir regalos de parte del Estado. Y si reciben un subsidio, tienen que devolverlo con algún trabajo, que no sea totalmente gratis. Tendrían que tener esa cultura del trabajo, de poder levantarse temprano, saber que tienen que cumplir un horario, porque eso tampoco respetan de nosotros”.

\*\*

La ausencia de oportunidades de inclusión, sumada a la fragmentación de los lazos familiares, podría llevar al consumo de sustancias como una de las pocas respuestas posibles de socialización, recreación y/o evasión frente a un contexto empobrecido y vulnerable. Dice un trabajador social: “Si yo creo espacios vacíos y no tengo actividades, estoy creando esquina. Y si creo esquina, es más barato comprarme un porro o un vino que una entrada de cine. ¿Cuál

es la primera posibilidad que tienen los pibes? Acercarse a lo que pueden acceder. Y la droga las primeras veces es gratis”.

La escasa contención en el hogar y la falta de espacios saludables para socializar, divertirse, capacitarse o trabajar dejaría a los jóvenes con muy pocas o ninguna opción frente a los ofrecimientos y presiones de sus pares para el consumo de drogas. Por lo tanto, las soluciones propuestas apuntan a la creación de espacios abiertos a la participación de los jóvenes, donde se ofrezcan talleres o actividades de diversa índole, tales como las educativas, deportivas o artísticas.

Debe remarcar, una vez más, la necesidad percibida de que estos servicios sean plenamente accesibles dentro del territorio, ya que aquellos que se encuentran por fuera del mismo no son generalmente aprovechados: “Hay que poner esos centros pero acá en el barrio, porque los pibes no salen de acá”.

Además de la creación de estos espacios inclusivos, algunos de los adultos entrevistados señalaron la necesidad de un trabajo comprometido cuerpo a cuerpo con estos jóvenes, el cual no debería agotarse en intervenciones puntuales sino que, por el contrario, debería ser realizado a la manera de un acompañamiento o seguimiento. “Trabajar cuerpo a cuerpo con los chicos, estar a la par. Ellos necesitan contención, ese aliento. Lo que funciona es cuando esta la misma persona y establece un vínculo”, agrega el trabajador social.

Esto implica la formación de un vínculo con los jóvenes y la voluntad de iniciar con estos un proceso de cambio positivo. Desde este punto de vista, el mero desempeño de una función específica -aunque útil- no sería suficiente para generar hábitos de vida saludables, a menos que la misma se sostenga en el tiempo y dentro de un vínculo en el que exista la suficiente confianza y contención: “Esas cuatro horas que un docente le da a los chicos tienen que ser primordiales. No solamente pararse en el pizarrón y dar lo que tiene que dar. Tiene que construir un vínculo con el alumno, con el grupo, e inculcar valores”.

## **Escuelas de Zona Norte: San Isidro, Escobar, San Fernando, Pilar y Vicente López**

Desde Jóvenes, realizamos un estudio durante todo el año 2015 basado en la metodología cualitativa de estudio de casos. La herramienta seleccionada fue la administración de entrevistas semiestructuradas a través de grupos focales a alumnos, padres y docentes.

Los jóvenes afirman que la edad de inicio para el consumo de tabaco se encuentra en torno a los 13 años; para el alcohol, a los 14-15 años, edad que coincide con el inicio de las “previas” (cabe destacar que refieren haber probado alcohol a los 12-13 años pero que a los 14-15 comienza el consumo habitual). Por último, dicen experimentar la marihuana por primera vez a los 14-15 años. Sin embargo, el consumo frecuente aparece asociado al grupo de 17-18 años.

Todos los grupos coinciden en que la sustancia más consumida es el alcohol. Manifiestan que el objetivo del consumo es embriagarse y que para ello, toman lo que sea necesario sin considerar si les gusta o no. Las razones de emborracharse en una fiesta las relacionan mayoritariamente con la desinhibición que genera el alcohol ya que, a través del consumo, se animan a hacer cosas que estando sobrios les darían vergüenza.

Pocos alumnos de primero y segundo año dijeron haber probado alcohol, y si lo hicieron fue con el permiso de los padres. Aunque en su mayoría manifiestan que el alcohol no les gustó, suponen que cuando sean grandes van a tomar porque “todos los chicos lo hacen”.

Mencionan que dependiendo del grupo de amigos, algunos toleran que alguien decida no tomar pero muchos otros se burlan, le insisten a aquel que no lo hace, lo discriminan o le hacen "bullying". En muchos casos, alguien que inicialmente no desea tomar, incurre en este hábito para no sufrir ningún tipo de maltrato. Aquí se hace visible la necesidad de trabajar desde edades tempranas el desarrollo de habilidades intra e interpersonales en los niños. Es importante lograr un adecuado desarrollo de las habilidades sociales y comunicacionales, fortalecer la autonomía, aprender a lidiar con la presión de los pares, mejorar la autopercepción y que, a través del fortalecimiento de las diferentes habilidades, los niños puedan tomar decisiones acertadas.

El tabaco es visto como algo normal y natural. A diferencia de la marihuana, no parece llamarles la atención. La mayoría probó el cigarrillo entre los 13 y 15 años; muchos no volvieron a fumar. Todos coincidieron en que las mujeres fuman más que los hombres.

Otra sustancia que emerge en su discurso es la marihuana. Mencionan que es común verla en las fiestas: "Siempre hay alguien fumando un porro, se siente el olor". Muchos dijeron tener al menos un amigo que fuma, aunque la mayoría dice no consumir, algunos admiten haber experimentado alguna vez y muy pocos han manifestado ser asiduos fumadores de marihuana. No obstante, todos afirman que la marihuana se encuentra al alcance de la mano. Relatan que les ofrecieron marihuana por primera vez entre los 14 y los 15 años de edad aproximadamente.

### **Alcohol, tabaco y marihuana de los alumnos**

Todos los jóvenes coincidieron en que fumar tabaco está relacionado con el desarrollo de muchas enfermedades graves, como por ejemplo, el cáncer. Muchos relatan que padres o abuelos han sufrido graves problemas de salud asociados al tabaco y que por ello no fumarían, sin embargo, en su gran mayoría, admiten haberlo probado.

Respecto al alcohol, afirman que "tomar es la gracia de la salida". Casi ningún joven considera riesgoso abusar de esta sustancia. Se destaca la "ilusión de control" que poseen la mayoría de los adolescentes sobre el alcohol, creyendo que a ellos nada les podrá pasar. Esto afecta notablemente la percepción de riesgo de estos jóvenes, que subestiman las posibles consecuencias negativas que produce la ingesta de alcohol y puede conducirlos fácilmente a exponerse a múltiples riesgos. Varias veces se vinculó la adicción a los sectores sociales bajos y consideran que a su clase social no le podría afectar esta sustancia. Sin embargo, hubo muchos relatos de familiares o conocidos que desarrollaron diversas adicciones.

Un dato grave que emergió en varias escuelas es que los alumnos de 17- 18 años admiten conducir habiendo ingerido alcohol. Estos alumnos dicen tener consciencia del riesgo que conlleva beber y conducir. Sin embargo, manifiestan que si van a manejar "no se rompen" o "beben cuidadosamente" (medidas que de todas maneras superan ampliamente el límite legal para conducir). Por otro lado, los padres manifiestan preferir otorgarles el vehículo por el miedo a hechos de inseguridad, confiando en que sus hijos no beban cuando conducen.

Asimismo, un fenómeno particular que se observó es que los alumnos más grandes (17-18 años) perciben como problemático y riesgoso el consumo de los estudiantes de menor edad. Les preocupa la disminución en la edad de inicio del alcohol y la naturalización del abuso de sustancias en "los más chicos".

Respecto a la marihuana, muchos afirman que es "medicinal" o que "no es tan tóxica como el cigarrillo", y aducen que en algunos países es legal, por lo tanto no puede ser dañina.

### **Salidas nocturnas y relación con el consumo**

Las salidas nocturnas comienzan con la matinée a los 11-12 años. A esa edad todavía se encuentran alejados de las sustancias y están supervisados por los adultos. A los 14 años ya

quedan afuera de la matinée, y ahí es donde consideran que hay mayores problemas, ya que se encuentran en una “brecha” que no posee ofertas nocturnas. Por eso comienzan a organizar fiestas en casas. Empiezan a consumir alcohol, en general a escondidas de los adultos. Ante la desaprobación y la prohibición del consumo de alcohol por gran parte de los padres, muchos alumnos del grupo tienden a mentir con respecto a su “plan nocturno” y ocultan su consumo: “Compramos el alcohol y nos juntamos en una casa donde la familia esté de viaje o no le importe si tomamos”, “A tus viejos les decís que te juntás a comer algo y a ver una peli”.

A los 16 años comienzan a ir a fiestas de egresados y a boliches. Los jóvenes mencionan que “es muy común ver gente tirada en el piso vomitando antes de entrar a bailar”. Respecto a ello, los adultos manifiestan que el problema es que beben cantidades enormes de alcohol en un tiempo breve y que no están debidamente supervisados.

A partir de los 17-18 años es más habitual que los padres sepan y permitan el consumo de alcohol cuando se realiza una “previa” en su hogar.

Los jóvenes en distintas ocasiones vincularon la posibilidad de desarrollar una adicción con los sectores sociales bajos, y consideran que las personas de su clase social no llegan a tener ese problema. Sin embargo, cuando consultados, varios refirieron tener familiares o conocidos que habían estado en tratamiento o que eran adictos.

### **Proyecto sobre identidad en la escuela media 7 del barrio Las Colinas (Esteban Echeverría)**

En la escuela media 7 del barrio Las Colinas, en Esteban Echeverría, un equipo de investigación de Jóvenes llevó adelante un proyecto que tuvo como objetivo pensar a la escuela como espacio de subjetivación en la construcción de identidad, como cimiento en la constitución de “lo común”. A través de los relatos de los estudiantes se buscó trabajar sobre diversos ejes: identificar sentidos de pertenencia como forma de revertir o al menos disminuir las violencias y la exclusión social; generar un pensamiento crítico en contextos de exclusión social; reforzar la vivencia de ciudadanía en los jóvenes en el espacio escolar a través de la configuración de “lo común” como herramienta de cohesión social; lograr que los alumnos refuerzan su identidad con el lugar de pertenencia, integrando el aula con el barrio y viceversa, involucrando a docentes, alumnos y actores barriales; contribuir a formar una red social que trascienda lo escolar para alcanzar el ámbito barrial; y crear un espacio de discusión y consenso.

El proyecto se desarrolló en cuatro encuentros en la escuela. A continuación, la descripción y los resultados alcanzados en cada etapa.

#### **Primer encuentro: proyección de un video y pregunta por la identidad**

En esta etapa participaron alrededor de 150 alumnos de 16 y 17 años. Primero se proyectó el video “Mentira la verdad: La identidad”, de Darío Sztajnszrajber, y luego se abrió un espacio de debate donde se registró que los estudiantes referían a la escuela como su espacio de pertenencia. En cambio, este vínculo no se establecía con el barrio Las Colinas.

Luego se les propuso a los alumnos que se sacaran una *selfie* y que respondieran, de forma anónima, a la pregunta “¿Quién soy?”. En los testimonios se destacó la pasión por un equipo de fútbol: “Soy hincha de Independiente hasta morir, no hay nada ni nadie que me haga cambiar esa pasión”, “Boca es la droga que nunca voy a dejar”, “Aguante River Plate y Abel Pintos”.

Algunos estudiantes se describieron según su humor y su estado de ánimo, y otros manifestaron una dificultad para describirse: “En teoría no sé quién soy, no puedo definirme a mí misma”, “Soy muy amigable y muy bipolar, mi humor varía un poco”, “Me gusta todo lo que sea divertido aunque a veces me desconozco”, “Yo no sé quién soy. Me siento afuera de este mundo”, “Soy una persona histérica que cuando estoy mal soy insoportable. Soy muy maricona, lloro por pelotudeces”, “Soy una persona demasiado insegura de mí misma, desconfiada, jodona y muy fría”, “Soy histérica, mal humorada, sensible pero también cariñosa, divertida y algo vaga. Ésa soy yo por ahora pero todavía me falta seguir construyendo mi identidad”.

También se registraron respuestas vinculadas a sus sueños, sus proyecciones personales y familiares: “No me gusta dejar pasar oportunidades. Siempre voy para adelante y me gusta aprender cosas nuevas”, “Soy capaz de saltar cualquier obstáculo. A pesar de los errores y caídas me vuelvo a levantar”, “ Soy un chico de barrio, repetí tres veces el mismo año pero sigo estudiando para crecer como persona”, “Quisiera tocar el piano con Axel y cantar una canción. Tengo muchos más sueños pero todo en la vida no se puede”, “Siempre pienso en el futuro y en que quiero ser ejemplo de la vida”, “Lo único que quiero ahora es terminar el colegio para poder estudiar algo”, “Cuando sea grande me gustaría tener un trabajo digno, tener una vida hecha y derecha”.

La actividad física, asimismo, ocupó un lugar importante en los testimonios: “Me gusta mucho ir al gimnasio y hacer actividad física. No puedo quedarme quieto”, “Siempre que tengo bronca o estoy triste, desanimada, juego a la pelota y es como que se me va todo lo que me hace estar mal porque no pienso en nada más que en la pelota”, “Me gusta el boxeo. Entreno los martes y jueves, o sea, estoy haciendo algo que me gusta”, “Soy un adolescente sano, por suerte, que le gusta el estudio y también mucho el deporte”, “Me gusta trabajar, andar en bici y skate”, “Me gusta estar con mis amigos, juntarnos para jugar a la pelota los fines de semana”.

Para cerrar el primer encuentro, se les propuso a los adolescentes realizar un concurso de fotografías sobre el barrio. Estos registros fueron luego expuestos al grupo.

## **Segundo encuentro: las encuestas**

Se realizó una breve encuesta entre los alumnos que participaron del proyecto. Los resultados fueron los siguientes:

### *La ubicación de las viviendas de los alumnos respecto a la escuela*

El 28 por ciento de los alumnos encuestados vive a una distancia de 5 o menos cuadras de la escuela; el 20 por ciento, entre 6 a 10 cuadras; el 25 por ciento, entre 11 y 20 cuadras; y el 27 por ciento, a más de 20 cuadras. Si bien es difícil marcar los límites de Las Colinas -porque se ha extendido en los últimos cinco años-, se puede decir que el barrio se extiende en un radio de 1 kilómetro con respecto a la escuela. En este sentido, resulta que el 48 por ciento de los alumnos vive en el barrio.

Una de las razones por la que más de la mitad de los alumnos elige la secundaria 7 a pesar de que queda lejos de su casa es la falta de colegios secundarios públicos en los barrios cercanos recientemente creados. Asimismo, la escuela más cercana recibe alumnos hasta tercer año, matrícula que al año siguiente es absorbida por la media 7. Por otra parte, casi la totalidad de los alumnos encuestados (el 95 por ciento) vive en su barrio hace más de 5 años.

### *El trabajo*

El 22 por ciento de los alumnos encuestados tiene un empleo informal. Entre las actividades mencionadas se destacan tareas en comercios de la zona, ayudante de albañil y de carpintería, plomo en recitales, niñero y maestra particular.

### *Los deportes*

El 61 por ciento de los encuestados realiza un deporte. De este total, el 40 por ciento juega al fútbol, sólo algunos en instituciones y la mayoría en canchitas improvisadas en baldíos. El 21 por ciento restante concurre a instituciones para practicar boxeo, artes marciales, hockey, rugby y hándbol (este último es practicado en general por las chicas en la escuela y en la plaza).

En las calles, las prácticas son autoorganizadas en espacios improvisados y con reglas que pueden ser cambiantes. No hay calendarios, como dicen los chicos: “Nos juntamos cuando pinta”.

#### *El tiempo libre*

El 58 por ciento de los alumnos encuestados utiliza las redes sociales en su tiempo libre (de este total, el 46 por ciento lo hace entre otras actividades y el 54 por ciento restante manifiesta usar sólo las redes); el 30 por ciento realiza gimnasia; el 4 por ciento, artes marciales; el 4 por ciento, idiomas; el 2 por ciento, danzas; y el 2 por ciento, otras actividades como skate, artesanías, dibujo, música.

#### *Los amigos*

Al preguntar sobre qué actividades realizan con amigos, el 35 por ciento prefiere reunirse en casas y/o plazas para charlar, escuchar música y tomar mate; el 25 por ciento juega al fútbol en canchitas cercanas; el 10 por ciento no sale o confiesa no tener amigos; y el 30 por ciento restante pasea con amigos pero no en el barrio, sino que elige lugares como el centro de Monte Grande.

#### *Las instituciones*

Al indagar sobre qué instituciones del barrio conocen -teniendo la opción de nombrar más de una-, las más mencionadas fueron: la escuela (nombrada por el 67 por ciento de los encuestados), la iglesia (62 por ciento), el club (44 por ciento), la Sociedad de Fomento (41 por ciento), la Unidad Sanitaria (34 por ciento), el hospital (por el 17 por ciento) y la Delegación Municipal (12 por ciento).

Ante la pregunta sobre si concurren o no a estas instituciones, el 71% contestó de manera afirmativa y el 29% manifestó no concurrir.

Cuando se les preguntó sobre cuál de ellas funciona mejor, las respuestas fueron: el 34 por ciento, la escuela; el 27 por ciento, la iglesia; el 11 por ciento, el club; el 10 por ciento, la Sociedad de Fomento; el 9 por ciento, la Unidad Sanitaria; el 6 por ciento, el hospital; el 2 por ciento, nada; y el 1 por ciento, no sabe o no contesta.

#### *El barrio: lo mejor y lo peor*

El 70 por ciento de los alumnos encuestados respondió a la consigna por enumerar o describir lo mejor y lo peor del barrio.

Con respecto a lo mejor, respondieron: los vecinos (25 por ciento); los lugares de esparcimiento como la plaza, el campito, la canchita o el club (19 por ciento); los amigos (15 por ciento); nada (15 por ciento); no sabe o no contesta (10 por ciento); las iglesias (9 por ciento); la escuela (7 por ciento).

Con respecto a lo peor: las calles rotas, el barro y falta de asfalto (34 por ciento); la drogadicción (28 por ciento); la poca iluminación y los cortes de luz (15 por ciento); los robos y la inseguridad (15 por ciento); otros (8 por ciento).

#### *Propuestas para el barrio*

El 37 por ciento de los encuestados no propone cambios o mejoras, aunque algunos de ellos sostengan que hay factores del barrio que no les gustan. Del 63 por ciento que propone mejoras, el 50 por ciento tomaría medidas tendientes a mejorar las calles; el 21 por ciento propone acciones para “ayudar a los adictos”; el 17 por ciento se interesa en mejorar la

luminaria del lugar; y el 12 por ciento propone acciones varias donde aparece la necesidad de que haya juegos para chicos en las plazas, más espacios para adolescentes, semáforos en las calles de acceso y en la puerta de la escuela, etc.

Del total de alumnos que propone medidas, sólo el 31 por ciento se comprometería a trabajar por el bien del barrio.

#### *Problemas que se presentan con mayor gravedad*

Al consultarles sobre cuáles son los problemas más graves del barrio, los alumnos podían seleccionar más de un ítem. Casi la totalidad de los alumnos señaló a las adicciones como un problema grave; y la venta de drogas también apareció entre la mayoría de las respuestas. En tercer lugar figuraron problemáticas como situaciones de violencia familiar y vecinal. Otros ítems como salud, trabajo, pobreza y educación también fueron nombrados, pero con menor frecuencia.

#### *Percepción de las situaciones de violencia*

La opción más considerada (32 por ciento) es que la situación de violencia es poco grave. El 30 por ciento sostiene que la situación de violencia es grave y se destacan peleas vecinales, violencia entre jóvenes y violencia contra mujeres. En tanto que el 17 por ciento de los alumnos considera que la situación es muy grave y suman la violencia delictiva a los factores ya citados. Y el 11 por ciento considera que la situación de violencia en su barrio es para nada grave, sosteniendo que no hay hechos de violencia, salvo algunas peleas entre jóvenes.

#### *Lugares de tratamiento por consumos problemáticos de sustancias*

Frente a la pregunta sobre si conocen alguna institución de tratamiento por consumo de sustancias, el 27 por ciento respondió “ningún lugar”. Le siguieron la iglesia católica (25 por ciento); personas particulares (13 por ciento); no sabe, no contesta (10 por ciento); la salita (9 por ciento); el hospital (7 por ciento); la iglesia evangélica (5 por ciento); ONGs (2 por ciento); y el Municipio (2 por ciento).

### **Tercer encuentro: desarrollo de un proyecto común**

Propusimos realizar proyectos grupales para diseñar un espacio común según la mirada de los jóvenes. Los grupos podían elegir entre dos opciones: un centro cultural o un polideportivo en el barrio Las Colinas. Todos los grupos eligieron la segunda opción.

Los niños y jóvenes del barrio no cuentan con suficientes espacios apropiados destinados a la actividad física. A través de las encuestas y de sus propios discursos dimos cuenta de que los adolescentes se reúnen en espacios abiertos para jugar mayormente al fútbol. Hemos visto clases de educación física realizadas en la plaza frente a la escuela.

Algunas de estas prácticas que hoy se realizan de manera improvisada podrían ser iniciativas para el desarrollo de instalaciones deportivas autogestionadas, abriendo nuevas oportunidades al uso del deporte y su vinculación con procesos participativos.

Los usos y costumbres que se desarrollaran en estos espacios fomentarían la integración social, el sentido de pertenencia, la participación democrática y apropiación de lo público.

### **Escuelas de clase media: Ramos Mejía**

El taller de prevención de adicciones que coordinaron las psicólogas del CPA en el Instituto French de Ramos Mejía surgió por la inquietud de los directivos de la escuela a raíz de la muerte de Juan Cruz, que se había incorporado a la institución dos semanas antes de su sobredosis. La directora de la secundaria, Liliana Carreras, que forma parte del equipo pedagógico hace 40 años pero ejerce ese cargo desde 2014, explica que llegaron a las profesionales a partir de un contacto con el Servicio Local de Promoción y Protección de los Derechos del Niño que funciona en La Matanza, una alternativa de intervención que no siempre suele tener los resultados que esperan. “Están tapados de casos y hasta ahora no hemos



tenido un rebote positivo en ese sentido. Yo entiendo y apoyo que estén como Estado en los lugares más vulnerables, pero estos chicos también tienen problemas y creo que en este tipo de situaciones es al Estado al que hay que acudir, no a la institución privada. Ellos nos derivaron al CPA, con el que nos costó bastante entrar en contacto porque no tienen ni teléfono”, cuenta.

En este caso en particular, la articulación se disparó a partir del impacto que produjo la muerte de Juan Cruz en sus pares y porque la intervención del equipo de orientación escolar que se dio en los días posteriores no fue suficiente para algunos de sus compañeros, como tampoco el contacto con las familias de los alumnos que la escuela detectó que estaban más afectados. “Nos enteramos de lo que había pasado con Juan Cruz por un papá de otro alumno porque la familia nunca se contactó después de esto. Nosotros los llamamos y nunca nos pudimos comunicar, entonces nuestra tarea fue ocuparnos de sus compañeros. Dos de sus amigos no pueden lidiar con ese duelo y entendemos que es tremendo lo que les pasó, pero esto fue en abril y todavía no repuntan. Les pasa cualquier cosa, o los llamás para hablar de otros temas como el rendimiento y la conducta, y lo primero que te dicen es: “Bueno, pero yo era el mejor amigo de Juan Cruz”. Como me comuniqué varias veces con las familias y me dicen que ya intentaron ir al psicólogo y no quieren, acudí al Servicio”, relata.

Para Carreras, lo que pasó con Juan Cruz y la reacción de las familias tras esa muerte da cuenta de una problemática que suele atravesar a muchos de los 300 alumnos del French, en su mayoría de clase media y media-alta. “Los problemas más comunes están vinculados con la soledad. Se manifiestan como bajo rendimiento, como problemas de conducta y desinterés, pero cuando se escarba es básicamente una manera de llamar la atención, de decir: ‘Acá estoy y necesito que me den un poco más de bolilla’. Los chicos pasan mucho tiempo solos”, evalúa.

En esta institución funciona un equipo de gabinete con tres psicólogas que intervienen en los casos considerados “conflictivos”, aunque su tarea se enfoca principalmente en el trabajo con el nivel primario. En secundaria, el procedimiento a seguir suele ser llamar a las familias. Lo mismo sucede al detectar una situación de consumo en algún alumno, como pasó el año pasado cuando Liliana empezó a sentir olor a marihuana en el patio del colegio. “Eso me despertó una alarma, presté atención y descubrí que era un chico que caía a la escuela fumado con un olor tremendo en la campera. Llamamos a la madre, vino y la primera reacción fue que su hijo no podía ser, entonces le recomendé que se fijara y que lo siguiera antes de entrar a la escuela. Dicho y hecho, lo encontró fumando en la calle, entonces después volvió a reunirse conmigo, lloramos juntas y trató de ayudarlo. También nos pasó con un chico con una adicción fuerte que terminó abandonando la escuela porque evidentemente no podía más y al tiempo empezó a ir al lugar donde nuestros alumnos hacen educación física para venderle porro al resto. Nosotros nos enteramos porque vinieron sus compañeras a contarle, entonces llamamos a la policía, mandaron el patrullero un par de veces y se acabó el problema. Contacto con la familia tuvimos mientras él era alumno y la mamá admitía el problema, ¿qué más podés hacer?”, plantea.

Del relato de Carreras, entonces, se desprende que la escuela intenta hacer pie cuando las familias se muestran desbordadas por una situación conflictiva. Pero el alcance de ese abordaje está limitado por las mismas barreras institucionales y por la concepción de que su rol prioritario es el educativo y pedagógico. La directora lo pone en palabras: “Muchas veces me enoja por la cantidad de cosas que se le demanda a la escuela, pasamos nada más que cuatro horas con ellos, ¿y se supone que tenemos que ver si están bien, si tienen problemas de adicción, si se alimentan correctamente y, encima, educarlos? Creo que se cargan demasiado las tintas sobre nuestra tarea y hay una demanda muy grande, pero la verdad es que nuestra capacidad de intervención es un poco limitada, no nos podemos meter en la vida privada, ni en las casas, ni en las familias. Eso pasa porque las familias están desintegradas, tienen muchos problemas y la escuela es la única institución que se mantiene en pie, entonces se la carga por

demás. Pero, aunque tratamos de intervenir, llega un punto que más no podés hacer. No es fácil nuestro lugar”.

\*\*

Adrián Verón pasó gran parte de su carrera siendo parte de equipos pedagógicos y ocupando la dirección en escuelas en barrios del tercer cordón de La Matanza, principalmente en la localidad de Gregorio de Laferrere. La realidad a la que tenía que hacer frente era compleja y estaba atravesada por la exposición de los chicos a vulnerabilidades económicas y materiales que desencadenaban vulnerabilidades sociales y familiares. Cuando el año pasado se convirtió en el director de la secundaria del Instituto Santo Tomás de Aquino, una escuela con casi 400 alumnos ubicada a seis cuadras de la estación de Ramos Mejía, en medio de un barrio caro y en constante crecimiento, las diferencias que encontró fueron más de forma que de fondo.

“Acá, los chicos son de clase media y media-alta. Muchos vienen de familias con mucho dinero desde la cuna, otros son hijos de empresarios a los que les va bien pero trabajan todo el día y con un gran esfuerzo logran estar en esa posición social, y también hay otros que, producto de tener múltiples trabajos, logran mandarlos acá porque les interesa el proyecto educativo. Y a veces son más vulnerables los chicos de estos círculos que los de clases más bajas y con menos recursos”, describe.

Esa vulnerabilidad pasa, al igual que considera la directora del French, por la soledad a la que están expuestos. “Sus papás trabajan mucho, están mucho tiempo fuera de sus casas y estos chicos pasan muchas horas solos y nosotros sabemos que pueden ser carne de cañón para los que tienen intenciones de captar clientes. Buscan chicos con buen poder adquisitivo y que estén muy libres de tiempo, entonces los que reúnen esas características sí están en riesgo porque son chicos que tienen mucha plata disponible para gastar y no necesitan justificarla. Los padres creen que sus hijos no pueden estar sin plata, que si les falta algo o les pasa algo, necesitan mucho dinero”, explica.

Para ejemplificarlo, Verón recuerda que unos meses atrás fue a almorzar un local de comidas rápidas que está a una cuadra de la escuela y que suele ser el punto de encuentro para muchos de sus alumnos. Cuando estaba en la caja, se encontró con un chico de tercer año que abrió su billetera y dejó a la vista de todos que tenía 500 pesos en efectivo. “Al otro día, llamé y le pregunté a la familia por qué lo dejaban salir con tanta plata y me dijeron que suelen darle esa cantidad de dinero todos los días porque en la casa no hay nadie, almuerza solo y si tiene que invitar a algún amigo a comer con él, tiene la plata para hacerlo. O para ponerle nafta al auto para ir hasta su casa, porque tiene el registro con un permiso para manejar. Entonces te das cuenta de que viven otra realidad y eso los puede poner en riesgo. A esta familia le pedimos que le diera el dinero necesario para comprarse la merienda en el recreo y, en todo caso, una tarjeta de crédito porque tener la plata suelta en la billetera tampoco es buena idea. Pero a los papás no les gusta que nos metamos hasta ese punto”, advierte.

En cuanto al abordaje en caso de que los chicos evidencien algún problema en particular, ya sean familiares, de rendimiento o de ánimo, la escuela cuenta con una psicóloga que está disponible una vez por semana para entrevistarlos y detectar posibles riesgos para dar intervención a las familias. Paralelamente, la institución está atravesando un viraje en su proyecto educativo e institucional desde 2014 que pretende aggiornarla a las necesidades de las familias actuales. “Era algo necesario porque el sistema educativo está con la misma metodología, teorías y formatos desde hace 100 años, sigue siendo la escuela de Sarmiento; los chicos cambiaron y mucho y nosotros seguimos con el pizarrón y la tiza. La escuela tiene que acompañar ese cambio para que sea mucho más inclusiva y que los chicos encuentren un lugar de pertenencia, que es lo que estamos intentando”, explica Patricia Guerra, asesora pedagógica de la institución.

Como parte de esa transformación, este año y por primera vez se formó un centro de estudiantes en el que participan todos los cursos a través de los delegados que se eligen y presentan distintos proyectos que luego son debatidos con los docentes y votados por los alumnos. Desde esa perspectiva, observa Verón, se pueden detectar y abordar los consumos problemáticos. “No creo que tengamos que atacar el problema con prevención porque la prevención es a consecuencia de acciones que hace la escuela, por ejemplo, porque apuntamos a que los chicos aprendan mucho y que además la pasen bien y eso hace que se genere una pertenencia con la escuela y que esa pertenencia les de felicidad. Estamos muy atentos pero también tranquilos, porque nuestra dirección siempre tiene la puerta y las cortinas abiertas y eso es una invitación a que vengan y nos hablen de lo que les pasa”, dice.

En ese punto, Guerra coincide: “Los pibes tienen ganas de participar; si se les proponen proyectos son creativos, los desafíos los enganchan. Pero necesitan espacios. Los chicos que tienen dificultades son los que tienen ausencia de madre, de padre o de algún familiar que los acompañe, es el punto en común que uno encuentra. Y es algo que atraviesa a todas las clases sociales, más allá de los prejuicios. Vos preguntás en la escuela qué le pasa a tal que está en problemas, y te enterás de que los padres viven viajando a Europa, o que están siempre solos, o que los tironean después de una separación. Los recursos económicos no suplen las ausencias. Y los chicos lo cuentan, no tienen drama ni prejuicios para hablar de lo que les pasa”.

Además, el protocolo de acción se basa también en la “Guía de orientación para la intervención en situaciones conflictivas y de vulneración de derechos en el escenario escolar”, elaborada por el Gobierno bonaerense y Unicef que la Provincia bajó a las escuelas hace cuatro años. El objetivo es plantear líneas de acción ante casos como violencia en el contexto familiar, presunción de abuso sexual, violencia escolar, intentos de suicidio, trabajo infantil, explotación sexual y consumo de sustancias psicoactivas, entre otros. “Para nosotros, esa guía se convirtió en algo así como la Biblia porque nos ha orientado para saber cómo actuar, qué hacer en cada circunstancia y tratamos de sentirnos acompañados porque confiamos en esos profesionales. Además, los inspectores están aggiornados y entonces seguimos los pasos de contactar a las familias, pero si eso no resulta, buscamos ayuda en el Servicio local que, en algunas ocasiones, actúa como esponja inmediatamente y en otras, no sabemos por qué, son como desaparecidos en acción”, asegura Patricia.

\*\*

Como panorama general, se puede decir que los adolescentes que viven en Ramos Mejía asisten, principalmente, a las escuelas privadas de la zona, una oferta que dobla en cantidad a la de la educación pública cuya matrícula está compuesta, principalmente, por alumnos de otras localidades más alejadas de La Matanza y chicos que provienen de barrios de localidades cercanas, como Morón y Ciudadela.

La mayoría de las escuelas privadas es católica y las que son laicas, de todos modos, tienen alguna vinculación religiosa con parroquias e iglesias. Muchas veces, ese vínculo permea una estructura un poco más conservadora que puede convertirse en una barrera. “Una característica de los colegios privados, especialmente los religiosos, es que tienen una política de silencio, de no hablar de los consumos, se tapan. Piensan que si no lo ven, no existe. Entonces los pibes se sienten más libres. Tampoco saben bien cómo hacerlo porque siempre que nos convocan a dar charlas en las escuelas nos dicen que ni los profesores, ni los preceptores, ni los mismos directivos tienen las herramientas para abordar el tema”, observa Ruth Ponce, de la ONG Madres en Acción, tanto a partir de su experiencia personal como desde la asociación que dirige.

En la misma línea, Verón reconoce que, si bien la escuela cuenta con distintos mecanismos para detectar posibles consumos problemáticos, hay un prejuicio de parte de las familias para contarlo: “Más allá de que tenemos un montón de herramientas para intervenir, si pasó y pasa una situación de ese tipo y no nos enteramos, es porque a este tipo de familias elitistas tampoco les gusta tener una mancha, creo que intentarían ocultarlo para que nadie se entere y solucionarlo puertas adentro, o incluso hacer de cuenta que no pasa nada, que sería la peor alternativa a tomar”.

“Las escuelas de esta zona, sobre todo las del centro de Ramos, son muy caretas, quieren la homogeneidad total, no les gusta lo diferente o lo que rompe con el estatus de su institución. Lo veo en las reuniones que tenemos en el marco del plan de formación permanente, en donde nos juntamos todas las escuelas de La Matanza, y a las de Ramos nunca les pasa nada, nunca tienen problemas. La mayoría suele tomar pruebas de ingreso para filtrar la admisión, entonces por eso digo que seguimos con la escuela de Sarmiento, toda heterogénea, dejando de lado el conflicto, todo igualito para que funcione”, agrega Guerra en la misma sintonía.

Puertas adentro, las instituciones educativas también pueden ser rígidas. Por ejemplo, en el Santo Tomás de Aquino, a los chicos no se les permite usar piercings, ni tinturas ni peinados raros porque “la escuela va en contra de la sociedad de consumo”, explica el director. “Los chicos sufren eso porque saben que con un arito se puede pensar igual, con un tatuaje también, pero elegir estar en esta escuela tiene ese costo. El proyecto educativo se escribió en 1989 y se mantiene vigente, entonces estamos viviendo un momento de mucho cambio social y cultural y las instituciones no han cambiado a ese ritmo”, completa.

Del mismo modo, la disciplina es manejada a partir de un sistema de créditos. Al comenzar cada año, los alumnos cuentan con cien puntos para “utilizar” durante el ciclo lectivo. Las distintas “infracciones” que los chicos cometen tienen una penalidad determinada que se va descontando del total de créditos disponibles. Por ejemplo, usar aritos en la cara o interrumpir el dictado de clases representan 10 descritos, mientras que otras conductas consideradas más graves, como ratearse o romper el mobiliario de la escuela, pueden llegar a los 30 o 40 puntos.

“Cuando llegan a los 50 descritos, se firma un acta compromiso con los padres que avisa que, tanto por bajo rendimiento académico como por problemas de conducta que no coinciden con el proyecto educativo ni con el perfil de alumno que se busca, al llegar a los 80 descritos, la escuela tiene la facultad de decidir la no matriculación de ese alumno el año siguiente. Siempre apelamos primero al diálogo y luego a la sanción, queremos acompañar con una acción reflexiva, pero hay chicos más complicados con los que la sanción es la única alternativa porque les gusta transgredir. Las familias suelen acompañar a la escuela en estas decisiones porque nos suelen pedir ayuda y que hagamos cosas para las que no estamos, porque ellos ya no los pueden controlar. Se espera que la escuela haga lo que ellos no pueden”, dice Verón.

Para las profesionales del CPA local, el diagnóstico con respecto a las familias es similar. Gabriela, la psicopedagoga con la que cuenta la institución, está a cargo de las terapias familiares, un espacio abierto para que se sumen todos aquellos que quieran acompañar el tratamiento. Pero, actualmente, hay un solo grupo familiar completo que asiste a ese dispositivo. “En general, vienen las madres o las parejas de los pacientes en caso de chicos más grandes, pero suelen ser las mujeres las que toman el problema. Los papás no suelen venir, o empiezan y después dejan de asistir. Trabajamos con ellos en un espacio de reflexión y orientación en función de su familiar con problemas de consumo. Y lo que surge mucho es la falta de límites, la necesidad de un acompañamiento mucho más real y no desde el lado de la sanción y la vigilancia, y habilitar una comunicación más fluida porque quizás en la familia está faltando un espacio donde charlar, o mantener un diálogo abierto y franco”, resume.

## **Escuelas de Chascomús, Olavarría, Pergamino, Bahía Blanca y Mar del Plata**

### **La escuela 6 y el CAJ en el 30 de Mayo (Chascomús)**

El barrio 30 de Mayo no tiene escuelas. Ahora se está construyendo un jardín de infantes al lado del CIC; pero primarias y secundarias, ninguna. Por eso los pibes tienen que trasladarse hasta alguno de los colegios que quedan más cerca del centro. “La gran mayoría de los chicos de este barrio van a la escuela 17 o a la 6. Otros van a la Municipal 2 y al colegio 1. La Sociedad de Fomento ha pedido una escuela acá, pero eso se cae porque todavía quedan matrículas en los otros colegios. Es un problema de distancia, no de lugar”, dice Eduardo, presidente de la Asociación de Fomento del barrio.

Uno de los colegios es el edificio ubicado en Julián Quintana y San Lorenzo, donde a la mañana funciona la secundaria 6 y a la tarde, la primaria 3. Como Chascomús no tiene servicios de transporte público, llegar no es fácil: “Acá hay un tema con el vivir lejos, con los días de lluvia, con el salir. A las 7 y media de la mañana los pibes vienen caminando, solos, de noche. No pasa que las familias, aunque sean muy humildes, saquen el auto y lleven a todos los hijos a la escuela. No pasa, como en todas las otras escuelas, que no podés estacionar porque hay una fila de autos en la entrada. Acá los pibes vienen solos”, cuenta María Julia Ugarte, directora de la media 6.

La secundaria tiene alrededor de 120 alumnos. El 80 por ciento son mujeres. De primero a tercero van muchos más chicos que de cuarto a sexto año. María Julia cuenta que los varones dejan la escuela porque empiezan a trabajar y en el caso de las mujeres, el principal motivo de deserción son los embarazos y la maternidad: “Cerca de 11 chicas madres no están asistiendo porque no tienen con quién dejar a sus hijos. Y 11, para un grupo de 100, es muchísimo. Son de todas las edades. Embarazadas creo que este año son dos o tres, la mayoría ya son madres. Dos nenas de segundo tienen nenes chiquitos y no pueden venir a cursar, ya hemos probado mil maneras distintas. Una de ellas, cada vez que su mamá consigue un trabajo, deja la escuela porque a su hijo lo cuida su mamá. En quinto tengo una chica que su hijo se enferma muchísimo, estuvo varias veces internado y ya no viene por el frío. Y también pasa que son las chicas las que se quedan a cuidar a los hermanos o a los sobrinos cuando el resto consigue un trabajo y sale de la casa. Entonces son ellas, vienen bien, y se tienen que quedar”.

En Chascomús sólo funciona una sala maternal pública y no da abasto. El resto son todas privadas, entonces a las chicas les cuesta mucho encontrar a alguien con quien dejar a sus hijos para poder ir al colegio. “Necesitamos abrir una sala maternal pública. Yo no he habilitado a que las madres vengan con sus niños, más que nada por una cuestión de responsabilidad civil. Es un debate que se tiene que dar, porque hay niñas madres en muchas secundarias. El debate empieza cuando la familia no puede hacerse cargo”, dice María Julia. La escuela 6 no tiene equipo o gabinete de orientación: “Estamos peleándolo, por ahí para el caso de las madres jóvenes nos vendría bien”, sigue la directora.

\*\*

Al indagar sobre alumnos que tengan consumos de sustancias y cómo la escuela aborda la temática, la directora dice que para ella el consumo es una cuestión de género: está vinculado a los varones. “La verdad es que yo soy bastante tonta con estas situaciones, me entero tarde. Me parece que tiene más que ver con los varones que con las chicas. Yo acá tengo un 80 por ciento de chicas en la escuela. Tengo un chico anotado en sexto que si vos me preguntás, puede ser que consuma. Pero realmente hicimos poco, no hemos hecho más que charlar. Nunca lo hemos visto fumando ni consumiendo nada cerca de la escuela. Sí tiene una actitud diferente, sabemos que se va dos días de la casa, que a veces no vuelve. Hemos hablado con la madre, pero tampoco sabemos tanto”, cuenta María Julia.

Si bien la directora no puede confirmar que haya pibes del colegio que consuman, para las psicólogas del CPA “la 6 es una de las escuelas complicadas”. Jimena, psicóloga del CPA, explica que antes, cuando había algún caso de consumo en el colegio, “íbamos con el Power Point pero no tenía mucho sentido. Ahora armamos una mesa interesante donde nos reunimos con las inspectoras. Capacitamos a los docentes, hacemos un trabajo a largo plazo, y se dan las herramientas para que lo laburen en educación física, en construcción para la ciudadanía, donde quieran, y nosotras culminamos la etapa. Porque si no, es un trabajo que no termina nunca”.

\*\*

-Mirá si vemos un cadáver. Tenemos que poder hacerle planos detalle a eso, o a un preso o a una autobomba.

Es sábado a las dos de la tarde y unos diez pibes están sentados en ronda en el patio de la escuela 6. Charlan sobre el ejercicio que tienen que entregar la semana que viene para el taller de medios audiovisuales. La consigna es hacer un documental sobre un oficio, y un grupo quiere entrevistar a los bomberos o a la policía.

-Vamos a hacer entrevistas, a averiguar cómo trabajan y después vamos a pasarlos por la radio. Pero tenemos que definir qué planos vamos a usar, qué tomas- dice Ramiro.

La jornada ya terminó, los docentes están guardando los materiales pero los chicos todavía no se van. Sus bicis siguen estacionadas en la puerta del colegio. “Yo los vengo siguiendo desde que arrancaron, cómo van cambiando. Tener una radio a su disposición es como tener un chiche enorme”, cuenta Jorge, el papá de Camila, mientras mira hacia el estudio por el vidrio de la pared. A la mañana, los pibes de audiovisual entrevistaron a los que van al taller de radio.

-Esto es como una segunda familia porque hacemos las cosas que más nos gustan- dice Juan, que tiene 13 años y no cursa en la 6 sino en una escuela del centro.

-Podemos decir cómo nos sentimos- suma un compañero.

El Programa de Extensión Educativa Centros de Actividades Juveniles (CAJ) es una política pública de la Dirección Nacional de Políticas Socioeducativas del Ministerio de Educación de la Nación destinada a jóvenes y tiene como objetivo la creación de nuevas formas de estar y aprender en la escuela. En los CAJ, que funcionan a contra-turno de la jornada escolar, los jóvenes desarrollan actividades educativas y recreativas vinculadas al medio ambiente, la ciencia, los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, el deporte, el arte y la literatura. En estos talleres pueden participar jóvenes de la escuela sede, de otras escuelas y también aquellos que no forman parte del sistema educativo.

En la escuela media 6 de Chascomús funciona un CAJ hace tres años. Todos los sábados desde las 9 de la mañana hasta las 2 de la tarde se da un taller de radio y otro de medios audiovisuales. En junio de este año y a partir del proyecto educativo del CAJ, se inauguró la primera radio escolar de Chascomús que se llama La voz de los estudiantes y que emite su programación en el 88.3 del dial. “Estas actividades son una especie de extensión de la jornada. Tratamos de darle a los jóvenes tareas educativamente valiosas pero encaradas desde otro lado. No es tan fácil tener un CAJ. Nos cuesta mucho que los chicos vengán todos los días a la escuela entonces, a veces, sumarle un sábado es mucho”, dice María Julia Ugarte, directora de la secundaria 6.

Al CAJ no sólo van pibes de la media 6 sino que está abierto para todos los jóvenes de Chascomús: “En otros años venían más chicos de nuestra escuela, pero este año vienen más de otras escuelas. Traen a sus amigos y cada vez somos más. El sábado pasado tuvieron que

hacer dos grupos de radio porque eran demasiados chicos, y son pibes que ni siquiera se conocían antes de venir al taller”, agrega María Julia.

El taller de radio tiene dos patas: una es la formación y la otra, salir al aire. Para armar la programación y definir los contenidos, los talleristas del CAJ trabajan en conjunto con los docentes: “Puede ser un tema de índole recreativa, como un programa de música o deportes, o algo relacionado con las materias. Queremos que haya contenido pedagógico pero la idea no es que la radio cuente todo lo que se hace en la escuela”, explica María Julia, y agrega: “A veces es difícil entender a la radio como una herramienta pedagógica, siempre tiene que ver con el perfil del profe, hay algunos que tienen menos miedo y se animan más y otros no. Pero creemos que la radio tiene un rol pedagógico muy grande porque tiene que ver con la oralidad, con el poder expresar y ordenar lo que uno quiere decir”.

Además, la directora destaca la función comunitaria de la voz de los estudiantes: “Si bien Chascomús es una comunidad chica, una escuela no visita a la otra. Pero a partir de la radio, los sábados hay un montón de chicos de otras escuelas”. Y cuenta que todas las instituciones de la comunidad tienen un espacio en la radio escolar: “Muchos pibes del colegio Nuestra Señora de Luján, que tiene orientación en comunicación, vienen todos los miércoles y hacen un programa. Y está bueno porque se va rompiendo con eso de que la escuela es un edificio cerrado y metido para adentro”.

“Cuando pusimos la antena vinieron de muchas escuelas. El chico rubio es de la industrial. Malena es alumna de la escuela 2, Lucas es de la municipal 1 y Agustina, de la Normal”, señala César, el operador técnico de la radio. César dice que los padres le cuentan que antes los chicos eran muy tímidos y que cambiaron mucho cuando empezaron el taller: “El otro día vinieron unos chicos a la escuela para hacer radio y yo no estaba, entonces la directora les dijo que no podían hacer el programa. ¡Pero no les importó! Se pusieron al aire, porque uno de ellos sabe operar, y grabaron”.

### **Facundo Quiroga II, Lourdes y 4 de Octubre (Olavarría)**

Un fenómeno histórico en la ciudad es la preferencia de los padres y madres de barrios periféricos por las instituciones educativas céntricas en el nivel primario y secundario. Siempre han habido largas filas para la inscripción en las escuelas, con la esperanza de que un colegio público del microcentro otorgue mayor oportunidad de ascenso y promoción social a los hijos. Pero esa ilusión muchas veces se rompe: los pibes son expulsados de hecho, producto de la estigmatización institucional e, incluso, de sus pares.

Juliana, del barrio Lourdes, no logró anotar a sus dos hijas en una escuela céntrica. “Te dicen que no hay banco pero vos te das cuenta de que no es verdad. Es un tema de prejuicios por el lugar en el que vivimos”. Su amiga y vecina Josefina tuvo mejor suerte: “Conseguí que entrara a la escuela 1 porque mi hijo más grande había ido ahí, entonces me permitieron anotar a mi nena de 8. Pero sé que no es así normalmente. Con Juliana, habíamos ido juntas y ella no pudo”.

Miriam, referente social del Lourdes, relata que muchos de los niños con los que trabaja desde hace años y a quienes les enseña manualidades, cuando crecen “intentan ingresar en Nacional o en Comercio y fracasan. Les cuesta. Los rechazan. Y al final, se vuelven a la escuela del barrio o dejan de estudiar”.

En Olavarría, según admite la subsecretaria de Indicadores Sociales, Patricia Seijo, “hay 2 mil chicos fuera del sistema educativo, que son menos entre los 15 y 18 años y aumenta entre 18 y 24”. El informe socioeducativo 2013 de esa cartera apunta además que en 2010 la educación común en el distrito registraba 28.444 alumnos, número que ascendió a 29.664 en 2013.

De ese total, la población secundaria pasó de 9.829 en 2010 a 10.406 en 2012. La matrícula total de enseñanza común creció un 4,3 por ciento en dicho período. Ahora, si se comparan los datos de 2013 con 2012, se observa que en el ámbito estatal la matrícula total en enseñanza común bajó un 1,65 por ciento mientras que en el privado aumentó un 2,84 por ciento. Pero hay además un detalle de enorme relevancia: aumentaron las tasas de repitencia y de extraedad. A nivel secundario repitió el 9,92 por ciento en 2010, y el 13,69 por ciento en 2012. Y la extraedad pasó del 33,27 al 39,29 por ciento, respectivamente.

\*\*

Andrea es docente en un Centro de Estudios de Nivel Secundario (CENS) y cuenta que varios de los estudiantes con los que comparte las clases han estado frente a situaciones de enorme violencia o son amigos de muertos o heridos: “Es habitual que hablemos de esto en clase porque no puedo creer que tengan 16 años y se encuentren atravesados por este tipo de cosas. La escuela no está preparada para afrontar esto. Sé en el fondo que tampoco yo lo estoy. Si les quemo la cabeza hablando de lo fea que es la violencia, se duermen o eligen no hacerme caso, entonces repregunto y repregunto hasta que logro `situarme`. Si pido intervención del equipo pedagógico sé que tampoco logro demasiado”, dijo.

Para Andrea es usual la existencia de enfrentamientos entre bandas de jóvenes a partir de pujas derivadas del consumo problemático. Uno de los pibes le contó que antes peleaba pero dejó de hacerlo porque ahora, si se va a las manos, le sacan un cuchillo o un revólver. A otro le preguntó cómo consiguen armas. Le respondió que a través de Facebook, por 300 o 400 pesos consigue una 38 recortada. “Les empiezo a preguntar y llegamos hasta la responsabilidad de la policía en la existencia de ese mercado negro. En esas charlas inevitablemente sale el tema de las drogas. Me plantean que es mentira que te fumás un porro y salís a robar o que tomás pastillas y no sabés lo que hacés. La respuesta de la escuela y del grueso de los docentes es mano dura. En sala de profesores suelo escuchar frases del tenor de `negros de mierda`, `les regalan bicicletas, éstos la van a vender`, `qué querés si es el hijo de ...` o `esto de la inclusión es una porquería`”.

\*\*

Parte de la matrícula de la escuela primaria 59 está conformada por chicos de la zona Noroeste. Los alumnos de la 59 llegan generalmente hasta los 11 años, aunque “siempre hay algún desfasado entre los 13 y los 14 años”, dice su director, Carlos Stebani. También relata cómo se trasladan a la escuela los conflictos barriales que, generalmente, derivan de la venta de drogas: “Los conflictos de los chicos reflejan los conflictos entre las familias. Se agarran a trompadas en el patio”.

Stebani asegura que en la escuela tienen una lista de chicos muertos violentamente por cuestiones de drogas. En la actualidad, cuando hay enfrentamientos que llegan desde el barrio, los docentes no permiten que salgan todos juntos al recreo: a unos les toca a las 9 y a otros, a las 9 y diez “para que no se encuentren”.

Carlos trabaja en la misma escuela hace trece años y cuenta que “primero observamos el clásico porro. Me advirtieron que a las 7 y media de la mañana se veía a los chicos en actitud de comprar. En ese momento, hace diez años, comprobamos que valían cinco pesos. Eran caros. Ahora somos conscientes de que hay familias que venden como forma de subsistencia”. Docentes y vecinos han visto muchas veces a “un tipo que vende en la esquina, enfrente de la escuela. Se para en la ochava y se apoya en el paredón, con una pierna doblada contra la pared. Ahí se paran los que pasan para comprar”.

El director también cuenta que tienen un alumno de 11 años que “fue derivado de la granja (Espacio Adolescente). Se lo notaba agresivo, no cumplía ninguna norma, se paraba, pateaba la silla, entraba, salía. El nene iba a un centro de día que había observado las mismas



conductas". Otro docente recuerda la historia de una nena de 8 o nueve años que empezó a faltar a clase: pasaban los días y nadie respondía el teléfono, la familia no aparecía. Cuando volvió, una maestra le preguntó:

-¿Qué pasó, por qué faltaste tanto?

-Me quedé cuidando a mi hermanito.

-Ah, ¿y lo cuidabas vos sola?

-Durante el día sí. A la noche venía mi abuela a ayudarme.

-¿Y tu mamá dónde estaba?

-Se fue con el novio a Buenos Aires.

-Mirá qué bueno. ¿Se fueron a pasear?

-No, ¿sabés qué? Trajo una bolsa llena de pastillas.

-Ah, ¿y les convidó?

-No, porque eran de remedios. Los chicos no podemos. Pero a la noche vino un señor en un auto re lindo y se las llevó todas, no dejó ni una.

\*\*

Guyi Mieri es el director de una escuela de Olavarría y dice que no se asusta si un pibe fuma un porro o toma vino, pero que en la escuela no se puede consumir: "No me genera cuestiones pacatas que tienen muchos para afrontar el tema. Pero lo que está definido claramente es que en la escuela no se puede. Y lo que no me banco de ninguna manera es que vendan en la escuela. Los pibes lo tienen claro porque hablo con ellos a diario. Les digo que hay que respetar una cuestión mínimamente organizativa para que todo esté bien porque sino, empezamos a tener bardo todos los días. No les conviene ni a ellos. El laburo es ése. No hay demasiados secretos".

Para Guyi Mieri los pibes consumen marihuana y cocaína: "La cocaína es más difícil de detectar, por ahí cae un pibe puesto a la escuela y no te das cuenta. Y con la marihuana, se fuman un porro a las 7 y media, antes de entrar, y vienen con los ojos rojos como conejo. El gran tema es que los pibes están en una situación tal que se resisten a estudiar y a laburar en la escuela, pero si el docente sabe llevar la situación, les hace comprender que saber de matemáticas les va a servir sean albañiles o ingenieros, que trabajar en el aula les va a permitir aprender y crecer. Yo parto de la base de que si el pibe no está en la escuela o si está pero se aburre y no quiere estar, es responsabilidad del adulto. Los pibes no son boludos. Si ven que hay alguien que se preocupa por ellos, responden".

La técnica 1 tiene 230 alumnos repartidos en tres turnos. Los consumos aparecen sobre todo a la noche, cuando cursan los adultos. La mayoría no supera los 23 años. Son pibes que fracasaron en la secundaria, estuvieron unos años sin estudiar y después se enganchan en la nocturna para conseguir el título secundario. Algunos docentes de la técnica aseguran que "es muy fácil la comercialización. Muchas veces, alguno se anota en la nocturna para venderle a gente de la escuela o a gente que no lo es. Arman su propio negocio y, ante cualquier problema, se meten en el colegio porque la policía no puede entrar".

Ante un caso de consumo problemático, las normativas "nos pautan que lo primero que hay que hacer es hablar con la familia para establecer estrategias en conjunto sobre cómo manejamos la cuestión, al menos durante el tiempo en que está en la escuela. Porque, por ejemplo, hay que tener en claro cómo actuar si el pibe está dado vuelta en la escuela y se le antoja irse. No puedo obligarlo a que se quede, pararlo de guapo y atarlo con una cadena. Pero si se va, es responsabilidad mía. Entonces, si hay pautas establecidas con la familia, lo primero

que hacemos es avisarles que el chico se fue para que ellos definan qué medida implementar”, explica el vicedirector.

Este año y por decisión de la inspectora de técnica y psicología, se derivó al servicio local a un pibe con el que se venía laburando hace un año y medio: “Se definió enviarlo a la granja. Es un pibe que venía no con un legajo sino con un prontuario de la primaria. En el último tiempo estaba muy descontrolado, toda la escuela se quejaba de él. Porque además empieza a haber una estigmatización que hacía que siempre fuera él el que tenía la culpa de todo lo que pasaba. Cuando yo estaba en la escuela, el loco era un señor. Reconozco que por ahí no estaba en el aula trabajando, pero hay situaciones que las tienen que manejar los profesores y no yo como directivo. Y lamentablemente los docentes no siempre están preparados para trabajar con este tipo de pibes. Más allá de que cursen en el profesorado materias como pedagogía o psicología, los docentes no saben qué hacer. Creo que el peor eslabón del sistema educativo está en los institutos de formación docente”.

\*\*

Ante un caso de un pibe en situación de consumo, la escuela 18 informa al servicio local. “Terminamos enfrentados con la familia, porque la escuela es la que denuncia y el servicio tampoco se ocupa, entonces el pibe se queda solo y enojado con la escuela”, dice un profesor en la misma escuela donde otro docente, hace un tiempo, les aconsejaba a los chicos que “los buenos tienen que ir a Comercio, no pueden quedarse acá”, profundizando la desigualdad.

Sandra Juárez admite que el consumo es un problema pero “hemos logrado que no consuman ni fumen en la escuela y que no haya violencia”. Aclara que “podemos hacer algo con los chicos con los que trabajamos desde hace años. Pero con los que caen desde otra escuela es prácticamente imposible. El año pasado llegó un alumno de un colegio confesional céntrico y consumía. Tenía plata para comprar, vendía y con él fue imposible hacer algo”.

La directora cuenta que consumen tetrabrik, Fernandito (una bebida barata, imitación de fernet cola, que cuesta 8 pesos), marihuana y pastillas con alcohol. Se dan cuenta cuando consumen porque se duermen. En esos casos hablan con los padres: algunos admiten el problema y otros lo niegan completamente. Sandra recuerda el caso de un chico de cuarto año que era deportista, le encantaba el fútbol. Y los docentes empezaron a notarlo raro, le preguntaron qué le estaba pasando y si estaba consumiendo algo. “¿Qué problema hay con la droga? Mire Maradona”, les respondió. Los profesores entonces hablaron con la madre y ella “no lo pudo ver. Lo negó rotundamente. Y el pibe se destruyó en un año. Fue rapidísimo, consumía algo muy bravo. Yo veo cómo los chicos del barrio se destruyen con enorme rapidez”, cuenta Sandra.

El consumo y la desesperación generan casos de extrema violencia. Un chico que comenzó a concurrir a la secundaria resultó ser parte de una banda que desvalijó el colegio. Se hizo la denuncia y la policía deslizó a la familia quién había sido el denunciante, luego de que en un allanamiento encontraron en la casa lo robado y plantas de cannabis, entre otras cosas. Desde entonces le empezaron a hacer la vida imposible al docente marcado, que vivía cerca de la escuela. “Le tiraban piedras, se subían al techo de noche y se tuvo que ir del barrio”, relataron.

### **Villa Caracol y Bajo Rondeau (Bahía Blanca)**

-La escuela no te sirve para nada. Los profesores vienen y hablan de lo que a ellos les importa, pero no entendemos ni medio- dice Joel, de 16 años, entre risas.

-A mí me pasó que me quisieron pegar adentro de la escuela. Y nadie hizo nada, entonces un día no fui más. En mi casa estoy más tranquilo- cuenta Marcos, de 15 años.

-Te perdés con los paros, a veces no sabés cuándo hay clases y cuándo no. Y cuando hay, los profesores tienen que volver a explicar lo mismo porque nadie se acuerda de nada. Es difícil así- agrega Melany, de 14 años.

Los jóvenes no se sienten escuchados, interpelados. Y ven a la escuela como un espacio lejano a su realidad, al que tienen que ir por obligación pero nada de lo que allí hacen vale la pena.

Al mismo tiempo que la escuela es depositaria de muchas críticas, también se espera que resuelva una serie de demandas que exceden a la enseñanza tal como se la entendía tradicionalmente. “Las familias pretenden que todo lo que no pueden resolver en sus casas, lo hagamos nosotros”, dice Laura, vicedirectora de una escuela.

Entonces, la escuela no contiene a los chicos pero, al mismo tiempo, la escuela no está contenida: está desbordada. Marta es docente hace 20 años y afirma: “Hoy todos hablan de inclusión, pero los docentes no se sienten incluidos en nada. A veces no cobran los sueldos y las condiciones en las que tienen que trabajar son terribles. Cuando faltan tizas, yo las tengo que traer de mi casa”. Y Mabel, la directora de la secundaria del barrio, agrega: “Los jóvenes se anotan a principio de año y medida que pasa el tiempo van dejando. Y no tengo equipos que salgan a buscar a estos chicos. Adentro de la escuela pasan muchas cosas y a veces no se puede todo”.

La escuela es nueva, la construyeron hace ocho años. Pero parece vieja: no hay colores ni plantas ni cuidados. “Es difícil mantenerla linda porque los chicos no la quieren y no les gusta estar acá”, dice una docente de geografía. En el edificio no hay espacios de recreación ni canchas de fútbol. Sólo hay terrenos donde los pastos largos no dejan ver qué hay del otro lado. “No tenemos recursos. Hay dos pelotas de fútbol y cada vez que compramos, se las roban”, cuenta Marita, secretaria de la escuela.

\*\*

Los jóvenes generalmente no conocen qué ofertas educativas tiene la escuela. Aunque se da el plan FinEs, la mayoría de los chicos y las organizaciones no lo saben. “Muchas veces estamos metidos para adentro y no tenemos relación con otras organizaciones o instituciones”, dice la directora.

El papa de Lucas hace changas de albañil y la mamá es empleada doméstica. No están todo el día en su casa. Sus hermanos son más chicos y todos van a la primaria del barrio. Su hermana, que se llama Lucía y tiene 16 años, tuvo un hijo el año pasado y se fue a vivir con el novio porque en la casa “no estaba bien”. No va más a la escuela porque no quiere seguir estudiando, sólo quiere trabajar. Actualmente limpia casas. Lucas dejó la escuela cuando empezó la secundaria. Cuenta que le parecía difícil y que ninguno de los profesores sabía su nombre ni lo que a él le estaba pasando. “A mí me gustaría alguna vez estudiar, pero si ahora no trabajo en casa no comemos todos”, cuenta Lucas y se queda en silencio. Al rato pregunta dónde hay una escuela nocturna cerca.

### **Kennedy (Pergamino)**

“Desde el centro cultural veíamos que a partir de los 12 y 13 años, los chicos ya empezaban a dejar la escuela. Veíamos que no podían insertarse, que estaban desafiados de todos los ámbitos educativos y que la repitencia crea una desconexión total. Empezaban a hacer changas de ayudante de albañil o en el campo y abandonaban el colegio”, cuenta Silvana Ampudia, trabajadora social de Kennedy y miembro del centro cultural Galpón del Arte. Y afirma: “El bachillerato no fue porque sí”.

El barrio no tiene escuelas primarias. Muchos van a la 48, que queda en el barrio José Hernández. También está la escuela 5 pero muchos no la eligen, o la 512 pero tiene jornada reducida: a veces tienen clase sólo tres días a la semana. Y la reforma educativa que eliminó octavo y noveno para reemplazarlos por un ciclo medio de seis años fue crucial. Los pibes de 12 y 13 años tenían que irse a un secundario en la zona céntrica. “La no pertenencia a un lugar hacía que ya no terminaran la primaria. Ahí fue un quiebre total, una ruptura”, dice Silvana.

Cuando los integrantes del Galpón del Arte participaron en un foro educativo en Buenos Aires, descubrieron cómo funcionaban los bachilleratos populares. Y se propusieron armar uno. “Convocamos a docentes, a otros bachis y a gente de la coordinadora de Buenos Aires. Buscábamos tener una educación de calidad, con un pensamiento crítico de la realidad. No queríamos un FinEs, no estamos de acuerdo, no queremos seguir construyendo precariedad”, concluye Silvana.

“Hay pibes que tienen reducción de horario en la escuela, cursan dos o tres veces por semana. Los van dejando cada vez un poquito más de lado, con el argumento de que son incontrolables o agresivos. Y si no tienen un estímulo de la casa, es difícil que vayan. Cuando tienen historias densas en las casas los estigmatizan, le restringen el saber, los van cerrando cada vez más. Y si los aislás, no les das muchas ganas de aprender, simbólicamente los vas echando. Eso me parece terrible”, afirma Laura Dueñas, psicóloga del CPA de Pergamino.

Laura también dice que nadie se fija en qué le gusta al pibe o cuáles son sus intereses: “No hay nada que reemplace la esquina. Hay un abandono, una ausencia. Si ellos están siempre en el barrio moviéndose en el mismo cuadrado y no tienen un lugar donde esparcirse y aprender otras cosas, no salen de ese círculo. No saben ni lo que el cine o una piletta grande”.

### **El Centenario (Mar del Plata)**

-Yo no voy más a la escuela porque me echaron a la mierda. Decían que hacía mucho bondi, qué se yo- dice Ángel, de 14 años.

-A mí no me echaron, yo me fui solo. Pero ahora tengo ganas de volver, empezar el año que viene- cuenta Kevin, de 15.

-Siempre decís lo mismo, el año que viene...- le responde Nacho

Si bien la mayoría de los pibes del Centenario han estado escolarizados, les cuesta mucho sostener el ritmo escolar. Les resulta difícil mantener una cotidianidad de horarios, deberes y obligaciones. Entonces, los ámbitos educativos y laborales no aparecen como proyectos.

Por lo general, los chicos que dejan la escuela lo hacen cuando comienzan la adolescencia, a partir de los 12 años, cuando el círculo de sociabilidad se expande y aparecen nuevas ofertas que resultan más atractivas que ir al colegio. Para los pibes, la escuela “no sirve porque lo que enseña no sirve para nada”.

El grupo más conflictivo del barrio hace ya varios años que no va al colegio. Una de las trabajadoras sociales de la escuela provincial 31 cuenta que a los chicos les cuesta mucho entender y respetar la autoridad y las reglas de convivencia: “Muchos no tienen instalado el proceso de socialización primaria. Imaginate cómo podemos nosotros generar otro tipo de lazo si lo fundante no está presente”.

## Familias, juventud y consumos problemáticos



De las historias y testimonios recogidos se desprende que la cercanía generacional entre padres e hijos dificulta la posibilidad de establecer una dimensión de autoridad, tendiendo a problemas ligados a la fijación de límites. La destrucción del mundo del trabajo profundizada en los '90 puso en crisis el modelo de familia tradicional, aquella que funciona como transmisora de valores en torno una visión del mundo vinculada al trabajo, la educación o la estabilidad.

Creer y volverse adultos de un día para otro es una necesidad habitual para los jóvenes de sectores populares. Si bien no se trata de una característica novedosa que deban pasar al mundo adulto con mayor anticipación que en las clases medias -donde la juventud se extiende más en el tiempo-, se introduce como novedosa la ausencia de rituales de integración existentes en los sectores populares de antaño. Estos rituales tenían el objetivo de mediar en ese pasaje entre la salida de la juventud y el ingreso al mundo adulto, como por ejemplo, la retransmisión de un oficio de los adultos hacia los jóvenes. Hoy, a muchos jóvenes de sectores populares la realidad les impone una necesidad de transitar por la adultez sin haber construido los andamiajes necesarios para hacerlo.

El desamparo y la sensación de abandono están presentes en la mayoría de los entrevistados. Los abandonos en ocasiones son concretos y en otros casos son simbólicos, vinculados a la reducción del tiempo familiar compartido por motivos laborales.

Por otro lado, debemos destacar que son las familias las que ocupan un lugar central en las posibilidades de salir de situaciones de consumos problemáticos y construir trayectorias alternativas. En muchas historias relevadas aparece la idea de que cuanto más presente y afectuoso es el círculo familiar, los niños y adolescentes tienen mayor capacidad de reflexionar respecto de las acciones propias y ajenas y de la realidad de la que son parte.

La existencia de espacios compartidos funciona en muchos casos como resguardo o incluso como regulación de la relación con los consumos problemáticos. Los testimonios de Campo Tongui, en Lomas de Zamora, dan cuenta que la fuerte actividad de construcción en el barrio y la práctica cultural de que los padres trabajen en muchos casos junto a los hijos aleja las posibilidades de que los consumos problemáticos se instalen con fuerza en esas familias. Asimismo, la rutina de trabajo en muchos casos hace que esos consumos se den en los fines de semana, en los espacios reservados a la diversión, porque el alcohol y las drogas tienen una presencia creciente en la organización de la diversión de los jóvenes.

\*\*

Lucas tiene 18 años y consiguió un trabajo en blanco, de limpieza en una clínica. Por la tarde vuelve a su casa en el barrio La Paz, en Quilmes. Allí, la madre cocina fideos para la cena. Los hermanos hablan a los gritos, se ríen a carcajadas. Lucas deja la campera en una silla y se queda con el ambo puesto. Se siente medio abombado, tuvo que soportar todo el día el ruido de la máquina que usa para limpiar los pasillos del sanatorio. Se va para el fondo, al patio que tiene las paredes descascaradas y un bañito que construyeron hace un par de años. Un ruido le llama la atención. No sabe de dónde viene, lo escucha entrecortado. Camina hacia adelante, apoya la oreja en la puerta de baño y escucha una inhalación profunda. Una, dos, tres veces. Abre la puerta y lo encuentra a su papá, que tiene una bolsita con pegamento en la mano derecha. Por un instante cruzan miradas. Lucas le arranca la bolsita de un tirón, con furia; el padre sale del baño y se mete en la casa sin decir una palabra.

“En ese momento hasta me dieron ganas de pegarle. Eso te rompe la cabeza. Él sabe que nunca toqué eso, nunca le traje problemas, y si te paga con una moneda así te dan ganas de irte”, dice Lucas. Cuenta que su hermano Fernando, el de 16 años, también consume y

sospecha que le robó algunas cosas, como camperas, pantalones y zapatillas. Lucas no sabe quién podrá contener a su hermano. Ni a él mismo.

Ignacio vive en las Rosas, en La Plata, y tiene 16 años. Le suele comprar marihuana sus tíos, transas de la zona. “¿Viste que acá al lado había una casillita donde vendían?. Bueno, era mi tía, la hermana de mi papá. Hice la prueba, un día fui a ver si me vendía y sí, me vendió. Mi tío no me quiere vender. Un día me vio en su casa, me agarró la mano y me hizo girar. Cuando estaba de espaldas me pegó una patada en el culo. ‘Tomátelas de acá, no quiero que andes metido en esta gilada’, me dijo. Igual yo fumo y le compro a él sin que se dé cuenta. Le digo a un amigo que me compre”.

Los domingos va a bailar a Mega: es gratis y no le piden el documento para entrar porque va acompañado por su madre: “Como voy con mi mamá, con mi tía, no la que vende, otra, y con una amiga, no me dicen nada. Mi mamá tiene como 45 años y mi tía deberá tener 30. Cuando salimos yo vuelvo tipo 5 ellas vuelven más tarde, como a las 8”.

\*\*

Gonzalo vive en Garrote, en Tigre, y empezó a consumir sustancias a los 12 años. A los 14 se internó, estuvo 11 meses en una granja y salió por decisión propia. Ahora tiene 15, vive en la casa de su mamá con su novia y no estudia ni trabaja. Su madre cuenta: “No consigue trabajo porque es menor, entonces está todo el día al pedo, no sabe qué hacer, se aburre. Ahora está juntado con la novia, viven en mi casa, y parece que anda con la idea de formar familia”.

Pablo, también de Garrote, tiene 23 años y un hijo de 4. Dice que hay muchos padres jóvenes en el barrio y que él decidió tener un hijo porque “no sé si voy a vivir toda la vida y el día de mañana quiero jugar a la pelota o ir a bailar con mi hijo, compartir cosas con él, que tenga un padre joven”, cuenta.

Marcela, referente de Vecinos Solidarios de Garrote, dice: “Acá vivimos acelerados. Las pibas de 17 años capaz que ya se juntaron y tuvieron hijos. Quemaron la etapa de la adolescencia”.

Hugo Caro, el director de la escuela 53 de La Plata, plantea algo similar: “Yo veo que ellos quieren disfrutar todo lo más rápido posible. Y como por ahí no tienen tanto acompañamiento de la familia, ven como natural que a los 15 años tengan a su familia, su hombre, su marido”. También cuenta que muchas veces, cuando las chicas van a inscribirse al colegio, no tienen la autorización de los padres.

-Pero yo ya estoy viviendo con mi novio- le dicen.

-A mí no me interesa. Sos menor de edad y te tienen que anotar tus padres.

\*\*

“En mi casa se esperaban que nunca iba a trabajar -cuenta Lucas, el joven que encontró a su padre aspirando pegamento-. Decían que iba a estar todo el día tirado, que nunca iba a hacer nada. Eso esperaba toda mi casa. Hablaban mal. Decían que yo era re vago, que venía drogado, chupado. Mal eh, mal. El otro día escuché que lo decían”.

Gisella, del equipo de coordinación de ETIS que realiza actividades en Garrote, habla sobre este punto: “Los chicos cargan con un estigma enorme, no sólo en el colegio, donde los marcan como ‘los villeros’, sino también en sus propias familias. Los padres les dicen que son burros,

que no les da la cabeza. Cuando trabajamos sobre violencia, los chicos no me preguntan si mis papás me pegaban sino cuánto, mucho o poco. La violencia está naturalizada”.

“La familia está como desunida, no hay diálogo -dice el diácono de la parroquia de Garrote-. Dejan que los chicos hagan lo que les parezca. Y más con un tipo sin laburo que si llega a tomar o a drogarse, peor. Tenemos casos de chicos que se drogan con sus papás, y eso es algo tremendo. Nadie controla a los chicos, no tienen límites”.

“Acá hay muchas cuestiones ligadas al desamparo y la soledad. Hoy hablábamos de eso en el taller de padres. Muchas mujeres contaron lo que sintieron cuando fueron madres y, por ahí, esas cuestiones los acompañan a lo largo de su vida: el desamparo que sienten las madres cuando sus parejas no tienen trabajo o el que sienten los chicos cuando su mamá se va a trabajar. Esos chicos no quedan a cargo de un adulto, los cuida un hermano mayor o los mira la tía que vive en el terreno de al lado. Y cómo va a la escuela, ¿va solo?”, explica Liliana Lorenzani, psicóloga del Centro Integrador Comunitario (CIC), en Quilmes. Y agrega: “También hay mucho desamparo en la adolescencia. Está el fenómeno de las adicciones y, por otro lado, el de estos hijos que se vuelven adultos casi sin quererlo”.

Los abandonos en ocasiones son concretos y en otros casos son simbólicos, vinculados a la reducción del tiempo familiar compartido por motivos laborales (largas jornadas y varias horas de viaje para acceder a los lugares de trabajo), lo que dificulta el establecimiento de espacios de acompañamiento a sus hijos.

El papá de Matías es albañil y su mamá, portera en un colegio en el centro de San Martín. Los dos trabajan durante gran parte del día, por eso Matías y sus cinco hermanos se cuidan entre ellos: cocinan, ordenan la casa y los más grandes llevan al colegio a los más chicos.

Matías dejó la escuela el año pasado, a los 14, cuando empezó a consumir cocaína a diario. Antes de eso, consumía alcohol y pastillas cuando se juntaba con amigos del barrio. Dice que sólo consume y niega trabajar para algún transa, como sí hacen algunos de sus amigos que venden y “cuidan” cuadras. Sin embargo, reconoce que se ha mandado “muchas cagadas” para poder comprar cocaína. Hace dos meses, él y un amigo entraron en la casa de un vecino cuando estaba trabajando y le robaron electrodomésticos y plata para seguir de gira. Dos días después, Matías se lo contó a uno de sus hermanos y cayó en la cuenta de que había cruzado un límite.

Ese episodio, reconocido por él mismo como una alarma, lo motivó a ir al CPA de San Martín para tratar su adicción. Participa en un grupo de jóvenes, donde comparten las vivencias de la semana, sobre todo aquellas relacionadas con el consumo: sostenimiento del tratamiento, abstinencia, recaídas, etcétera.

Matías dice que no quiere terminar trabajando para un transa y con un balazo, como varios pibes del barrio. Cuenta que quiere terminar el secundario y conseguir un trabajo que le permita mudarse a otro lugar.

\*\*

“Yo no salgo mucho de casa”, cuenta Nadia, de 14 años, de La Cárcova. “Tengo dos amigas que son de Bolivia, son primas. Ellas tampoco salen mucho porque una trabaja con la mamá en el quiosco y la otra, con la mamá en la verdulería. Los domingos voy a la cancha con mi cuñada porque mis hermanos más grandes juegan un campeonato de gente del barrio. Los otros compañeros van a comer pizza libre, al cine, en San Martín y en Chilavert. No sé cuáles son los problemas de la calle. Siempre que se quedan peleando, mucho no quiero quedarme y



me vengo a mi casa. Los que se meten en esa gilada toman ellos y también venden, pero no ganan nada. ¿Qué van a ganar? Frío y hambre”.

La de Nadia es una de las familias emblemáticas del barrio. Además de tener un comercio, su padre es un referente comunitario y en ese entorno, ella se siente segura. Las familias ocupan un lugar central en las posibilidades de los jóvenes de salir de situaciones de consumos problemáticos y construir trayectorias alternativas. En muchas historias relevadas en los barrios aparece la idea de que cuanto más presente y afectuoso es el círculo familiar, los niños y adolescentes tienen mayor capacidad de reflexionar respecto de las acciones propias y ajenas y de la realidad de la que son parte.

Para los profesionales de la Comunidad Terapéutica de San Martín, las familias son esenciales para pensar el tratamiento. Allí, durante la internación se hace un trabajo intenso con el círculo afectivo del paciente (familia, amigos, novia/o) porque entienden que la contención afectiva es determinante para el éxito del tratamiento. El trabajo de la familia sirve tanto para acompañar al paciente durante la recuperación como para evitar que recaiga una vez fuera de la comunidad.

En el CPA de San Martín, los psicólogos recuerdan el caso de una chica cuya mamá estaba presa en Ezeiza por vender para un transa. Ante la ausencia de la mamá, esta chica y sus tres hermanas terminaron en situación de calle y entraron en un circuito de violencias y consumo. Uno de los operadores terapéuticos le preguntó a esta chica si iba a visitar a su mamá a la cárcel. “No, si ella me dejó tirada”, respondió.

En La Matanza sucede algo similar: “No es sólo una adicción. Sus consumos son parte de una red de violencias y vulneraciones a la calidad de vida. Muchos chicos ya vienen institucionalizados, tienen una carrera delictiva y han pasado por diferentes penales”, dice Patricia Estévez, de CPA de San Justo.

Julián tiene 24 años y está internado en el Hogar del Buen Samaritano hace seis meses. En su casa siempre hubo un entorno de violencia y peleas. Llegando a los 9 años, la mamá se enfermó, la tuvieron que operar de urgencia y quedó hemipléjica. Por esa época, Julián descubrió el alcohol y las malas juntas.

“Yo no me podía cuidar, me cuidaba mi cuñada. Y me pegaba, no me alimentaba. Siendo chico tuve que soportar cosas malas. Fue algo muy doloroso, pero tuve que tomar la decisión de irme de ese lugar. Buscar otro tipo de ayuda. Recurrí a mi hermano, que tenía su casa y su señora. Con él mi crianza fue distinta porque hacía lo que quería, estaba en la calle. Descubrí a pibes que estaban en el consumo, empecé a consumir. Me crié en un momento de pobreza. Tuve que pedir, que robar. Nunca terminé la escuela, no tenía un proyecto, una salida, ni nada. Solamente mi salida era estar en una esquina, con los pibes, haciendo cosas que no debía. A los 15 fui papá por primera vez, y al toque me separé”, cuenta.

En el Hogar del Buen Samaritano confluyen historias de varios jóvenes que no tuvieron la posibilidad de tener un acompañamiento familiar. Dice el Padre Bachi: “Abrimos el Hogar por el tema de las drogas, pero en realidad terminamos descubriendo que el problema estuvo antes que las drogas. Que tuvo que ver con una historia, con una vida, con lo que les tocó pasar. Con maltratos, abandonos y abusos. Ésa es una constante en la vida de los que consumen. Yo siempre digo que al pibe que consume en algún lado se les quedó la vida; que ellos fueron creciendo pero la vida se les quedó. No saben cómo crear su propia historia y es ahí cuando consumen, se aferran a otras cosas. Y así van andando, a los tumbos. Entonces, uno entiende que lo que tiene que hacer es generar el espacio donde el pibe pueda parar la moto y que alguien lo acompañe a rearmar su vida. No hay que decirle lo que tiene que hacer, pero sí acompañarlo en una etapa nueva, darle la oportunidad de armarse de nuevo”.

Martín tiene 20 años y está cursando un taller de empleo en Garrote. Cuenta que su prioridad es conseguir un trabajo estable porque está esperando un bebé: “Es una nena. Yo me voy a hacer cargo, le voy a dar mi apellido. Ahora ella está con otro pero bueno, a mí lo único que me importa es mi hija. Ya le dije que yo voy a estar y mi familia también, de mi parte no le va a faltar nada, le voy a dar todo lo que no me dieron cuando era chico”. También cuenta que él le propuso tener un hijo a su ex pareja: “Yo le dije que quería tener un hijo. Quiero que siga mi sangre. Le voy a dar todo lo que no me dieron a mí, la voy a sacar a comer y la voy a llevar a la plaza. Le quiero dar todas las oportunidades que yo no tuve, que estudie, que se reciba de algo y el día que conozca una persona y se sienta bien y segura de lo que está haciendo, que lo haga con el corazón”.

### **Relación de los adolescentes con sus padres. Investigación en escuelas de Escobar y San Isidro**

A partir del trabajo realizado en varias escuelas de las localidades de Escobar y San Isidro y utilizando las encuestas y lo focus groups como herramientas de recolección de datos cuantitativos y cualitativos, pudimos recuperar la visión que tienen los jóvenes sobre las relaciones entre ellos y sus familias, y cómo van cambiando conforme pasa el tiempo.

En los alumnos de entre 13 y 15 años, la relación con los padres resulta problemática. Los chicos dicen que los adultos no son referentes a la hora de buscar ayuda cuando se encuentran en problemas. La mayoría coincide en que el diálogo con sus padres se reduce a una serie de indicaciones, sugerencias y “sermones”.

Los jóvenes sienten que sus padres actúan movidos por el temor y la preocupación, demuestran interés y les hacen preguntas sólo a modo de control. “¿Con quién salís? ¿Dónde vas a estar? ¿Cómo pensás volver?”, son algunos ejemplos.

Una parte importante del grupo pudo decir que necesitaba sentirse más escuchado por sus padres y tener conversaciones “profundas”. Una característica que resulta curiosa es que la mayoría de los varones dijo que se siente más cómodo hablando con su madre, y las mujeres, con su padre. En cambio, el grupo de 16 años dijo que tenían una relación más cercana con sus padres, y la mayoría dijo que serían los primeros a los que acudirían en caso de tener problemas.

Los de 17 y 18 años dijeron tener una buena relación con sus padres, aunque sienten desinterés y distancia de su parte. La mayoría expresó que sus padres no entienden a su generación y que saben poco de sustancias y de la vida nocturna actual. Por este motivo, sólo una pequeña minoría dijo que recurriría a sus padres en busca de ayuda ante un problema relacionado con sustancias, propio o de alguien cercano.

La mayoría de los jóvenes expone que no ha hablado abiertamente con sus padres respecto al consumo de sustancias, aunque todos manifiestan que el consejo más recibido es “no tomes de más” y “no tomes de lo que te convidan por miedo a que te pongan pastillas”.

Consideran que sus padres sancionan el consumo, lo ven mal y se los hacen saber. De todas formas, a ninguno de los chicos le dijeron “no tomes”. Esto coincide con lo que manifestaron los grupos de padres, en los cuales muy pocos afirmaron prohibirles a sus hijos consumir alcohol hasta cumplir los 18 años. La mayoría pone el acento en evitar el exceso en vez de prohibir el consumo.

Respecto a la relación con sus padres, los jóvenes de quinto y sexto año dicen que en general se sienten escuchados por ellos y saben que pueden acudir a ellos cuando los necesitan. Por otro lado, afirman que los límites que imponen los padres sirven -más allá de que en un primer momento les provoquen enojo- ya que se dan cuenta que el objetivo de los adultos es cuidarlos. Los jóvenes consideran que recibir negativas constantes ante la posibilidad de salir o tomar es contraproducente porque genera en ellos actitudes desafiantes para con sus padres.

Los alumnos de segundo y tercer año dicen que los padres no les preguntan demasiado o no creen en lo que ellos les dicen: "No sé si mi mamá mira para otro lado". Denuncian, en la falta de límites, una excesiva confianza depositada en ellos que en muchas oportunidades interpretan como desinterés. Un joven manifestó con expresión de tristeza: "No sé si es excesiva confianza o que ya me soltaron la mano". Respecto a la marihuana dicen que los padres "ni se imaginan que en los lugares que estamos hay porro".

Este mismo grupo de segundo y tercer año narra que cuando tienen problemas prefieren hablarlo con hermanos o amigos, y no con sus padres. Sin embargo, afirman que necesitan la contención de los adultos y no ven mal que los padres les prohíban ciertas cosas. Saben de casos de padres e hijos de otros colegios que fuman marihuana juntos y lo ven negativamente: "Los padres tienen que ser padres". Los límites los perciben como preocupación, como un gesto amoroso y no como una privación.

\*\*

Los padres manifestaron estar preocupados y desconcertados ante la situación actual de sus hijos. La mayoría dice no saber cómo manejar el tema de las salidas nocturnas y el consumo de alcohol. Contaron distintas experiencias que han tenido, distintas formas de prevenir el consumo y los resultados obtuvieron, donde uno de los problemas era no tener suficiente información acerca de las sustancias y que eso los limitaba a la hora de encarar un diálogo con los jóvenes.

No existen pautas generales ni estrategias en común entre todos. Es decir, algunos le prohíben a sus hijos que consuman alcohol y otras sustancias, otros les permiten que tomen y, de hecho, los dejan hacer "previas" y fiestas en sus casas. Mencionaron que algunos padres llegan a fomentar el consumo de alcohol de sus hijos. Algunos manifiestan que es mejor que sus hijos prueben alcohol en sus casas, ya que es un entorno "seguro". Otros deben soportar su enojo por negarles que salgan y tomen cuando sus amigos lo tienen permitido. Estas distintas posiciones reflejan acabadamente el nivel de confusión que subsiste entre los adultos.

Todos los padres comentaron sobre la enorme dificultad a la hora de tener que "negociar" con sus hijos las salidas y el consumo de alcohol, por lo que, sin pretenderlo, muchas veces terminan haciendo concesiones que van en contra de lo que desean para sus hijos.

Consideran importante establecer criterios comunes entre lo que se permite y lo que no. Tienen posturas contrapuestas: muy pocos padres prohíben el consumo de alcohol hasta que sus hijos cumplan 18 años, mientras que la mayoría considera que hay que confiar en sus hijos y enseñarles que se puede tomar con moderación, y que el problema está en los excesos. Los que postulan esta última idea manifiestan que "no van a evitar que sus hijos tomen", entonces apoyan la estrategia de enseñarles a que "lo hagan con responsabilidad".

Ellos dicen que no han tenido charlas con sus hijos respecto al consumo de sustancias, más allá de advertirles que tengan cuidado con lo que les pueden poner en un trago. Consideran que el grado de naturalización que existe respecto al consumo de alcohol y tabaco en la sociedad, incentivado desde los medios de comunicación, dificulta sobremanera la prevención

del consumo. “Vos venís peleando contra todo un mensaje mediático, y eso es un problema”, afirman.

Respecto a los límites, manifiestan que se encuentran con la dificultad de imponerse cuando “a todos los dejan y es incómodo decir que no”. Algunos también dicen temer que puedan llegar a “discriminar a su hijo” si les imponen reglas distintas a las de los demás. La mayoría ve como algo negativo prohibir el consumo de alcohol ya que argumentan que la adolescencia es una etapa en la cual predominan las conductas desafiantes, y transgredir determinadas normas se vuelve atractivo para los jóvenes. Por lo tanto, dicen que prohibirles tomar puede generarles un mayor interés en hacerlo a escondidas de sus padres.

## **Trabajo de campo en Lomas de Zamora**

Durante el trabajo de campo en Lomas de Zamora, y a través de un análisis cuantitativo llevado adelante con encuestas, pudimos dar cuenta de algunos elementos vinculados con el consumo de los jóvenes.

Los vecinos dijeron que la actividad delictiva era percibida como el problema más grave por 41,15 por ciento de los encuestados. Le siguen el consumo de alcohol y sustancias ilícitas (26,08 por ciento) y la venta de drogas (8,96 por ciento). Entre la delincuencia, las consecuencias de las adicciones y la venta de droga se reparten las preocupaciones de 3 de cada 4 encuestados. Luego siguen la falta de trabajo (7,04 por ciento), la pobreza (5,01 por ciento), la educación (4,60 por ciento), la violencia familiar (2,56 por ciento) y violencia entre vecinos (1,11 por ciento).

El 77,33 por ciento de los encuestados considera que el problema de la violencia se presenta de manera grave o muy grave en el barrio; el 17,62 por ciento considera que es de poca gravedad; y el 5,05 por ciento no lo considera grave. La violencia entre jóvenes es percibida como la peor situación de violencia que se padece en el barrio, con 32,43 por ciento, mientras que el 27,62 por ciento expresa mayor preocupación por las peleas vecinales. La delictiva es la peor violencia para el 15,17 por ciento; la violencia contra la mujer es señalada por 6 por ciento de los encuestados, mientras que la violencia policial es la peor para 4,92 por ciento.

Las deficiencias en la educación es la principal razón invocada para explicar por qué se dan estas tensiones en el 24,31 por ciento. Le siguen quienes la ven como consecuencia del consumo de drogas (18,69 por ciento) y de alcohol (17,56 por ciento). Si se suman ambas, las conductas adictivas son razón de los hechos de violencia para 36,25 por ciento de los encuestados. La falta de prevención en seguridad es invocada como razón principal por 17,62 por ciento, mientras que la pobreza es la causa principal para 4,91 por ciento.

Al momento de analizar qué actores barriales intervienen en una situación de violencia, el 51,23 por ciento de las personas dijo que intervenía la policía; el 21,66 por ciento, que recurrió al servicio de salud, que además intervino en el 10,78 por ciento a través del sistema de emergencias 107. Sólo el 2,46 por ciento manifestó que las autoridades judiciales intervinieron de manera directa.

En relación con el consumo de sustancias, el 54 por ciento de los encuestados de Lomas de Zamora piensa que probar marihuana puede ser riesgoso. El 80 por ciento dice que fumar marihuana de manera habitual es riesgoso. Con respecto a la cocaína, el 90 por ciento sostiene que probar esa sustancia es riesgoso y el 92 por ciento dice que tomar cocaína habitualmente es un hábito riesgoso.

## Trabajo y juventud: Entre la idealización del trabajo en blanco y las dificultades para sostenerlo



Los jóvenes de sectores populares transitan experiencias de extrema vulneración en el ámbito laboral y hay un gran número de jóvenes desocupados.

Según el informe del segundo trimestre de 2015 de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), la mayor tasa de desempleo se da en los jóvenes adultos que viven en el conurbano de Buenos Aires. Los varones y mujeres que aún no cumplieron los 29 años son los más perjudicados por el desempleo. Mientras que la tasa de desocupación de los mayores de 30 años es del 2,9 por ciento, los menores de 29 tienen una tasa de desempleo del 14,4 por ciento. Entonces, frente a esta realidad, quienes pueden vincularse a algún tipo de actividad laboral, lo hacen en condiciones de precariedad y explotación, como sobreocupación, subocupación, abuso, clandestinidad e informalidad.

Al mismo tiempo, y en relación a las relaciones de parentesco y el trabajo, podemos ver que las familias de esos jóvenes tampoco tienen un trabajo estable y en blanco. Los adultos asalariados del conurbano de Buenos Aires representan el 77,5 por ciento de la población. Pero dentro de ellos, el 33,2 por ciento no llegan a tener un aporte jubilatorio, continuando con la precariedad laboral.

Los procesos de reformas, privatizaciones y desindustrialización operados entre los años '70 y '90 impactaron negativamente en el mercado de trabajo. Caracterizamos a ese período como de crisis de la sociedad salarial, y lo entendemos como un proceso de desafiliación social (Castel, 1995). Esto implicó un quiebre respecto de la idea de protección social, antes ligada al trabajo, cuya centralidad está ahora atada a la territorialidad, como explica Denis Merklen (2010) al referirse al respecto en términos de inscripción territorial de las clases populares urbanas.

Lo relatado tiene como antecedente contextos socioeconómicos de profundas crisis, donde mucha gente quedó por fuera del mercado laboral formal, o bien con inserciones en mercados informales, o directamente por fuera de cualquier actividad laboral. Muchas familias dejaron de percibir un salario, que cumplía un rol de ordenador/estructurador de aspectos cotidianos en la vida, y entraron en un circuito de ingresos inestables.

En este marco, los jóvenes difícilmente pueden apropiarse de estas experiencias laborales como constitutivas de su subjetividad. Retomando la línea de análisis desarrollada por Walther y Phol (2005) y Jacinto (2010), recuperamos la noción de constelaciones de desventajas para dar cuenta de las complejidades en la inserción laboral de los jóvenes.

En estas complejidades inciden factores como las relaciones socioeconómicas, institucionales, individuales y familiares (responsabilidades familiares precoces, género, urgencia por generar ingresos, ausencia de familia, red débil de relaciones sociales); factores escolares (baja calidad y ausencia de orientación); territoriales (segregación, marginación ecológica, precario acceso a la salud); y estrategias de selección de las empresas (focalización en títulos, segregación y discriminación).

Además, podemos ver que hay un quiebre entre el mundo adulto y el de los jóvenes: hay una fuerte ruptura en la retransmisión de valores asociados al trabajo ya que muchos jóvenes crecieron sin ver trabajar a sus familiares adultos (padres/madres, tíos/as, abuelos/as). Se perdió la posibilidad de retransmitir el puesto laboral por jubilación de un miembro de la familia o conseguir espacios dentro de la fábrica o empresa a través de algún familiar.

Existe una fractura del modelo tradicional de integración al mundo laboral y de los pasos que guiaban esa lógica donde se pasaba de la educación al trabajo. Actualmente, los jóvenes

intentan sostener ambas actividades, alternan trayectorias educativas, laborales y de afiliación y desafiliación a los programas estatales. Muchos de los jóvenes que se encuentran en esos contextos de precariedad alternan trayectorias laborales con algún tipo de accionar delictivo o actividades que rozan con la ilegalidad, y no por ello entran en el rango de jóvenes que poseen causas penales y son asistidos por las instituciones dedicadas a la temática.

Otro aspecto relevante es que la gran parte de las actividades que realizan los jóvenes en busca de un ingreso requieren de la fuerza física y la destreza. Éste es un componente que varios autores retoman en relación al uso de la fuerza física en las culturas populares (Míguez 2008; Míguez y Semán 2006).

\*\*

Olavarría creció a través de la industria del cemento, que fue una de sus improntas medulares. Loma Negra es uno de los símbolos de la ciudad floreciente, que exportaba cemento y Turismo Carretera. El gran salto en el crecimiento poblacional se produjo entre las década del '50 y del '80, cuando prácticamente se duplicó.

Las sucesivas crisis y la reconversión tecnológica terminaron con la ilusión de los jóvenes que en los '60 y '70 soñaban con entrar a una fábrica, el trabajo que sería para toda la vida y que tenía certezas de promoción. La ciudad de los '80 y '90 mutó cuando los 4 mil obreros de antaño se redujeron a 200. Desde el gobierno municipal se decidió insuflar una nueva identidad: la de servicios. Ese rumbo fueron tomando los prejubilados de las cementeras y los cesanteados de las industrias locales.

Y, además, se determinó la profundización de una impronta que, en su origen, se grabó en su ADN: la securitaria. Menos de dos décadas después de la fundación de la ciudad, el 4 de marzo de 1882 nació la cárcel en Sierra Chica. En la actualidad, ese perfil de la ciudad está dado por la existencia de tres unidades penales (2, 27 y 38), el complejo penitenciario centro de la provincia; el Regimiento de Tanques 2; la Escuela de Policía y el Centro de Reentrenamiento Policial.

La situación se repite con distintos matices en la mayoría de los territorios. “Hay padres que tuvieron a sus hijos de chicos cuando estaba en el reviente, a los 17 o por ahí. Y ahora ven a sus hijos que repiten la historia porque no hay alternativas para ofrecerles. Venimos del cierre fabril de la década del '90. Acá todos se hicieron remiseros o se dedicaron a los negocios de servicios. Es difícil rearmar socialmente la trama y que llegue a los de más abajo. Y si no hay una red de contención, las historias se repiten”, explica cuenta Laura Dueñas, psicóloga del CPA de Pergamino.

\*\*

La mayoría de los jóvenes manifiesta querer un empleo en blanco en una fábrica, aunque no saben de qué se trata dicho trabajo ni qué implica: la cadena de retransmisión de valores de padres a hijos se vio afectada por las crisis socioeconómicas que sufrió el país en las últimas décadas.

Esa ilusión del trabajo en blanco se mantiene en todos los territorios. Martín vive en Garrote (, en Tigre, y se anotó en el taller de empleo cuando se enteró que iba a ser padre. Su aspiración: conseguir un trabajo registrado. “Quiero trabajar de cualquier cosa, pero que me den un papel que diga que voy a cobrar todos los meses -dice-. Hoy en día es muy difícil conseguir algo estable porque te quieren explotar por dos pesos”. Aunque sostiene, al igual que sus compañeros, que trabajaría de cualquier cosa en una empresa o en una fábrica, también está pensando en “poner algo de mecánica, arreglo de motos y de bicicletas, algo así”.

Los que logran conseguirlo se encuentran con otros problemas: la dificultad para sostenerlo. Al haberse cortado esa cadena de transmisión de valores con respecto al oficio o al progreso mediante el empleo estable, los que entran al mercado laboral formal lo hacen sin herramientas para adaptarse. Lucas trabaja de maestranza en el sanatorio hace cinco meses. El contacto se lo hizo el Padre Diego, que gestiona un centro comunitario para jóvenes: La Casita en el barrio La Paz, en Quilmes. Antes de entrar en el sanatorio, Lucas desarrollaba tareas como referente de La Casita, por las que recibía 500 pesos.

“Yo necesitaba trabajar para tener mis cosas y no depender más de mis papás. Mi papá es medio cargoso. Me decía que labure y llega un momento que... bueno, te sentís presionado (...) En mi casa se esperaban que nunca iba a trabajar, que iba a estar todo el día tirado, que nunca iba a hacer nada. Hablaban mal. Decían que yo era re vago, que venía todo el día drogado, chupado”, cuenta.

La ilusión inicial se convirtió en un conflicto. Lucas dice que la encargada no lo quiere y que “es un calvario ir al trabajo”: “Mucho no me gusta. Pero yo no terminé la escuela y me arrepiento de eso. Miro a los administradores, secretarios, todos esos que están con la computadora, tranquilos. Y claro, veo eso y me bajonea un poco. Pero yo dejo todo en manos de dios, él soluciona todo”.

Otros directamente no logran sostenerlo. Andrés nació en Garrote, en Tigre, y tiene 22 años. Dejó el colegio a los 15 y empezó a trabajar: “Terminé un miércoles y el lunes ya estaba laburando. Entré por mi hermano, me llevó porque yo vivía en casa peleando con mis hermanos”. Trabajaba cuatro o cinco meses, juntaba plata y después renunciaba y se gastaba los ahorros de a poco. A veces ayudaba a su papá, que es herrero, y también trabajó en un aserradero. Su último empleo fue en una carpintería, estuvo dos años y dejó porque se había cansado. “Estuve un año sin trabajar, se me pasó la mano, se me terminó la plata y me tuve que poner a buscar laburo de nuevo”, cuenta.

El año pasado Andrés hizo el taller de empleo y cuando lo terminó se quedó militando en una agrupación de la zona. Su tallerista cuenta que Andrés no faltaba nunca a clase y que le propusieron ser ayudante del profesor, pero él prefirió dar clases de apoyo escolar en un local en Pacheco. Al poco tiempo, los coordinadores del taller le consiguieron una entrevista para una pasantía en una fábrica de cubiertos para un puesto de cuatro horas por día durante tres meses; el sueldo lo pagaba mitad la empresa, mitad el Estado. Si los patrones estaban conformes con su desempeño, podía conseguir su efectivización full time.

Aguantó un mes: “Me la pasaba sentado todo el día metiendo cubiertos en bolsitas... Estoy más acostumbrado a la carpintería, que hacés fuerza o estás en una máquina, en movimiento. Pero sentado me dormía”.

“El principal trabajo que consiguen los pibes es de construcción pero siempre en forma de changas, todo en negro. Algo que sale de modo recurrente en las charlas con los chicos es que no les gusta ni quieren trabajar de eso”, plantean los militantes de un movimiento social que trabaja en La Cárcova y otros barrios de San Martín.

Martín, que tiene 20 años, dejó el colegio a los 8 cuando se murió su papá. Trabajó cuatro años en albañilería pero no quiere volver al rubro porque le duele el cuerpo: “De chico tuve que dejar la lapicera y el liquid paper para ponerme a cargar ladrillos y cemento. Un laburo de mierda porque ahora, de grande, levanto un poco de peso y ya me empieza a doler la espalda y la cintura. Pero en ese momento no me importaba, había que trabajar y trabajé”.

Su segundo empleo fue en una verdulería, también en negro: “Me levantaba, cargaba el estómago con un té o algo y salía. Y era menor, en negro, sin nada. Ahí uno entiende cómo te



explotan". Ahora está desempleado hace un año. Su mamá lo ayuda económicamente y él junta unos pesos cirujeando por Núñez.

Otro de los problemas son los antecedentes penales. Y casi todos los pibes del barrio tienen antecedentes, algunos por robos o cosas más graves pero la mayoría por resistencia a la autoridad: a todos la policía los paró alguna vez en la calle por portación de cara y como salían corriendo o se negaban a dar los documentos, los llevaron detenidos a la comisaría.

El siguiente diálogo tuvo lugar en un taller de formación del plan Jóvenes por más y mejor trabajo:

-Yo quiero trabajar de cualquier cosa pero que sea en blanco. Si puede ser adelante de una computadora y no cargando maderas en el lomo, mejor.

-Todos acá estamos por lo mismo. Te piden de todo y yo no tengo nada. Hasta los antecedentes te piden. No te dan oportunidad. Te dicen "después te llamo" y no te llaman.

-Y cuando salta que sos de la Garrote, olvidate, qué te van a llamar.

-Yo viví más preso que afuera, desde que soy menor. No sé hacer nada, no me contratan en ningún lado.

\*\*

El viernes Ana toma mate y charla con sus amigas y con las coordinadoras del Envión de Chascomús. Ella va al taller de cerámica, pero como el profesor tuvo un problema de salud, salieron todos al patio: algunos hacen deportes y otros toman mate con bizcochos.

-Hoy no puedo quedarme hasta tarde porque agarré un trabajo en Happening, la casita de fiestas, ésa del centro, y entro a las 6- cuenta Ana, y dice que el trabajo es horrible, que tiene que atender a los chiquitos, cuidar que no entren de a muchos en el pelotero y que no se golpeen. También tiene que organizar juegos y atender las mesas de los padres que van a comer.

¿Y por qué agarraste un trabajo?- le pregunta Gabriela, su coordinadora.

-Yo no quería trabajar pero mi mamá me obliga. Voy a cobrar 150 pesos, 200 por día. Depende si la fiesta es larga o es corta.

-Pero vos tenés 16 años, no tenés la obligación de trabajar.

-Lo que pasa es que mi papá no puede trabajar entonces tenemos que trabajar nosotras. Y mi mamá dice que soy una zángana. Demasiado que limpio la casa... Me quería mandar a trabajar a un asilo de ancianos pero yo le dije que no, ni en pedo cambio pañales, me da asco. Estoy acostumbrada porque le cambiaba los pañales a mi hermana, pero no es lo mismo.

-Tu mamá sabe a dónde tiene que ir para buscar ayuda. No hace falta que vos trabajes.

-Sí pero ella no lo entiende. Le decís las cosas y se enoja.

La directora de la secundaria 6 de Chascomús, María Julia, explica que la mayoría de los chicos del colegio viven en los barrios 30 de Mayo y San Cayetano, "donde hay muchas familias numerosas y no tienen un empleo estable, son trabajos inestables en albañilería, cuidando caballos, haciendo leña en los mejores momentos".

María Julia también cuenta que muchos chicos dejan el colegio para trabajar, sobre todo los más grandes, los que están en el ciclo superior: “Un chico que está en sexto me contó que el tío necesitaba un peón en el campo, así que se fue a trabajar con él. Y sí, mide 1,80, tiene 18 años y es enorme. Y obviamente su familia necesita, así que se emplea en eso. Le sirve a él y a su familia. Y también está Florencia, una chica divina de tercero que empezó a trabajar y ya no viene. Entonces llamamos a la familia, a ver si era realmente necesario. Porque a veces tampoco es necesario trabajar pero los chicos quieren tener su plata”.

## **El sostén económico vinculado a las economías ilegales**

En Puerta de Hierro, las mujeres se vinculan al circuito del comercio de drogas de forma directa vendiendo al menudeo o brindando otros servicios a los transas como ofrecer casas como escondites o depósitos.

Romina participa en un grupo de mujeres en Puerta de Hierro. Tiene 20 años y un nene que apenas camina. Cuenta que está buscando trabajo pero que no encuentra, y que su tía le ofreció salir a vender juguetes o bijouterie en la calle pero para eso tiene que ir a Liniers a comprar mercadería y no puede porque anda con su hijo. Como no tiene documento, no puede cobrar la asignación. Y como su mamá cobra la asignación para madres con más de siete hijos, tampoco puede hacer que ella se la cobre. Y no quiere anotar a su ex pareja porque sabe que se va a quedar con la plata.

Entre todas las mujeres piensan ideas: qué puede hacer Romina para juntar dinero. Gloria le dice que ella necesita alguien que le limpie el quiosco. Tuvo a un albañil poniendo una ventana y hay mucho polvillo. Gloria no quiere que Romina termine trabajando con las transas:

-Vos vení mañana y te doy 100 pesos. ¿Te sirven 100 pesos?- le pregunta. Ana escucha y en un momento dice:

-¿Por qué no vas y le pedís trabajo a la Andrea? Ella siempre tiene algo. Yo voy, le cuido los hijos, le limpio la casa todos los días de 10 de la noche a 2 de la mañana, y me paga bien.

-¿Quién es Andrea? ¿Es un trabajo bien?- interviene Gloria.

-Es una transa -susurra Ana-. Pero algo es algo, ¿no?

Son esas mismas mujeres vendedoras las que generan lazos con su comunidad. “En la última inundación, la de hace tres años, estábamos todos inundados y los que pagaban las garrafas de gas para que cocináramos para los chicos eran transas, dos mujeres que ahora están presas”, cuenta Gloria.

“Las mujeres transas son como un apéndice del varón transa, pero se cortan solas cuando tienen su peso, su red. Es como un laburo de machos capanga, y que ceden cuando conocen a una mujer que se la banca. Ojo que hay que bancársela, siendo mujer en ese ámbito donde sufrís todo tipo de promiscuidades. El poder y la violencia son cosas bastante fuertes, de quién es el que domina el barrio y quién no”, dice Daniel, el profesor de historia.

Si bien los transas no son referentes a la hora de construir identidad, sí son proveedores de trabajo en un contexto de profunda crisis laboral (informalidad, subempleo, desempleo). Trabajar para los transas se convierte en una alternativa concreta para conseguir dinero, sustancias, reconocimiento y un grupo de pertenencia, en el cual el uso de armas y el consumo son considerados valores.

Ante la imposibilidad de conseguir un trabajo, se marcan la discriminación de posibles empleadores y la ausencia del Estado como los principales factores que empujan a un joven a involucrarse con esas bandas.

Un cuenta docente de una escuela de Puerta de Hierro nos aportó una historia que encendió una luz de alarma en nuestro trabajo de campo: “Yo tengo un pibe transa en el aula. Hay pibes de 12, 13 años que van de transa a la escuela. Con éste, el código de convivencia fue: ‘Negro, adentro del aula no me vendas, no le pases a los pibes’. Vende marihuana, cocaína, paco. Al decirle ‘acá no, hacelo afuera’, ¿qué le estoy diciendo al pibe? Rompete afuera, acá no. Los límites son tan finos que es complicado”.

Otro de los aspectos relacionados al sustento económico es establecer vínculos con la policía. En Olavarría detectamos al menos dos casos de jóvenes que tuvieron vínculos económicos con las fuerzas policiales.

José, del barrio Facundo Quiroga II, asegura que la policía nunca le ofreció “trabajar” para ella pero sí le pasó a su hermano: “Lo llevaron al medio del campo y le dijeron que robara para ellos o lo mataban. ‘Matame, yo no voy a robar para vos’, les contestó. En ese tiempo vivíamos en el 104 y todos los pibes robaban y vendían droga para la policía. El que no cae preso nunca es porque labura para ellos, es recontra claro. Los quioscos a los que les hacen allanamientos, es claro que están arreglados con la policía. Hay uno que vendió tres años y nunca le cayó allanamiento; es porque paga fianza. Y no los conformás con una moneda, hablan de 50 mil a 80 mil pesos. Corren mucha plata y droga a full”.

La madre de Esteban, del mismo barrio, cuenta que a su hijo de 19 años un policía -que luego fue condenado por torturas- también lo quiso cooptar para robar.

\*\*

“Cuando estaba recién llegado a Puerta de Hierro yo preguntaba: ‘¿Vos laburás?’. ‘Sí, profe, éste labura. No sabe cómo labura’. ‘¿Y de qué laburás?’. Uno creativo que tuve una vez me dijo: ‘Yo laburo pidiéndole cosas a los demás’. ‘Ah, pedís en la calle’. ‘Sí, más o menos. A veces no me lo quieren dar, pero yo se los pido”.

Muchos de los jóvenes que se encuentran en esos contextos de precariedad alternan trayectorias laborales con algún tipo de accionar delictivo o actividades que rozan con la ilegalidad, y no por ello entran en el rango de jóvenes que poseen causas penales y son asistidos por las instituciones dedicadas a la temática.

Federico no tiene casa. Volvió a Puerta de Hierro hace poco más de un mes; había estado viviendo en lo de sus tíos. “Allá me aburría, por eso volví”, dice. Desde que llegó, vivió donde le hicieron un lugar. En lo de su primo José, en lo de algún transa, en la calle. Tiene una hermana de 14 años y a veces va a dormir a su casa pero ella se juntó con un tipo más grande y no está todo tan bien. A Federico le gusta la calle y frecuenta a unos pibes con los que sale a robar. “Vayamos a hacer unos pesos para el fin de semana, algo piola en San Justo”, le insiste al resto de sus ñeris, como se llaman entre ellos.

Una noche fue a comprar pastillas y se terminó peleando con un transa. Le hicieron un par de puntazos en la panza y una zeta de más de diez puntos en el cachete. Oscar, el coordinador de un programa del barrio, le tiene mucho aprecio y quiere llevárselo a vivir con él. Por eso le sigue el rastro. Negoció que vaya a la escuela a cambio de los 300 pesos que cobra de beca en el Podés y la computadora. Si va tres días seguidos, Oscar le da plata antes de los fines de semana. Pero cuando le hicieron el tajo en la cara no quería ir. Le daba vergüenza que lo vieran con los puntos.

Manejar códigos ligados a lo violento otorga ciertas legitimidades como tener a cargo la venta de drogas de una determinada zona, así como también valores de respeto y aguante, característico de las hinchadas de fútbol y entendido como la capacidad de resistir las confrontaciones.

Algunos de los entrevistados, como Waldemar Cubilla, de La Cárcova, entienden que a partir de los 15 años los chicos se tienen que enfrentar con los códigos de barrio: “Si no robás sos medio gil. Y los pibes no saben qué hacer porque no terminaron la escuela, no tienen laburo y quedan afuera de los programas estatales de trabajo, que empiezan a los 18 años. Entre los 15 y los 18, los pibes no saben para dónde ir. Cuando hablo con ellos, me doy cuenta de que tienen ganas de hacer cosas pero el Estado no les ofrece una solución”, dice Waldemar.

En La Carcova, los jóvenes alternan diversas actividades como generadoras de ingresos. Una de las principales es trabajar con los transas. Allí, los jóvenes venden al menudeo, cuidan un lugar o hacen de campana por una suma fija de dinero. Las fuentes judiciales consultadas aseguran que los niños y adolescentes utilizados como eslabones del narcotráfico producen una rentabilidad extraordinaria para los que controlan el negocio.

\*\*

El Centenario de Mar del Plata es lo que se conoce como un barrio de clase trabajadora. La mayoría de los habitantes, sobre todo las mujeres, son empleados del sector relacionado al pescado. Esto implica que no están en sus casas de madrugada y regresan por la tarde: uno de los principales problemas en ciertos núcleos familiares es el abandono de los padres y las largas jornadas laborales de las madres.

Por lo general, los pibes del barrio no tienen un trabajo formal. Se manejan con la plata que le dan las madres y con algunas becas estatales, como las del programa Envión. “La inserción laboral de los jóvenes es el punto más flojo que tenemos. Primero porque no terminan el secundario: sólo 4 de cada 10 egresa. Nosotros creamos un programa con la Oficina de Empleo municipal para dar entrenamiento en algunas profesiones y ver qué habilidades tienen los chicos. Está destinado a pibes de entre 18 y 26 años y cobran alrededor de 2 mil pesos. Y también firmamos un convenio con Argentina Trabaja para dar cursos de herrería y carpintería”, dice Nacho, del equipo del Envión.

Los jóvenes del barrio suelen identificar a los que trabajan como “caretas y giles” porque “les cuesta conseguir la plata y se esfuerzan al pedo”. Cuando necesitan plata para salir o para consumir sustancias, algunos roban comercios cercanos al barrio y otros venden cosas propias. “Le voy a pedir a mi abuela que me compre unas zapatillas. Las que tenía me salieron 700 pesos pero a los dos días las vendí a 300. De manija las vendí. Al transa le podés dar plata y otras cosas también te acepta”, cuenta Kevin.

\*\*

Iván tiene 17 años, vive en el barrio Independencia y cartonea en el CEAMSE de José León Suárez. Dice que su madre es “quemera vieja”. Ella trabajó en el basural durante diez años y ahora él la reemplaza porque está enferma. Iván trabaja con su madre desde los 12 años y ahora lo hace solo desde el año pasado. Tiene un lugar ganado por su madre: entra al CEAMSE a las 8 de la mañana y puede quedarse hasta las 3 de la tarde. Trabaja en “la montaña”, donde los camiones descargan la basura. Quienes no tienen ese lugar, los que no son “quemeros viejos”, entran a las 3 y media y se pueden quedar hasta las 5, pero las mejores cosas ya se las llevaron los del primer horario. Iván cuenta que vende lo que recolecta, y agrega: “Los que trabajan en los puestos (de reciclaje) trabajan para otros. Yo trabajo para mí.” Iván tiene una causa penal por robo de la que no quiere hablar.

La historia de Iván es una imagen que se reitera en el barrio, como cuenta Graciela, asistente social de la primaria 51 y de la secundaria 40 de La Cárcova: “Hace diez años, cuando empecé a trabajar en el barrio, muchos chicos iban con sus padres al CEAMSE como parte de una estrategia de trabajo familiar. Después de 2001 el panorama era de mucha necesidad. En esa época, el trabajo infantil era un problema en sí mismo y porque generaba una independencia temprana en los chicos: a partir de los 10 años tenían algo de dinero y se movían solos en la calle, muchos dejaban la escuela y así reproducían la matriz de exclusión”.

“La ilegalidad ha dejado de ser sinónimo simbólico de ilegitimidad; el delito y la criminalidad conviven con los escasos trabajos, y esta lógica de la provisión”, plantea Kessler (2002:168). En este sentido, una militante del Movimiento Evita dice: “Muchos jóvenes terminan trabajando para los transas porque les ofrecen trabajo y dinero, además de un grupo de pertenencia en el cual el uso de armas y el consumo de droga son considerados valores. Los transas van a buscar a esos pibes y les dicen: ‘¿Cómo vas a ir a laburar a una obra por dos mangos la hora? Yo te doy tres lucas cada quince días para que me cuides la esquina’. Y muchos pibes agarran enseguida. Algunos nunca llegan a cobrar ni un peso del transa porque cobran con la sustancia que consumen”.

### **Implementación de un curso de oficios en La Cárcova (San Martín)**

En la Capilla Virgen Nuestra Señora de Luján de La Cárcova se realizó un curso de manicuría a partir de la articulación entre la parroquia, la Fundación Avon e IJóvenes.

Al curso asistió el grupo de mujeres de la Parroquia San Juan Bosco, dirigida por el Padre José María “Pepe” Di Paola, al que se incorporaron mujeres de otros barrios como Villa Hidalgo y Villa Curita.

Una de las mujeres encargadas del grupo de la Parroquia insistió en la importancia de realizar actividades de formación en oficios: “Antes de esto no venían. A misa vienen 10, 15 personas. Acá vinieron 20 a todas las clases”. Además señaló que el curso las unió como grupo porque se conocieron mejor, y eso es importante para incorporar más chicas y que sientan que “son parte”. Al finalizar el curso una de ellas dijo: “Esto que hicimos acá es nuestro, lo hicimos nosotras”.

A partir del curso, el instituto se propuso realizar entrevistas, observaciones participantes y seguimiento de las asistentes. El trabajo de campo permitió reflexionar con las mujeres en torno al trabajo, el barrio, las violencias, los prejuicios, la discriminación y la idea de futuro.

Aunque ninguna de las mujeres o sus familiares son cartoneros, una de las estrategias de supervivencia que más se menciona en el grupo es el cartoneo y reciclado de lo que se recoge en el CEAMSE. Muchos se organizan e integran cooperativas (la mayoría enmarcadas en el programa Argentina Trabaja) para cubrir los horarios en los que el CEAMSE permite la recolección.

En el barrio también están presentes los sedimentos del mercado de trabajo previo al proceso de desindustrialización. Algunos de los varones mayores conservan oficios vinculados a los rubros industriales. Una de las entrevistadas afirma que los oficios siguen siendo muy importantes. Su padre, que era obrero en una fábrica de muebles hasta que lo despidieron en los '90, ahora es empleado municipal y además trabaja en su casa en carpintería.

Por otro lado, se pudo dar cuenta de otro tipo de changa: la recolección de orina. Los jóvenes recogen entre 40 y 60 bidones de orina de mujeres mayores de 45 años, y se los entregan a laboratorios farmacéuticos. Una de las mujeres cuenta que la usan “para hacer vacunas y medicamentos. Se cambia por mercadería, depende, algunas lo hacen para ayudar”.

Para las mujeres, la maternidad, el cuidado de familiares y realizar tareas en el hogar no son una "carga". A menudo asumieron esas tareas desde niñas: "Fui mamá a los 16 años pero no me costó, yo cuidaba a mis hermanitos, les daba de comer, los cambiaba, todo", dice R., que ahora tiene 18.

Para las más grandes del grupo, cuando comenzaron a realizar tareas de limpieza siendo chicas "aprendieron un trabajo". La diferencia generacional se percibe cuando las más jóvenes muestran un rechazo a las tareas del hogar. Para las más grandes esto se debe a que "a las chicas no les gusta trabajar" y "ya se perdió la cultura del trabajo".

El sentido del trabajo tiene una impronta pragmática ya que detrás de acceder al trabajo está el acceso al salario, a conseguir dinero, "ganar plata".

Muchas mujeres señalan como dificultades para acceder al mercado de trabajo: la desocupación y la falta de oferta ("hay poco trabajo"); las excesivas exigencias de los empleadores (experiencia y formación); la falta de educación para el trabajo ("falta de capacitación") y la discriminación y estigmatización territorial. Con menor fuerza aparece la cuestión de la voluntad y las capacidades individuales, detrás de la idea de no quieren asumir responsabilidades "porque son vagos". V. afirma que "están bien con los planes, si consiguen algo no quieren estar en blanco para seguir cobrando el plan, piden que los pongan en negro".

### **¿Querés ser policía?**

La casa de Rosana Acosta, en Olavarría, es pequeña. Tiene cuatro varones y una nena chiquita, que llegó en un embarazo tardío saludado por sus hermanos. Todavía no pudo ponerle mosaicos a todos los pisos y no le alcanzó para el revoque fino del frente. Ahí está estacionado el Daihatsu Charade desvencijado cubierto con una lona para abrigarlo de la escarcha de las madrugadas.

La casa de Rosana es una romería constante. Sus hijos y sus amigos se reúnen diariamente en el comedor, cerca de la cocina, para hacer el mate. Y cada uno lleva algo para acompañar. Ella se queda tranquila cuando están cerca. Sabe que muchos están al borde y otros han caído. Pero el tiempo en casa son horas arrebatadas a los monstruos del afuera, donde están las tentaciones y los que las venden.

Suelen ser diez, doce pibes que se sientan alrededor de la mesa y juegan al truco. Hoy la rueda es tupida y quedan dos afuera: Jorge y Joel, de 14, que no saben jugar ni tienen muchas ganas de aprender. Los demás se concentran. Se miran y mienten. Porque en el truco, para ganar hay que mentir y, dicen, en la vida también.

Joel tiene un hermano que consume mucho. Perseguido por las deudas con el dealer, sale a robar casi con desesperación. Y el barrio no se lo perdona, ni a él ni a Joel. La escuela, aseguran, no lo recibe. Y algunos vecinos lo prefieren lejos.

Alan sueña con ser futbolista. Él y Jorge juegan en el Club Hinojo, y los dos quieren ser nueve de un equipo que los salve. No tienen otros sueños que no pasen por el lateral izquierdo. Tomás tiene 18 y sólo quiere tener un buen laburo. No tiene ganas de estudiar, quiere trabajar y bancarse. No más que eso. Brian también tiene 18 pero quiere estudiar para entrar en el Servicio Penitenciario. Debe una materia del secundario y está preocupado porque "la profe la tiene conmigo". Ale quiere intentar entrar a la Policía Bonaerense o a la local, que ya funciona en la ciudad. Lleva poco tiempo de preparación y en un par de meses puede conseguir un trabajo seguro.

Muchos jóvenes piensan, como Brian, que un empleo en una fuerza de seguridad es una buena opción porque ofrece salarios seguros, una obra social y una permanencia en la ciudad en la que nacieron y crecieron. El salario básico para un soldado voluntario ronda los 5800 pesos; el de la policía bonaerense o guardiacárcel, en sus primeros tramos, casi lo duplica. En el Servicio Penitenciario Bonaerense un guardia parte con un salario de bolsillo de unos 11400 pesos.

Beto Calderón, referente de la FTV en la ciudad, observa que “hay una enorme contradicción que se repite en gran parte de los barrios: los pibes detestan a la policía pero terminan entrando. Lo ven como un laburo seguro, inmediato, no tienen que estudiar y, encima, ayudan a la mamá”.

Cada vez que se abren alternativas securitarias, muchos jóvenes se desesperan por ingresar. Hacia fines de 2014, casi medio millar se inscribió para ser parte de la policía local. Muchos de ellos son hijos y nietos de aquellos operarios cesanteados en masa en fábricas y ferrocarriles. No logran terminar el secundario y no califican para empleos que impliquen movilidad social. Por eso, aspiran a entrar en la Policía Bonaerense, en la local o en el Servicio Penitenciario. En la actualidad, en lugar de fábricas con cientos de obreros hay un complejo carcelario que fue instalándose como alternativa laboral para los jóvenes.

Esto no es novedoso. Algo similar ocurrió en 2003 y 2009 cuando familias de Sierra Chica reclamaron puestos de trabajo para sus hijos en el Servicio Penitenciario Bonaerense. Manifestaron que, si debían “padecer” las consecuencias de vivir en una localidad de características carcelarias, merecían algún tipo de prerrogativa que, consideraban, se les estaba negando. Las protestas, que incluyeron quema de gomas y cortes de calle en las puertas de la Unidad 2, estuvieron lideradas por la propietaria de un pequeño vivero de la localidad. Finalmente, algunos jóvenes consiguieron un puesto en el penal, entre los que estaba su hijo, quien, poco después, se suicidó. Son reiteradas las muertes de trabajadores penitenciarios por suicidios y accidentes viales.

## **Jóvenes por más y mejor trabajo**

Ese jueves fueron casi todos al taller de empleo porque había prueba. Eran unos 15, sentados alrededor de una mesa grande, y también había cuatro o cinco nenes deambulando por la sala. Circulaban dos mates y un paquete de galletitas surtidas.

-Nombre tres sindicatos.

-No me acuerdo ninguno.

-El de Camioneros, el Suterh... y me falta uno. ¿Cómo es el de la construcción?

-La UOCRA.

Los coordinadores del taller les repartieron una hoja con las preguntas. Las respuestas son corales: los alumnos se ayudan, responden entre todos. El examen forma parte del curso de Orientación al Mundo del Trabajo del programa Jóvenes por más y mejor trabajo del Ministerio de Trabajo de la Nación, destinado a jóvenes de entre 18 y 24 años que no hayan terminado sus estudios y que estén desempleados. En el curso, los pibes aprenden sobre derechos laborales y técnicas para buscar empleo, además de cobrar una beca.

En Garrote el curso dura tres meses y las clases son tres veces por semana. Lo coordinan Nahuel, que vive en el barrio hace cinco años y es militante de un movimiento social, y Lorena, trabajadora social y tallerista del Ministerio. Actualmente hay alrededor de veinte inscriptos pero la asistencia es irregular. Según Nahuel, es muy difícil que los chicos participen. “A veces, caen 15 y otras, 6 -cuenta-. Como esos tres meses cobran igual, muchos ni quieren venir. Y los que vienen se quejan con razón, pero les explico que el curso sirve, se valora el esfuerzo para

después buscar otras opciones como pasantías, capacitaciones en oficios o microemprendimientos”.

\*\*

La oficina de Empleo de la Secretaría de Producción de la Municipalidad de Chascomús, ubicada en el centro de la ciudad, funciona desde 2009 como sede del programa Jóvenes por más y mejor trabajo.

En la actualidad, hay alrededor de 500 jóvenes de Chascomús transitando las diversas actividades que propone el programa. Mónica, una de las coordinadoras, explica que “no todos están con prestación porque es muy movable; por ahí hay chicos que estaban haciendo un taller de dos meses y se les terminó la actividad, entonces hay que ver a dónde se los puede insertar. Hay momentos en los que hay más personas incluidas en actividades y otros en los que hay menos”.

El programa ofrece diversas actividades. En primer lugar, los jóvenes pueden hacer el curso de introducción al trabajo, que apunta a brindarles herramientas a los jóvenes para buscar empleo: “En el curso se trabaja el perfil laboral del chico, su perfil educativo y algunas nociones sobre derechos laborales, salud laboral y algo de computación. Ese taller es obligatorio y dura tres meses, aprenden a hacer un currículum y cómo encarar una entrevista laboral. Y cobran una beca de 600 pesos”, explica Jéssica, otra de las coordinadoras.

Cuando terminan el curso, los jóvenes pueden continuar en el programa y para ello se ofrecen diversas opciones: “La idea es que se lo pueda ir derivando al joven de acuerdo a sus necesidades. Si hay un chico que no terminó la primaria o la secundaria, se lo deriva a terminalidad educativa en el caso de que ese chico quiera y sigue cobrando la beca de 600 pesos”, agrega Jéssica.

En el caso de que el joven no quiera continuar sus estudios o que esté pronto a terminar la secundaria, otra opción son los cursos de formación profesional. Jéssica cuenta que “a lo largo del año hay distintos cursos y tienen una duración variable, algunos duran tres meses, otros seis, otros todo el año. Y hay cocinera para comedor escolar, electricista, mucama. Entonces a aquel joven que le interesa hacer un curso se lo deriva, lo realiza y sigue cobrando por estar capacitándose”.

Además, en Chascomús el programa ofrece entrenamientos para el trabajo: “Son prácticas laborales calificantes donde la idea es que, de acuerdo al perfil, el joven se pueda insertar en un espacio real de trabajo donde se va a capacitar y a la vez va a realizar esa actividad”, explica Jéssica. Las prácticas duran de tres a ocho meses, se trabaja cuatro horas diarias de lunes a viernes y el salario depende del espacio: si es público, el joven cobra 1500 pesos y si es privado, 2000.

También intentan incentivar el trabajo registrado. “Si viene un chico que está trabajando en negro o surge algún pedido laboral de algún pibe, se le ofrece al empleador que el Ministerio pague la mitad del sueldo durante seis meses si es un privado y durante un año si es público. Pero el recorrido ideal sería que el joven primero pase por el curso de introducción del trabajo, posteriormente ver con él si quiere terminar la secundaria o hacer un curso para perfeccionarse en algo, después probar esto en un entrenamiento y, por último, está el programa de inserción laboral”, explica Mónica.

En Chascomús, la mayoría de las capacitaciones se realizan en la oficina de Empleo; sólo algunas se llevan a cabo en instituciones ubicadas cerca de la oficina cuando el aula está ocupada, y para ello articulan con otros espacios como el Bellas Artes. En un comienzo, había



distintas sedes barriales pero, según las coordinadoras, se dificultaba sostener la asistencia de los jóvenes porque a muchos les quedaban lejos: “Hacías un taller en un barrio y por ahí tenías 5 personas de ese barrio y 10 de otro más alejado. Era una dificultad porque a esa persona le quedaba tan lejos que terminaba no yendo”, cuenta Jéssica y agrega que la sede del centro ayudó a que los chicos se acercaran: “Nos sirvió porque los chicos vienen a hacer un trámite, o un mandado, o a llevar al nene al jardín y de pasada se acercan más fácil acá que a otro lugar”.

Para convocar a los jóvenes, las coordinadoras cuentan que han probado un montón de cosas y que algunas sirven un año y al año siguiente ya no: “Fue mucho prueba y error. Hoy lo que más funciona es el Facebook, el mensaje privado, personal. Eso da un montón de resultados. Además, ahora articulamos con el área municipal que reparte los impuestos para mandar citaciones invitando a todos los chicos para que se presenten a la oficina y que nos conozcan. Y también articulamos con otras áreas, con Políticas Sociales por ejemplo, donde están los trabajadores sociales de los distintos barrios. Eso no es lo más masivo pero nos permite abordar las situaciones más puntuales”, explica Mónica. Jéssica agrega: “Trabajamos de forma combinada. Ellas nos derivan personas o nosotros les contamos a ellas que vamos a abrir un taller para que lo tengan en cuenta. Después, también articulamos con el área de Familia, con el CPA, con el Envión, con Patronato... con todos los espacios que nos permitan llegar a esa población”.

Y ampliaron la convocatoria a los inscriptos en el programa PROGRESAR: los referentes les enviaron un listado con todos los beneficiarios para contarles que se pueden incluir en las actividades del Jóvenes “porque, además de la escuela, el PROGRESAR ofrece los mismos servicios que brindamos nosotros. Ya convocamos a mil chicos”, dice Mónica.

Con respecto al grado de asistencia y al sostenimiento de la participación de los jóvenes en las actividades, Jéssica cuenta: “En un comienzo, los talleres eran para 30 personas y venían casi todos. Ahora, la convocatoria se hace a esas mismas treinta personas pero terminan viniendo muy pocos. Vienen todos el primer día y después dejan. Se refuerza con llamados, con seguimiento, pero por ahí te dicen que sí y después no vienen”. Y Mónica agrega: “Por suerte tenemos la posibilidad de trabajar caso por caso porque somos bastantes los miembros del equipo, y dentro de todo estamos en una ciudad bastante chica. Obviamente, algunos casos se nos terminan escapando, pero tratamos de hacer un seguimiento y ver qué pasa. Si sucede alguna situación particular, se deriva a otras áreas”.

## Identidad y juventud: lo que se graba en el cuerpo



En este capítulo nos focalizamos en las construcciones sociales en torno al cuerpo como un aspecto central para identificar y analizar dinámicas sociales que atraviesan, y afectan, a los sectores juveniles. Creemos que los relatos de vida de estos jóvenes nos permiten ilustrar las formas específicas en las que conciben sus cuerpos, sus umbrales de dolor y sufrimiento junto a la ambivalente relación que mantienen con los sistemas de salud. Pero además, aspiramos a pensar ciertas dinámicas identitarias, las cuales creemos se encuentran en estrecha relación con la concepción del cuerpo y de la salud de los jóvenes en cuestión.

## **¿De qué cuerpos juveniles estamos hablando?**

Entendemos que existe una relación clave entre pertenencia social y constitución social del cuerpo. Así, para los jóvenes de sectores populares, el cuerpo es un aspecto central de la identidad: **se es en el cuerpo**.

Con la adolescencia se inicia un proceso de apropiación de un nuevo cuerpo y un mundo de nuevas sensaciones. La manera en que éstas serán vivenciadas e interpretadas tendrá que ver con cómo han sido incorporadas las funciones parentales en la infancia, y cómo estas acompañen o no este proceso, sin “abdicar” (Blos, 2004).

En esta etapa, los jóvenes comienzan a intentar vivir situaciones donde ponen a prueba sus recursos, los “sostenes” y el límite: el propio y el de los otros. En dicha búsqueda pueden exponerse a situaciones de riesgo, estableciéndose lazos estrechos y continuos con éstas. Muchas veces, lo que lleva a que los adolescentes se incluyan en espacios que proponen situaciones “al borde” es que éstos son “soltados” o “lanzados” hacia el afuera muy rápidamente.

**La necesidad de crecer y volverse adultos de un día para otro es habitual para estos jóvenes. La realidad les impone la necesidad de transitar por la adultez sin haber construido los andamiajes necesarios para hacerlo.** Haber crecido prematuramente adultizando la infancia, o con adultos a los que se les ha dificultado ejercer la función parental - vivenciándose situaciones de desamparo y desprotección-, puede promover mecanismos deficitariamente simbólicos que proponen al cuerpo como escudo. El límite, entonces, es el cuerpo. Así, pueden aparecer lógicas que sostienen la dicotomía entre el amor y el odio, las polaridades y la dificultad en la integración de ambas nociones.

La cercanía de experiencias de sufrimiento en el cuerpo, la enfermedad y la muerte se transforman en habituales en los contextos que transitan los jóvenes. Se presenta como una necesidad **aprender a soportar el dolor** para sobrevivir a ese tipo de experiencias. Y **las marcas en el cuerpo operan como “cucardas”:** testimonios de que **uno pasó por una batalla y logró sobrevivir a ella**. Es justamente por eso que, **en el registro de la posible pérdida del cuerpo, se establece la cuestión del límite como paso previo al pedido de ayuda**.

**El vínculo de los jóvenes con el sistema de salud es escaso e irregular.** Distintos profesionales de la salud mencionan que los jóvenes no se acercan ni se preocupan por ese aspecto, con excepción de los embarazos.

En general, las consultas médicas por abusos de sustancias surgen de la familia o allegados y de instituciones educativas o deportivas. Asimismo, la principal demanda por parte de las familias suele ser la internación. Sin embargo, en la mayoría de los dispositivos sanitarios relevados durante el trabajo de campo, la admisión de un paciente a una comunidad terapéutica no aparece como la primera opción de tratamiento.

## El cuerpo y los umbrales de dolor

Andrés vive en Garrote (Tigre), tiene 22 años y dos marcas en el brazo izquierdo: un tatuaje del nombre de su abuela y una cicatriz por una fractura en el codo. El día de la fractura, Andrés estaba empastillado, venía de gira y no sintió el dolor: “Mi propio sobrino me rompió el codo. A la semana fui al hospital, no sentía el dolor porque estaba empastillado”, cuenta. Ante la dificultad de conservar los recuerdos bajo otras modalidades (fotos, cartas, etc.), el cuerpo se transforma en el lugar donde esto es posible siendo muchas veces lo único estable que pueden conservar los jóvenes en situaciones de extremas vulneración. El cuerpo es un lugar privilegiado para alojar los recuerdos, como lo explicita el tatuaje de Andrés con el nombre de su abuela.

Cuando le rompieron la mandíbula, Andrés también tardó en ir al médico. Se quedó encerrado unos días, no quería salir para no seguir peleando. Y siguió tomando pastillas para no sentir el dolor. Finalmente fue al médico, le pusieron aparatos y unas gomitas que impedían que abriera la boca. Estuvo cinco meses a mate y sopa, bajó unos seis kilos. Dice que dejó de consumir solo, de a poquito, por lo que le había pasado en la mandíbula y también porque su mamá estaba muy angustiada: “Ella estaba nerviosa primero por lo del brazo y después por la mandíbula. Lloraba porque me veía mal”, recuerda.

Pablo también vive en Garrote, tiene 23 años y su punto de inflexión para repensar su consumo fue un intento de suicidio: “Estaba re mal, me la pasaba encerrado todo el día en mi casa. Una vuelta me quise apuñalar, estaba re empastillado y me clavé un cuchillo en el pecho. Pero no me pasó nada porque el cuchillo no tenía filo, entonces me quise ahorcar. En eso entró mi hermano, que vive al lado, y me calmó”. Su hermano le propuso acompañarlo a la salita para comenzar un tratamiento. Él aceptó, fue un par de veces pero dice que no le sirvió. No siguió el tratamiento pero se sumó a la banda de hip hop de su hermano: “Hace ocho meses me sumé a la banda, empecé a escribir y dejé el poxirrán y la merca”, cuenta.

Cuando existen experiencias tempranas de dolor, sufrimiento o desvalimiento, es posible encontrar cierta sobreadaptación o naturalización de tales situaciones y una falta de respuestas activas en relación a enfrentarlas o a huirles. Emilia, odontóloga en una unidad sanitaria, comenta: “Al principio me daba impresión, porque les ponía anestesia en la sala y no lloraban. Atender a 15 pibes y que ninguno llore, impresiona. Me resultaba raro porque en el consultorio era distinto, lloraban, protestaban. Parece como si tuvieran un umbral de dolor distinto”.

La cercanía de experiencias de sufrimiento, enfermedad y muerte se transforman en habituales en las condiciones y contextos que transitan muchos de estos jóvenes. De este modo, se presenta como una **necesidad -estratégica- aprender a soportar el dolor para sobrevivir** a ese tipo de experiencias. En este sentido, creemos fundamental volver a pensar el lugar del cuerpo en el consumo de sustancias. El consumo aparece referenciado en algunas de las entrevistas a la necesidad de saciar una “inquietud corporal”, como la búsqueda por evadir un trozo de realidad que resulta intolerable o en momentos en los que no se cuenta con un Otro.

“Más o menos a los tres años de Wendy, tuve una recaída muy mala de consumo de drogas. Me hacía muy mal no tener lo básico para mi hija. Cuando empiezo a caer, a consumir, me olvido de mi hija y la dejo... Me pasaba semanas re dura, día y noche, no me importaba nada, ni mi hija”, dice Lina. Y Alexis, de 19 años, cuenta: “Yo me drogué la primera vez pensando que se iban a terminar los problemas en mi casa o que me los iba a olvidar un rato y cuando volvía, estaban ahí (...) Sufrí mucho la abstinencia. Me retorció en el piso, gritaba, golpeaba las cosas, no dormía o dormía en el piso porque me dolían las piernas, la panza, la cabeza, los brazos. La abstinencia para alguien que consumió muchas drogas es muy dura, te querés arrancar la piel. Es lo más fuerte y pesado de un tratamiento. El que pasa la abstinencia, ya está listo. Es una

batalla entre tu cabeza, que te dice que no, y tu cuerpo, que te dice que sí. Es una batalla de Alexis contra Alexis”.

## **Cuerpos descuidados**

Si bien los cambios en el cuerpo junto a la experimentación de sensaciones novedosas son propias de la adolescencia, **en los sectores populares ese transitar tiene otras dificultades cuando no hay un Otro que acompañe ese proceso**. En este contexto, la ausencia de esos cuidados junto a la precariedad en relación al acceso a la salud complejiza aún más la posibilidad de incorporación de pautas que permitan finalizar los tratamientos, acceder a la medicación o inclusive acercarse al sistema de salud ante determinadas situaciones críticas.

Osvaldo deambula por las calles de La Paz (Quilmes). Otra vez va a dormir en la estación de trenes. “Varias veces intenté lastimarme. Llegué a lastimarme el brazo, no mucho, pero me hice unas cortaduras con un cúter oxidado, para intentar dar lástima. Uno cuando está en esa situación no piensa cómo solucionarlo. En ese momento yo daba todo por perdido. Fue por la tristeza y la amargura. Después me asusté, al otro día fui al médico de Solano”, dice.

Según Liliana Lorenzani, psicóloga del Centro Integrador Comunitario (CIC) de La Paz, “la autoagresión es un tema. A veces se cortan porque no pueden hablar de lo que les pasa”. Y agrega: “Hay muchos suicidios adolescentes, hubo varios casos, no sé bien a qué responde. Yo tengo una paciente a la que se le suicidaron dos hijas y viene por el menor, para que no le pase lo mismo”.

Carlos tiene 16 años y cree que la novia está embarazada porque no se cuidaron la última vez que tuvieron sexo. Trabajaba con su papá hasta que tuvo un accidente con la moto corriendo una picada. Ese día, Carlos había discutido con su novia y había fumado mucho porro. Era sábado y su papá cumplía años: “Ahora no puedo laburar más. Tenía que esperar para curarme, recién ahora tendría que haber empezado a caminar, pero caminé muy temprano y se me achicó el pie. Ando medio rengo. Mi viejo quiere que me opere de nuevo pero yo ya no quiero más. Además de lo de la pierna también me quedaron cicatrices en la cara, me agarré con el escape cuando me sacaron. Por suerte no perdí la memoria porque se me rompió el cráneo. Todos decían que me salvé de milagro”, cuenta.

Mara vive en Garrote, tiene 18 años, está embarazada de cuatro meses y practica boxeo en el ring del barrio. Cuenta que a su novio no le gusta que entrene “porque soy mujer, él es celoso”. Su obstetra le recomendó que dejara las clases de boxeo pero ella sigue yendo: “Me dijo que se me puede desprender el bebé, pero a mí me gusta venir. Ahora no hago algunas cosas, como los abdominales, pero no quiero dejar. Yo ni sabía que estaba embarazada, pero me sentía mareada, débil”. Éste es su segundo embarazo; tiene una hija que todavía no cumplió un año. Al ser tan seguidos, los médicos le advirtieron que probablemente nazca por cesárea, y que va a ser un procedimiento riesgoso: “No quieren que sea por parto normal porque dicen que me puedo desgarrar por dentro. Yo soy más ignorante... Le dije a la obstetra que la cesárea anterior ya debe estar cicatrizada, si soy re delgada. Pero ella me explicó que no es lo mismo la herida de afuera, que cicatriza más rápido, que adentro, que tarda una banda en curarse, como dos años”.

Martín tiene 20 años, es flaco, bajito y le faltan algunos dientes: “Es por la calidad de vida que uno lleva. No teníamos un techo, un colchón... dormíamos donde nos agarrara la noche. Después nos vinimos para Garrote. No me pudieron dar las oportunidades que uno quiere tener, qué se yo, mi vieja nunca pudo regalarme una bici o una pelota”, cuenta. Dejó el colegio a los 8 años, y a los 4 empezó a trabajar de albañil: “De chico tuve que dejar la lapicera y el liquid paper para ponerme a trabajar con ladrillos y cemento. Un laburo de mierda porque

ahora, de grande, levanto un poco de peso y ya me empieza a doler la espalda y la cintura”. Desde que Leo se enteró que va a ser padre, está buscando un trabajo estable.

Es posible advertir que en el relato de Martín se establece una **relación directa entre cuerpo y oficio. Lo corporal adquiere una predominancia distinta en los sectores populares** ya que muchas veces no es posible suspender ciertos procesos sensoriales que ponen en jaque al cuerpo (hambre, frío, sueño).

Creemos que el espacio real y concreto compartido por un grupo familiar muchas veces funciona en lo simbólico como refugio, alojamiento, lugar potencialmente preservador de las adversidades del afuera. Disponer de un amparo permite tolerar lo hostil que puede tornarse en ocasiones el entorno.

\*\*

Según un estudio realizado por el Observatorio Social del Concejo Deliberante de Chascomús en coordinación con el Observatorio Social Legislativo de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, en 2010, en Chascomús nacieron 630 niños: 82 de ellos fueron hijos de madres adolescentes, que tenían entre 15 y 19 años. A partir de esas encuestas se pudo dar cuenta que el 6 por ciento de esas 82 mujeres no tenían la escuela primaria completa.

La secundaria 6 de Chascomús tiene alrededor de 120 alumnos. En los primeros años hay muchos más chicos que en los últimos. Para María Julia, la directora, los varones dejan la escuela porque empiezan a trabajar y en el caso de las mujeres, el principal motivo de deserción son los embarazos y la maternidad: “Hay cerca de 11 chicas madres que no están asistiendo porque no tienen con quién dejar a sus hijos. Y 11, para un grupo de 100, es muchísimo. Embarazadas creo que este año hay dos o tres, la mayoría ya son madres. Dos nenas de segundo tienen nenes chiquitos y no pueden venir a cursar, ya hemos probado mil maneras distintas. Una de ellas cada vez que su mamá consigue un trabajo deja la escuela porque a su hijo lo cuida su mamá. En quinto tengo una chica que su hijo se enferma muchísimo, estuvo muchas veces internado y ya no viene por el frío”.

Luján, la coordinadora del Envión en Chascomús, cuenta que en el programa participan muchas mamás adolescentes y que les cuesta sostener dos actividades semanales porque tienen que cuidar a sus hijos. Por eso, armaron talleres para ellas cada quince días: “Vienen profesionales a dar charlas. Vino un nutricionista para hablar sobre alimentación y una psicóloga para charlar sobre el deseo de tener un hijo y la sexualidad después del parto. La idea es alternar información con actividades que sean divertidas, y eso depende mucho de los intereses de ellas. Entonces vamos sumando cosas. Por ejemplo, vinieron a charlar las chicas de estimulación y después fuimos todas al hospital y los nenes jugaron con las cosas que habían armado en el encuentro anterior”, dice Luján.

Profesionales de la salud pública de Olavarría afirman, en *off*, que los consumos problemáticos y la sexualidad se entranan, en muchos casos, en embarazos no deseados: “Hay madres que llegan dadas vueltas a tener su hijo. Después, charlando, empiezan a surgir las historias. Las chicas cuentan que estuvieron de fiesta con cuatro o cinco y no saben quién es el padre. Dicen: ‘Qué sé yo, doctor. Tomamos unas pastillas en la cerveza. No sé de quién es’”.

El hospital zonal registra un 26 por ciento de embarazos adolescentes, cuando la media provincial es de 12 o 13. Los médicos recuerdan el caso de una chica que se robó a su propio bebé de Neonatología. Se lo llevó adentro de una mochila. Durante el embarazo no se había hecho ningún control y el bebé estaba internado porque había nacido con sífilis congénita. “La chica no tenía más de 15 años, ejercía la prostitución y era bellísima. Tenía la familia destruida, su hermana había matado al padre porque les hacía la vida imposible, y se criaron solas. No

entendía que el bebé tenía que quedarse internado. A veces venía dada vuelta, golpeada. Hasta que se lo llevó en una mochila y desapareció. Hicimos la denuncia y a la noche teníamos a toda la familia dada vuelta, golpeándonos en la entrada del hospital para agarrarnos a trompadas. El bebé estuvo en el hogar Namasté y ella se lo volvió a robar de ahí. Lo adora pero no lo puede tener, está muy complicada”, cuentan los médicos.

En el primer semestre del año, en el hospital asistieron tres embarazos de 24 semanas: “Unos 500 gramos, que para nosotros es feto muerto”. Los partos se adelantaron porque la noche anterior las mamás tomaron cocaína. “El consumo y la sífilis generan embarazos complicados. La sífilis en estos momentos es tremenda”.

### **Vínculos con los sistemas de salud**

Los profesionales de la salud entrevistados señalan que **sólo una mínima porción de los chicos que concurren a tratamientos por consumo de sustancias consideran a su situación problemática. El cuerpo se constituye en ellos como el lugar donde encuentran el límite para iniciar un tratamiento. El resto llega a través de alarmas externas: instituciones judiciales, laborales, escolares, familiares.**

Mariana Márquez, médica y directora de un Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS) en La Cárcova, sostiene que los adolescentes “consultan cuando están enfermos o cuando le piden la libreta sanitaria en el colegio, pero son traídos por sus padres. Y los que vienen con algo asociado al consumo problemático de sustancias también son traídos por sus padres”.

En la misma sintonía, Cecilia Taddei, trabajadora social del mismo CAPS, coincide en que más allá del consumo de sustancias, existen diversos problemas de salud en el barrio. Menciona un déficit en la atención de la salud mental en general y hace referencia al gran número de consultas que tienen por enfermedades dermatológicas, respiratorias y casos de tuberculosis por hacinamiento: “También tenemos el problema de las inundaciones. El año pasado (2014), las inundaciones trajeron complicaciones sanitarias: se dispararon muchas enfermedades. Y está el riesgo constante de la rabia. El gran problema acá es la basura”.

Una mañana Federico apareció en la biblioteca con sangre en la cabeza y un buzo que le cubría el pecho. Temblaba. También tenía una venda en el brazo. Contó que a las cinco de la mañana había estado jugando al fútbol con los pibes con los que sale a robar y pasó un patrullero. Que uno le tiró una piedra. Y que como el patrullero iba con el vidrio bajo, un policía recibió el impacto, tenía el brazo en la ventanilla y el arma en la mano. Y que cuando pasó, estiró el brazo y disparó al montón. La bala le dio a Federico en el hombro y no salió, se le alojó en el hueso. A la mañana fue al hospital Paroissien y lo hicieron esperar mucho. Lo desnudaron, le pusieron suero y lo durmieron. Cuando se despertó le preguntaron qué le había pasado y que estaba obligado a hacer la denuncia. Se sacó la vía del suero y se escapó del hospital. En su Facebook publicó: “He venido creciendo en un barrio mortal. Como no trabajaba yo me puse a pensar que de todo lo ajeno me quería adueñar. Al pasar ese tiempo recibí una lección. Y una bala me cambió de opinión”.

La bala del hombro de Federico es su trofeo, su cucarda. Todos los días, los pibes se la tocan, preguntan cuándo la va a escupir. Después de la bala anda más tranquilo, no se droga todo el tiempo ni va drogado a la biblioteca. Está más gordo. Sus compañeros y operadores lo notan: estar gordo es estar cerca de las buenas.

Wilson tiene 18 años y vive en La Cárcova. Participaba de una cooperativa de reciclaje en el CEAMSE, pero desde hace algunos meses empezó a hacer changas de albañilería y pintura. Consume cocaína desde los 13, en esa época dejó la escuela. Fue al CPA porque se lo pidió su mujer, con la que tiene dos hijos. Wilson tiene brotes de violencia que él mismo reconoce como graves. Llegó a golpear a su suegro y a su cuñado. Cuando está de gira tiene peleas que luego no recuerda haber tenido. Unos fines de semana atrás, consumió como siempre y,

además, se tomó media botella de vodka. No se desmayó pero no recuerda qué hizo hasta las cinco de la mañana, cuando apareció tirado en la puerta de su casa con la mano hinchada y chorreando sangre. Cuando su mujer pudo hacerlo reaccionar, tuvo miedo de haberse peleado, de haber lastimado seriamente a alguien.

Ernesto tiene 16 años y ya ingresó cuatro veces en el hogar El Buen Samaritano, que trabaja con varones consumidores de paco en el barrio Almafuerite, ex Villa Palito, en La Matanza, dirigido por el Padre Basilio Britez. En el hogar hay 24 camas y los jóvenes deciden cuánto tiempo quieren estar internados: pueden irse cuando lo consideren. El objetivo es fortalecer la lucha contra la propia voluntad, no contra las barreras internas. Ernesto se fue y volvió al Buen Samaritano cuatro veces. La última, la llamó a la operadora y le dijo que quería volver porque se había despertado en una esquina, tenía la cabeza rota y no se acordaba qué le había pasado.

Creemos que diversos procesos que involucran la concepción del cuerpo, pero también, los umbrales de dolor y sufrimiento, se despliegan en simultáneo: mientras los adolescentes parecen entrar y salir de las dinámicas de consumos problemáticos, cuando intensifican el uso de drogas aparecen la mano ensangrentada, el tiro en el pecho, la cabeza rota, la pérdida de conciencia. **El cuerpo es, entonces, una frontera donde suenan las últimas alarmas.**

## **Algunas cuestiones sobre identidad**

Como punto de partida asumimos que la identidad es una construcción colectiva, dinámica y compuesta por elementos muchas veces divergentes. Pensar la identidad es pensar los múltiples vínculos con el otro social.

Entendemos que en una época donde los vínculos que entablan los jóvenes son frágiles, la construcción de identidades sociales e individuales también lo será. **La posibilidad de retransmisión de aspectos ligados a la identidad entre padres/madres e hijos se ve cada vez más dificultada debido a la caída de las identidades fuertes de las que tradicionalmente hacía uso la cultura popular**, como las vinculadas al mundo del trabajo: ser obrero, tener un oficio.

En este sentido, es posible pensar que existe una identidad de los jóvenes vinculada al territorio que emerge, por ejemplo, en la categoría de *carcoveño* a la que hacen referencia varios entrevistados. Alrededor de ese gentilicio aparecen referentes comunitarios intentando fortalecer esa categoría con aspectos ligados a un proyecto de vida alternativo en el marco de ser *carcoveño*. El objetivo, dicen, es reforzar el vínculo de los jóvenes con la territorialidad y el sentido de crecer y vivir en el entramado que se viene relatando.

Esa situación no se repite en Puerta de Hierro. Eugenia, que tiene 16 años y siempre vivió en Puerta de Hierro pero hizo toda su escolarización en la escuela de San Petersburgo, cuenta: "Con San Pete hay pica. Como con Villegas. Hay bronca. Vienen y empiezan los tiroteos. Solamente porque acá hay transas. Ellos a los transas les dicen 'arruinaguachos'. Meten a todos en la misma bolsa: te dicen 'ah, vos sos de Puerta, sos transa'".

El sentimiento de pertenencia que en un barrio funciona para fortalecer la identidad, en otros complica las cosas. En Puerta de Hierro los vecinos suelen dar una dirección genérica ("Crovara a equis altura") para evitar decir que viven en el barrio.

Es interesante preguntarse cómo se construye la identidad de los habitantes de Puerta de Hierro, a través de cómo son nombrados en otros barrios. Existe una rivalidad histórica entre San Petersburgo y Puerta de Hierro: el primero es el barrio de las armas, los desarmaderos; el segundo, el del paco.



**Consumos problemáticos y no problemáticos**



El término **consumo problemático** nos convoca a pensar que vivimos en una sociedad de consumo donde todos consumimos distintos tipos de objetos/bienes. A diario observamos en los medios publicidades que invitan a los excesos, a no parar, a que “un dolor no te impida salir” y a que consumamos medicamentos de todo tipo para estar “felices”.

Así, esta definición tensiona la idea de que el foco del problema es la sustancia y se centra en el vínculo que los sujetos establecen con un determinado objeto (sea una sustancia psicoactiva o no). Estas tensiones explicitadas aparecerán constantemente en los territorios donde se realizó el trabajo de campo. Así, surgirán distintas modalidades de tratamiento (de acuerdo a si el foco del problema está puesto en la sustancia, en la familia, en el grupo de pares, en lo espiritual, etc.) y concepciones acerca de los consumos que dan cuenta de las diversas formas de abordaje y miradas acerca de la temática.

La apuesta es **alejarnos de una mirada estigmatizante hacia los sujetos que consumen sustancias para hacer eje en la restitución de derechos y la reconstrucción del lazo social a través de la salud comunitaria** como una propuesta superadora.

El consumo problemático de sustancias habilita a reflexionar en torno a los sujetos que establecen una relación compulsiva con un determinado objeto que afecta la salud psicofísica y principalmente el lazo social. En esta investigación, nos centraremos en las sustancias psicoactivas (legales e ilegales) aunque los objetos pueden ser múltiples como el juego, la tecnología, la alimentación, las compras, etc.

A través de la noción de consumo problemático intentamos remover el estigma del término “adicto”, que tradicionalmente se vinculaba a los sujetos que había que sacar de la comunidad para que hicieran un tratamiento por ser considerados “enfermos o delincuentes”. La noción de consumo problemático forma parte del **paradigma de salud integral que propone la Ley Nacional 26.657 de Salud Mental**, donde la sustancia no es el aspecto central sino la restitución de derechos humanos y sociales de los sujetos que atraviesan por situaciones de consumo.

## **Algunas claves**

Existen más casos de consumos problemáticos en adultos o jóvenes adultos (de 27 años en adelante) que entre niños y adolescentes. En estos consumos, las sustancias psicoactivas predominantes son los psicofármacos, el alcohol y, en menor grado, la cocaína debido a su alto costo de adquisición.

Los referentes institucionales coinciden en que los **12 años es la edad de inicio de consumo**. La característica que se reitera es el **policonsumo** de sustancias (alcohol, psicofármacos, marihuana principalmente, en algunos casos también cocaína e inhalantes).

El consumo de pasta base-paco es particular de algunos territorios, generalmente donde se produce la comercialización de dicha sustancia, como es el caso de Puerta de Hierro en La Matanza.

En Puerta de Hierro y alrededores, el circuito de venta y consumo de pasta base-paco se da en torno a las vías del tren Belgrano Sur. Los jóvenes tiran troncos o ladrillos para que el tren se demore. Eso les da tiempo a los que vienen en el tren de bajar a comprar y a ellos de subir a robar.

En Puerta de Hierro, muchos de los jóvenes llamados *fisuras* son de otros barrios, entran en el circuito de consumo y suelen quedarse en los pasillos de la villa. Generan un ecosistema propio para seguir en situación de consumo. La figura del *paquero* es al mismo tiempo

reconocida y negada por todos en el barrio. Se lo distingue por su manera de moverse, su delgadez y las quemaduras en las manos y la boca.

A diferencia del consumo de otras sustancias, **el consumo de alcohol se encuentra naturalizado en los barrios y no se entiende como un consumo problemático.**

En las entrevistas aparece con frecuencia la **relación de los jóvenes con los *transas* como una forma de provisión.** Según los testimonios, chicos desde los 10 años son utilizados como vigías o revendedores de drogas.

**Las causas del consumo de sustancias son múltiples:** la falta de amor, la ausencia de límites, el descontrol y el barrio en el que viven, donde hay problemas de salud, educación, trabajo, interpersonales (entre vecinos o familiares). “En ese contexto, el valor de la vida empieza a degradarse. Entonces viven aceleradamente, todo muy rápido. No hay una subjetividad que los haga preguntarse qué vida quieren tener”, explica uno de los entrevistados.

Existen también otras causas ligadas a la búsqueda de placer, en contextos donde el displacer es una variable constante debido a las precarias condiciones de vida. Y el consumo de sustancias otorga matices placenteros.

En los relatos de los jóvenes, de los referentes territoriales y de los profesionales que brindan asistencia en diferentes dispositivos aparece el consumo combinado de psicofármacos y alcohol ligado a situaciones de alienación que desembocan en eventos violentos (intentos de suicidio, peleas, robos, etc.).

**Pueden situarse experiencias de consumo no problemático ligadas al autocultivo de marihuana.** Estas prácticas también se vinculan a la posibilidad de evitar situaciones de riesgo a las que se exponen los jóvenes al momento de adquirir las sustancias.

### **Los jóvenes y las drogas en Puerta de Hierro y La Cárcova: rituales de pasaje, consumos problemáticos, mano de obra y *fisuras***

Los psicólogos y acompañantes terapéuticos de la Comunidad Terapéutica de San Martín, que trabaja en conjunto con el CPA de la zona, consideran válidos los datos del último Estudio Nacional sobre Consumo en Estudiantes de Enseñanza Media (de entre 13 y 17 años), elaborado en 2014 por el Observatorio Argentino de Drogas de la SEDRONAR. Los profesionales entrevistados nombran ese trabajo como parte del contexto en el que se da el consumo de drogas en los adolescentes tratados. Los principales hallazgos del Estudio son:

- En términos generales, los consumos de sustancias psicoactivas se centran principalmente en el alcohol. Si se consideran los últimos cinco años (2009-2014), se observa un descenso sostenido del consumo de tabaco y un incremento en el consumo de marihuana, tanto en el consumo de vida, año y mes. Las prevalencias de consumo de alcohol no han mostrado cambios significativos, sus valores son estables a lo largo del quinquenio.
- La edad del consumo por primera vez promedia entre los 13 y 15 años. Al considerar los nuevos consumos de sustancias durante el último año, el grupo de 15 y 16 años es el que presenta, en términos generales, las mayores proporciones.
- La sustancia ilícita de mayor consumo entre los estudiantes es la marihuana. El 55,5 por ciento de los estudiantes que declararon haber consumido marihuana, lo hizo por primera vez antes de los 15 años.

- El 50,1 por ciento de los adolescentes declaró haber consumido alcohol en el último mes; el 15,1 por ciento, tabaco; el 7,6 por ciento, marihuana; el 1 por ciento, cocaína; el 2,1 por ciento, psicofármacos sin prescripción médica; y el 0,5 por ciento, pasta base.

Resulta relevante realizar una distinción entre las diversas modalidades que posee el consumo de sustancias psicoactivas, ya que entendemos que **no todo consumo se configura en un consumo problemático**. Son varios los autores que realizaron aportes teóricos en esa línea de abordaje (Agüero Abel *et al*, 2006; Carballeda, 2006; Donghi, 2006), que señala al consumo como problemático cuando hay un alto grado de *compromiso con el exceso*.

La principal característica del consumo cuando se torna problemático es que no está sostenido por ningún ritual, sin lazos ni inscripción en el circuito de intercambios. El conflicto comienza a ser la propia persona, que se comporta de manera autista. A medida que aumenta su frecuencia, el consumo se vuelve mayor y dificulta el sostenimiento de vínculos interpersonales en diferentes ámbitos cotidianos (familia, escuela, trabajo). **El consumo problemático desorganiza la vida del sujeto, al romper sus lazos.**

La ruptura o fragmentación del lazo social aparece en las entrevistas a profesionales que trabajan con jóvenes que tienen consumos problemáticos. En la Comunidad Terapéutica de San Martín, quienes llegan a internarse no lo hacen porque tengan conciencia de la enfermedad o del consumo problemático de sustancias, sino que lo hacen a partir de cuestiones coyunturales que funcionan como alarma, por lo general, problemas familiares y laborales: cuando el consumo se vuelve problemático, la persona tiene dificultades para mantener los lazos afectivos y cumplir con sus responsabilidades.

**El consumo de sustancias se enmarca como una problemática más entre las emergentes de una sociedad de consumo**, ya que se reemplaza al sujeto por el objeto: la satisfacción viene de un objeto y no de un sujeto. En ese contexto, **las sustancias representan un objeto más.**

Claudia Sibulski, directora del Centro de Referencia Penal juvenil del Departamento Judicial de La Matanza, entiende que en cualquier tipo de consumo se busca placer: “Nosotros hablamos mucho con los pibes sobre eso. Si hay consumo, hay que hablarlo. ¿Qué te genera la droga? Placer. ¿Y qué te posibilita? Olvidarte de los problemas y evadirte. La conclusión a la que llegamos es que consume porque tiene muchos problemas, para olvidarse, porque le gusta, porque le produce un placer que no puede tener de otra manera. Entonces, la idea es poder reemplazar esos placeres por otros que también den placer y felicidad. Porque lo que está detrás de la droga es la búsqueda de ser felices. El tema es cómo. Siempre hablamos de qué tipo de felicidad nos da la droga, si es real o ficticia, si cuando se nos va el efecto nos queremos matar”.

**Las drogas funcionan como vehículos de la socialización que defienden de la angustia y de la ansiedad, y ayudan al individuo a sobrevivir en sociedades que día tras día ven cómo se desarticulan las instituciones colectivas sobre las cuales se apoya la regulación de las relaciones sociales**, incluida la familia (Carballeda, 2006). Impera la idea de que hay que estar bien aquí y ahora, que hay que divertirse y pasarla lo mejor posible.

\*\*

Raiden (2006) sugiere que **existen diversas formas y sentidos de consumo**. Hay un primer grupo de jóvenes que posee acceso al mundo de la educación, al trabajo, a la tecnología, etc., entre los cuales las sustancias cumplen distintas funciones de productividad o sociabilidad. En el campo de la productividad, las sustancias funcionan como *repuesto* frente al estrés y la aceleración que impone el mundo del trabajo en círculos empresariales o financieros. Si se

relaciona a la sociabilidad, **las drogas son una especie de mediación social**, que se utiliza como un elemento de interacción en rituales colectivizados.

Nadia tiene 15 años, cursa la escuela secundaria y vive con sus padres en La Cárcova. Al referirse al consumo problemático de sus pares, señala a los problemas familiares como disparador. Sobre una de sus compañeras que consume cocaína, Nadia dice: “Ella agarró toda esa gilada cuando se fue la mamá y empezó a juntarse con otras chicas que también están en eso”. Cuando esa compañera recompuso el vínculo con su madre, dejó de consumir cocaína. “Esas chicas le preguntaban por qué dejó, si le tenía miedo a la mamá”, agrega Nadia.

Ese caso encaja en el universo de jóvenes que comienzan a tener problemas en las áreas productivas y sociales, que ven o sienten censuradas sus expectativas laborales, con problemas de acceso al mundo educativo, etc. Para estos grupos, **las drogas pierden el sentido de mediación social y funcionan más como una prótesis frente al descontento, a la soledad, son una especie de muleta para evadir la depresión**, para soportar mejor la forma en que la vida nos ha sido impuesta. Se puede pensar que la sustancia como prótesis funciona ante determinadas situaciones como el abandono o falta de cuidado de parte de Otros (familia, vecinos, instituciones).

Por último, Raiden (2006) postula que **las sustancias son un modo de relacionarse en las zonas donde radica la mayor exclusión, donde el consumo de cocaína, marihuana o paco pierde su carácter de mediación social para constituirse en moneda corriente de intercambio**, en síntesis, donde las redes sociales se han cortado.

Este último aspecto desarrollado por Raiden (2006) es parte de las trayectorias habituales que Gabriel Peñoñori, juez titular del Juzgado de Responsabilidad Penal Juvenil N° 1 del Departamento Judicial de San Martín, ve cotidianamente. “Los pibes en situación de vulnerabilidad son presa fácil de esas bandas, que los captan como mano de obra para mantener y expandir el negocio (...) Ese contexto obliga a entender que lo que pasa con los pibes es muy complejo. En San Martín no hay pibes drogones y nada más, pibes que sólo caen en el consumo de drogas. En San Martín hay un combo de causas y consecuencias que hay que tener en cuenta al momento de hablar del consumo de drogas en los adolescentes: violencia creciente, bajo o nulo estímulo familiar, bajo o nulo estímulo de la escuela, el contexto adverso de los barrios”, explica.

Un fiscal especializado en drogas, con veinte años de trabajo en San Martín, coincide *en off* con la línea de análisis planteada por el juez Peñoñori: “En los allanamientos te encontrás con pibes de 10, 11, 12 años que trabajan para los transas, avisando si viene la policía o directamente vendiendo droga. Muchos de esos chicos están armados. También hay viejos que trabajan para los transas. Y tanto el pibe como el viejo lo toman como un trabajo. De hecho, en las declaraciones, ellos mismos dicen que estaban trabajando, con esas palabras. Hemos secuestrado libros de registro contable con información de cómo funciona el negocio: Juancito se llevó 30 dosis, vendió 10 y ganó tanto dinero. Y al ver esos márgenes de ganancia entendés por qué no se va a poder sacar la droga de la calle. El beneficio que puede obtener un transa con cinco vendedores un solo jueves, que es el día que más se vende, es equivalente al sueldo de un funcionario judicial con más de 20 años de antigüedad: 40 mil pesos”.

Es de destacar que varios entrevistados coinciden con este análisis. **El consumo de sustancias se inscribe como parte de un tejido social donde se consumen todo tipo de objetos**. Consumos que permiten a muchos jóvenes sentirse incluidos en determinados contextos, aunque de forma ilusoria y de las maneras más precarias. El acceso al dinero que ofrecen los *transas* es para muchos jóvenes del barrio una vía de acceso al consumo generalizado.

Las sustancias más utilizadas por los jóvenes de La Cárcova y barrios vecinos son el alcohol, la marihuana, los psicofármacos y la cocaína. Quienes tienen consumo problemático no tienen problemas con una sola sustancia, sino que representan casos de policonsumo.

Mariana Márquez es médica y directora del Centro de Atención Primaria de la salud de La Cárcova, que depende de la Municipalidad de San Martín. Trabaja en el Centro desde hace poco más de dos años, cuando comenzaron a repetirse y agravarse las situaciones de violencia dentro del barrio. Conoce los problemas sanitarios del lugar y las sustancias que consumen jóvenes y adultos. “Hemos visto casos de adolescentes de 17 o 18 años que habían empezado a consumir a los 11. El consumo es parte de la identificación de los grupos de adolescentes y del barrio. Lo que más se consume es marihuana, cocaína y pegamento en los más chiquitos. Acá no hay pasta base. Ni bien yo llegué al centro, en 2012, hubo una pelea fuerte entre bandas por ese tema. Un grupo quiso entrar la pasta base a La Cárcova y los transas de acá, que venden cocaína y marihuana, no lo permitieron. Hubo tiros y peleas, y la pasta base no entró”, cuenta.

Por problemas derivados del consumo de sustancias, varios jóvenes de La Cárcova se acercan al Centro Provincial de Atención (CPA) de San Martín, coordinado por el psicólogo Dante Magrotti. A la institución, que tiene capacidad para atender entre 40 y 50 pacientes, concurren también jóvenes de todas las villas de San Martín.

Magrotti coincide con Márquez en que las sustancias de mayor consumo en la zona son la cocaína, el alcohol y los psicofármacos, y que hay muy poco consumo de pasta base. “El consumo de sustancias genera dolor en todos los casos. En el CPA hemos visto chicos desde los 8 a los 16 años. Un mínimo porcentaje de los chicos que viene tiene cierta conciencia de que lo suyo es un consumo problemático porque estuvo de gira, se pasó de rosca y tuvo miedo a morirse. El resto llega a través de alarmas: problemas judiciales, laborales, familiares, escolares”.

Respecto de los motivos por los cuales los jóvenes consumen, Magrotti enumera la falta de amor, la ausencia de límites, el descontrol y el barrio en el que viven, donde hay problemas familiares, de salud, de educación, de trabajo: “En ese contexto, el valor de la vida empieza a degradarse: mi vida no vale nada. Esto sale en las charlas con los chicos, ellos mismos dicen que la vida tiene fecha de vencimiento. Entonces viven aceleradamente, todo muy rápido. Estos chicos no ven el futuro, no hay una subjetividad que los haga preguntarse qué vida quieren tener o hacia dónde quieren ir. Viven sin pensar, sólo actúan hasta que se encuentran con el límite: la muerte, que llega con una sobredosis o con un balazo”, dice Magrotti, y agrega: “En las trayectorias de vida de los chicos que tienen consumo problemático se repiten casi siempre las mismas cosas: mucha violencia, mucho desamor, mucho desamparo, mucho olvido. Se repite como tragedia la ausencia de deseo, la ausencia de amor. Cuando hay tantas ausencias, una persona puede elegir cualquier destino, puede ir hacia cualquier lado”.

La mayoría de los entrevistados coincide en que las causas por las cuales consumen los jóvenes son múltiples. Mariana Márquez entiende que es muy difícil sacar a los chicos del consumo porque está asociado a un montón de problemáticas más. **La búsqueda de la droga se debe a otras problemáticas que no están resueltas. El consumo es parte de la identificación de los grupos de adolescentes y del barrio.**

Los actores entrevistados coinciden en que los jóvenes empiezan a consumir en contextos de socialización o a modo de práctica ritual, lo que no en todos los casos termina configurando un consumo problemático. Cuando el consumo se transforma en problemático se debilita el lazo social y se generan altos grados de estigmatización sobre los jóvenes que consumen.

**Las sustancias no son en sí mismas causantes de la violencia.** Quienes las consumen, en general, no caen en un estado de alienación que los lleve a actuar de modo violento o a delinquir. Las situaciones de violencia están vinculadas a los modos de relación entre sujetos de cada territorio, aunque en varias oportunidades se menciona el consumo de alcohol asociado a los psicofármacos con hechos violentos.

Los jóvenes entrevistados coinciden con referentes institucionales en las principales sustancias de consumo en la zona. Como lo menciona Iván, de 17 años, que vive en el barrio Independencia: “En las esquinas se juntan los grupos de pibes, más o menos desde los 14, 15 años. Ahí se fuma porro, se toma alcohol y a veces pastillas”.

Se puede confirmar que **las sustancias que consumen los jóvenes están asociadas a las ofertas que encuentran en el barrio.** Lo expuesto se puede contrastar con lo manifestado por el fiscal de drogas de San Martín, quien tuvo en sus manos la mayoría de las causas por infracción a la Ley de Drogas en la zona. Afirma que lo que más venden los *transas* de las villas de San Martín es cocaína y, sobre todo, marihuana que viene de Paraguay. Casi todos los clientes son de la zona norte del conurbano y de la Ciudad de Buenos Aires.

**San Martín es un lugar importante en el mapa de la comercialización de droga** porque está a diez minutos de Capital Federal, no hay controles serios y la droga que se ofrece es barata y, dentro de todo, buena o muy buena. “En San Martín no hay paco. Lo que acá se toma por paco es, en realidad, cocaína muy estirada. Acá hemos encontrado, no cocinas de cocaína, sino cocinas de estiramiento de cocaína”, explica un fiscal de la zona.

Respecto de las sustancias y modalidades de consumo, en Puerta de Hierro se pueden encontrar coincidencias y diferencias con la realidad de La Cárcova. En relación a las modalidades de consumo, coinciden en que existe un policonsumo de distintas sustancias, juntas o de manera alternada. Así lo expone Daniel, psicólogo del Centro Provincial de Atención a las Adicciones (CPA) de San Justo, cuando manifiesta que hay un espectro y abanico variado de consumos. “Algunos consumen sólo marihuana diariamente, otros consumen marihuana, cocaína, pastillas e inhalan pegamento. Otros, pastillas con alcohol. Hay muchos consumidores de paco pero no vienen acá, realmente los que llegan acá son otros. Y no es que no hayan cometido un delito, sino que no resisten, no pueden responder ni a un juez que los quiera llamar, ni a una madre que los quiera traer, ni nada. Esos no llegan acá”, cuenta.

En el caso de Puerta de Hierro, Patricia Estévez, psicóloga y coordinadora del mismo CPA, agrega que **la red de violencias en la que están sumergidos los chicos hace que no terminen la escuela, que no consigan trabajo y que tengan hijos a los que darles de comer.** “Frente a eso se da la pérdida de muchos valores y la falta de un guía, de una autoridad en una cuestión estructural que afecta a la formación de cada persona. Y sumado a eso, la red violencias lleva a problemáticas más graves, como los homicidios. Algunos de los que vienen a atenderse ya están institucionalizados, tienen una carrera delictiva y han pasado por diferentes penales”, dice.

\*\*

**Los paqueros o fisuras son parte del paisaje de Puerta de Hierro:** jóvenes consumidos por el paco que viven en la calle y subsisten de lo que roban o lo que les da la gente. Se los reconoce por su manera de moverse, su delgadez y las quemaduras en las manos y la boca. Muchas veces miran el piso buscando algún *empuje*: un palo que pueda arrimar la pasta hacia el fondo de la pipa. “Hoy te confundí con una fisura -le dijo Joel a Andrea-, era igualita a vos, pero cuando la vi moverse todo así, me di cuenta que no eras”. A Joel le daba gracia, a Andrea también. Ella se reía de lo bien que los imitaba.

Mariano tiene un tío *fisura*. Mientras tomaba mate en la biblioteca del programa Podés, su tío apareció con una bolsa con trapos de piso para vender. Nadie sabía quién era y, cuando se metió en la sala, llamó la atención de todos. Mariano miraba el piso. Cuando se fue, sin haber conseguido vender nada, todos preguntaron quién era. “Mi tío es. Alto bobo”, dijo Mariano.

A diferencia de La Cárcova, en Puerta de Hierro y alrededores existen altos grados de consumo de pasta base. El circuito de venta y consumo de paco se da en torno a las vías del tren Belgrano Sur. En las entrevistas con chicos de La Matanza y el equipo de psicólogos del CPA de San Justo, surge que Puerta de Hierro es el centro de abastecimiento de paco de esa zona del conurbano. Mientras en el barrio de Villegas se compran pastillas o cocaína, en Puerta de Hierro predomina la pasta base y la marihuana.

Al contrario de lo que podría imaginarse, **en el CPA de San Justo no se atienden jóvenes de Puerta de Hierro o San Petesburgo ni se tiene registro de que reciban atención médica en alguna otra institución.**

Muchos de los compradores de paco llegan al barrio a las cinco y media de la tarde, en lo que los vecinos de la zona llaman “El Tren del Dinero”. Sobre todos los jueves, viernes y sábados, bajan alrededor de 200 jóvenes e ingresan al barrio para comprar pasta base. “Viene el tren de Libertad, para acá en Villegas y a los 10 minutos pasa el otro”, cuenta Patricio, un vecino de 20 años. Y agrega: “Los que van perdiendo el rumbo se quedan acá, y acá se pierden. Los chicos que ves tirados en la calle no son de acá. Vienen de otros barrios y como ven que la droga está fácil, se quedan. Se instalan: no se bañan, duermen como pueden dormir, no comen. Juntan basura, se pelean entre ellos, se roban entre ellos para conseguir la droga”.

Lautaro, vecino de la zona y remisero, cuenta: “Los pibes tiran troncos, ladrillos, lo que sea para que el tren se demore. Eso les da tiempo a los que vienen en el tren de bajar a comprar y a ellos de subir a robar. El otro día metieron un motor de un auto que habían desarmado y el tren casi descarrila”.

Sobre los *fisuras* o *paqueros*, opera lo que Erving Goffman (2006) denomina estigma: “Mientras el extraño está presente frente a nosotros puede demostrar ser dueño de un atributo que lo vuelve diferente a los demás (...) y lo convierte en alguien menos apetecible -en casos extremos, en una persona malvada, peligrosa o débil. De ese modo, dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a una persona inficionada y menospreciada. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio”.

Lo desarrollado por Goffman puede vincularse claramente a la figura de los *fisuras*, como se constata en las palabras de Daniel Romero, profesor de historia de la escuela secundaria 61, quien sostiene que son “como un eslabón perdido, que nadie banca (...) Aunque hay una relación medio rara con ellos”, dice y agrega: “Ser fisura es lo peor que puede haber. Que te digan: ‘Salí, fisura’, es lo menos. Eso pasa en la escuela. Y en el barrio cumple un poco el rol del paria que da vueltas, que no es registrado por nadie. He visto situaciones en las que insumen menos cuidados que un perro. Ni la policía los quiere detener”.

Durante parte de nuestro trabajo de campo, varias veces cruzamos a un *fisura* al que le faltaban las dos piernas. Se movía con dos palos de escoba como muletas y tenía la espalda deformada, andaba echado hacia adelante, con una joroba porque cada palo tenía un largo diferente. En Puerta de Hierro hay varios amputados. A algunos les faltan los brazos, una pierna o un pie. Es algo constante. Y como no tienen prótesis o elementos de ayuda, como muletas o sillas de ruedas, usan palos de escoba, sogas, trapos viejos o bolsas.



Isabel es una de las mujeres que atiende el único comedor de Puerta de Hierro. Tiene alrededor de 60 años. Es una de las más grandes del grupo, pero no la que manda. La que coordina es Leo, de 47. Cuando Leo no está, Isabel saca las mesas afuera e invita a todos a comer en el frente del comedor. “El sábado tendrías que haberlo visto. Saqué las mesas afuera. Eran un montón de fisuritas comiendo. Otros dormían, tomaban la leche, estaban al sol. Cuando se lo conté a Leo casi me mata, acá hay tuberculosis, sífilis, SIDA, hay de todo. Además, están los maricones”, cuenta.

Los *maricones* son hombres y mujeres *fisuras* que son trans. La mayoría vive cerca de la vía y salen a buscar comida cuando está abierto el comedor. Todos los que circulan por el comedor y la biblioteca les dicen igual: los *putos*, los *maricones*.

Respecto del consumo problemático de sustancias, son los adultos los que principalmente muestran más dificultades. Según Patricia Estévez, “los adultos que se atienden en el CPA son pacientes crónicos; gente que ya hizo otros tratamientos y fracasó. Muchos empezaron con marihuana y cocaína y se pasaron al paco. Aquellos viejos consumidores de cocaína hoy están consumiendo pasta base. Y muchos psicofármacos combinados con alcohol. Los más jovencitos arrancan directamente con paco”.

### **Relatos en torno al consumo en Las Rosas (La Plata), La Paz y La Matera (Quilmes) y Garrote (Tigre)**

Felipe vive en Las Rosas (La Plata), tiene 24 años y el año pasado terminó el secundario en un FINES. También hizo un curso de cocina en un terciario del centro: “Terminé primero el terciario que el secundario”, dice y se ríe. “Mi mamá pensaba que yo me drogaba, pero yo estaba triste de amor nomás. Empezó a preguntarme si me drogaba cuando ya lo había dejado. Desde los 12 que andaba mucho en contacto con la joda, salía, pensaba solamente en que llegara el viernes para emborracharme y fumar”.

Cuenta que consumía cocaína y marihuana y que nunca necesitó comprar porque siempre le regalaban. Una vez probó jalar nafta pero no le gustó porque le dio mucho frío en el paladar y tenía un sabor horrible. Dice que dejó solo, cuando quiso anotarse en el Ejército. Pero no pasó la revisión médica.

Felipe recuerda dos secuencias que se pusieron “picantes”. Una fue cuando un amigo de él, que estaba re loco, le quiso robar el celular al hijo del *transa*: “Es un *transa* peludo, controlaba toda la zona oeste de La Plata: Romero, Las Quintas, Santa Ana, todo. El loco salió a defender a su hijo, tirando tiros para arriba y después apuntando. Nosotros la zafamos, estábamos hinchando nomás”. La otra secuencia fue cuando tenía 16 años. Estaba borracho con cuatro amigos y se enteraron de que un tipo había violado a la hermana de uno de ellos. Le habían puesto un pañuelo en la boca para dormirla. Cuando se despertó estaba atada en una cama con dos hombres: “No nos importó nada, fuimos a prenderle fuego la casa. Ella era re chica, tenía como 13 años pero estaba echando cuerpo. Fue horrible, después se quiso suicidar dos veces. Fuimos hasta la casa del loco y se la prendimos fuego. No sabíamos que había gente ahí adentro; la madre y los hijos salieron y el dueño de la casa empezó a tirar tiros para arriba, pero no nos importaba nada”.

Sergio es amigo de Felipe, uno de los pocos que tiene. Se conocen del barrio. Sergio fuma marihuana los fines de semana y toma mucho vino con Fanta. “El otro día quedé tirado, no me podía mover. Dormí como catorce horas seguidas, no me podían despertar. Felipe me dijo que temblaba, que tenía como convulsiones”.

Yamil también es de Las Rosas. Un día se tomó seis pastillas de clonazepam y las mezcló con cerveza. Su amigo, Pablo, le había robado las pastillas a su mamá. Pero a Yamil no le gustó el

efecto porque, dice, se sacó mucho. Ahora le prometió al hermano que no va a volver a tomar. Su hermano le dijo que si quería que tomara merca, que fumara marihuana o que tomara vino, pero que no hiciera “la gilada de tomar pastillas porque te queman la cabeza”.

**Yamil cuenta que cuando toma pastillas está re tranquilo y de repente tiene ganas de cagarse a trompadas.** Cuando iba a la escuela, se levantaba temprano y con el mate del desayuno fumaba marihuana o consumía cocaína: “A la mañana tomaba merca o me fumaba un nevado. Con el nevado sentís que se te duerme la mandíbula, se te acalambra, como que no podés hablar; está re bueno eso”. Dice que a la directora del colegio la hizo correr varias veces porque se escapaba del aula, se iba al baño y cuando ella lo iba a buscar él ya estaba en la cocina. No podía quedarse en la clase: “Yo estaba re tranquilo en el aula y de repente una vieja me gritaba que tenía que hacer la tarea. Era un bajón. El ruido también era un bajón, todo el tiempo había gente gritando, moviendo cosas”.

Yamil está en la plaza con un par de amigos:

-Uh, loco esto es un embole. Mirá cómo cantan los pájaros. Acá no pasa nada- dice.

Joel y Bruno se suman a la ronda y fuman un cigarrillo. Estaban jugando a la play en lo de Joel pero se fumaron un porro, tienen gula y nada para comer.

-Podríamos jugarnos un partidito en un rato, ¿no?

-Contra los paraguayos y los cagamos bien a patadas.

-El de ayer estuvo bueno. ¡Cómo los fajamos a los cagones esos! Podemos jugar por un cajón de birra.

-Che, ¿quiénes están ahí?- pregunta Joel y señala al otro lado de la cancha.

-El Peludo y un par más.

-Dale, acompañame, podemos hacer que pasamos y después damos la vuelta.

-¡Todo para que te conviden un poco de porro! Andá, está todo bien con el Peludo, no anda preguntando.

Bruno cuenta que tiene dos plantas en la casa. Que las cuida, pero que la madre las cuida más, las saca al sol porque él no va nunca. También dice que su hermano, que vive en Olmos, tiene casi treinta plantines y una vez consiguió que una planta diera muchos cogollos: “Cada vez que quería fumar, él iba y le arrancaba un par de flores. Pero una noche le robaron la planta, unos vecinos se cruzaron y se la cortaron de raíz. Se quedó sin nada”.

El día que tuvo el accidente, Carlos, que vive en Las Rosas y tiene 16 años, había discutido con la novia y había fumado mucho porro. Era sábado y su papá cumplía años. Carlos se fue a correr picadas en la moto por la calle de asfalto, la 159. Miró para atrás y cuando dio vuelta la cabeza tenía un auto de frente. “Fui a parar abajo del auto. Por suerte no perdí la memoria, porque se me rompió el cráneo. Estuve internado veintidós días pero me iba a quedar como cinco meses si mi papá no me pagaba los clavos de la pierna. Se me partió el hueso en tres partes”, cuenta.

Cuando estaba internado, los amigos le llevaban porro y las enfermeras le convidaban cigarrillos. “Estuve diez días y ahí ya empecé a drogarme en el hospital. A mi vieja le pedía que me llevara Poett, ése que tiene olor, y fumaba al lado de la ventana. A mi novia no le gusta, pero bueno... Fumo mucho cigarro porque busco mucho el porro”. Como a la novia no la dejaban ir a visitarlo, se mandaban mensajes. Y desde que se fue del hospital tiene que estar en la casa, en silla de ruedas, y no puede salir. Entonces se ven a escondidas: “Cuando va al colegio no entra y viene a mi casa. Vamos al centro a veces. Los fines de semana viene a mi casa y la llevo al cine, a los papás les dice que se va a bailar”.

Un cura de larga trayectoria en la zona lo ve venir desde el pasillo, falta un rato para que comience la reunión de los clérigos. Se aproxima con cuidado y espera que termine de hablar con otro párroco. En cuanto ve un hueco, lo intercepta. Hace apenas unos días que el Padre Diego está al frente de la iglesia Nuestra Señora de Itatí, en el barrio La Paz de Quilmes.

-¿Diego, cómo estás vos en Itatí?- le pregunta.

-Bien. Conociendo, de a poco- responde y sonrío tímidamente.

-Yo no te quiero meter palos en la rueda pero la gente no está muy contenta con vos. Entendés muy poco la cultura de la zona.

-Pero si yo estoy abierto a la comunidad...

-Venís de otro lugar y lo primero que hacés es prohibir el alcohol.

-Mirá, por empezar ya me estás metiendo el palo en la rueda. No voy a permitir, ni a vos ni a nadie, que vengan a cuestionar mi actitud pastoral sin antes haber venido a hablar conmigo.

-Lo tuyo es muy ideológico. Yo voy a hacer un estudio con dos sacerdotes sociólogos, para rebatirte. Porque vos estás inventando ideología. No entendés la cultura latinoamericana ni la festividad con el alcohol y la Pachamama.

-Hacé todos los estudios que quieras. Si hay algo con lo que yo no negocio es con la droga y el alcohol.

El Padre Diego, que además de estar al frente de la iglesia Itatí es delegado de la Pastoral de Drogadependencia de la diócesis de Quilmes, explica: "Nosotros, como comunidad parroquial, tenemos que dar testimonio. No podés hacer una fiesta y estar vendiendo alcohol. Lo que pasa con el alcohol es terrible, en qué cabeza cabe. Yo lo planteé delante de todos, se quedaron secos. Después uno dijo: 'El Padre tiene razón, yo tengo problemas con el alcohol y me cuesta mucho, nosotros a veces somos contradictorios'. Los curas son de tomar a dos manos, olvidate, muchos son alcohólicos. Lamentablemente hay demasiada hipocresía".

Jesús Me Guía es una Asociación Civil de Quilmes que surgió en 2006 como respuesta a una necesidad planteada en grupos de autoayuda y misiones religiosas, que se vieron desbordados por problemáticas de consumo de sustancias. El Padre Diego cuenta cómo arrancó la asociación: "Tuvimos la necesidad de armar algo que tuviera ver más que ver con la organización terapéutica. Entonces creamos una asociación civil y, a través de becas, capacitamos sobre consumos a parte de nuestra gente. Un colaborador y yo hicimos la tecnicatura en adicciones en la USAL. Lo que siguió fue acomodar una especie de casa de día donde se atiende, se hace seguimiento y hay un psicólogo trabajando".

Después se armó el seminario abierto Adicciones Patológicas Activa (APA), un espacio para formar a los agentes pastorales y para asistir a las parroquias y a La Casita, un espacio de contención que coordina el Padre Diego para contener a los chicos de La Paz. A través del seminario, también se busca suministrar un sondeo local. "Es una formación sobre el consumo desde la Pastoral pero es, a la vez, técnica. Se trata lo espiritual y lo terapéutico. No son profesionales, no pueden atender, pero pueden guiar desde lo espiritual, tienen una rica experiencia en vida comunitaria. Entonces yo trabajo con la gente del seminario, que es un espacio más bien pensante, y con La Casita, que es más bien pragmático", explica el Padre Diego.

El presidente de Jesús Me Guía es Gustavo, un ex *transa* pesado de Los Eucaliptus, una villa camino al centro de Quilmes. Cuenta que la venta de drogas le permitía abaratar los costos de su propio consumo. Actualmente está armando una murga: "¿Sabes cómo empezó toda esta

historieta? Yo quería que los pibes se dejaran de drogar. Ellos, yo no, la típica -dice y se ríe-; yo siempre tocaba los bombos y se juntaba un montón de gente, hasta los mismos pibes que fuman. Entonces yo decía: `Si vos querés estar acá, querés tocar, querés ser algo, acá no podés fumar, tomar ni pelearte´. Porque si nos ven drogados yo, como padre, no voy a mandar a mi hijo acá. Y así empezó todo”.

\*\*

Los chicos de secundario de la escuela de la isla, en Tigre, debaten sobre cuáles son, para ellos, las causas que llevan a que una persona consuma sustancias. Están en un taller sobre consumos problemáticos y todos quieren opinar, se escuchan, levantan la mano para hablar: muestran interés en la temática.

-A veces se drogan por drogarse y a veces se drogan porque tienen otros problemas y quieren perderse.

-Algunos sufren maltratos cuando son chicos, papás que les pegan o que los abandonan. Y buscan lo más fácil: algunos se drogan, otros toman alcohol, otros directamente se matan.

-Otros siguen el camino de algún familiar; como el padre se droga, los hijos empiezan a drogarse también.

-Todos los famosos se drogan. Para hacer recitales, porque necesitan energía.

-En un noticiero dijeron que está todo en los genes. Ser infiel viene en los genes, drogarse viene en los genes...

-Pero la decisión de drogarse está en uno.

-Los que se drogan se creen vivos, ésa es la verdad.

-Cuando te drogás es como que no te querés a vos mismo porque sabés que te estás haciendo mal. Es como que no tenés autoestima, no tenés personalidad.

-Es autoflagelarse.

-Y además lastiman a las familias, a las personas que los quieren.

En el programa de Prevención y Asistencia en Adicciones de Tigre manifiestan que la edad de inicio de consumo de sustancias se suele dar entre los 12 y 14. Los alumnos del taller de empleo en el barrio Garrote, que tienen entre 18 y 24 años, coinciden:

-Vamos a ser sinceros: acá hay drogas por todos lados. Los guachines, pibitos de 12 años, están en cualquiera, todos se drogan. Hacen cosas que yo no podía hacer a su edad. Y los padres no les dicen nada.

-Arrancan a fumar porro a los 10. A los 12 ya tenés que saber armar.

-Antes veías a los pibes yendo a la escuela con el guardapolvo y la mochilita. Ahora pasás a las 3 de la mañana y los ves haciendo un fuego y jalando pegamento.

-Los chiquitos de 12, 14, andan re drogados, igual que como andábamos nosotros a su edad pero ahora es peor porque están con fierros. Y como son menores no les importa nada.

**En Garrote se consigue marihuana, cocaína y psicofármacos. Paco no hay: todos los entrevistados están de acuerdo en que esa sustancia “es el límite”.** Hace dos años un *transa* intentó vender paco pero no lo logró ante la resistencia de los vecinos. Uno de ellos cuenta: “Cuando sentimos hablar de que había paco, fuimos con una barra de amigos a preguntarle a los vendedores, porque todos sabemos quiénes venden. Fuimos uno por uno

hasta que llegamos a un carrero que traía paco de San Fernando. Lo apretamos. Sin ser machos ni nada, le dijimos que dejara de vender porque si no le íbamos a sacar a toda su gente y le íbamos a prender fuego la casa. El tipo se asustó y se terminó yendo”.

Pablo dice que probó paco una vez y lo diferencia del resto de las sustancias: “Es muy adictivo. Te hace perder más la conciencia que la gilada. Te activa, te hace caminar de acá para allá. Te dura treinta segundos y ya querés de vuelta, te desesperás y ahí sos capaz de cualquier cosa”.

Pablo consumió diversas sustancias: marihuana, cocaína, pegamento y psicofármacos. “Mi viejo piensa que yo estoy así porque él se tuvo que ir cuando yo era chico. Pero son cosas que pasan, mucha gente se separa. Yo lo hacía porque quería saber qué se sentía, me daba curiosidad. Los veía a los vagos grandes en la esquina y me quedaba parando con ellos, o iba re loco a la escuela”, recuerda.

Ahora tiene 23 años y hace ocho meses que dejó todo menos la marihuana. El quiebre lo hizo cuando se sumó a la banda de hip hop de su hermano: “La música me cambió. Empecé a escribir canciones y dejé el poxirrán y la merca”. Ese aspecto -la música como forma de zafar- será abordado en otro capítulo.

Antes de enfocarse en la música, andaba todos los días de gira. Lo primero que hacía al levantarse era ir a lo del *transa*. Si tenía plata para comprar un paquete de pañales para su hijo, compraba sueltos y se gastaba el vuelto en merca. Lo mismo con la plata que le daba su viejo: “Vivía re empastillado, andaba re perdido jalando, tomando merca, toda la gilada. No me importaba nada, le robaba al que veía caminando por el barrio. Me buscaba la policía y tampoco me importaba”.

A veces, Andrés iba hasta Bajo Flores para comprar droga. Hacía una vaquita con sus amigos, no juntaban menos de mil pesos y volvía con cocaína y marihuana que repartía entre todos los que habían aportado. Se bajaba del colectivo en San Fernando para que no lo viera la policía de Tigre, que ya lo tenía marcado. Una de esas veces, cuando estaba por llegar al barrio, lo paró un patrullero y lo revisó: “Éramos dos. Lo que el otro tenía era nada comparado con lo que yo traía en los bolsillos: 700 pesos en bolsitas de merca y 500 en porro”.

-¿Están vendiendo ustedes dos?- le dijo el policía.

-¿Qué me viste, cara de transa? No me vayas a hacer una causa- lo toreó Andrés.

-¿Sabés lo que te puede llegar a pasar si yo te llevo?- le contestó el policía y le dio un cachetazo.

El oficial le sacó el gorro y lo apoyó en el techo del patrullero. Acomodó las bolsitas de cocaína adentro de la visera, se metió en el auto con la marihuana y les dijo que se fueran. Garza aprovechó la distracción, manoteó la visera y cuando se la puso sintió las bolsitas sobre su cabeza. El policía arrancó el patrullero, hizo media cuadra y se dio cuenta de lo que había pasado. “¡Quedate quieto!”, le gritó el oficial mientras retrocedía. Andrés y su amigo corrieron y lograron meterse en Garrote. El patrullero no. La policía no entra al barrio. Andrés recuerda esa secuencia como “el día que la hicimos bien”, pero el miedo de que le pasara de nuevo hizo que no volviera a comprar afuera de Garrote.

“¿Con qué me drogaba? Con qué no. De todo un poco. Empecé fumando porro a los 14 años, después pastillas, merca, pegamento. Hasta nafta probé. El alcohol lo agarré recién hace tres, cuatro años. Me pasaba días enteros de gira”, cuenta Andrés, que ahora tiene 22 años. Dice que **al principio consumía mucho hasta que le fue encontrando, como él expresa, “el sentido a la droga”**: “Si estaba contento y tenía algo, ya empezaba. Pero si estaba de mala

onda no tomaba, no fumaba, ni un trago, nada. Aunque si justo me convidaban... por qué no iba a agarrar”.

Andrés dice que vio a muchos pibes darse vuelta. A él le pasó una vez: “Se te dan vuelta enfrente tuyo, pero es porque están con todo encima: merca, pastillas, porro, alcohol. Y encima no comen. Cuando tomás merca no podés comer, tenés una papa en la garganta, te da ganas de vomitar. Yo nunca dejé de comer. Igual me di vuelta una vez, te agarran como ataques de epilepsia. Y te da un poco de miedo”. Ese episodio no lo llevó a repensar su consumo. En cambio, su punto de inflexión fue cuando le fracturaron la mandíbula en una pelea en el barrio. El dolor del cuerpo lastimado y la angustia de su mamá operaron como alerta: “Dejé de drogarme por lo que me pasó con la mandíbula y también porque mi vieja andaba re nerviosa. No me podía ver en la calle, no dormía”.

Con la mandíbula rota y sin poder comer sólidos por cinco meses, Andrés se anotó el año pasado en el taller de empleo del programa Jóvenes por más y mejor trabajo, y dejó de consumir todo menos marihuana. Dice que la droga la dejó de a poco y por su cuenta, y desconfía de los tratamientos de las comunidades terapéuticas: “Los que se fueron a esas granjas están internados como un año y después vuelven peor. Antes se fumaban un porro o tomaban merca, ahora agarran hasta la nafta de los autos o fuman telaraña”.

Cuando Andrés terminó de cursar el taller de empleo, se quedó militando en el Movimiento Evita:

-¿Te ayuda estar ocupado?

-Sí, bastante. Por ejemplo acá, en el local del Movimiento, no puedo fumar ni nada. Después me voy a dar clases de apoyo escolar a Las Tunas y tampoco puedo fumar. Llego a mi casa recién a las 7, 8 de la noche y a esa hora ya no hay nada para comprar. Y así más o menos me voy controlando.

Martín vive en Garrote y cuenta que, menos popper y éxtasis, tomó de todo. Opina que dejar de consumir depende de uno: “Yo me drogué desde chico, probé drogas que no tenía que probar. Pero depende de uno: si yo quiero estar así voy a estar así y si no quiero, no”. Además, habla de la incidencia de *la junta*: “Uno tiene que saber con quién parar y con quién no”.

Para Martín, su punto de inflexión fue su paternidad. Cuando se enteró que iba a ser padre, se puso como prioridad conseguir un trabajo y, para ello, se anotó en el taller de empleo: “Hoy, con los 20 años que tengo, no estoy trabajando y sigo viviendo en la casa de mi mamá. Estoy por tener un hijo y el laburo es lo fundamental”. A Martín no le gustaría tener muchos hijos “porque si no están conmigo, para qué. El chico necesita siempre el sostén de los padres. Si le sueltan la mano, obvio que el chico va a agarrar la droga”.

“Con lo único que podés andar tranquilo es con el fasito. Podés seguir haciendo tus cosas y te alegra la vida, te da hambre, te cagás de risa con tus amigos. Pero las otras drogas te alejan de todo. La merca no la podés controlar, te pide, te pide, te pide... te da vuelta los bolsillos”, afirma Pablo. Andrés opina algo similar en relación a la marihuana: “Yo probé de todo y me quedo con el porro. En la semana estoy ocupado todo el día. Voy, vengo. Los sábados, como no tengo nada para hacer, me fumo uno o dos y estoy todo el día relajado. Por ahí si te sentís decaído, te fumás un porro y te levanta el alma, pasás un buen momento. Ya no fumo solo, fumo con mis amigos y nos cagamos de la risa. El mambo del porro te lo da en el momento, te vas a dormir y cuando te levantás estás fresco, sos una persona normal”. Además, afirma que la marihuana puede tener un uso medicinal: “Es como curativa, a algunos los ayuda con el asma o con el dolor de huesos”. **Tanto Pablo como Andrés dejaron de consumir todo menos marihuana.**

“Las pastillas son lo peor, les arruina el cerebro, los enloquece, los pone violentos, les da coraje y no reconocen ni a la familia”. “Están sacados, no les importa nada”. “Las pastillas los vuelve locos, no los controlás, tienen una energía... están cuatro o cinco días sin dormir, se mantienen aceleradísimos, sacan una fuerza de no sé dónde”. “Con las pastillas están más violentos”. **Muchos referentes y vecinos de Garrote asocian al consumo de psicofármacos con el aumento de la violencia en el barrio.**

Para conseguirlos, los pibes roban sellos y recetas de médicos. A veces, encuentran pastillas en la basura cuando cirujean.

Martín dice que “la droga que te pone más violento es el clonazepam con alcohol. No la controlás porque te tomás una pastilla y a la hora te tomás otra, y otra. Te deja como neutro, divagando. Pero si viene alguno a decirte algo lo vas a querer romper todo, pegarle un tiro o una puñalada porque la pastilla te lleva a esas reacciones, te da el coraje que no tenés cuando estás careta”. Andrés coincide: “Con dos pastillas ya te pega, con tres o cuatro estás en las nubes. Te quedás muy tranquilo, demasiado, empezás a pensar en otras cosas. Pero si alguien te viene a hablar vos sentís que te está gritando, entonces saltás con toda la bronca que tenés”.

**Si para Pablo los psicofármacos “bloquean la mente”, para Andrés al consumirlos “no tenés controlada la reacción: pegás tres o cuatro veces más de lo que pegás siempre porque no sentís nada, por ahí te levantás quebrado al otro día no te enterás”.** Osvaldo, que vive en La Paz, en Quilmes, opina algo similar: “Pastillas no tomo. Probé, no te voy a mentir, pero es un mambo que al otro día te levantas y no te acordás qué pasó”. Y Yamil, de Las Rosas, en La Plata, cuenta que cuando toma pastillas está re tranquilo y de repente tiene ganas de cagarse a trompadas.

## **Relatos en torno al consumo en Facundo Quiroga II, Lourdes y 4 de Octubre (Olavarría)**

Nicolás tiene 18 años y vive en el Facundo Quiroga II. Hace tres meses trabaja como peón de albañil. “Estoy re contento porque ahora soy pintor. Quedo todo manchado, pero es más piola”, dice. La primera vez que fumó marihuana fue hace cinco años en el baño de la escuela: “Yo entré y unos pibes estaban armando. Me convidaron y dije que sí. Hacía muy poquito me había faltado mi hermano y no sabía qué hacer. Ese día me quedé dormido en el salón, me perdí toda la clase. Al otro día llevaron merca y también probé. Así empezamos a drogarnos todos los días”.

**Casi todos los jóvenes entrevistados coinciden en que comenzaron a consumir sustancias en la escuela,** en lo que entienden como una etapa de experimentación y juego.

Nicolás cuenta que tomaba “merca a mansalva. Encima era una porquería, feísima, rebajada con cualquier cosa. Hay unas pastillas que les dan a los perros, que si las molés parecen lo mismo. Y terminás tomando cualquiera, después no podés ni respirar, te duele la cabeza y el estómago”. También cuenta que arrancaban la mañana tomando vino con Rivotril y después, durante el día, jalaban poxirrán.

Ahora, **Nicolás sigue fumando marihuana pero dejó la cocaína, las pastillas y el pegamento.** Dice que dejó solo, de un día para otro, porque “me estaba volviendo loco. Salía a robar para tener merca o vendía droga para tener más y que no me faltara nunca. Pero me gastaba la plata de la droga y después... tenés que pagar igual”.

\*\*

Cuando el 21 de marzo de 2009 la Policía Bonaerense irrumpió violentamente en el barrio Facundo Quiroga II, no sólo dejó un tendal de heridos con postas de goma y puertas y ventanas marcadas por balazos. Fue también el acta de defunción para el enorme santuario del Gauchito Gil que un grupo de jóvenes del barrio había levantado merced a la fe de uno de ellos. “A él le pasaron cosas muy feas desde que era pibito -cuenta José, de 19 años-, entonces se volvió re creyente. Y lo hicimos entre todos”. Duró poco más de un año: aquella noche de sábado de 2009, “los milicos de la Segunda lo bajaron a mazazos”.

Los pibes se pasaban semanas enteras en el santuario. “En ese tiempo éramos todos pibitos, entrábamos seis personas sentadas. También entraban teles, computadoras... Una noche estábamos en el Gaucho a las 3 de la mañana y nos habíamos gastado toda la plata de la semana. En eso cayó un borracho, un careta, y nos preguntó a dónde podía comprar merca. Rallamos un pedazo de vela blanca y se la vendimos. Otra vuelta vendimos bosta de caballo que levantamos del terraplén”, recuerda Nicolás.

Julio dice que “al principio la gente no decía nada, pero después la bardeamos. Jalábamos mucho poxirrán, andábamos muy perdidos, amanecíamos ahí adentro. Y los milicos nos empezaron a amenazar con que lo iban a tirar. Hasta que se dieron el lujo y lo tiraron”.

Al poco tiempo, armaron otro santuario, aunque mucho más chico. Los pibes ya no entran, pero siguen guardando en su interior un infinito abanico de tesoros caros a los sentimientos de sus hacedores. El pequeño santuario está lleno de fotos de los pibes y de gente de otros barrios que se acerca con una promesa. También hay balas de viejas metralletas, tabaco, licores y billetes. Nadie se lleva nada y ésa es una regla inviolable. “En el barrio quedó una teoría medio fea para el que toca al Gaucho. Acá vivía un pibito al que le mataron al padre. Y él quería revanchar con algo y no se animaba contra los que habían sido. Entonces fue y se robó todo. Entre esas cosas había una bala con la que nosotros a veces jugábamos a querer tirar pero nunca salió del revólver. El pibito se llevó todo a su casa, se puso a jugar con los fierros y se escapó la bala. Se mató. Al otro día la madre nos devolvió al Gaucho en una bolsa negra porque sabía que ninguno de nosotros había tenido nada que ver”, relata otro de los jóvenes de la barriada.

Nicolás era uno de los pibes que rancheaba en el santuario. Cuenta que eran un montón pero que ya no quedó nadie del grupo original. Algunos están muertos, otros presos y un par siguen consumiendo igual o peor que antes. “Algunos se rescataron y otros siguen igual o peor. Cualquier droga le llama mucho la atención. Le encanta demasiado”, dice.

\*\*

Julio dice que tiene dos formas de acceder a las pastillas. Se las compra a pacientes psiquiátricos o si no “está la clásica: te hacés el loquito, te llevaban al Hinojo (hospital de salud mental) y volvés recetado. En una época volvía con los bolsillos llenos. Lo mismo en (la comunidad terapéutica) Cumelén: te hacés el loquito, te drogan, te dormís y listo. Pero después querés que te droguen a cada rato, salís más dolido que cuando entraste y encima estás recetado, sabés que hay una droga que la tenés todos los meses”, relata.

También cuenta que una vez estaba en una fiesta con su hermano y les regalaron una pepa y merca. Les avisaron que no tenían que mezclar pero su hermano lo hizo igual y se dio vuelta. Terminó internado: “No entendía un pomo, se quedó seco”.

## **Relatos en torno al consumo en El Centenario (Mar del Plata)**

**Los psicofármacos son una de las principales sustancias de consumo en el barrio.** “Acá el problema son las pastillas porque los hacen entrar en el círculo del delito. En su mayoría



consumen psicofármacos, pero también pastillas para el dolor de huesos o de estómago”, cuenta Marcelo, del equipo del Envión. Y agrega: “Es muy difícil ir en contra de toda una cultura del delito y de una forma de entender y ver el mundo. Fueron años y años de hacer mierda a los pibes, ¿ahora cómo salimos después de todo eso? Es muy difícil, sobre todo si no se hace nada desde la prevención. Agarran a los pibes cuando ya tienen causas penales, cuando ya hicieron la cagada y el consumo ya está instalado no como problemático sino como medio de vida. Nosotros creemos que tenemos que abordarlo desde la salud mental, por eso queremos hacer talleres de reducción de riesgos y daños”.

Miguel es referente del barrio y coordinador territorial de la SEDRONAR. Dice que se da cuenta cuando llega un cargamento de pastillas al barrio porque los pibes “quedan hechos mierda”. Recuerda una noche que tuvo que llevar a cuatro al hospital: “Estaban re mal, pasados. El abuelo del Chimi lo encontró en su pieza a punto de ahorcarse. Me vino a ver y lo llevamos al hospital. Cuando el Chimi se sintió mejor, le pregunté quiénes más habían consumido. Me dijo que estaban tal y tal, entonces los fui a buscar. Uno estaba en su casa, no paraba de golpearse la cabeza contra la pared. Llamamos a la ambulancia y nos dijeron que no entraban sin la policía. Cuando llegó el patrullero, el pibe se puso re agresivo”. A los otros dos los encontró tirados en un pasillo. Ese mismo día, un grupo de mujeres “le rompió la casa al gitano que vendía pastillas”.

**Para Miguel, los adultos pueden controlar mejor su consumo pero los más chicos, los que tienen entre 12 y 15 años, no. Entonces, él prefiere que fumen marihuana y que no se acerquen a las pastillas y la cocaína:** “No queremos que usen esas drogas porque les detonan la cabeza. Y no respetan nada, sabés que se pueden mandar una cagada porque no reconocen a nadie”.

## **Relatos en torno al consumo en Villa Caracol y Bajo Rondeau (Bahía Blanca)**

El equipo del programa GiraVida, perteneciente a Acción Católica y que desarrolla actividades en el barrio, ha manifestado reiterada y públicamente su preocupación por el aumento del consumo de sustancias en Villa Caracol-Bajo Rondeau: afirman que **los niños empiezan a consumir cada vez más chicos**.

Además, sostienen que quienes comercializan sustancias se manejan con impunidad, y que **muchas familias están enredadas en dinámicas de consumo y venta. En este sentido, manifiestan que ha habido un cambio en el rol social que algunos vendedores fueron asumiendo en la comunidad**. Cuentan que hasta hace un tiempo los vecinos se referían a los *transas* como “los hijos de puta que arruinan a los pibes”, y ahora algunos dicen que “por lo menos ayuda al barrio”.

El consumo y la venta de sustancias es una temática que atraviesa el territorio. Todos saben quiénes son los *transas* y qué venden: “Lo que más se transa es merca o alita de mosca, que es el residuo de la merca. Porro también, pero algunos tienen su planta”, cuenta el Chino, habitante del barrio. Luisa, su vecina, dice que no todos los que consumen marihuana tienen su planta porque “sino no habría tanta venta en el barrio. La mayoría le compra a los transas. Algunos tienen pero no les dura tanto, entonces también compran. Todo depende de cuánto consuman”.

**El autocultivo, si bien aparece como una práctica presente en el barrio, no llega a reemplazar la venta al menudeo.**

-Qué bueno que van a plantar árboles en el barrio. No hay ninguno, se los terminan comiendo los caballos. Yo tengo uno atrás de mi casa, pero ése es un árbol loco- dice y se ríe Fito, un joven del barrio, en una reunión entre vecinos de Villa Caracol-Bajo Rondeau y una ONG.

**En el barrio circulan diferentes representaciones en relación al consumo. Hay quienes no consumen y condenan la práctica. Otros tienen una relación problemática con alguna sustancia, y también están quienes tienen un consumo no problemático.** “Yo no jodo a nadie. Fumo en mi casa y no molesto a nadie. Esto es algo para uno, no tiene que ver con el resto”, dice un pibe y, así, discute contra las nociones que encadenan consumos y delincuencia.

“Algunos se fuman un porro, otros toman. A mí me gustaría poder hacer algo para despejar la cabeza un rato de los problemas de todos los días”, cuenta Jesica, una adolescente de 17 años que tiene una hija de 1. Ese “algo” es un curso o un taller de cualquier cosa. **¿Por qué iguala una actividad con el consumo? Porque el sentido de la acción, para ella, es el mismo: “Salir un rato de los problemas de todos los días”.**

\*\*

Mario es un adolescente del Villa Caracol que participó desde muy chico en diferentes actividades en el barrio. “Desde el principio participaba en Pequeños Sueños, ¿te acordás?”, le dice Silvia, su abuela, a uno de los coordinadores. Pequeños Sueños es un taller que funciona en la capilla y que pertenece a Sueño de Barrilete, institución de la Subsecretaría de Niñez, Adolescencia y Familia de la Municipalidad.

La casa de Silvia, donde Mario vive desde siempre, está llena de fotos de su nieto junto a los amigos que se fue haciendo en las distintas actividades en las que participó. “Él siempre se acuerda del taller de adolescentes que hacía en GiraVida. Le encantaba tener espacios así. Ese taller parecía de ellos, realmente lo esperaban a lo largo de la semana”, dice su abuela. También dice que Mario dejó todos los talleres “cuando se empezó a juntar mucho con el pibe de acá a la vuelta. Y ahora está consumiendo mucho. Yo lo noto distinto. Siempre fue difícil acompañarlo, pero ahora lo veo mal. Casi no está en casa y cuando está, vive de mal humor. Nos agrede, nos trata mal a todos. La otra vez amagó a pegarme. Decí que sabe que conmigo no se mete, sino no sé”.

Mario tiene 16 años pero parece que tuviera más de 20. Es grandote, tiene barba, voz muy gruesa y es hostil con las personas que no conoce. Ya no va más al Enviñon y también dejó el colegio al que fue siempre: el 510, una escuela especial que queda cerca del barrio. Dejó porque se aburría: “Era de los más grandes y ya no le interesaban los talleres. Había que buscar algo más específico. Entonces le pregunté qué le gustaría hacer y me dijo que un taller de algún oficio: carpintería o soldadura”, cuenta Silvia.

Entonces su abuela lo acercó al Centro de Formación Laboral 2 de la ciudad. Y así, Mario empezó a cursar un taller de metalmecánica. Después de las primeras clases, él contaba que le gustaba la nueva escuela, que se había hecho amigos de otros barrios y que le caía bien el profesor. Pero después de un tiempo, también empezó a faltar al Centro: “No fue como por un mes porque no tenía zapatillas y le daba vergüenza. La madre no tiene plata porque no está trabajando y el padre no se hace cargo. Yo los mantengo, pero en ese momento me había quedado sin trabajo, estaba parada, sino le hubiera comprado las zapatillas. No le quería decir nada a Mario porque lo iba a encarar al padre y tenía miedo de que le pegara”, dice su abuela.

Finalmente, y después de varias idas y vueltas, el padre le compró las zapatillas. Pero Mario se perdió muchas clases. “Esas semanas estuvo juntándose con los pibes, y ahora vemos que volvió a consumir mucho. Ya no sé si tiene ganas de seguir yendo a la escuela. Es como si hubiera perdido el ritmo. A veces va y a veces no porque no tiene ganas. Cuando no va es

porque se junta con los chicos y esos días regresa muy mal. Pero cuando va a la escuela vuelve mucho mejor”, agrega Silvia.

Su abuela es su referente: se preocupa por él, lo ayuda, escucha y acompaña. “A Mario lo crió ella. Siempre fue la que se lo puso al hombro”, cuenta una coordinadora de una ONG del barrio. También dice que las instituciones y organizaciones territoriales encuentran en Silvia un camino para acompañar a Mario, en una trayectoria de vida marcada por angustias, rupturas de vínculos y muchos duelos.

## **Relatos en torno al consumo en 30 de Mayo (Chascomús)**

Cristina Otondo, coordinadora del Observatorio Social del Concejo Deliberante de Chascomús, opina que se está fallando “si hoy seguimos hablando de adicciones y no de consumos; si no hablamos de otro tipo de socializaciones como el alcoholismo, con la mirada que requiere; si seguimos haciendo operativos por una planta de marihuana en una maceta y no vemos que el conflicto con nuestros jóvenes es por otras cosas”.

“El consumo problemático de sustancias atraviesa la sociedad, la juventud, las clases sociales. Nosotros no podemos accionar directamente en el sentido de rescatar a nadie porque no tenemos las herramientas para eso, pero nuestro vínculo con los chicos nos permite conocer esas situaciones e incluso poder observar hasta dónde llega ese hábito, si es sólo de salidas a la noche o no”, dice Ana, coordinadora de la Orquesta Escuela.

En el CPA se registra lo mismo: muchos chicos salen a bailar, hacen previas o se juntan en las esquinas y ahí consumen. También están los que no salen a bailar y se quedan en una casa. “Para nosotras, que somos de otra generación, es raro. Pero ellos lo eligen. Y se establece esto del vínculo más cerrado, ya sea porque la pasan mejor o porque hay una situación de consumo y prefieren no caretearla”, explica Eugenia Zuccatti, psicóloga del CPA.

\*\*

**“La mayoría de los pibes tienen un consumo social, se fuman un faso el fin de semana y ya está”**, dice Eduardo, el presidente de la Asociación de Fomento del barrio 30 de Mayo. Y agrega: “Aunque hemos bajado el índice de inseguridad en el barrio, sí se nos ha disparado el tema de la droga, hay muchos que están vendiendo cocaína y marihuana. Y no está comprobado que se venda paco, la Federal dice que no ha encontrado nunca”.

Zuccatti sostiene que “en toda situación oscura se suma la droga” y recuerda que el año pasado, los vecinos del 30 de Mayo prendieron fuego una casa: “En esa casa había muchas cosas robadas de familias del 30. Y la gente se agotó, entonces después decían que además de robar, vendían droga. En ese punto no sabemos lo real, sabemos lo que se dice”. Sin embargo, Eugenia afirma que estos hechos no son habituales: **“La venta o el consumo de sustancias no trae particularmente en el barrio hechos de violencia**. No puedo decirte si eso se traslada a otros lugares, pero el barrio últimamente está tranquilo”.

A pesar de lo que afirma la psicóloga del CPA, Eduardo dice que la policía suele pedirle a él información sobre los puntos de venta de drogas en el barrio: “La Federal y la policía de narcotráfico vienen a mi casa a preguntarme quiénes son los que venden droga acá. Y yo les digo: ‘Muchachos, a ustedes le están pagando un sueldo para que hagan ese laburo. Cómo me van a preguntar a mí quién vende droga en el barrio’. Hay patas que están fallando”. En este sentido, Eduardo recuerda que hace poco, una vecina que tiene un hijo con problemas de consumo de cocaína cuestionó el trabajo policial: “La vecina me cuenta que el hijo estaba en un aguantadero. Antes de que llegara la policía de narcotráfico a hacer un allanamiento, sonó el teléfono del dealer. El tipo les dijo a todos los que estaban ahí que se tenían que ir porque

estaba llegando la policía. Cuando cayó narcotráfico, a los diez minutos no había nada, ni una Bayaspirina”.

Unos días después, un policía de narcotráfico llamó a Eduardo para pedirle información:

-Ése no es mi trabajo. Y además, ustedes no me dan confianza- le respondió Eduardo.

-¿Por qué?

-Ustedes hicieron un allanamiento en tal domicilio hace unos días.

-Sí.

-Y no encontraron nada.

-No.

-¿Sabés por qué? Porque diez minutos antes de que llegaran hubo un llamado que avisó.

-No puede ser, si éramos tres los que sabíamos.

-Bueno, alguno de los tres está entongado. Cuestionate vos por qué el tipo sabía.

## Relatos en torno al consumo en Pergamino

Emilio está sentado en uno de los sillones del pasillo del CPA. Está enojado y tiene mucho sueño, se levantó temprano. Mira para abajo y mueve las piernas, ansioso. Frente a él, una señora mayor le hace señas con su bastón. Su mamá lo zamarrea del buzo.

-Sentate bien. ¡Qué carita!

-Me quiero ir.

-Lo que pasa es que se droga mucho y no está viniendo para la casa- dice su mamá, clavándole los ojos a Emilio.

-¿Cuántos años tiene?

-Trece.

-¿Pero qué, anda solo por ahí?

-Sí, se va y no vuelve. Yo quiero que lo internen.

Cuando finalmente se abre la puerta del consultorio del CPA, Marisa la psicóloga, la llama a la madre. Y la asistente social le hace un gesto a Emilio: “Aguardá un cachito ahí, Emi”. Las tres mujeres entran al consultorio y desde afuera se escuchan palabras como “porro”, “jalar”, “pastillas”, “nafta”, “merca”. En eso, Emilio se acerca a la señora del bastón y le dice: “Me siento entre sombras”.

Laura Dueñas, psicóloga del CPA, cuenta que por lo general la demanda de atención llega por la Justicia o por la familia. También dice que la edad de inicio de consumo es cada vez menor: “Son cada vez más chicos, algo que antes no veíamos. Nos han llegado casos de chicos de 8 años que consumen alcohol y marihuana. Y si son pibes que no van a la escuela, que no tienen un lugar de referencia, arrancan todos los días de la misma manera. A veces, cuando les preguntamos qué les gusta hacer, además de drogarse, no saben qué responderte, no conocen otras cosas”.

\*\*

Guille y su hermana también esperan a que Laura los atienda. El hospital está lleno de gente, y algunos de los pibes que pasan lo saludan a Guille chocando los puños. Él sonríe y se acomoda la gorrita; su hermana le acaricia la espalda y deja el casco de la moto apoyado en el piso. Todo está tranquilo hasta que aparecen una mujer y un muchacho flaquito. Guille abre mucho los ojos, su hermana lo ve pálido, le agarra la mano y le pregunta qué pasa. “Shhh”, le responde Guille.

La mujer y el muchacho se detienen. Se miran y Guille se pone muy nervioso: su hermano se tiroteó con el hermano del flaco, que era *transa* y que los *descansaba* vendiéndoles pastillas malas. Tiene miedo de una represalia. Unos segundos después, se abre la puerta del CPA.

Marisa, la psicóloga, le dice al pibe que pase y le pide a Guille que espere unos minutos más, que Laura ya lo va a atender. El muchacho entra al consultorio y Guille espera, ansioso.

“Algunos que han pasado más tiempo en un penal que afuera y de algún modo lo naturalizan como un modo de vida porque ahí encuentran su lugar en el mundo porque se acomodan y encuentran afectos. Cuando salen de los penales, muchos quieren hacer otra historia, están golpeados pero no curtidos. El tema es que falta más Estado, quizás está el Patronato y algunas otras cosas, pero debería haber un subsidio más fuerte que acompañe”, cuenta Laura Dueñas.

Según la psicóloga del CPA, todavía quedan muchas cosas por hacer a nivel territorial: “Hay sólo una psicóloga cada tres salas de salud barriales, y no se genera la demanda porque no hay un laburo territorial interdisciplinario. Los barrios están acéfalos en ese sentido, no hay una política que cubra y capacite, no se generan lazos con el lugar en el que están. No hay un abordaje desde la salud mental y las adicciones forman parte de eso, pero todo se deriva al CPA”, sigue Dueñas, y agrega: “Hay que mover el barrio, hacer algo con ellos, darles otra posibilidad. Me gustaría poder sumar espacios para que los pibes participen”.

También cuenta que en barrio Kennedy no se consume paco, pero sí mucho alcohol y pegamento: “Acá no se consume paco; el consumo es más compulsivo, de reviente. Hay alcohol, en la esquina se instalan los pibitos a las diez de la mañana y es tremendo porque no van a la escuela, no hay centros culturales, no hay clubes, no hay nada en el barrio en general. En las clases populares tenés pibitas de 15, 16 años que se prostituyen, cambian una bolsita por sexo. Y los varones están más en el arrebato”.

### **Un relato en torno al consumo en Villa Albertina (Lomas de Zamora)**

Soy Claudio, soy de acá de Lomas de Zamora. Tengo 17 años, ya para 18, vivo acá nomás, acá cerquita, Villa Albertina viene a ser. Vivo con mis tíos, me crié con ellos desde los 2 años, mi bisabuela me crió en realidad pero falleció cuando yo tenía 12, y ahí me quedé con mis tíos. Somos seis hermanos. Tengo más grandes y uno más chico que yo, que tiene 14. Uno vive en Lanús, otro en Florencio Varela, uno por acá cerca de mi casa, por Camino Negro y los otros repartidos por acá cerca.

A mis padres no los veo. Qué se yo, trabajan.. Mi papá vive con una de mis hermanas allá en Florencio Varela y a mi mamá de vez en cuando la veo, una vez por mes o cada dos meses. Pero yo soy yo, nada más, casi no tengo relación con ellos. Es porque están ocupados, trabajan. Y cuando pueden se acuerdan. No me llevo mal. Me llevo poco pero bien.

Ahora estoy en SEDRONAR, estoy en un programa que se llama País, es en Tecnópolis. Y ahora estamos esperando un mes más para ir a la fábrica que se está haciendo porque hubo un problemita para terminarla, algo con el tema de la plata viste, ese fue el problema. Va a estar bueno, ahí va a haber sala de ensayo para todas las bandas, muy copado todo. Las bandas las formamos ahí. Y aparte de las bandas hay distintos grupos, hay de todo, grupos de circo, de danza, de teatro, de artes visuales y música. Todo ahí mismo, en la fábrica.

Vamos de lunes a viernes de diez a tres de la tarde. Hacemos distintas cosas, ahora estamos muy a full con el tema de la música. Vas pasando por los distintos talleres, y en música tenías que hacer una canción y de todas las que se hicieron se eligieron las mejores y ahora las arreglamos para que queden bien y después tocarlas. A mí siempre me gustó la música, de chiquito. Tengo un vecino que toca, tenía una banda de rock. Y me crié con él, lo veía. Lo iba a ver, lo seguía, me sabía todos los temas. Después se rompió esa banda, pero bueno estuvo muy buena. Participar de este programa me hace muy bien. Me despabila un poco la cabeza. La onda es levantarse temprano, y bueno ir. Ser responsable, eso es lo importante.

Llegué al programa de SEDRONAR por la iglesia cristiana. Tengo un amigo, Joel. Le avisaron y me comentó. Creo que fui casi el último en entrar. Me vino bien porque no estaba haciendo nada, había dejado los estudios. Todavía no estoy estudiando. Yo había entrado a un FINES pero no podía por la edad, soy menor de 18. Saltó la ficha y tuve que dejar. Veré si puedo empezar en el próximo cuatrimestre.

Llegué a SEDRONAR porque me gustaban las drogas. Me gustan todavía. Ahora consumo marihuana nada más, pero consumí de todo, merca, paco, tomé pastillas, alcohol, todo. Cuando me fui allá donde vivía mi vieja, ahí en la villa empezó todo. Me empecé a juntar con estos pibes que te conté, con estos amigos míos, tenía 14 yo. Me fui a dormir. No saltó la ficha, nada. Antes, marihuana había fumado una vez que me fui al campo donde vive mi viejo, en Florencio Varela. Ahí me hice unos amigos, jugábamos a la pelota y una vez viene uno y me dice “mirá lo que tengo”. “A ver qué es eso”, le dije. “Porro”, me dice él. Yo hasta ahí no sabía nada. Y bueno ahí se lo armó y fumamos, me fui re loco a lo de mi viejo. Me había re pegado. Después en la villa empecé a fumar cigarrillo y conocí a un amigo que jugaba a la pelota conmigo y me dice, “¿qué estás haciendo?”. “Fumando un cigarro mentolado”, le digo. Le enseñé a fumar, él no sabía. Y ahí fumábamos los dos, nos íbamos a bailar fumando cigarrillos. Ahí ya enseguida hice la onda con un par de pibes más, una vuelta fumamos un porro y bueno ahí empecé a fumar marihuana. Después ya pintó el nevado. Ya tomaba alcohol, mucho. La clásica, vino con Manaos, así, sangría tomaba mucho. Y así de a poco empecé a parar con los pibes. Ya en un momento no iba a dormir a mi casa, me acuerdo que me decían andá pero vení temprano a las once, y yo aparecía a las 2, 3. Me quedaba ahí, amanecido con ellos, en el medio de la villa, en una canchita que hay. A veces pasaba el tiempo y ni iba porque sabía que me iban a cagar a pedos.

Creo que pasó así más que nada porque yo estaba muy solo, mi vieja no me daba mucha bola, no me contenía, no me preguntaba nada. Mi papá no sabe todavía. Sólo sabe que fumo cigarrillos y tomo alcohol porque tomé y fumé con él también. Todo me gustaba, cada droga tiene su mambo. Cuando fumaba marihuana me re colgaba, me sentía más relajado, me olvidaba de las cosas, me iba a caminar o hablábamos con mis amigos de cualquier cosa y nos cagábamos de risa, por ahí decías algo gracioso que nada que ver y todos nos reíamos, flasheábamos, re locos.

Con la merca es otro mambo. Agarrábamos y tomábamos vino con Manaos y a la noche cuando ya estábamos re escabios comprábamos tres, cuatro tizas. Yo me compraba dos, otro se compraba dos más y todos así. Y así amanecíamos, dos, tres o cuatro días seguidos. Y era así, tomar, tomar y tomar hasta que no dabas más y te tenías que ir a acostar un rato. Después me levantaba al otro día de noche y otra vez empezar lo mismo. A veces ya ni comía de tanto tomar merca. Estaba así re duro todo el día, aparte te sentías re perseguido. Y por ahí flasheabas y nada que ver.

El paco es otro mambo, mucho más loco todavía. Encima le dabas una seca bien piola y te dura menos de 40 segundos. Para mí es la más rica y la que se te termina más rápido y la que el mambo se te pasa más rápido y hacés lo que sea para conseguirla otra vez. Así fue que empecé a robar. Me empecé a juntar con unos amigos míos que robaban. Yo veía que ellos salían y se traían sus cosas y bueno, me tenté. Iban, la vendían, ganaban su moneda y un día me invitaron.

La primera vez me dije: “Sacale las cosas y andate”. Al principio me daba miedo, pero después ya está, te acostumbrás. Estás re jugado, ya no te importaba ni el miedo ni nada. Ibas, volvías y listo. Por allá un par de veces hasta nos escapábamos de la policía. No robábamos en el barrio, pero saliendo de Villa Celina había unos barrios piolas para robar. A veces salíamos dos o tres juntos, a hacer lo que teníamos que hacer, y al que se cruzaba, pum, le robábamos. Era

sin armas, a cara de perro. Sólo un par de veces pintó algún que otro fierro, pero a mí no me gustaba salir con fierro, me gustaba salir sin nada. Aparte si me agarraban no tenía arma y encima era menor y salía al toque.

Una vez le pegué a uno, la única. Todo porque se había resistido, mientras mi amigo le sacaba las zapatillas yo le pegaba y le decía dale guacho quédate quieto, si ya igual te estamos robando. Y bueno se comió un par de viajes. Casi siempre iba con otros. Si iba solo es porque justo no iba nadie.

Mi mamá no se daba cuenta, pero una vez sí. Me puso a prueba y me ofreció una tiza a ver si yo la aceptaba. Y yo le dije que no que no la aceptaba, que se la meta en el orto. Ahí medio que se había dado cuenta que yo tomaba. Y en ese momento ella salía con un chabón, no sé si sigue saliendo, que tenía una movida de las tizas y una vuelta el chabón trajo a mi casa y mi mamá le sacó una y me tiró esa a ver qué hacía yo. Pero bueno, no acepté, me fui enojado re encascado. Es más, me fui a tomar por la bronca que tenía. ¡Cómo mi vieja me va a decir eso!

Una vuelta cuando salí con un amigo me agarró la policía. Estábamos entrando a dos chabones a la villa. Les decíamos, “vamos, vamos a tomar una birra, acá adentro hay un maxi kiosco”. Esto fue en la puerta de la villa. Uno dice “no, acá no que es peligroso”. Yo insistí, mi amigo se le hacía el buena onda al otro, que también se resistía para entrar. Como se resistía le empecé a pegar al que yo le hablaba. El que andaba más pegado a mi amigo le decía “eh, decile que no le pegue a mi amigo”. Y eso que el chabón era grande, yo era un pendejito de mierda. Lo dejé desmayado en la calle y le empecé a pegar al otro cuando se quiso meter. Entonces cae el patrullero, dobla con las luces apagadas. Encima el chabón estaba desmayado en la calle, de pedo no lo atropelló y ahí al toque bajaron los policías. Ahí nomás me pusieron contra la pared y me dieron tres piñas en la costilla cuando levanté los brazos. A mi amigo cuando quiso hablar le dieron en la mano con esa linterna que tienen y le dijeron “callate, a vos no te preguntamos nada”. Le quedó la mano hinchada como dos semanas. Yo tenía quince años. Ahí le empezamos a chamuyar a los policías, le decíamos que veníamos de bailar. Y yo tenía un celular y el chabón empezó a decir que le habíamos robado un celular re caro. Yo tenía el mío pero que era una mierda y les digo a los policías, “no nada que ver, ése es mi celular”, y justo se había quedado sin batería para mostrarles que era el mío. Lo chamuyé. “Dale, si querés vamos hasta mi casa, te llevo y hablás con mi mama, vivo acá nomás”. Hasta que por suerte nos dijeron que nos fuéramos.

Después otra vuelta me pararon los gendarmes, en la canchita que estaba en la villa. Estábamos por ir a una joda, éramos como 50, 60 pibas y pibes. Y todos en el medio de la cancha, ahí a un costado. Y a uno le agarra una abstinencia de fumarse un paco. Nos separamos cuatro y nos fuimos contra una pared de enfrente a donde estaban todos y por allá vemos unas luces y paran donde estaba toda la banda y yo pensé que iban a parar a todos ellos y cuando miramos bien estaban viniendo para donde estábamos nosotros. Uno de los pibes descartó la pipa por ahí a un costadito y fuimos caminando nosotros hacia los gendarmes, ahí de frente mal. Y nos dicen “¿Qué están haciendo?”. “Nada”, les digo. “¿Qué están fumando, qué tienen ahí?”. “Nada”, les decimos. “¿Y si voy allá no voy a encontrar nada?” pregunta uno, y empiezan a buscar por el pasto y encuentran la pipa. Y empiezan a preguntar “¿Esto de quién es? ¿Esto de quién es? Contra la pared todos”. El que estaba más duro se quedó porque ya estaba re sacado, no podía ni hablar y lo tuvieron como media hora. Yo me fui a la joda.

Toqué fondo después de seis días de tomar merca. Estuve muy zarpado con eso, con ese mambo. Estuve seis días amanecido. Me había comprado tres tizas. Una semana casi, y casi me morí de verdad. Habíamos estado con cinco amigos en el paredón meta tomar, meta tomar y tomando escabio también, como diez cajitas de vino, seis gaseosas y ahí éramos nosotros. Ya cuando se terminaba eso pintaba otro con más escabio y así se iban pasando los días. Se

iban los pibes y yo me quedaba ahí, amanecido, esperando que venga alguno a la mañana. En ese momento ya vivía acá en Lomas, y de la villa me tenía que venir para acá y no, me quedaba allá re amanecido. Pensaba, “¿Para qué me voy a volver si mañana vengo de nuevo?”. Encima a veces ni plata para el bondi tenía. Y esa vez que volví después de estar seis días amanecido, estaba hecho pelota. Traté de comer y mi estómago no recibía nada, enseguida lo lanzaba, me sangraba la nariz, la boca, y ahí me di cuenta de que estaba hecho mierda. ¡Estaba tan pero tan flaco! Ahí fue cuando le pedí a Dios que me salve la vida, sentí que me moría. Y Dios me rescató. Sentí tan cerca a la muerte. Fui, me arrodille en el baño de mi casa y empecé a llorar. Le rezaba, le pedí por favor que me salve. Me acordé en ese momento de todo lo que me contaba mi vecino, el que tiene la banda, me contaba experiencias de Dios y ahí como que lo probé, le dije Dios si vos existís ayúdame, sácame de esto, si yo no quiero estar así, yo no era así cuando era pibito le dije. Y así fue, me rescató, me ayudó a salir de eso. Y ahí ya enseguida me levanté un poco, ya no iba tanto para allá, y cuando iba era para cagadas, me re viajaba ahí.

Mis tíos no se daban cuenta. Sólo me decían algo cuando se daban cuenta de que tenía los ojos rojos, pero yo enseguida les mandaba un chamuyo. “¿Por qué tenés los ojos rojos?”, me preguntaban. “¿No andarás fumando porro, no?”. Y yo los chamuyaba. “Pasa que estuve en el ciber y como no veo bien me hace mal la computadora”, les decía, o les decía que me había lavado la cara y me había entrado jabón, y se la creían. Hasta que ya un día re sacado llegué con una baranda a porro terrible, re loco y me dijo mi tío “¿Vos no andarás fumando porro ¿no?”. “Sí, fumo porro”, le digo. “Acá ni se te ocurra fumar”, me dice. “Acá no fumo, yo fumo en otros lados, en mis lados”, le dije. Ahora no me dicen nada, ya, está todo bien, fue mejor decirlo que ocultarlo, a veces es mejor no ocultar las cosas. Igual ellos no saben que estoy en el programa de SEDRONAR. Yo les digo que estoy trabajando. Por ahora estoy bien así, sin decirles. Me siento bien. La verdad que sí, estoy bien, mucho mejor. Estuve ocho meses sin consumir nada de nada, fue una re experiencia, nada de nada eh, engordé y todo. Después caí de nuevo.

Yo estoy de novio, ya hace dos años casi. Ella es de Villa Celina. Allá la conocí. Cuando falleció mi abuela, me fui un tiempo con mi mamá allá. Paraba con unos pibes, empecé a jugar a la pelota, a salir a bailar con estos amigos y ahí la conocí a esta chica que iba a bailar con una chica que decía que era su hermana, pero era muy amiga de ella nomás. Así conocí a Belén.



## Dispositivos territoriales de prevención y tratamiento de consumo de sustancias



En relación al anclaje territorial de las políticas públicas y las organizaciones, en los barrios relevados durante la investigación de los distintos equipos de Jóvenes se encontró una **amplia variedad de dispositivos que trabajan con los consumos problemáticos de sustancias**.

Es necesario destacar que, a nivel nacional, tras la intervención encarada por el Ministerio de Salud de la Nación en el ex Centro Nacional de Reeducación Social (CeNaReSo) en junio de 2013, a partir del Decreto 782, surgió el **Hospital Nacional en Red especializado en salud mental y adicciones, el único centro de salud del país enfocado específicamente en el tratamiento de las patologías de consumo. Su puesta en marcha implicó un cambio de perspectiva en relación con esta problemática, al entenderla como parte integrante de las políticas de salud mental**. Así, se visibilizó la necesidad de un **abordaje interdisciplinario e intersectorial**, basado en principios de la atención primaria de la salud que promuevan y conduzcan al fortalecimiento, restitución y promoción de los lazos y vínculos sociales.

Desde esta perspectiva, las principales líneas de acción del Hospital Nacional en Red consisten en la implementación de una serie articulada de estrategias de atención primaria en salud mental en cada comunidad, con el **objetivo de integrar la prevención de enfermedades, la reducción de daños y la promoción de la salud como parte fundamental de la asistencia**.

La **articulación** entre las instituciones surge como uno de los aspectos clave a la hora de encarar el consumo problemático de sustancias, y como una de las principales dificultades que presentan los dispositivos de tratamiento territoriales.

Durante el relevamiento realizado en el marco de esta investigación, tanto en el conurbano bonaerense como en las localidades del interior de la provincia, se encontraron distintas respuestas: en algunos territorios, la asistencia se encara desde el Estado nacional a través de los Centros Preventivos Locales de Adicciones (CePLA) que dependen de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico (SEDRONAR), mientras que en otros la intervención se da desde el Estado provincial a través de los Centros Provinciales de Atención en Adicciones (CPA) y la Subsecretaría de Atención a las Adicciones (SADA). Asimismo, en otros barrios, la temática es trabajada desde distintos programas municipales.

El abordaje, también, surge desde las organizaciones sociales y a partir de la presencia de la Iglesia Católica, como sucede en el caso del programa integral Hogar de Cristo que se está implementando en distintos barrios.

A pesar de que llevan adelante un trabajo fundamental en cada territorio, estas respuestas, tanto desde las políticas públicas como desde las organizaciones, muestran dificultades porque **existen escasas experiencias de tratamiento comunitario**. La mayoría de los dispositivos realizan tratamientos “puertas adentro” y enfrentan problemas al momento de articular con otras políticas públicas..

En otros casos, como en los CePLA del Partido de La Costa y el Hospital Nacional en Red, se está trabajando a favor de una articulación con distintas organizaciones de la sociedad civil presentes en los territorios para implementar un enfoque preventivo de los consumos problemáticos. Aún así, **esas iniciativas son muy incipientes y demandan una política sistemática y mayor inversión en recursos materiales e incorporación de recursos humanos para sostenerlas a largo plazo**.

\*\*

“Una propuesta actual debe orientarse, así como en la estrategia de reducción de riesgos y daños, a la disminución del ingreso al consumo problemático y los riesgos que de ahí advienen. **Dejar de consumir no es condición para el inicio del tratamiento; tampoco es razón para su suspensión. Lo que debe tener centralidad es la singularidad del sujeto, entendida como plural.** Desde este posicionamiento, se debe pensar fundamentalmente en sujetos de derecho, a la salud como derecho inalienable y al Estado como garante de ese derecho”, plantea Edith Benedetti, interventora del Hospital Nacional en Red, para evidenciar el cambio de perspectiva desde las políticas públicas.

El modelo institucional del ex CeNaReSo está basado en acciones enmarcadas en la Ley 26.529 de Derechos del Paciente y en la Ley Nacional 26.657 de Salud Mental, que **entienden a la salud mental como un proceso determinado por componentes históricos, socio-económicos, culturales, biológicos y psicológicos, cuya preservación y mejoramiento implica una dinámica de construcción social vinculada a la concreción de los derechos humanos y sociales. Por eso, se entiende que las adicciones deben ser abordadas en el marco de las políticas de salud mental.**

Desde la perspectiva político-institucional del Hospital Nacional en Red, entonces, pensar el consumo problemático exige **cuestionar la asociación mecánica y directa que muchas veces se atribuye tanto entre consumo y adicción como entre consumo y problemas para el usuario, su grupo y/o comunidad.**

En este contexto, el hospital ha implementado el Plan Estratégico Institucional 2013-2015 que propuso definir y planificar acciones dirigidas a la prevención, resguardo y atención de la salud de la población en las patologías de consumo, a través del abordaje interdisciplinario e intersectorial. El eje es la atención primaria de la salud orientada a la asistencia integral al paciente con consumos problemáticos y a su grupo familiar antes, durante y después del tratamiento. Esa estrategia se complementa con el desarrollo de acciones preventivas en la comunidad y la capacitación técnica y profesional de los recursos humanos especializados en la temática, en el ámbito jurisdiccional local y con asiento en distintas provincias, a fin de garantizar el posicionamiento de la institución como referente nacional de salud mental y adicciones.

Así surge la implementación del trabajo en red, como explica Benedetti: “Armamos todo un sistema de red, basándonos en la atención primaria, utilizando lo que existía en los barrios y saliendo a los barrios para `cartografiar` el territorio. Hicimos un reconocimiento en las zonas vulnerables, para ver quiénes estaban trabajando y trabajamos con ellos. Terminamos armando un Hospital con los tres niveles de atención y, además, entendiendo que la `alta complejidad` tiene que ver con la formación del recurso humano. Esto todavía lo venimos peleando”.

Los CePLA que el Estado nacional, a través de la SEDRONAR, viene implementando en distintos territorios, también plantean un abordaje que se orienta en ese sentido. Los CePLA son espacios de encuentro, contención, recreación, formación y capacitación que impulsan la creatividad y el desarrollo cultural, deportivo y artístico de cada participante para generar distintas herramientas acordes a cada persona, con el fin de potenciar su proyecto de vida. Por eso, **se impulsa la interacción con actores territoriales que fomenten la participación y una integración más dinámica y cotidiana en las actividades.**

Desde esa perspectiva, el CePLA de Mar de Ajó, por ejemplo, trabaja con psicólogos y trabajadores sociales que apuntan a la recuperación de los chicos que presentan consumos problemáticos, pero también hay un **enfoque preventivo** en adicciones que se pone en práctica a partir de talleres de teatro, danzas y música, además de la articulación con referentes barriales. Por eso, a pesar de que funciona hace menos de seis meses en el territorio, **el espacio ya se convirtió en una alternativa clara donde los adolescentes y jóvenes del barrio transitan su tiempo libre.**

“Cuando hacemos fútbol, no lo ligamos a la escuelita de fútbol sino que el objetivo está pensado en la integración. Si vienen chicos con dificultades para integrarse y relacionarse con el otro, pensamos qué actividades tenemos para que puedan sumarse”, explica Santiago, coordinador del dispositivo, para ejemplificar ese modo de abordaje.

Por eso, los trabajadores entienden que los esfuerzos del CePLA se enmarcan dentro de una estrategia en la que entran en juego otras respuestas, como los dispositivos de salud, las instituciones escolares y los programas de inclusión juvenil, entre otros. En consecuencia, **las autoridades municipales explican que tuvieron que formalizar esta articulación a partir de la creación de un programa en el que intervienen distintos actores sociales.** “Le pusimos Sobre la Mesa. Una vez por mes, nos reunimos los efectores relacionados con juventud a trabajar caso por caso. Hoy en día, a esa mesa concurren fiscales, comisarías, comisarías de la mujer, la Dirección de Género, la Dirección de Inclusión Juvenil, el servicio de Acción Social con todas las trabajadoras sociales, el CPA, el CePLA, Salud Mental y distintas ONGs. En un primer momento éramos 25 y hoy somos 150 y nos hemos dividido en tres grupos”, relatan.

Este tipo de intervenciones dan cuenta de un cambio de mirada y de abordaje que, de a poco, va calando en los territorios, aunque aún persisten dificultades a la hora de la articulación. Eso, por ejemplo, es lo que sucede en el caso del programa de Prevención y Asistencia en Adicciones del Municipio de Tigre, que ofrece tratamientos ambulatorios y espacios grupales y de orientación, además de articular con las salas de salud barriales y espacios comunitarios.

El programa funciona en el predio donde hasta hace poco estaba situado el Hospital Municipal Materno Infantil de Tigre. Como queda más cerca del barrio Garrote -territorio relevado por Jóvenes- que el CPA, es ahí a donde se acercan sus habitantes. Siguiendo este enfoque, el programa trabaja a partir de una **perspectiva integral de la salud**, partiendo desde un abordaje interdisciplinario. El equipo señala que se suelen presentar situaciones en las que un familiar “trae” a un paciente, ubicando una situación de consumo como lo problemático, pero luego de una primera evaluación lo más problemático o lo más grave no es el consumo. De ahí que los profesionales hacen una lectura sobre cuál es la función que cumple el consumo en cada caso. Por esta razón, y más allá de los dispositivos terapéuticos, promueven un trabajo en conjunto con diferentes instancias municipales, provinciales y nacionales que dispongan de espacios culturales y deportivos: “Buscamos espacios de inclusión y de contención para que los pacientes que están en situación de riesgo puedan tomar cierta distancia de los ámbitos de consumo”.

En esa misma línea, además de los tratamientos y espacios de orientación del programa, se realizan intervenciones en los barrios a través de la articulación con los Centros de Atención Familiar y de Salud (CAFyS) para **reforzar la red de contención entre las familias y las instituciones**: “Nos reunimos con todo el equipo de salud de los CAFyS y espacios comunitarios porque antes que nada tenemos que pensar sobre la problemática en sí, indagar en las diferentes visiones sobre el tema y empezar a cuestionar ciertos prejuicios que, más que incluir a la gente que está en esa problemática, generan obstáculos para su alojamiento”.

El director del CAFyS Canal, la salita ubicada a una cuadra de Garrote, cuenta que un equipo de profesionales de ese centro de salud y del programa se reúne todos los lunes para hacer un seguimiento de los pacientes que están en tratamiento y, luego, recorre el barrio: “Vamos a las rancheadas, donde están los grupos de chicos, y les repartimos preservativos y folletería sobre HIV; también les proponemos talleres de empleo y de prevención de consumo de sustancias. Hemos tenidos algunos aciertos, aunque son pocos”.

\*\*

En el barrio Las Rosas, de La Plata, **a través del abordaje de los consumos problemáticos también se intenta visualizar que éstos no representan un problema individual y aislado,**

**sino comunitario y que, como tal, requiere una respuesta que surja de la misma comunidad.** Uno de los dispositivos principales que funciona allí es la Comunidad Terapéutica La Granja, que depende de la SADA y que ofrece internaciones para los varones mayores de 18 años que vivan en los partidos de la Región Sanitaria XI (Pila, Dolores, Tordillos, Castelli, Lezama, Chascomús, Belgrano, General Paz, Brandsen, Cañuelas, San Vicente, San Miguel del Monte, Magdalena, Punta Indio, Presidente Perón y La Plata) y algunas localidades del Conurbano bonaerense.

Cuando algún CPA de la zona determina que hay un paciente que debe ser internado, lo mandan a La Granja. De todos modos, la mayoría de los jóvenes llega a través de las escuelas o algún adulto que pasa a preguntar. “Por sí solos no se acercan. En el barrio no hay mucha actividad con adolescentes y si dejan la escuela o no pueden seguirla, se quedan por fuera del circuito”, dice Silvina Sanz, psicóloga de los consultorios externos del CPA en el Hospital José Ingenieros. Cuando se detecta una problemática de consumo en un joven del barrio, se avisa al Centro de Derivación y ellos deciden dónde hay lugar: “Es un tema porque a veces no está bueno que alguien del barrio quede internado en el barrio. Eso depende de cuál sea el consumo que tiene, la modalidad, cuánto, dónde. Pero la única comunidad terapéutica de la región para consumos intensos es ésta”, agrega. “Por ahí sirve más hacer una casa de día, atender a los pibes de la zona, y es más productivo que tener a diez, uno de Ezeiza, otro de San Vicente... Porque también es difícil articular después, cuando les preguntamos qué tienen ellos en su barrio como para armar un circuito a dónde recurrir. Entonces, la reinserción en sus lugares y acompañar ese proceso, que es uno de los más complicados, es muy difícil”, completa la psicóloga.

Para intentar **romper ese cerco que plantea un dispositivo aislado de las necesidades de los pacientes y su contexto**, se formó un Equipo de Intervención Comunitaria que trabaja en conjunto con el Centro de Integración Barrial y la Mesa de Articulación Territorial de Las Rosas. “Eso nos posiciona de otra manera en el barrio y con los chicos internados”, dice Julián Coralli, uno de sus miembros. “Hacer talleres de recreación, jugar al fútbol con los chicos del barrio acá adentro o hacer una huerta comunitaria son iniciativas para acercar el barrio a La Granja”, suma Julieta Oddone, comunicadora social y otra de las integrantes del grupo. “Estamos tratando de hacer entender que **lo comunitario no es sólo de la reja para afuera. El tratamiento de los pibes tiene que ser parte de una cuestión comunitaria, del barrio, de la que todos somos parte**”, agrega.

Los trabajadores de La Granja discuten el sentido de un espacio cerrado de internación en un barrio que también tiene problemáticas de consumo. Por eso se plantean dos líneas de diálogo: una hacia adentro, discutiendo con las autoridades el sentido de una casa, y una hacia el barrio, articulando con instituciones y organizando actividades. Empezaron por abrir las puertas de La Granja. Organizan una maratón anual, en la que participan internos, trabajadores y gente del barrio, realizan talleres de apoyo escolar y hacen actividades en la plaza que está frente a La Granja. Además, generan actividades hacia el interior de la institución con los recursos que tienen: “Las actividades fueron creciendo y el año pasado se puso en condiciones el galpón de La Granja, donde se dictan talleres de oficios para los chicos internados y para la comunidad”, cuenta Silvina.

El trabajo en red también se pone en práctica en Olavarría, donde la Red de Salud de la Municipalidad, en materia de salud mental, dispone de una sala conocida como Sector B en el hospital municipal y con un hospital especializado en salud mental en la localidad de Hinojo.

La directora del área, Ana Lauscher, explica que la Red de Salud Mental municipal está constituida tanto por dependencias locales como por instituciones que no están dentro de la órbita municipal: “Una de esas instituciones es el CPA, con quienes fuimos sumando experiencia y mejorando la interacción para optimizar el trabajo y las estrategias en conjunto”, relata.

Lauscher explica que **“la red se piensa en términos de co-responsabilidad**, cada uno tiene definidas sus competencias para contribuir en el proceso terapéutico. A veces en la red se va y se viene, un paciente que en algún momento pudo haber sido derivado para un tratamiento en el CPA tiene un trastorno psicopatológico asociado, que requiere de una internación en salud mental, entonces vuelve”. **“Hay que armar estrategias en conjunto para un mismo paciente”**, propone.

\*\*

En cuanto a las estrategias de intervención desde el Estado, la perspectiva es la **reducción de riesgos y daños**. Así lo plasma tanto el Hospital Nacional en Red como la mayoría de los CPA y programas estatales relevados, para quienes la modificación de la Ley de Salud Mental también produjo un cambio significativo en el modo de encarar los tratamientos.

La estrategia de reducción de riesgos y daños surge como alternativa al modelo abstencionista-prohibicionista y tiene como principal antecedente histórico la creación, en 1926, del Comité Rollerston, en Inglaterra, según la lectura hecha por Silvia Quevedo [2014] del análisis de Oliver Ralet [1999]. Dicho comité generó estrategias de intervención que consistían en la prescripción de heroína y cocaína como parte integrante del tratamiento en adicciones, lo que favorecía la desintoxicación progresiva. Esta experiencia, que se disolvió en la Segunda Guerra Mundial, dejó su huella en la tradición de los médicos ingleses y sentó las bases para lo que en los años '80 vino a constituirse como política pública y a llamarse reducción de riesgos socio-sanitarios vinculados al uso de drogas.

En la lectura actual del Hospital Nacional en Red con respecto a este paradigma, una de las características más importantes de la reducción de riesgos y daños es la posibilidad de disminuir la entrada a la adicción y los riesgos asociados con el consumo. Por eso, **dejar de consumir no es una condición de inicio de tratamiento**. Por el contrario, se orienta por el principio de que una persona que consume, que eventualmente no quiere o no puede dejar de consumir, debe ser ayudada por el profesional a disminuir los riesgos, tanto de salud como sociales y legales, que puedan estar vinculados con el consumo.

Otra de las características relevantes de esta estrategia es **hacer hincapié en el sujeto, que es definido como activo y responsable por sus prácticas y al que se le tiene que abrir espacios de escucha**. Es decir, posibilidades para que se pueda preguntar sobre qué le está pasando, qué le pasa con su práctica de consumo. En este punto, al considerar que es un sujeto activo y responsable, se entiende que debe tener participación en su propio tratamiento y que éste tiene que poder llegar a esa persona. Es decir, debe ser accesible.

“El paciente es una construcción que implica mucho trabajo de los profesionales y mucho trabajo subjetivo del otro, para que se constituya en ese lugar. Con estos chicos y chicas, **hay que establecer lazos sociales**, porque ante su falta y sin una acción solidaria te pueden dar un ‘puntazo’. Hay que restituir estos lazos”, explica Benedetti.

Desde la perspectiva de reducción de riesgos y daños, se parte del hecho de que la persona está consumiendo y que está en riesgo. Que hay situaciones a las que se expone y que hay cosas que no sabe. Y que es posible ayudar a esa persona a esclarecer algunas informaciones sobre su propio consumo, así como también a cuidarse.

En el terreno de la prevención, la reducción de riesgos y daños no se dirige de modo estricto y lineal a la producción de un efecto. En este sentido, **no se trata de una lucha o un combate**. Tampoco de una comprensión somera de la idea de prevención. Cabe destacar la noción de “prevención inespecífica” como una intervención que apunta a algo más que el no inicio o la supresión del consumo. Se debe tomar también la **idea de promoción: de posibilidades, sentidos, transformaciones, fortalecimiento, escucha, activación de recursos y alternativas para resolución de problemas**.

Esa perspectiva permea otros modos de abordaje de los tratamientos, como sucede en el CPA de San Martín. “No nos concentramos en ver si el chico consume alcohol, cocaína o pastillas, porque el consumo es un acto íntimo, sino en acompañarlo con la palabra en su búsqueda personal de una vida digna. ¿Quiero trabajar? ¿Quiero estudiar? ¿Qué quiero estudiar? Trabajamos en grupos donde lo que importa es la palabra y el valor que tiene la palabra”, explica Dante Magrotti, su coordinador.

El programa de Prevención y Asistencia en Adicciones de Tigre también trabaja en esa línea, como lo explica el equipo: “La condición para incluirse en algún espacio, sea el que sea, no es la abstinencia. Creemos en una forma de trabajo más abierta, como lo propone la nueva ley de Salud Mental. **Históricamente se habló de esta problemática en términos judiciales, médico-sanitarios o mediáticos, donde se señala a la persona como delincuente o adicto/enfermo. Nosotros tratamos de cuestionar esas representaciones que presentan la serie consumo-delito-violencia.** No somos ingenuos, no decimos que eso no pasa, pero no siempre”.

Del mismo modo, el trabajo del equipo del CPA de Chascomús también sigue los lineamientos de la nueva Ley de Salud Mental. Por eso, si bien suele surgir el pedido de internación por parte de familias y referentes, en el CPA no dan lugar a esa primera demanda. “En la Mesa Local el año pasado nosotros planificamos una jornada sobre salud mental y tuvimos mucho apoyo de La Plata. En Chascomús hay bastante consenso al momento de abordar una situación de consumo, ya no hay una mirada derivacionista a un clínico o a un CPA para que se hagan cargo. Creo que hay una mirada más integral y colectiva de ver qué puede hacer cada institución. Pasa lo mismo que pasa con los casos de violencia, donde hay una mirada más unificada”, dice Eugenia Zuccatti, coordinadora de la institución.

Sin embargo, como ese CPA es el único que hay en toda la ciudad, el seguimiento de los casos es difícil. Sólo hay dos psicólogas para atender a 40 mil habitantes, en una tarea que se supone interdisciplinaria. “Demandar acción cuando la estructura es chica es un inconveniente. Las psicólogas del CPA terminan atendiendo la demanda que les llega constantemente de derivaciones. Si tenemos una comunidad que no tiene planteada el ala de salud mental para aquellos que tienen que ser hospitalizados y atendidos, con la requisitoria que la ley dice, seguimos saltando partes”, observa Cristina Otondo, coordinadora del Observatorio Social del Concejo Deliberante local.

En Olavarría, en tanto, funciona Espacio Adolescente, un centro de día que se pensó como estrategia de intervención entre el CPA y la Red de Salud municipal para unificar el abordaje para los casos de consumo problemático de adolescentes. Su coordinador, Sergio Pérez, explica de qué modo ponen en práctica los lineamientos de la nueva Ley de Salud Mental: “Se trabaja con los chicos como sujetos de derechos. Buscamos no estigmatizarlos como adictos, sino que tratamos de acompañarlos y saber qué les pasa, qué está detrás de sus consumos. La mayoría lleva una vida de adulto, con familiares ausentes que no pueden hacerse cargo. Hay chicos que son víctimas de abusos, violencia, pobreza”.

Además, Pérez celebra que en la nueva legislación no se hable de adicciones sino de consumo problemático: “**Está perimido el modelo prohibicionista de los '90**, que sostenía que la droga mata y que si fumás te hacés adicto. Los chicos veían por sí mismos que no era así. Lo importante es que entiendan que no hay necesidad de consumir para asumir una vida”, dice. Para ello, trabajan para afianzar el vínculo con los jóvenes: “Es difícil generar demanda en un chico que dice que se aburre y que lo único que quiere es un celular o una computadora. Eso tiene más peso que cualquiera de nosotros. Pero cuando trabajás desde el amor el pibe lo percibe. Entonces le ofrecés ir a cortar el pasto y va. **El vínculo genera los cambios**, más allá de lo que le ofrezcas”, explica Pérez.

Para el equipo del CPA de la ciudad de Pergamino, la nueva Ley de Salud Mental también conllevó cambios, aunque reconocen que es difícil implementarlos cuando no están todos los recursos disponibles. “Por lo pronto, los ayudamos a que sigan la escuela y que encuentren una salida laboral, que son las únicas herramientas que nos quedan. Pero también queremos dar deportes o algo de arte para que los chicos tengan otra salida, y no nos quedemos sólo en escuchar el dolor y la impotencia. Pero cuesta”, dice Laura Dueñas, una de las psicólogas de la institución.

\*\*

Las alternativas de tratamiento y dispositivos ofrecidos desde el Estado, tanto nacional como provincial y municipal, conviven con otros **abordajes que surgen desde las organizaciones que están en los territorios y de otras instituciones, como la Iglesia Católica**, que lleva adelante un intenso trabajo en distintos barrios.

El programa integral Hogar de Cristo es ejemplo de que las experiencias comunitarias también pueden ser una opción. Desde allí se propone un **abordaje territorial a favor de la inclusión social en barrios vulnerables**, una iniciativa que surgió en 2008 desde la Vicaría de los curas villeros de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (creada por el hoy Papa Francisco), que actualmente se está extendiendo al conurbano bonaerense, en localidades como San Justo, Laferrere, General Rodríguez y San Martín, entre otras. “Nosotros brindamos un espacio de contención para los chicos y las chicas del barrio, no sólo para que se dejen de drogar sino para que aprendan a vivir mejor”, aclara Daniel, consejero del Centro Barrial Gaucho Antonio Gil de La Cárcova, uno de los dispositivos del Hogar de Cristo. Es decir, los dispositivos del Hogar de Cristo se piensan como **centros comunitarios de puertas abiertas a la demanda de los habitantes de cada barrio en los que se insertan y no sólo para quienes atraviesan una situación de consumo problemático**.

Desde el punto de vista del abordaje, el Hogar de Cristo se encuadra dentro de dos concepciones básicas: la estrategia de tratamiento comunitario desarrollada por el licenciado Efre Milanese, que surge al constatar que ninguna institución estatal ni tampoco ninguna ONG por sí sola puede dar respuesta a los problemas que se encuentran en una comunidad socio-culturalmente vulnerada y parte del principio de que sólo con la participación de la comunidad misma es posible mejorar algunas de sus condiciones de vida; y **una mirada desde la llamada filosofía de la liberación, que entiende a la persona como sujeto de derecho y protagonista de su propia vida, cuyo bienestar debe ser centro de todas las acciones humanas**.

“Es necesario concebir el problema social como integral y complejo; la problemática de las adicciones o del consumo problemático de sustancias está no sólo relacionada con la Justicia y con la lógica del delito, no sólo como un problema sanitario o médico, no sólo como una cuestión individual. Se trata de una **problemática compleja y multicausal** donde intervienen estas variables y, a la vez, la posibilidad que cada uno tiene de elaborar su proyecto de vida en relación con los demás. Es preciso abordar al sujeto y a la comunidad. **No hay recuperación personal sin recuperación social**”, plantea en ese sentido el Padre Charly Oliverio, director del Centro Barrial San Alberto Hurtado y de la Granja Hogar Madre Teresa del Hogar de Cristo, ubicada en General Rodríguez.

En general, los jóvenes transitan distintos dispositivos. Hay chicos que llegan al Hogar de Cristo y, después de algún tiempo de abstinencia, pueden ser operadores o referentes pares, coordinan grupos, acompañan a algunos de sus compañeros con consumo, visitan cárceles, entre otras actividades. Si en algún momento tienen un traspíe y vuelven a la *ranchada*, estos chicos suelen seguir conectados con el Hogar y pueden volver al dispositivo que le resulte más apropiado.



Además, **se promueve la articulación con instituciones estatales**, como el Hospital Nacional en Red y la SEDRONAR especialmente, en casos que requieran internaciones, aunque con el ex CeNaReSo también se impulsa un trabajo territorial y en red que permita un abordaje más intensivo de los consumos problemáticos. En otros casos, como sucede en el hogar El Buen Samaritano de Villa Palito, en La Matanza, el tratamiento se complementa con el CPA local.

En la actualidad, tanto los hospitales de día del Hogar de Cristo (las granjas Madre Teresa para mujeres y San Miguel para varones, ambas ubicadas en General Rodríguez) como el centro de internación El Buen Samaritano son referencia obligada para otros dispositivos y centros comunitarios. Incluso en el caso del Hospital Nacional en Red, estos hogares sirven de inspiración y fuente de aprendizaje. **Son lugares flexibles y amigables, que pregonan la libertad y el autodiagnóstico y tienen una tasa muy elevada de recuperación con abstinencia completa.** “Nosotros no trabajamos en red, ¡trabajamos enredados! Estamos en contacto todo el tiempo y articulamos con todo lo que sume”, afirma Daniel, del centro barrial Gauchito Gil de La Cárcova.

En ese sentido, **la mayoría de las estrategias de abordaje se orientan a la inclusión social del paciente, por lo que la revinculación familiar, las oportunidades educativas, la búsqueda laboral, o la recomposición de lazos sociales son partes esenciales del tratamiento. Existe una concepción integral de la salud.** Es por ello que los dispositivos no apuntan solamente a la remisión del consumo o abstinencia, sino a la integración de ese sujeto en su familia y en su comunidad.

Su funcionamiento dinámico y eficaz permite conectar con otros dispositivos sin mayor dificultad y su presencia dentro de los barrios los mantiene en el foco de la problemática. Si bien los CPA vienen realizando una tarea fundamental y tienen un recorrido profundo en el conurbano, en muchos casos presentan un problema importante: al estar fuera del barrio, resultan inaccesibles para los vecinos y no llegan a articular con otras instituciones territoriales.

A lo largo de estos años, el programa logró una visibilidad tal que el Estado nacional lo puso en su agenda. El 1 de septiembre de 2014, la Presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, firmó un convenio de adhesión para las casas de atención y acompañamiento comunitario que fue el punto de partida para que el Estado comenzara a destinar una partida presupuestaria mensual para el sostenimiento de cada uno de los centros comunitarios adheridos, dirigidos por curas villeros y otras organizaciones. Siete de las instituciones conveniadas pertenecen al programa Hogar de Cristo y tres de ellas están situadas en la provincia de Buenos Aires: los centros barriales Gauchito Gil de José León Suárez y Madre Teresa de General Rodríguez y el Hogar El Buen Samaritano de La Matanza.

\*\*

Asimismo, hay otras experiencias que fueron relevadas por Jóvenes que representan una alternativa interesante, como La Casita del barrio La Paz, en Quilmes, que también depende de la Iglesia Católica y es un espacio de acogida para que los jóvenes del barrio que están en situación de vulnerabilidad, y que en algunos casos presentan consumos problemáticos, puedan encontrar un lugar de contención. Sin embargo, la falta de asistencia y de apoyo a esa tarea desde otras instituciones hace que, por el momento, el espacio funcione como un lugar que los contiene pero que no les permite activar otras alternativas desde la educación o los oficios.

En La Cárcova, también hay otra experiencia a destacar: los mismos vecinos están intentando generar una red de contención que se conforme como una alternativa a los espacios de socialización establecidos por quienes comercian drogas y, con ese objetivo, están trabajando junto a la SEDRONAR en la creación de un CePLA (Centro Local de Prevención de las Adicciones), un espacio de recreación y capacitación donde los jóvenes puedan desarrollar actividades culturales y deportivas.

En el barrio **se presenta una tensión entre la presencia del Estado a través de sus políticas públicas en el territorio y la efectiva inclusión de los jóvenes y la población en general a dichos espacios**. Lo cierto es que gran parte de los entrevistados mencionan que, si bien existen varias instituciones, los jóvenes no transitan por ellas. Por un lado, debido a la ausencia de propuestas que funcionen de un modo atractivo los convoque y, por el otro, porque en la población del barrio hay una escasa confianza en las instituciones.

En ese contexto complejo, la alternativa que han encontrado algunos vecinos de La Cárcova es generar redes sociales propias que permitan pensar a fondo la realidad del barrio. El Club Social y Deportivo La Cárcova, fundado en 2012, tiene como objetivo la **construcción de una identidad barrial que no reniegue de la categoría de lo villero**. Una identidad desde la cual los jóvenes puedan construir proyectos de mediano y largo plazo para sus propias vidas y, por ende, para la de la comunidad.

El club surgió como iniciativa de Valentín, un vecino que pensó en ese espacio para enganchar a los pibes con el deporte para luego fomentar el estudio, el aprendizaje de un oficio y el trabajo. Al día de hoy el club no tiene sede, pero la tendrá cuando se termine de construir el CePLA en un terreno ubicado entre el barrio y el camino del Buen Ayre, un proyecto que surgió a partir de la firma de un convenio entre el club y la SEDRONAR el 27 de septiembre de 2014.

**Este tipo de experiencias contrastan con las comunidades terapéuticas y centros de internación privados que mantienen vigentes modelos anticuados y se sostienen sobre internaciones muy largas y técnicas e intervenciones que resultan iatrogénicas**. La falta de regulación de estas comunidades da lugar a situaciones impensadas para nuestra época: jóvenes que llegan a pasar más de dos años internados, reciben el maltrato de “operadores” no capacitados (o mal capacitados), generan dependencia con el lugar y se alienan de la sociedad.

\*\*

**Los distintos problemas que los dispositivos tienen que afrontar tienen que ver con falencias en el sistema sanitario y la necesidad de acompañamiento desde las políticas públicas de salud**.

En relación con esta cuestión, desde el Hospital Nacional en Red, Benedetti plantea: “Hay que profundizar lo que son los servicios asistenciales, porque si realmente se lograra que en los hospitales generales se atendiera de forma ambulatoria, se armaran hospitales de día o hubiese internaciones breves, sería otra la historia. Para que esto se dé, **hay que hacer un plan estratégico para reforzar todos los servicios asistenciales y lo que sería la atención progresiva**. La atención progresiva es necesaria, porque hay que salir a buscar a los pibes; si no se sale a buscarlos, ellos no van a venir a atenderse. Generalmente los chicos que vienen, los trae alguien o hay alguien que puede dar cuenta de él”.

En el barrio Garrote, de Tigre, por ejemplo, las consultas por consumo problemático de sustancias en la población suelen surgir de la familia o allegados, como los equipos orientadores de los colegios, una institución deportiva o el Centro de Atención Familiar y de Salud Canal, la salita ubicada a una cuadra del barrio.

Lo mismo sucede en el CPA del barrio 30 de Mayo, en Chascomús, donde la regla indica que los jóvenes no se acercan de manera espontánea: “En general, la demanda es por derivados: los padres o instituciones de las áreas de salud y educación, el Patronato de Liberados, de Justicia (ya sea de Dolores o de los centros de referencia) y de los Juzgados de Paz. **Los jóvenes no se acercan de manera espontánea**. Hay alguna excepción, pero no son mayoría”, grafica una de sus psicólogas.

Pero cuando los otros eslabones de la cadena tampoco funcionan, la asistencia se vuelve ineficaz. Un ejemplo de esta situación es lo que sucede en el barrio Puerta de Hierro, de La

Matanza, donde a pesar del alto consumo de pasta base que se evidencia con sólo recorrer algunas cuadras, en el CPA de San Justo, que contempla al barrio por su ubicación, los profesionales aseguran que no hay registro de que concurran chicos con consumos de pasta base-paco que vivan allí.

En la zona de Bajo Rondeau-Villa Caracol, en Bahía Blanca, el panorama es similar: el CPA no tiene dispositivos territoriales y, al no contar con una atención descentralizada, quienes quieren realizar un tratamiento deben trasladarse hasta la sede, que queda a unas 50 cuadras del barrio. Para llegar hay que tomar dos colectivos. Ariel tiene 14 años y dice que no va a ir más al CPA porque se tiene que tomar dos colectivos, siempre tiene que esperar y cuando lo atienden “son treinta minutos y chau”. “Estoy más tiempo viajando que lo que estoy ahí”, reclama.

En el barrio Centenario, de Mar del Plata, la situación se repite: allí, no hay ninguna institución a la que los pibes puedan recurrir para tratar una situación de consumo problemático. El CPA está en el centro de la ciudad y, al interior del barrio, la SEDRONAR no tiene un espacio físico ni cuenta con los recursos necesarios para desarrollar actividades. Lo único que han hecho como institución fue coordinar un programa a través del cual los pibes recibían una beca económica a cambio de cortar el pasto del predio de la cancha de fútbol. “No bajan los recursos. Acá, la SEDRONAR no existe. Tenemos Casa Caracol (un Centro Preventivo Local de Adicciones) pero no damos abasto, estamos desbordados”, dice Miguel, referente del barrio y coordinador territorial de la SEDRONAR.

Frente a este panorama, la interventora del Hospital Nacional en Red asegura que “a nivel nacional, tendría que existir un equipo que pueda hacer asistencia técnica provincial y que también baje recursos económicos”. “En salud mental en general y en la problemática de adicciones en particular, lo que aparece es que no hace falta asistencia profesional, pero esto es una representación social que también tienen los directores políticos. Además, en muchos hospitales no quieren trabajar con el tema de adicciones”, plantea Benedetti.

A esa conclusión llegó luego de entrar en contacto con algunos casos que lo dejó en evidencia: “Un día, me llaman de un hospital para decirme que me van a derivar a una paciente que consume cocaína, que era de Luján. Hablo con el jefe de ambulatorios que me dice que no son una comunidad terapéutica, a lo cual le respondo: ‘Doctor, usted es psiquiatra, tiene psicólogos, trabajadores sociales, enfermeros y tiene el mismo personal que tengo yo acá, atiendan al paciente’. Y el doctor me responde que ellos eran especialistas en salud mental, no en adicciones. A esto, mi respuesta fue que existe una Ley de Salud Mental y Adicciones, que ellos tenían un convenio firmado y que dependían del mismo Ministerio que el Hospital en Red, por lo tanto, tenían que atender a la paciente. En conclusión, no la atendieron y, además, ese jefe de ambulatorios me dijo que no aplicaban la Ley de Salud Mental, que la aplicara yo”, grafica.

Una trabajadora social del hospital de Olavarría coincide con esa conclusión cuando recuerda a “un chico de 10 años que se había tomado los Clonazepam de la madre”. “Ella llamó al hospital y le dijeron que lo llevara porque no tenían ambulancia. Ella vive cerca de mi casa y me fue a tocar timbre. Finalmente terminé llamando yo y exigí que mandaran una ambulancia porque la mujer de otra manera no podría llevarlo. Lo judicializaron porque era un menor intoxicado. Lo tenían con un policía al lado en Pediatría y todo el tiempo iban a preguntar cuándo se lo iban a llevar de ahí porque les incomodaba la familia dando vueltas y la presencia de un policía. No saben qué hacer ante ese tipo de situaciones”, suma.

Por eso, desde el Hospital Nacional en Red promueven la adecuación de las estrategias de intervención y los dispositivos asistenciales a los perfiles y a la demanda actual del paciente, entendiendo que es uno de los instrumentos fundamentales para la construcción de un sistema sanitario equitativo. Por eso mismo, aseguran que **la asistencia es la que debe adaptarse a las necesidades de los pacientes, y no a la inversa.**

## **Políticas públicas de prevención y tratamiento relevadas durante el trabajo de campo**

### **Hospital Nacional en Red especializado en salud mental y adicciones**

Los dispositivos asistenciales que ofrece el Hospital son los siguientes:

#### *Atención Primaria en Salud Mental*

En este primer nivel de atención se trabaja en la promoción, prevención inespecífica y específica desde la estrategia de reducción de riesgos y daños. Actualmente, el hospital concentra su trabajo territorial en las villas 3, 15, 1-11-14, 21-24, Barrio Mitre, Barrio Obrero, Zavaleta e Isla Maciel.

El abordaje del primer nivel es concebido como la puerta de acceso a otros niveles de salud más complejos con los que cuenta la institución, debiendo resultar accesibles y eficaces para toda la comunidad. Existen tres modalidades de intervención empleadas: promoción, prevención y atención primaria, por lo cual se postula que **el mejor modo de intervenir en un proceso de cura es estar en el territorio con el paciente donde se encuentran sus referencias más importantes: culturales, sociales, personales, simbólicas; iniciando un proceso de construcción de demanda.**

La intervención de Atención Primaria de la Salud se inserta como la oportunidad de trabajar los vínculos familiares, sociales y laborales entendiéndolos como parte de la salud integral. Los equipos de salud están conformados interdisciplinariamente de la misma forma que los del hospital y cuentan con psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, enfermeros y talleristas.

#### *Consultorios móviles*

El hospital adquirió dos consultorios móviles con el fin de profundizar el trabajo en territorio y favorecer la estrategia de Atención Primaria de la Salud. Cuentan con camillas adaptadas para adultos, niños/as y atención ginecológica, un espacio de orientación a la consultas de los pacientes y equipamiento para atención odontológica.

En el marco del trabajo llevado adelante por el equipo de Atención Primaria de la Salud en los territorios, se desarrollan distintos operativos como detección de tuberculosis, vacunación antigripal y antitetánica, detección de HIV y sífilis, orientación en tratamientos de hormonización con comunidades trans, nutrición y clínica médica. También se articula con ONG's que requieran los consultorios móviles.

#### *Guardia interdisciplinaria*

El hospital cuenta con una guardia interdisciplinaria que atiende urgencias y emergencias externas e internas. Funciona las 24 horas de los 365 días del año. El dispositivo se encuentra conformado por un médico psiquiatra, un psicólogo, un trabajador social y un enfermero, quienes atienden al paciente en forma integral: se realiza un monitoreo de evolución hasta su resolución y derivación asistida.

La coordinación de la guardia es interdisciplinaria y cada uno de los coordinadores es responsable del funcionamiento y la articulación con los otros dispositivos del Hospital Nacional en Red u otras instituciones.

#### *Implementación de Casas de Medio Camino y Casas Amigables*

El consecuente aislamiento que provocan las internaciones, la falta de continuidad de los lazos afectivos con sus familiares y el déficit de relaciones sociales constituye uno de los factores de riesgo para la salud mental. Esto mostró la necesidad de implementar dispositivos por fuera de la institución como son las Casas de Medio Camino. Este dispositivo tiene como principal aporte **favorecer una mayor autonomía del paciente que, desde allí, se integra a tareas o actividades fuera de la casa, siempre bajo la supervisión del equipo tratante y de los profesionales.**

La Casa de Medio Camino es una residencia de carácter autogestivo y temporal con alojamiento voluntario en el marco de un tratamiento. Se ubica en una zona geográfica próxima al hospital, de manera que los pacientes puedan seguir concurriendo al establecimiento para continuar con la modalidad de tratamiento ambulatorio de cada caso particular. El equipo de trabajo está compuesto por un coordinador, personal de enfermería y acompañantes terapéuticos, quienes asisten a los pacientes a lo largo de todas sus actividades diarias. Comprende un esquema de enfermería que funciona las 24 horas los 365 días del año y una cobertura de acompañantes terapéuticos que funciona de lunes a viernes durante 12 horas y los fines de semana, en caso que algún paciente requiera ser acompañado para realizar alguna actividad.

Las denominadas Casas Amigables favorecen el ingreso a tratamiento de pacientes que aún no han generado pedido de asistencia. Favorece el reanudamiento del lazo social que en la mayoría de los casos se ha desanudado; brinda la posibilidad de un lugar digno que aloje e interrumpa el consumo problemático, lo que se considera indispensable al momento de abordar un tratamiento si se tiene en cuenta que muchos de los sujetos se encuentran en situación de calle, un factor que agrava el cuadro por la comorbilidad de patologías asociadas tales como enfermedades respiratorias e infectocontagiosas, entre otras.

La Casa Amigable es un establecimiento extramuros que se encuentra ubicado en el barrio de Zavaleta. Funciona de lunes a viernes de 9 a 15 horas y trabaja desde la reducción de riesgos y daños con intervenciones de umbral mínimo de exigencia. De esta manera, permite generar y afianzar el contacto con la comunidad, además de construir demanda.

#### *Centro Comunitario de Atención Primaria de la Salud Papa Francisco*

El Centro Comunitario de Atención Primaria de la Salud Papa Francisco surge a partir del convenio establecido entre el Hospital Nacional en Red y la Asociación Ciudadanos en Movimiento.

El dispositivo está integrado por un equipo interdisciplinario conformado por médicos, psiquiatras, psicólogos y trabajadores sociales, quienes trabajan en la promoción y prevención específica e inespecífica desde la estrategia de reducción de riesgos y daños. Además, se desarrollan actividades recreativas y culturales como talleres de lectura, plástica y dibujo, cine debate y juegoteca. Funciona de lunes a viernes de 9 a 15 horas en la Isla Maciel, partido de Avellaneda.

#### *Dispositivo Ambulatorio de Niñas, Niños y Adolescentes*

El dispositivo ambulatorio está orientado a niños/as y adolescentes con problemas graves en la constitución subjetiva y/o con problemas a nivel del lazo social. En el marco de la Ley 26.061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes, se brinda un dispositivo clínico de Atención a la Demanda Espontánea destinado a recibir los motivos de consulta de niños/as y adolescentes de hasta 16 años que se dirigen a la institución. Está integrado por un equipo interdisciplinario (un psicólogo, un psiquiatra y un trabajador social) quienes brindan entrevistas con los siguientes fines: delimitar el motivo de la consulta, realizar un diagnóstico presuntivo, orientar a padres, familiares y escuelas y precisar una conducta terapéutica a seguir.

También cuenta con un dispositivo clínico de consultorios externos. La complejidad de muchos motivos de consulta requiere un abordaje interdisciplinario para su comprensión y resolución. El dispositivo funciona de lunes a viernes de 8 a 20 horas y está conformado por un psicólogo, un trabajador social y psiquiatras infanto-juveniles.

Además, el dispositivo de Hospital de Día funciona de lunes a viernes de de 9 a 18 horas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Allí se organizan talleres y espacios de trabajo por edades. En el marco del plan terapéutico, se llevan adelante distintas actividades como talleres audiovisuales, de cocina, música, escritura y jardinería.

### *Internación*

Este dispositivo está diseñado para pacientes cuya presentación del cuadro clínico requiere de mayor tiempo de internación (hasta 6 meses). El abordaje es interdisciplinario y está conformado por psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, enfermeros y terapeutas ocupacionales. Propone un plan terapéutico donde se incluyen distintas intervenciones clínicas, según cada caso, desde terapia grupal y familiar, talleres de radio y musicoterapia y la promoción de la terminalidad educativa, tanto primaria como secundaria.

### *Articulación con el Hogar de Cristo*

La articulación se da a partir de un hogar para mujeres con hijos del programa Hogar de Cristo que se puso en funcionamiento en junio de 2014. Allí, el hospital brinda una asistencia integral.

“La articulación con el Hogar de Cristo es directa, se fue armando de a poco por los pacientes, por la misma población de la zona y por las cosas en común. Lo que se venía haciendo hasta el momento no alcanzaba y había que generar cambios. En ese marco, se empezó a generar el dispositivo de mujeres. La idea del dispositivo conjunto es articular los recursos y surgió porque había muchas chicas que venían a internarse al hospital y perdían a los hijos. A veces, había chicas que venían de mucho consumo previo y a sus hijos los tomaba Minoridad y perdían la tenencia. Esto lo pensaron Edith y el Padre Charly: un dispositivo en el cual las chicas puedan recibir tratamiento con los hijos adentro, para que no se pierda el vínculo entre madre-hijo”, explica Diego Medolla, coordinador de los Dispositivos Extramuros del Hospital Nacional en Red.

### *Los talleres*

El hospital promueve distintas actividades como el taller creativo audiovisual, que está a cargo de un equipo interdisciplinario que desarrolla actividades dentro del marco terapéutico con los pacientes de Internación, Hospital de Día y Dispositivo Ambulatorio de Niñas, Niños y Adolescentes, con el fin de producir la difusión y promoción de temáticas audiovisuales y propiciar la reflexión, el intercambio y la circulación de la palabra promoviendo un espacio participativo que posibilite la emergencia de nuevos posicionamientos subjetivos. En este espacio se proyectan películas, cortos cinematográficos y videos que permiten compartir, mostrar y experimentar sensaciones y sentimientos, y que son acompañados, en algunas oportunidades, por actividades e instancias de producción, reflexión y discusión. El soporte audiovisual se complementa con materiales gráficos y sonoros.

Además, en los servicios de Hospital de Día e Internación, se brinda un taller de radio que es considerado un espacio privilegiado para que la palabra pueda circular libremente, posibilitando a los jóvenes reunirse en torno a una actividad o tarea en común que los encuentre. La intención clínica es aceptar responsabilidades y tener confianza en sí mismos y en los otros respetándose mutuamente. Se trata de crear un ámbito que les brinde la posibilidad de explorar un rol diferente y placentero, que los habilite para circular por nuevos lugares y experiencias. Los programas se pueden escuchar todos los jueves, de 15 a 18 horas, y los sábados a las 12.30 horas por FM La Bemba 91.3.

Por último, el hospital brinda un taller socioproductivo que tiene como objetivo principal reconstruir el lazo social, promover un cambio en la posición subjetiva del paciente y reforzar su vínculo con lo laboral. La propuesta está enmarcada en la economía social y solidaria, entendida como forma de producción y circulación que se orienta a la satisfacción de necesidades más que a la obtención de ganancias, involucrando todos los aspectos de la vida humana tanto individuales como colectivos, promoviendo formas de asociación y participación solidarias. Asimismo, se fomentan valores de cooperación y de autogestión, es decir, trabajar en equipo compartiendo la responsabilidad del trabajo, la venta y la ganancia. De este taller participan, acorde a cada plan terapéutico, pacientes del dispositivo de Internación, del Hospital de Día y de la Casa de Medio Camino.

### *Programa Vuelta a casa*

Es un programa de asistencia integral orientado a los pacientes de los servicios del Hospital Nacional en Red que se encuentran atravesando diversas situaciones de vulneración social y económica que dificultan el proceso de externación y/o la continuidad de los tratamientos ambulatorios.

Entre sus líneas de acción, el despliegue de estrategias intra-institucionales e inter-sectoriales es un componente fundamental que, junto al apoyo económico brindado y en el marco de un plan terapéutico singularizado, fortalecen las redes socio-afectivas y posibilitan un mayor grado de autonomía e integración social.

En concordancia con los objetivos propuestos de acompañamiento en la externación para revertir situaciones de institucionalización prolongada, sostener los tratamientos ambulatorios, mejorar la calidad de vida, fortalecer la autonomía y la construcción de redes socio-vinculares, los pacientes realizan pasantías en distintas organizaciones e instituciones públicas, como el Centro Comunitario de Atención Primaria de la Salud Papa Francisco ubicado en la Isla Maciel, el Espacio Cultural Nuestros Hijos de las Madres de Plaza de Mayo, el Centro de Asistencia a Víctimas de Violaciones de Derechos Humanos "Dr. Fernando Ulloa dependiente de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, el Centro Madre Teresa de Calcuta del Hogar de Cristo ubicado en General Rodríguez y el Hospital Nacional en Red.

### **El CePLA de Mar de Ajó en el Partido de La Costa**

Santiago tiene a su cargo la coordinación de los dos CePLA que la SEDRONAR comenzó a implementar en el Partido de La Costa desde 2014 junto a los gobiernos locales. Para Santiago, en los cinco meses que tiene el CePLA en Mar de Ajó, lograr la regularidad en la asistencia de los pibes es un gran logro. En ese territorio, luego de un comienzo lento y dificultoso, el dispositivo se fortaleció en todos los aspectos, cuestión que ostentan sus integrantes cuando hablan del personal del área que colabora con el dispositivo. "Tenemos psicólogos, psicólogos sociales, trabajadores sociales y hacemos prevención de adicciones, además de trabajar con profesores de teatro, música, estudiantes y referentes barriales", dice Santiago y cuenta que, ahora, hay cerca de cincuenta y cinco chicos de los dos barrios más empobrecidos de Mar de Ajó que asisten allí todos los días, aunque explica que hay otros quince que no son tan regulares y no asisten todas las semanas.

El lunes es el único día que -por consenso entre los pibes y los trabajadores- la casita permanece cerrada. Pero los chicos se acercan igual, van entre veinte o veinticinco. "Si no vengo por acá, estoy al pedo", explica Claudio, uno de los pibes. Esta situación da cuenta de que, a pesar de los pocos meses que tiene de funcionamiento, el CePLA se convirtió en una alternativa en el tiempo libre de los chicos

Las actividades se ordenan en tres ejes: deporte y recreación, cultura, educación y formación, y un cuarto eje, encuentro, que atraviesa transversalmente a los otros tres. "Cuando hacemos fútbol, no lo ligamos a la escolita de fútbol, el objetivo está pensado en la integración. Si vienen

chicos con dificultades para integrarse y relacionarse con el otro, pensamos qué actividades tenemos para sumarlos”, asegura Santiago.

La pregunta por el modelo de intervención es relevante a la hora de comprender los logros del dispositivo. Las respuestas de los funcionarios del área y de los profesionales y operadores coinciden en un mismo punto, que Santiago expresa a su modo: “Hacemos hincapié en un **enfoque de inclusión social e integración**. No hay nadie que los acompañe en su proyecto de vida, entonces la idea es acompañarlos en su curso de oficio o al polideportivo. Independientemente del consumo, no estamos abocados solamente a eso y menos a la sustancia”.

El enfoque, entonces, interviene de manera significativa en la toma de decisiones en todos los niveles institucionales y constituye el sostén de las respuestas a las situaciones de conflicto. En el discurso de los funcionarios del área abundan las referencias a situaciones donde está presente el acceso a la educación y salud. Otra cuestión, quizá más sensible, que también aparece en sus relatos está ligada a la protección frente a las prácticas de violencia institucional contra los jóvenes y adolescentes que están en el dispositivo.

Por eso, los trabajadores entienden que los esfuerzos del CePLA se enmarcan dentro de una estrategia en la que entran otros elementos, como los dispositivos de salud, las instituciones escolares, los programas de inclusión juvenil, entre otros. Las autoridades municipales, por su parte, explican que tuvieron que formalizar esta articulación en un programa, llamado Sobre la Mesa, que una vez al mes reúne a 150 efectores relacionados con juventud, como fiscales, comisarías, comisarías de la mujer, la Dirección de Género, la Dirección de Inclusión Juvenil, el servicio de Acción Social con todas las trabajadoras sociales, el CPA, el CePLA, Salud Mental y ONG's.

### **El CPA, La Granja y el Hospital José Ingenieros de Las Rosas en La Plata**

Las instancias de tratamiento en el territorio consisten en el CPA ubicado en el Hospital José Ingenieros, en 514 y 161, Melchor Romero, partido de La Plata, que ofrece consultorios externos, talleres recreativos y deportivos y articulación con instituciones y organizaciones (por ejemplo, integra la Mesa de Articulación Territorial de Las Rosas). El mismo hospital, más allá del trabajo del CPA, cuenta con consultorios externos de atención primaria de la salud, especialización en psicología y psicopedagogía, consejería pre y post aborto, un espacio de nutrición, talleres artísticos para internados y chicos de la comunidad y consultorías a partir del trabajo territorial.

Además, el abordaje se da desde la Comunidad Terapéutica La Granja, ubicada en 514 y 159, Melchor Romero, partido de La Plata, que también depende de la SADA. Los dispositivos que ofrece La Granja son internaciones, talleres de oficios, recreación, huerta comunitaria, actividades deportivas y articulaciones con instituciones y organizaciones (integra el Equipo de Intervención Comunitaria, el Centro de Integración Barrial y la Mesa de Articulación Territorial de Las Rosas).

#### *La Granja de Las Rosas*

La Granja es un dispositivo de internación que, generalmente, contempla a todos aquellos varones mayores de 18 años que vivan en los partidos de la Región Sanitaria XI (Pilar, Dolores, Tordillos, Castelli, Lezama, Chascomús, Belgrano, General Paz, Brandsen, Cañuelas, San Vicente, San Miguel del Monte, Magdalena, Punta Indio, Presidente Perón y La Plata) y algunas localidades del conurbano.

Funciona desde 1995, cuando el barrio no estaba poblado y era semi rural. Si bien hay lugar para diecisiete varones, en la actualidad hay sólo nueve internados. “En un momento llegó a diecisiete, que es para lo que está pensada La Granja, pero a veces las cuestiones



estructurales nos desbordan. Es una casa que tiene como 20 años, a la que le hace falta mantenimiento. Ahora hay una pieza que está clausurada”, describe Silvina Sanz, psicóloga del CPA que trabaja en el dispositivo.

**El proceso de internación es corto:** hasta seis o nueve meses como máximo, en los que tienen que cocinar y hacerse cargo de su vida cotidiana. Cuando llegan al mes de internación ya empiezan a tener salidas terapéuticas.

Leonardo dice que cayó en La Granja por una suma de cosas: “Nuestras historias de vida pueden ser diferentes pero todos tenemos algunas cosas en común. Cosas que pensábamos que estaban resueltas, con las que convivíamos y que teníamos tapadas abajo de la alfombra. Y un día, explotan”. A Leonardo le quedan seis meses de internación. “Los pibes de acá se vuelven locos por salir, por llamar por teléfono, pero yo no quiero saber nada con el afuera. Tengo una nena, una rusa hermosa, pero desde que me peleé con la madre está todo mal. Además ella me puso una perimetral. Quiero demostrarle a la jueza que estoy recuperado para que me la saque y poder verla”, asegura.

### *El Hospital José Ingenieros*

El fuerte del Hospital José Ingenieros, de Las Rosas, son las consultorías, el trabajo territorial que sostienen en la zona. “Los vecinos prefieren ir al hospitalito que a las salas o al (Hospital Alejandro Korn de Melchor) Romero. Hay más turnos, más medicamentos, más personal para atender”, dice Mariano, docente de FINES en el barrio Las Rosas. Además, el José Ingenieros tiene consultorios externos que dan servicios de enfermería y atención primaria de la salud con una fuerte orientación a la salud sexual y reproductiva. **En el José Ingenieros funciona una de las únicas consejerías pre y post aborto de la ciudad.**

En el barrio se lo conoce como “la salita” o “el hospitalito”, porque los vecinos también están acostumbrados a frecuentar el Hospital Alejandro Korn de Melchor Romero, que queda en la calle 520 y 174 y que también tiene consultorios externos. El José Ingenieros está especializado en psiquiatría y psicopedagogía.

“Hay una línea muy fuerte en salud sexual y reproductiva. Hay médicos generalistas, trabajadoras sociales que vienen como rotantes obligatorios del Romero y trabajamos en obstetricia. Somos alrededor de cuarenta. Las trabajadoras sociales y las psicólogas tienen un espacio de salud mental que este año va a ser por equipos: todos los días va a haber dos profesionales que recepcionen demandas por alguna situación o si un médico o enfermero detecta algo puntual. También está el espacio de crónicos, con una médica de planta y una trabajadora social, donde se piensan estrategias para el abordaje integral de los pacientes. Siempre se trata de que estos espacios estén armados por diferentes disciplinas”, dice Julieta Relli, pediatra.

Los pasantes de la facultad de medicina son los encargados de hacer el Análisis de Situaciones de Salud (ASIS). Eligen un tema a partir de entrevistas o porque advierten que prevalece entre los vecinos. Durante la primera mitad del año lo investigan y, en la segunda, proponen un plan de acción comunitaria. El año pasado empezaron a trabajar con afecciones cardiorrespiratorias hacia el lado del barrio Altos del Sol y terminaron trabajando sobre consumos problemáticos de sustancias. “En realidad hicieron un trabajo sobre factores de riesgo cardiovasculares y el tema adicciones los pasó por arriba”, cuenta Julieta. Dice que fue complicado porque si bien estaba el tema a flor de piel, no se querían involucrar o tenían miedo de hablar.

### **El CPA y la Comunidad Terapéutica de San Martín**

Por problemas derivados del consumo de sustancias, varios jóvenes del barrio La Cárcova se acercan al CPA de San Martín, que es coordinado por el psicólogo Dante Magrotti. A la institución concurren también jóvenes de todas las villas del Partido, por lo que el rango de

acción abarca a 18 barrios. El CPA tiene capacidad para atender entre 40 y 50 pacientes y se brindan tratamientos ambulatorios que, de acuerdo a lo manifestado por sus integrantes, no se centran en la sustancia de consumo sino en la identidad.

Paralelamente, el CPA de San Martín deriva pacientes a una comunidad terapéutica de gestión estatal. La institución tiene capacidad para recibir entre 17 y 19 personas. La variación en la capacidad está condicionada por cuestiones edilicias y por la ejecución de los presupuestos en tiempo y forma, debido a que la administración es mixta: la Municipalidad paga el alimento y la limpieza mientras que el Gobierno provincial paga los sueldos y mantiene la infraestructura. **El régimen de la comunidad es abierto: tanto el ingreso como el egreso son voluntarios, no dependen de medidas judiciales.** La internación tiene un tiempo establecido de entre ocho meses y un año. Ése es el tiempo mínimo que se necesita para llevar adelante una desintoxicación y, sobre todo, generar en el paciente la conciencia de que padece una enfermedad de la que debe curarse.

Durante la internación, los pacientes participan de talleres donde, además de ocupar el tiempo en una actividad recreativa, pueden aprender un oficio que luego les permita conseguir trabajo. En relación a la efectividad del tratamiento, referentes de la comunidad terapéutica plantean: “Cuando todos los elementos que intervienen en la internación/recuperación funcionan correctamente, es raro que el paciente tenga una recaída y regrese a la comunidad. Por lo general, quienes regresan a internarse no han tenido una primera internación óptima, ya sea porque abandonaron antes de tiempo, porque tomaron esa primera internación como un tiempo muerto o porque faltó la contención del círculo afectivo”.

### **El CPA de Chascomús**

En el Centro de Integración Comunitario (CIC) del barrio 30 de Mayo de Chascomús funciona un CPA. El equipo está formado por dos psicólogas que trabajan en el barrio los lunes, martes y miércoles por la mañana. Los jueves y viernes por la tarde atienden en la otra sede del CPA: los consultorios del Hospital Municipal, ubicado en las avenidas Lastra e Hipólito Irigoyen, en el centro de la ciudad.

La psicóloga y coordinadora del CPA, Eugenia Zuccatti, explica que al hospital “va gente de muchísimos barrios porque todavía está instalado como un centro de referencia. Eso no está bien porque se deberían usar las salas periféricas”. “Nosotras somos dos psicólogas, una administrativa y Luis, que es mantenimiento. Somos las únicas dos psicólogas de todo el Partido. Hacemos lo que podemos, y tratamos de hacer lo mejor. Con la implementación de la nueva Ley de Salud Mental avanzamos mucho. Logramos hacer que el hospital aplique la ley en tanto pueda recibir y mantener a los intoxicados, desintoxicarlos y tenerlos hasta que se consiga una camilla en el caso de que sea necesario. Ya no pasa que hacen las derivaciones al Melchor Romero”, cuenta Jimena, psicóloga del CPA, y agrega que, con el cambio en la legislación, su coordinadora debe responder a demandas de salud en general: si hay un caso de una psicosis, sin haber consumo, ella debe responder, “entonces aumentó nuestro trabajo y se nota más que sólo somos dos profesionales”.

El CPA brinda tratamientos ambulatorios individuales y orientaciones a padres y a grupos de proximidad, como pueden ser tíos, novios o amigos. “En algún momento también hemos tenido talleres propios; este año no pero hemos articulado con talleres de la Municipalidad”, dice Eugenia Zuccatti. Además, articulan con diferentes áreas municipales: “Trabajamos con la Dirección de Familia del Área de Servicios Sociales de la Municipalidad. Una vez por mes asistimos a la Mesa Local sobre la Violencia Familiar, una mesa de gestión en la que participan muchas áreas municipales como las direcciones de Familia, Justicia y Educación. Además, como en el equipo no tenemos trabajadores sociales, articulamos con los de la Municipalidad. Hay dos trabajadores sociales por barrio o salita sanitaria y si bien no son parte del equipo del CPA, trabajamos juntos en caso de necesitarlo. También articulamos con el área de salud, con

el hospital y las salas sanitarias y con otras instituciones, como los talleres culturales y deportivos y el área de Producción de la Municipalidad, sobre todo con los programas Jóvenes por más y mejor trabajo y el Envión”, cuenta Eugenia Zuccatti.

### **El CPA y el Centro de Día Terapéutico Padre Galli en el barrio Kennedy en Pergamino**

El equipo del CPA de Pergamino está formado por dos psicólogas y una abogada “porque tenemos muchos judicializados y eso a veces es una traba. Tenemos muchos chicos que caen con la pulsera y la única salida que tienen es el CPA”, cuenta Laura Dueñas, una de sus psicólogas.

Dueñas también dice que están cambiando el abordaje del dispositivo a partir de la nueva Ley de Salud Mental: “Por lo pronto, los ayudamos a que sigan la escuela y que encuentren una salida laboral, que son las únicas herramientas que nos quedan. Pero también queremos dar deportes o algo de arte para que los chicos tengan otra salida, y no nos quedemos sólo en escuchar el dolor y la impotencia. Pero cuesta”.

Paralelamente, el Municipio de Pergamino dispone de una red de trece Centros de Atención Primaria de la Salud (CAPS) en la zona urbana y doce en zona rural. Es el primer nivel de atención en el sistema de salud. Uno de ellos está ubicado en el Barrio Kennedy, en la calle Ricardo Güiraldes y Bailén. Su horario de atención es muy limitado: de 7 a 14 horas. Allí se atienden a alrededor de 15 pacientes por día y los recursos no alcanzan: “Acá no atendemos urgencias porque hay un hospital a diez minutos, pero la sala es el punto de referencia para la gente. Y cada vez tenemos menos cosas. Muchas veces yo traigo medicamentos que me dan los visitantes médicos porque no tenemos los remedios necesarios”, cuenta Roxana Pasaglia, médica a cargo del Centro de Salud del Kennedy. Se realizan controles médicos y una asistente social recorre el barrio. El año pasado, y en conjunto con la Dirección del Centro de Día Terapéutico Padre Galli, se organizó la Campaña de Prevención de Adicciones Descubre la Verdad sobre las Drogas.

El Centro de Día Terapéutico Padre Galli, ubicado en Bv. Padre Galli y Bv. Almafuerte, es un espacio municipal con propósitos terapéuticos y de integración para personas con consumos problemáticos y sus familias. Se propone como una instancia intermedia entre la atención ambulatoria de consultorio y la internación, considerada ésta como el último recurso disponible.

El equipo está conformado por tres psicólogos, un psiquiatra, una psicopedagoga, una licenciada en terapia ocupacional, una trabajadora administrativa y una coordinadora general de los talleres y de eventos. “Trabajamos con el cuerpo, por eso hay un taller de teatro y otro de cocina, que lo pidieron ellos. Y después hay un espacio de juego y esparcimiento, donde pueden jugar con la play station. Y los eventos convocan a miles de personas. En el último hubo 70 puestos de artesanos y pusimos un escenario gigantesco donde tocaron bandas toda la tarde”, cuenta Marcos Carini, director del Centro.

El Centro Padre Galli es municipal pero cuenta con un presupuesto propio que lo destinan a actividades especiales: “Ahora, por ejemplo, vendemos unos cuadros que salieron de un evento. Y la plata se utiliza para cosas extra, como hacer un asado en el parque municipal o ir a Tecnópolis. Está la decisión de que los chicos estén involucrados en el esfuerzo”, agrega Marcos Carini. El director explica que siguen el modelo de reducción de riesgos y daños “porque funciona, es válido y hay que ser tolerante, sino no accedés al paciente”.

### **El CPA y la Unidad Sanitaria en Villa Caracol y Bajo Rondeau en Bahía Blanca**

El CPA de Bahía Blanca cuenta con los siguientes dispositivos: tratamientos ambulatorios, asistencia individual, familiar y grupal, grupos de tabaquismo, de alcoholismo y de orientación para familias y prevención las áreas educativa y comunitaria. Silvia, referente de una ONG del barrio, cuenta que en abril se acercaron las psicólogas de CPA y le propusieron trabajar en

conjunto: “Nos contaron que este año había una bajada fuerte de trabajar comunitariamente, entonces nos empezamos a reunir”.

A 30 kilómetros de la ciudad de Bahía Blanca, en el partido de Coronel Rosales, está la Comunidad Terapéutica de Villa General Arias, que funciona dentro de la órbita provincial. Por lo general, quienes están allí internados provienen de Bahía Blanca y de Punta Alta y son derivados de los CPA locales.

La Unidad Sanitaria de Villa Caracol-Bajo Rondeau ha atravesado momentos sumamente difíciles. En 2013 y luego de una denuncia por una pérdida de gas, se clausuraron las instalaciones y la Unidad, junto con otros programas que allí funcionaban como el Enviñón, tuvo que trasladarse. El equipo se repartió en dos salitas lejanas al barrio. Los profesionales, muchos de ellos en condiciones de precariedad laboral, pudieron regresar a la Unidad después de mucho tiempo, pero el lugar seguía sin cumplir con condiciones mínimas. La sala se volvió a cerrar, el personal fue trasladado nuevamente y sólo quedó la atención de enfermería. Ahora, la Unidad funciona en la capilla del barrio. Algunos trabajadores han vuelto a pesar de que los problemas de infraestructura y precarización laboral no fueron resueltos.

Desde el 2012 y hasta principios de este año, la Secretaría de Salud municipal implementó las Postas de Salud Domiciliaria (PoSaD), un dispositivo de atención y cuidado de la comunidad que consistía en brindar consultas en los hogares. Los equipos estaban compuestos por médicos, enfermeros, trabajadores sociales, psicólogos y promotores de salud. Los habitantes de Bajo Rondeau-Villa Caracol destacan de las Postas que los equipos iban al barrio y conocían dónde y cómo se vive allí, lo que generaba un vínculo cercano. Además, tenían un mejor acceso a los tratamientos.

### **El CPA, el Sector B del hospital municipal y el Espacio Adolescente en Olavarría**

Alejandra Callegih es operadora del CPA de Olavarría y explica que los tratamientos ambulatorios comienzan con espacios grupales, donde se hace la admisión. La primera fase, para el equipo, consiste en lograr la demanda de tratamiento y posibilitar la abstinencia. La integralidad del tratamiento apunta a buscar “el vínculo con el círculo de pertenencia, sumar a la familia y llegar a la adherencia al tratamiento”. Para el CPA, “la internación es el último recurso”.

Actualmente, atienden a alrededor de 40 pacientes que, junto a sus familias, suman entre 120 y 150 personas. Llegan derivados por el servicio local, escuelas, tribunal de familia, centros de día, programas como las Callejeadas o los traen sus familias. Sólo una minoría se acerca de forma espontánea.

Además de la tarea del CPA, Chascomús cuenta con la Red de Salud de la Municipalidad que, en materia de salud mental, dispone de una sala conocida como Sector B en el hospital municipal y con un hospital especializado en salud mental en la localidad de Hinojo.

El Sector B del hospital municipal está destinado a los pacientes en crisis: los cuadros de sobredosis o coma alcohólico se mezclan con los brotes psiquiátricos. En ese sector, los pacientes en crisis “son desintoxicados y estabilizados porque algo hay que hacer, si no te rompen todo, te amenazan, entran los parientes a cagarte a trompadas”, dice un médico.

El Sector B es un tema controversial. Los hospitales públicos “tienen que tener camas para este tipo de casos. Los médicos de la guardia se quejaban porque tenían que bancarse a los enfermos de salud mental o a los internados por adicciones porque van, vienen, entra la familia, fastidian. Los pacientes hacen ruido por todos lados y nadie quiere gastar plata en salud mental. Los judicializados suelen estar esposados y con un policía al lado, y generalmente los oficiales son particularmente perversos y generan la mayor parte de los problemas”, explica un médico.

Dolores Muro es la titular de la Subsecretaría de Familia, Niñez y Adolescencia y cuenta que los casos son evaluados en conjunto entre los equipos de Salud Mental, el CPA y el servicio local. Si se define que es necesaria una internación, “hasta los 14 años van Pediatría y entre los 15 y los 18, al Sector B del hospital. Llegan complicados y se les da cama y no mucho más. Pero queremos modificar eso para que tengan el mismo tratamiento que se da en salud mental de Hinojo. Es decir, que puedan acceder a reuniones, talleres, comidas”.

Por eso, y después de mucho tiempo de debate, hace un año “logramos unificar los dos centros de día en lo que hoy es Espacio Adolescente porque en definitiva, consumieran o no, eran los mismos pibes. Allí se trabaja mucho desde lo afectivo”, dice Dolores Muro.

Además, en materia de prevención, la Subsecretaría realiza las “Callejeadas”, un programa de talleres de hip hop, murga, percusión, danzas, entre otros, para pibes de 10 a 18 años: “El programa tiene 12 años y ahora participan entre 350 y 400 adolescentes”, cuenta la subsecretaria.

En tanto, Espacio Adolescente es un centro de puertas abiertas que funciona de 8 a 16 horas. A la mañana, el equipo va a buscar a los pibes casa por casa y a la tarde los acompaña de vuelta. Durante el día, los chicos pueden elegir entre talleres de películas, deportes y música, costura o huerta. También hay una escuela de adultos. A pesar de que las actividades están programadas, “la jornada se reinventa todo el tiempo de acuerdo con lo que aparece en el día. Si el pibe viene mal, cruzado, hay que ofrecerle otras cosas”, explica Sergio Pérez, su coordinador.

Actualmente participan unos 30 chicos. Y aunque el Espacio está pensado para adolescentes de entre 12 y 18 años, también hay alguno de 10 u 11. En el equipo multidisciplinario no se le da especial importancia al hecho de que consuman o no: “Cuando suben al colectivo entregan los cigarrillos y el encendedor. Pero nosotros no los revisamos. No hay un funcionamiento vigilante. Es un espacio de puertas abiertas. Y los pibes lo cuidan cuando logramos que surja de ellos un sentido de pertenencia”, agrega Sergio Pérez.

### **La Comunidad Terapéutica Cumelen en Olavarría**

Cumelen es una prestadora de servicios del Estado que funciona con un subsidio de la SADA y de la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia bonaerense. La institución es dirigida por Eduardo Vera, quien cuenta que surgió “primero, como un centro de día y luego se constituyó como comunidad terapéutica”. Al comienzo, los pacientes “eran todos de Olavarría. Pero después la misma sociedad fue optando por tapar todo y esos muchachos tuvieron que irse a otro lado, lejos de la ciudad, y los de afuera vienen a Olavarría”.

Eduardo cuenta que antes en Cumelen había jóvenes de 25 años en adelante, porque la edad de inicio de consumo rondaba los 17 años, “pero los que tenemos hoy se iniciaron entre los 5 y 7 años. **Tenemos a la cuarta generación de una misma familia consumidora.** Un chico que empieza a consumir a esa edad, lo hace porque todos consumen. Por eso **no podemos hablar de reinserción, hay que hablar de inclusión. El problema de las drogas pasa a un segundo plano, el consumo es lo menos importante.** Nosotros para el Estado terminamos siendo una alternativa a los institutos juveniles, y ése no era el objetivo”.

En la actualidad, 35 adolescentes de 14 a 18 años forman parte de la comunidad terapéutica, donde pueden cursar sus estudios: el año pasado 22 chicos terminaron la primaria y ahora están empezando la secundaria. Además, Cumelen tiene un convenio con la escuela de formación laboral 403, a través del que dictan talleres de carpintería, electricidad de obra y tallado de piedra.

En la comunidad se brindan consultorías, asistencia médica, terapia de convivencia, técnica de grupos educativos, grupos de reflexión, de laborterapia y de autoayuda para pacientes y

familiares. El equipo está formado por dos psiquiatras, un médico clínico, cuatro psicólogos, un trabajador social, un nutricionista, ocho operadores socioterapéuticos, dos profesores de educación física y talleristas. Los tratamientos duran, en promedio, un año.

En Olavarría, muchos cuestionan duramente a la única comunidad terapéutica con modalidad residencial en la ciudad: “Cumelen es una institución tumbera, en la que todos los internados son de Buenos Aires. Hay mucha violencia adentro, se golpean, se roban las cosas, en una lógica carcelaria”, asegura un psicólogo de Olavarría. Y un trabajador social agrega: “Conocí a alguien que había estado adentro y salió horrorizado, a pesar de que había estado en la cárcel y conocía muy bien los códigos tumberos. Me dijo que ahí era mucho peor”.

En la ciudad se siguen recordando las míticas y terribles “cacerías” de jóvenes que se escapaban de Cumelen. Un ex trabajador municipal cuenta: “Veíamos desde uno de los centros de día municipal cómo los perseguían en camionetas. Era durísimo porque era literalmente una cacería”. Eduardo lo reconoce: “Los salíamos a buscar como fuese. Nos presionaban mucho. Tuvimos incluso un intento de motín en aquel momento. Pero después hicimos mucha autocrítica”.

### **El CPA de San Justo al que no llegan los chicos de Puerta de Hierro en La Matanza**

El caso del barrio Puerta de Hierro de Isidro Casanova, en La Matanza, es paradójico porque si bien hay un alto consumo de pasta base y otras sustancias y los *paqueros* o *fisuras* son parte del paisaje, en el CPA de San Justo, que contempla al barrio por su ubicación, los profesionales aseguran que no hay registro de que allí concurren chicos del barrio.

Aun así, los profesionales están al tanto de los modos en que se da el consumo en ese territorio, pero aseguran que su misma complejidad y dinámica los aleja del dispositivo. “Realmente hay un espectro variado de consumos. Algunos consumen sólo marihuana diariamente, otros consumen marihuana, cocaína, pastillas e inhalan pegamento. Otros, pastillas con alcohol. Hay muchos consumidores de paco pero no vienen acá, realmente los que llegan acá son otros. Y no es que no hayan cometido un delito, sino que no resisten, no pueden responder ni a un juez que los quiera llamar, ni a una madre que los quiera traer, ni nada. Esos no llegan acá”, dice Daniel, uno de los psicólogos del CPA.

En la institución tampoco tienen registro de que reciban atención médica en otros espacios, y observan que **el contacto con el CPA se da una vez que fueron institucionalizados a raíz de su contacto con hechos delictivos**, plantea Patricia Estévez, coordinadora de la institución.

### **Programa de Prevención y Asistencia en Adicciones de Tigre**

En Tigre hay dos instancias de abordaje: el CPA ubicado en Ombú 2822, Don Torcuato, y el programa de Prevención y Atención de Adicciones que funciona en Maipú 257, Tigre centro, coordinado por la Subsecretaría de Política Sanitaria municipal. Como el programa queda más cerca de Garrote (territorio relevado en la presente investigación), es allí donde se acercan los habitantes del barrio.

Este programa ofrece tratamientos ambulatorios individuales, un espacio grupal para pacientes alcohólicos, un espacio de orientación para personas en situación de consumo reticentes a comenzar un tratamiento y para las familiares de pacientes. Además, articula con espacios comunitarios y con los Centros de Atención Familiar y de Salud (CAFyS), conocidos como las “salitas”.

El dispositivo trabaja desde la perspectiva de reducción de riesgos y daños y apunta a un abordaje integral de la salud. Y si bien aparece muchas veces la demanda de internación (por lo general desde la familia y no desde el paciente), la admisión a una comunidad terapéutica no es

la primera opción de tratamiento: “Las internaciones no son pensadas como la primera alternativa de abordaje, aunque sí son necesarias en algunos casos. Si evaluamos que hay una ausencia de límites y los excesos del consumo no están regulados bajo alguna modalidad, el tratamiento ambulatorio a veces no es el apropiado. Cada caso tiene su particularidad, y nuestra apuesta está en ser capaces de poder leer en él sus condiciones propias de presentación”.

## **Experiencias de abordaje comunitario**

### **El programa integral Hogar de Cristo**

El Hogar de Cristo es un programa integral de abordaje territorial a favor de la inclusión social en barrios vulnerables que surgió en 2008 por iniciativa de la Vicaría de los curas villeros de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (creada por el hoy Papa Francisco), que actualmente se está extendiendo al conurbano bonaerense. El Hurtado, el Don Bosco y el Mugica fueron los primeros Centros Barriales del Hogar de Cristo, pero este año se fueron consolidando otros en Lomas de Zamora, Laferrere, el Gauchito Gil en José León Suárez con el Padre Pepe, el Buen Samaritano en Villa Palito con el Padre Bachi, el Juan Pablo II con el Padre Pedro y el San José en Flores. Simultáneamente, en el interior del país se están formando otros en Concordia, Salta, Bahía Blanca y el Centro Nazareth en Gualeguaychú.

El objetivo que tienen en común todos los dispositivos es vivir una forma diferente de ser Iglesia y, a la vez, promover la salud, prevenir la violencia y el uso problemático de sustancias psicoactivas, facilitando el acceso y sostenimiento de tratamientos adecuados, así como también la reinserción social de jóvenes vulnerables y vulnerados.

**El Hogar de Cristo se constituye como un programa de inclusión y acompañamiento integral a los jóvenes con consumos problemáticos.** “La mayor virtud de este programa es la libertad que tiene el individuo de elegir estar acá. Todos los chicos que vienen al Centro tienen la puerta abierta, nos basamos en el autodiagnóstico y la aceptación que cada uno tiene de su problema. Los pibes que siguen viniendo entienden que tienen un problema y quieren trabajar para recuperarse”, explica Marcos, director del centro Gauchito Gil. A partir de ahí, las personas que lo deseen pueden iniciar un proceso más amplio de recuperación a través de los distintos dispositivos disponibles, como las granjas Hogar Madre Teresa y San Miguel Arcángel, ambas de General Rodríguez.

**En los centros barriales se brinda apoyo en el sostenimiento a un tratamiento personalizado a lo largo del tiempo,** desde donde se parte y a donde se vuelve después de las diferentes propuestas terapéuticas. **Desde ellos se articula con todos los programas y efectores de los organismos del Estado** intentando mediar para facilitar y favorecer el acceso a los mismos. Allí, las personas pueden ir a pasar el día, comer, desayunar, merendar, hacer deporte, terapia y construir proyectos de vida.

A los chicos que están muy involucrados de entrada y presentan criterios de riesgo para sí o para terceros, se les ofrece una internación, que se gestiona a través de la SEDRONAR o del Hospital Nacional en Red. En el caso de la SEDRONAR, las comunidades terapéuticas suelen ser instituciones psiquiátricas cerradas para pacientes duales, aunque no suele haber muchas vacantes. También se articula con otras instituciones privadas conveniadas con la Secretaría: en ese caso, hay múltiples situaciones ya que algunas son poco flexibles y no ofrecen demasiada contención a los chicos, mientras que otras son más acogedoras.

En cuanto al Hospital Nacional en Red, el dispositivo cuenta con un espacio amplio, con pabellones remodelados que poseen habitaciones con capacidad para dos, tres y cuatro personas, un comedor con amplias comodidades, un equipo de profesionales integrado por psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, talleristas y terapeutas ocupacionales, entre otros. Este tipo de instituciones es bastante efectivo para el tratamiento: si bien es un hospital de salud

mental y de acuerdo a la nueva Ley de Salud Mental los que ingresan lo hacen por propia voluntad, el Hospital Nacional en Red es un lugar que los contiene bastante.

### **El Hogar El Buen Samaritano de Villa Palito en La Matanza**

El centro de internación en adicciones El Buen Samaritano, ubicado en el Barrio Almafuerde - más conocido como Villa Palito-, en La Matanza, tiene un carácter distintivo a otros centros de atención en adicciones, ya que **se encuentra inserto en la comunidad a la que asiste y, además, los operadores terapéuticos que forman parte del dispositivo son vecinos del barrio** que, por lo general, han atravesado un tratamiento en la misma institución y luego se capacitaron para ejercer ese rol. En este sentido, el dispositivo constituye una respuesta generada por los vecinos del mismo territorio a los problemas de consumo de sustancias que fueron detectando a lo largo del tiempo.

El Hogar se creó en 2008 como un centro asistencial para personas consumidoras de pasta base de cocaína por impulso de la parroquia del barrio que, a partir del tendido de redes comunitarias, detectó que los consumos problemáticos eran uno de los principales conflictos emergentes en el territorio. Luego, amplió sus objetivos para convertirse en un centro de contención y desintoxicación. Su modalidad de tratamiento es de **internación a puertas abiertas**: las personas ingresan por su propia voluntad y pueden retirarse cuando así lo deseen. Cuenta con capacidad para 26 personas y está destinado a hombres de entre 16 y 35 años, aunque la edad no es un requisito excluyente.

El director y fundador de la institución es el Padre Bachi, un sacerdote que vive en el barrio y que se convirtió en un referente local a partir de su fuerte presencia territorial. Asimismo, el Hogar cuenta con dos coordinadoras, Clara y Laura, quien es psicóloga social. Las actividades de los pacientes son coordinadas por diez operadores socio-terapéuticos y por diversos talleristas. Los operadores rotan cada cinco horas y siempre hay dos presentes en la institución por cada turno. Su función es acompañar a los jóvenes internados y coordinar las tareas cotidianas.

El Hogar no cuenta con profesionales de salud mental pero se incluyen tratamientos psicológicos o psiquiátricos a partir de la articulación con la red sanitaria local (CPA, hospitales zonales). Esta característica de **trabajo en red y articulación con otros dispositivos** se encuentra profundamente vinculada a la historia del barrio. Producto de la necesidad de cambio, **fueron los propios vecinos quienes históricamente se organizaron para garantizar las condiciones de posibilidad de la urbanización y reclamar al Estado una política en este sentido**. Se trata, entonces, de un mecanismo arraigado en la comunidad, donde hay referentes detectados y visibles, división del trabajo y comunicación entre distintos sectores.

Dentro de la casa, se realizan diversas actividades y talleres y los chicos que forman parte del dispositivo pueden asistir al centro de formación profesional adyacente al Hogar según sus intereses y elecciones. Asimismo, algunos cursan sus estudios primarios o secundarios a través de la coordinación con el plan FINES que funciona allí. Existen además grupos terapéuticos, de convivencia y el grupo GABA (Grupo de Autoayuda Bonaerense en Adicciones) que es coordinado por un operador del CPA. El tratamiento está dividido en cuatro fases de acuerdo al momento y evolución de la situación de cada participante, lo que pauta objetivos a cumplir. La fase inicial tiene como objetivos la desintoxicación y el cumplimiento de un período de abstinencia; la segunda busca la revinculación familiar; la tercera persigue la reinserción laboral; y en la cuarta etapa se va encaminando el proceso de alta.

### **El Centro Barrial Gauchito Gil de La Cárcova en San Martín**

El Padre José María "Pepe" Di Paola, en su labor de misionero, se instaló en la villa La Cárcova en marzo de 2013. Levantada sobre basurales, esa villa toma el nombre de una de las calles que marcan su límite y responde al apellido del pintor argentino Ernesto de la Cárcova, cuya



obra más conocida, paradójicamente, es Sin pan y sin trabajo, un óleo que muestra la impotencia de una familia pobre. En mayo de 2013, Di Paola fundó en el territorio el Centro Barrial Gauchito Gil como parte de los dispositivos del Hogar de Cristo.

El Centro trabaja con un programa de inclusión y acompañamiento integral para jóvenes adictos. "Buscamos que los chicos que quieran recuperarse tengan a mano una posibilidad para hacerlo", dice el Padre Pepe.

Actualmente, entre empleados y colaboradores, en el Centro trabajan diez personas, de las cuales dos son psicólogas y una es trabajadora social. Reciben un promedio de 80 chicos por día y articulan principalmente con la parroquia, los Centros de Salud y Acción Comunitaria (CeSAC) de la zona y la sede del Servicio Local de José León Suárez, entre otros dispositivos.

Los principales objetivos del Centro son generar en las personas que allí recurren una esperanza de vida digna nunca antes considerada, cambiar la visión que el sujeto tiene de sus posibilidades para ampliarlas hasta que se reconozca capaz de alcanzar metas como vivienda, trabajo y educación dignos y brindar un espacio concreto y tangible que permita el acercamiento a la vida de los niños/as y jóvenes para ofrecerles un lugar que dé inicio al proceso de recuperación e inclusión social en caso de consumos problemáticos de sustancias. En ese sentido, **se tiende a un trabajo individual pero también colectivo desde la espiritualidad que contribuya a generar cambios en sus prácticas que favorezcan el abandono del consumo y propicien un cuidado integral**. Asimismo, se promueve que quienes están atravesando ese proceso de rehabilitación puedan generar un relato a partir de sus historias personales que sean inspiradores para otros pares que empiezan a transitar el mismo camino.

### **La Granja-Hogar Madre Teresa de Calcuta de General Rodríguez**

Cuando el Hogar de Cristo comenzó a funcionar, a los centros barriales iban llegando familias enteras, muchas veces, con los hijos pequeños de los usuarios. Cuando se empezó a trabajar con las mujeres y sus hijos desde el dispositivo, se detectó que se mezclaban varias problemáticas porque, por un lado, no se podía hacer prevención y promoción con los grupos familiares y, por el otro, las internaciones con las chicas usuarias se complicaban porque no podían llevar a sus hijos chiquitos.

Entonces, el Hogar Madre Teresa, ubicado en General Rodríguez, surgió como un espacio para que las chicas que tengan o hayan tenido problemas con el consumo de sustancias o estén en situación de vulnerabilidad social puedan estar allí con sus hijos para brindarles alojamiento y acompañamiento y, así, armar un plan de vida más centrado en sus potencialidades que en el consumo y la adicción. La idea fue y es acompañar la crianza, tratar de prevenir formas poco saludables de maternidad y acompañar esos procesos para favorecer el desarrollo saludable tanto de los niños como de las madres. Desde este dispositivo, entonces, se busca que las madres descubran potencialidades propias en otros ámbitos como los talleres, los emprendimientos socio-productivos, el estudio y la terminalidad educativa, la elección de una profesión o ser referentes/educadoras pares o ex-pares para que se den cuenta de que la realidad puede ser algo diferente al consumo.

Para las mujeres que se alojan en Madre Teresa, los procesos terapéuticos y los tratamientos tienen que ser por afuera de la institución para no caer en lo endogámico y no superponer roles. Desde el Hogar se trata de acompañarlos, facilitarlos y fomentarlos, por ejemplo, a partir de los hospitales, las salitas barriales o el ex CeNaReSo para que tengan vínculo con los profesionales pero en un espacio privado para ellas.

La organización en este Hogar es bastante democrática: las chicas toman decisiones y colaboran en la organización diaria, incluso, desde el presupuesto que se maneja y que se implementa una vez que se definen las prioridades entre todos. En ese sentido, se busca

establecer propuestas de actividades de esparcimiento, talleres y cursos, y se fomenta que ellas mismas propongan y generen acciones por las cuales se responsabilicen.

### **La Granja San Miguel Arcángel de General Rodríguez**

El proyecto Granja San Miguel Arcángel, inaugurado en agosto de 2012, se encuadra dentro del programa Hogar de Cristo y surgió con tres propósitos: una granja de recuperación, el programa Casitas Amigables y el camping Virgen de Luján.

El predio se encuentra en la localidad de General Rodríguez y cuenta con un terreno de 12 hectáreas organizadas en distintos sectores: uno, destinado a las instalaciones edilicias, parque y patio; otra zona donde se plantan árboles frutales para el futuro microemprendimiento de dulces; una huerta orgánica y viveros; otra área donde se crían animales de campo; el sector del camping Escuela de Vida para chicos y adolescentes de distintas villas de emergencia; otro sector destinado al deporte y la recreación; y otro, a las Casitas Amigables.

La ejecución del proyecto es coordinada por sacerdotes de las villas, grupos de hombres que viven en barrios obreros y voluntarios. Sin embargo, los protagonistas directos de la puesta en marcha de este lugar son los mismos jóvenes que se han recuperado del consumo y que brindan un servicio como operadores/referentes pares. Estos jóvenes viven en el lugar y están trabajando día a día con el equipo técnico del dispositivo. Además, se cuenta con un equipo coordinador que está conformado por sacerdotes, voluntarios, psicólogos y psiquiatras.

En la granja de recuperación, el objetivo es acompañar a jóvenes de las villas que presentan consumos problemáticos y vienen transitando un camino de recuperación desde las sedes de los centros barriales. En esta segunda etapa lo continúan y profundizan, lo que requiere de un gran esfuerzo. Durante este período se busca tomar distancia del barrio para que los jóvenes puedan elaborar su proyecto de vida en el marco de la vida comunitaria. El plan de recuperación se arma y se organiza desde el centro barrial desde el que ingresa cada chico, dado que la granja es una herramienta más para acompañar ese plan.

Muchos de los jóvenes que están haciendo el tratamiento de recuperación no pueden volver al lugar donde residían originalmente y, buscando dar una respuesta concreta a esta situación, surgió la idea de las Casitas Amigables, el sector del dispositivo en el que conviven de a dos o tres jóvenes para que puedan hacer pie frente a uno de los graves problemas-desafíos para una real inclusión de quienes transitan estos procesos: la cuestión habitacional. Si bien en esta etapa la libertad es mayor, existe también un marco para acompañarlos desde el dispositivo. En estas casas, cada joven o adulto va realizando su proyecto de vida: trabajan fuera de la granja y, al finalizar el día, regresan a dormir allí. Esto les facilita un lugar de contención, un marco de horario, un resguardo respecto al consumo. Además, siguen participando de grupos terapéuticos, continúan sus tratamientos psicológicos o psiquiátricos y están acompañados por el equipo.

### **La Casita de La Paz en Quilmes**

La Casita es un lugar clave en el barrio La Paz, en Quilmes, que depende de la Iglesia. Es el punto de encuentro de los jóvenes de la zona, donde pueden pasar el tiempo, almorzar y cenar. Los chicos *paran* allí, comparten un espacio cotidiano e integrador y adquieren un sentimiento de pertenencia. Acuden de manera casi inmediata, ni bien La Casita abre sus puertas. El padre Diego define al sitio como un segundo hogar: un lugar que intenta funcionar como una familia, con un adulto que observa y que, a diferencia de lo que suele suceder en las familias del barrio, está presente.

Años atrás, los jóvenes se encontraban en la Iglesia, pero por las quejas de la comunidad tuvieron que mudarse enfrente, a la casa que les dio el Obispado de Quilmes. “La misma gente de la parroquia no los quería mucho porque ellos tenían mala reputación, entonces los

cambiaron al frente. Son personas mayores, tienen miedo. Si los chicos están en la esquina ya son malos. Cuando se va la pelota al lado o hay ruido, si pasa algo en el barrio, todo es culpa de los chicos de La Casita”, dice una de las cocineras.

En La Casita suelen participar entre cuarenta y cincuenta pibes en distintos momentos del día. Hace algún tiempo también fue la sede del FINES, pero debido a la falta de éxito en las inscripciones tuvieron que cerrar el programa.

A la hora de definir las reglas de funcionamiento, Ada, la encargada general de La Casita, dice: “Hay de todos los niveles y edades. Chicos que no tienen papás, que sufren. A veces hay algunos que ni el nombre conocés... ellos saben que acá se tienen que portar bien: no droga, no armas, nada de eso. Entonces vas controlando”.

Gastón vive en La Paz y hace menos de dos años que va a La Casita, “desde que vino el Padre Diego, un poco antes. Al principio nos re cagamos a piñas ahí entre los saqueítos y después, corte que pegamos onda... y bueno, somos La Casita. Yo en un principio no iba y mi primo me dijo que fuéramos, que estaba piola. Porque antes estábamos casi todo el tiempo en la calle y ahora como que estamos ahí adentro y estamos más tranquilo. Mi mamá también me dice que prefiere que esté ahí”, cuenta.

Para Fede, que vive en La Matera, La Casita es un lugar de *rescate*: “Te rescata un toque. Porque ponete que si no estuviera acá, andaría por allá -dice señalando para el lado de la Matera-, andá a saber qué estaría haciendo. Capaz que estaría escabiando”.

### **El proyecto de un CePLA como alternativa de abordaje comunitario en La Cárcova**

En La Cárcova se está trabajando junto a la SEDRONAR en la creación de un CePLA, un espacio de recreación y capacitación donde los jóvenes puedan desarrollar actividades culturales y deportivas. El objetivo final es tejer una red de contención que se conforme como una alternativa a los espacios de socialización establecidos por quienes comercian drogas.

En el barrio se presenta una tensión entre la presencia del Estado a través de sus políticas públicas en el territorio y la efectiva inclusión de los jóvenes y la población en general a dichos espacios. En ese contexto complejo, la alternativa que han encontrado algunos vecinos de La Cárcova es generar redes sociales propias que permitan pensar a fondo la realidad del barrio. El Club Social y Deportivo La Cárcova, fundado en 2012, tiene como objetivo la construcción de una identidad barrial que no reniegue de la categoría de lo villero y a partir de la cual los jóvenes puedan construir proyectos de mediano y largo plazo para sus propias vidas y, por ende, para la de la comunidad. El club surgió como iniciativa de Valentín, un vecino que pensó en ese espacio para enganchar a los pibes con el deporte para luego fomentar el estudio y el trabajo, para que conozcan otras alternativas a las de trabajar en el CEAMSE o cuidarle la cuadra a un *transa*.

El club no tiene sede pero la tendrá cuando se termine de construir el CePLA en un terreno ubicado entre el barrio y el camino del Buen Ayre, un proyecto que surgió a partir de la firma de un convenio entre el club y la SEDRONAR, el 27 de septiembre de 2014. Allí habrá canchas y aulas que serán administradas conjuntamente. En paralelo y con la ayuda de la ONG Ingenieros Sin Fronteras, se está construyendo una carpintería de aluminio donde se desarrollará la enseñanza de ese oficio.

En la actualidad, la principal actividad del club se desarrolla los fines de semana en el campo en el que se construirá el CePLA. En ese terreno, que es el único espacio verde que tienen los vecinos, se reúnen hasta 200 personas cada sábado y domingo. Valentín aprovecha para organizar partidos de fútbol con pibes de entre 6 y 16 años.

**Otras formas de zafar: música, deportes, religión,  
familia**



La música, los deportes, la militancia y la religión, así como otras alternativas donde los jóvenes pueden desarrollar sus habilidades, son espacios que los habilitan y por sobre todo los incluyen porque permiten generar lazos sociales que los aleja del consumo de sustancias.

Durante el trabajo de campo, estos espacios fueron revalorizados por los jóvenes como lugares donde construyen vínculos y, en ese sentido, los entienden como una forma de *rescatarse* o de *zafar* de situaciones problemáticas de consumo. Ello es posible debido a que en los mencionados espacios se produce una restitución del lazo social que se encontraba dañado y, en la misma línea, les da la posibilidad de construir un proyecto de vida.

A su vez, aportan claves para pensar en la recreación de lógicas de comunidad: ante la fragmentación al interior del barrio como un primer espacio comunitario, otros espacios habilitan el funcionamiento de comunidades. Son lugares donde se construye referencia, intereses compartidos, redes vinculares y solidaridades y, por ende, mayores niveles de inclusión. Lo mencionado fortalece la hipótesis de que los espacios/comunidades religiosas, políticas, deportivas y musicales aportan a la restitución del lazo social habilitando horizontes donde los jóvenes pueden tomar la palabra -cantar, dar un sermón o clases de apoyo escolar- y proyectarse a futuro.

Esa idea se plasmará en la historia de Pablo, del barrio Garrote (Tigre), que dejó de consumir pegamento y cocaína porque la música le “cambió la vida” al darle un espacio de pertenencia y de construcción de identidad que se revela a través de las letras de sus canciones de hip hop. “Si robaba fue por necesidad, era guacho y trabajo no me iban a dar”, canta para contrastar que la música y la generación de un proyecto propio fueron una alternativa ante su consumo problemático. Para Gastón, de La Paz (Quilmes), la música también es una manera de reafirmarse para desandar el estigma de “ser villero” e identificarse con las ideas plasmadas en las letras de las canciones que escribe.

En otros casos, como el de Ciro “El Temible” a través del kick boxing o el de Lucas con el fútbol, el deporte fue el *rebusque* por donde explotar las oportunidades que el propio barrio y la biografía personal y familiar no les habían brindado. Algo similar le pasó a Felipe cuando empezó a predicar en la iglesia evangélica del barrio y a entender que su voz y lo que tenía para transmitir tenía mucho valor para sus pares y que le permitía tender puentes y redes donde antes no había. A Andrés, una fractura resultado de una pelea en el barrio lo fue alejando del consumo, y a partir de su contacto con un programa laboral nacional encontró que la militancia política le podía dar muchas más satisfacciones. “Es una nueva vida”, celebra y mientras disfruta de viendo cómo su trabajo social en el barrio le empezó a abrir otras puertas y a ayudarlo a sentirse cada vez más importante.

Otras alternativas que los jóvenes consideran a la hora de pensar en cómo proyectar a futuro tienen que ver con la construcción de un ámbito familiar propio que les de contención.

**Varios de estos jóvenes intentaron realizar un tratamiento en espacios tradicionales de asistencia y no les funcionó, pero encontraron en espacios alternativos un lugar que les permitió disminuir o incluso alejarse de situaciones problemáticas de consumo de sustancias.**

Éstas son sólo algunas historias de centenares que se pueden hallar en los barrios y que habilitan a pensar en espacios alternativos para que los jóvenes, que muchas veces quedaron por fuera del sistema escolar, que viven constantes situaciones de precariedad laboral, que están insertos en contextos donde se despliegan distintas violencias y se encuentran atravesados por el consumo de sustancias, encuentren otras formas de *zafar*.

## La música

Pablo se sube al escenario junto a sus tres compañeros de banda para cantarle sus historias a 120 mil personas. Con el corazón en la garganta. Ellos son Trap Villero y junto a Ataque 77, Estelares, Las Pelotas y Catupecu Machu formaron parte del *line up* de la edición de mayo del Festival Rockea, en La Matanza. Allí, el público escuchó “Nos miran mal”, uno de los temas de su primer disco:

“Porque somos de un barrio bajo/de arriba a abajo/nos miran mal/Yo soy de un barrio marginal/desde chico en la calle me tuve que criar/solo con mi hermano, fumando y escuchando rap/Si robaba fue por necesidad/era guacho y trabajo no me iban a dar”

Pablo vive en “el fondo” de Garrote, en Tigre. Tiene 23 años y hace ocho meses cambió el poxirrán y la cocaína por el hip hop: “La música me cambió la vida”, sentencia. Pablo vivía de gira, “andaba re drogado, no me importaba nada”, cuenta. Su hermano mayor, que tenía una banda con dos amigos, estaba preocupado, lo veía mal y lo quería ayudar. Por eso lo invitaba a los ensayos, pero Pablo no quería saber nada: “Ellos se ponían a practicar pero yo estaba re perdido. Ellos fuman fasito nomás, yo tomaba toda la gilada. Me decían que me acercara, que me juntara con ellos. A mí no me importaba nada”.

Los días de gira se terminaron cuando, hace un año, intentó suicidarse en su casa. Su hermano, que vive al lado, logró frenarlo y lo convenció para que fuera a la salita a hablar con un psicólogo. Pablo aceptó, fue un par de veces pero dice que no le sirvió: “Vos decís lo que te pasa y qué hacen: te dan recetas para pastillas, te medican al toque. No está el apoyo del día a día, entonces es peor”.

Pablo no siguió el tratamiento pero se sumó al grupo de hip hop: “Lo reclutamos, lo trajimos a la banda y lo rescatamos. La música nos puede rescatar a todos”, afirma su hermano. Para Pablo, la clave está en “tener la mente ocupada y saber bien lo que querés hacer”.

Trap Villero ya editó su primer disco y lo presentó primero en la canchita de Garrote y luego en diversos escenarios, como el Festival Rockea. “Las letras son todas nuestras, contamos las historias que pasan todos los días en el barrio”. En la letra que rapea Pablo más arriba, así como también se verá luego con Gastón, se despliega una estrategia de construcción identitaria donde hay un “nosotros” del barrio marginal, que se tuvo que criar en la calle, y “otros” que lo miran mal. “Las letras van trazando un mapa de prototipos con los que se guardan relaciones de mayor cercanía o alejamiento. Pero además, el posicionamiento del relator con estas figuras va evidenciando el lugar de identificación del propio grupo” (Míguez 2006: 39).

“Los chicos de acá nos escuchan todos”, dice Pablo con orgullo. Durante unos meses, la banda organizó un merendero en su casa: “La idea la tuvimos siempre porque nosotros, de pibitos, teníamos que ir a un merendero. Hay chicos que son las 3, 4 de la tarde y no se tomaron ni un vaso de leche. Entonces les preparábamos la merienda y nos quedábamos con ellos, charlábamos sobre música, le dedicábamos tiempo”. El proyecto quedó trunco cuando el político que los ayudaba no les brindó más recursos. Sin embargo, la banda quiere ir por más: ahora sueña con armar un centro cultural en Garrote.

\*\*

Gastón escribe canciones en las que habla de lo que pasa en La Paz, su barrio en Quilmes. Cuenta que empezó a escuchar rap hace dos años y eso lo llevó a buscar bases instrumentales para ponerles letra: “Trato de salir adelante con la música, por más que me critiquen. Recién arranco, empecé escuchando rap y hip hop y después me puse a buscar

instrumentales para cantar y subir los videos a Internet, todas esas cosas. Las letras las hago yo, hablo sobre el barrio, el amor, la droga... lo que se vive en el día a día”.

“Les molesta mi lenguaje villero y callejero/me miran con asco/pero todo eso a mí me chupa un huevo/Salgo a la calle a diario/y aunque no suba al escenario/yo canto en mi barrio”

Las letras de Gastón y de Pablo ponen en juego el estigma de vivir en un barrio marginal, donde te miran con asco por ser villero, y lo convierten en un medio desde donde crear e identificarse con un estilo musical.

Pablo dice que no le interesa la fama. Cuenta que los de La Piedra Urbana, una banda de cumbia de La Paz reconocida en la escena tropical, lo invitaron a tocar con ellos pero él no quiso: “No lo hice porque ellos hacen cumbia y yo, rap. Yo no quiero fama, lo que quiero es salir adelante y conseguir algo de plata por algo bueno. Ahora conseguimos un estudio cerca de la plaza de Solano, nos cobran 500 pesos para hacer un tema. La movida está en juntar la plata y de alguna manera hacerlo porque sabemos que si un tema se hace conocido, la pegás. Pero pagar 500 pesos es muy caro, no alcanza la plata y gastarla en un tema... con eso, podemos comprar mercadería para dos o tres semanas”.

La diferencia que marca Gastón entre los que hacen cumbia y él que hace rap está vinculada al lugar de pertenencia donde se ubican unos y otros: “La elaboración de un gusto musical y su combinación con un tipo de atuendo, gestualidad y corporeidad -la constitución de un `estilo´- son mecanismos recurrentes mediante los cuales los jóvenes (y no solamente ellos) elaboran situacionalmente su pertenencia social” (*ibid* 35).

## Los deportes

Cuando se cortó la luz en Melchor Romero, a Jorge se le quemaron dos equipos de música, la computadora y el aire acondicionado. Dice que está acostumbrado, que le pasa seguido porque en el barrio no hay una conexión de luz que aguante a tanta gente colgada. La de Jorge es una academia privada de artes marciales y kick boxing que tiene cerca de ocho mil alumnos en todo el país. “Nosotros tenemos apoyo de varias mineras del sur”, explica.

En La Plata tiene cuatro sedes. Jorge cuenta que en una de ellas, a través de un convenio con la Municipalidad, tiene un horario a la tarde para que vayan gratis los que trabajan en las cuadrillas de limpieza. A él sólo le pagan el sueldo del profesor. También tiene otros profesores que se hacen cargo del piso de arriba del local, donde dan gimnasia para niños y grandes. “Esos pibes eran alumnos míos, yo los formé y ahora ya pueden trabajar. Está bueno porque me desentiendo de eso”. La academia está en 147 y 32, en la entrada al barrio Malvinas. Queda bastante más cerca de La Plata que del barrio Las Rosas: “En Santa Ana y Las Rosas soy yo”, dice Jorge para explicar que lo conocen todos.

A las 8 de la noche la academia explota. Es un local chico, hay un circuito de bolsas, sogas, cintas y un ring en el medio. En el 2014, una de las sedes de la academia de Jorge estaba en el Centro Social Pereyra Rossi, el local que el Movimiento Evita tiene en Las Rosas. Pero este año ya no funciona; ahora hay clases de taekwondo dos veces por semana, que forman parte de la propuesta que el Evita tiene con Deportes Barriales en Crecimiento, una ONG que organiza talleres deportivos para chicos de entre 4 y 12 años.

Cuando un pibe consigue un cinturón, Jorge organiza un asado en el patio de la academia para festejar. El que se ganó el cinturón pasa al frente y en ronda, cada alumno de la escuela le dice alguna palabra al homenajeado sobre por qué se merece el galardón. “A mí me gusta el cojudo porque no afloja, porque siempre está ahí”, le dijo uno a “El Temible”.

Ciro "El Temible" es alumno de Jorge y tiene 18 años. Hace poco peleó por su título de semi profesional en La Gran Batalla, el evento que la academia organiza dos veces al año para defender los títulos en el Club Platense. Ciro tiene una hija de 2 años y vive en Romero con su mujer. Se juntaron cuando él dejó la escuela, a los 14. "No me gustaba y como había empezado a entrenar, me empezó a gustar cada vez más entrenar y no tanto ir a la escuela", dice.

Ciro es albañil y todos los días, cuando sale de trabajar a las 6 de la tarde, va para la academia. A las 7 da clases: Jorge le deja usar el piso de arriba para tener sus propios alumnos, chicos como él. Después se queda entrenando un rato. Ya compitió 85 veces, sólo 20 fueron dentro del circuito profesional: "Muchas peleas fueron de las clandestinas, yo me subía a pelear con mayores siendo menor para poder entrenar, para poder ganarles", explica.

\*\*

Lucas pisa la pelota. Pasa uno de largo y el que viene atrás se le tira a los pies. Logra levantar la bocha y lo salta. La toca rápido. Los pibes del Molino se inclinan hacia adelante, saben que algo mágico va a pasar. Dos pases cortos, certeros. Joaquín le devuelve una pared. Instintivamente le tira un caño al defensor y queda solo. En un movimiento desparrama al arquero por el piso. Golazo. Sus compañeros se le tiran encima, lo abrazan. Los pibes del Molino todavía no pueden creer lo que Lucas acaba de hacer.

"Sabés cómo papeamos el asadito. Tenemos de hijos a todos. Si ganamos hoy pasamos a la semifinal. ¡Y cómo termino hoy! Hasta el martes no tomo más mate cocido, éste es el último. A las 8 tomo una birrita con una macoña, una birrita con un quenque y si llegamos a la final estoy descontrolado antes del partido", dice Fernando. Él y su hermano, Lucas, viven en La Paz, en Quilmes, y a la noche tienen un partido de fútbol en un campeonato.

"De chico jugaba en Lanús, cuando tenía 9 años. Después me vine a vivir acá y se cortó", cuenta Lucas, y dice que se maquinó un montón de veces jugando en la Selección y dando entrevistas. Cuando llegó a La Paz tuvo una chance de jugar en Quilmes: "Me iba a hacer entrar un amigo pero al final no fui. De boludo. Hasta hoy veo a Quilmes en la tele y me da unas ganas de jugar, porque hay cada uno...". Después volvió a Lanús y quedó en el equipo B: "Jugaba con todos equipos chicos, los del ascenso. Tenía contrato pero no me garpaban. A otros sí pero a mí no, capaz porque no tenía representante. Y quedé afuera por una decisión del técnico".

Lucas cuenta que hace un tiempo el Padre Diego, quien dirige La Casita de Quilmes, un espacio de contención para los pibes del barrio, habló con un amigo que conoce gente en las inferiores de Boca. Le consiguieron una prueba para jugar en la cantera del club pero no fue: "Le dije al Padre que esa vez no iba a poder ser. Si era por mí me iba a probar en zapatillas. Pasa que no estaba preparado físicamente. Viste cuando te sentís lento... Pero si hoy en día me dan la chance de vuelta, al toque me empiezo a preparar. Y dejaré todo, quede o no quede igual voy a estar conforme porque me probé en un equipo muy grande".

## **La militancia**

"Al principio íbamos a las marchas", dice Silvana, que tiene 15 años y es una de las militantes de la juventud del Movimiento Evita en La Plata. "Agarrábamos un cancionero y nos poníamos a cantar. Estaba bueno porque nos encontrábamos con compañeros que no veíamos hace un montón, que vivían en otros lados, y conocíamos gente. Ahora ya es otra cosa. A mí me dio el click para empezar a militar seriamente después de la inundación, y creo que a todos nos pasó lo mismo. Teníamos 13 o 14 años en 2013", explica.



En la jornada del sábado hay pibes del barrio y militantes que llegan desde el centro. Muchos trabajan en alguna escuela de la zona o en el hospital. Miriam y Vilma organizan la tarea y deciden cuándo se trabaja y cuándo se descansa, se charla y se almuerza.

Vanesa dice que el grupo está organizado de manera horizontal, no hay uno que sepa más y que coordine: “Somos todos en realidad, cuando uno no puede ir a las reuniones va el otro”, dice y agrega: “Tenemos formación política. Es un taller que lo da un compañero más grande. No lo conozco, pero cuando nos juntamos vamos a hablar de la política desde el ‘45 hasta acá. Ya tuvimos un taller con un compañero que se llama Néstor pero es medio un embole porque se para y habla, y si no entendés algo te grita, tiene poca paciencia. Este profe que viene ahora te explica, es más dinámico”.

Vanesa tiene 14 años e iba a la técnica 4 pero se cambió porque eran muchas horas de cursada y no le gustaba. En la técnica había un centro de estudiantes pero en la que va ahora, en el centro de la ciudad, no es fácil armarlo: “Ahora que me cambié de colegio es más difícil porque a nadie le importa la política partidaria. Además, es re difícil armar un centro de estudiantes porque hay que tener un compañero que sepa, que hable, que no sea tímido y encima que no le caiga mal al resto”.

La mamá de Vanesa se recibe este año. Hace un tiempo se anotó en un FINES para terminar el secundario y a veces estudian juntas. Viven solas desde que el padre se fue, hace más de diez años, y entre las dos crían al hermano de 2. Vanesa cuenta: “Yo soy más casera. Antes salía para todos lados pero ahora no porque mi mamá no me deja y porque no me gusta. Mi prima me invitó al cumpleaños del novio, que vive a la vuelta de mi casa, así que voy a ir ahí esta noche. Pasa que la gente habla mucho, enseguida inventan cosas por las fotos que ven en el Facebook. Si yo me juntaba con él y después me juntaba con otro pibe, ya empezaban a decir que yo tenía dos novios. Hay una señora que se la pasa inventando; una vez fue a mi casa y le dijo a mi mamá que yo estaba embarazada, cualquiera”.

Silvana le da la razón: “Antes, cuando salíamos por Gorina, enseguida aparecían rumores que decían: ‘Las chicas van para allá y se drogan o tienen sexo’. Y nosotras teníamos 12 o 13 años, nuestros padres se re enojaban. Tenemos una amiga que ya se escapó tres veces de la casa porque el padre le creía los chismes a esta señora y no la dejaba salir, la tenía encerrada. Así que ella se escapó y ahora no va a volver. Porque cuando era chiquita le hicieron cosas a ella, y aguantó hasta los 18. Cuando los cumplió fue a la policía y después se fue a la mierda”.

\*\*

Andrés llegó tarde a su segunda clase como profesor de un taller de apoyo escolar. Como no quería interrumpir la merienda que los chicos estaban tomando en el patio, se quedó esperando en la cocina. Y escuchó: “¿El profe Andrés?, ¿no viene hoy?, yo quiero que me dé clase el profe Andrés”. “Escuchar que estén preguntando por mí es un tema. Cómo te puedo decir... te llena el alma”, confiesa.

Andrés tiene 22 años y vive en Garrote, en Tigre. Para él, la fractura de la mandíbula resultado de una pelea en el barrio y la angustia de su madre fueron el punto de inflexión para repensar su consumo. Dice que dejó las drogas solo, de a poquito, y se anotó en el taller de empleo del programa Jóvenes por más y mejor trabajo. Cuando lo terminó, además de conseguir una pasantía en una fábrica de cubiertos, se quedó militando en el Movimiento Evita.

La pasantía no la pudo sostener porque se quedaba dormido metiendo cucharas en bolsitas, pero su compromiso con la militancia fue creciendo. Arrancó dando clases de matemáticas a cuarenta chicos de entre 6 y 11 años. También participó en jornadas solidarias en distintos barrios, donde arregló techos, pintó paredes y preparó meriendas. Y desde febrero está armando la JP de Tigre: “Somos todos jóvenes de 27 para abajo. Nosotros elegimos a nuestros

responsables. Me querían poner a mí pero dije que no, todavía me falta aprender muchas cosas”.

Cuesta encontrarlo en Garrote: “En el barrio todos los pibes me preguntan por dónde ando. Es una vida nueva”, cuenta Andrés, que reparte su tiempo entre las actividades del Movimiento y la campaña de los candidatos a concejal por el Frente para la Victoria: “Ahora me colgué con esto, me está gustando la política. La estoy viendo desde otro lado, no como la veía antes. Para mí los políticos le arruinaban la vida a la gente, pero ahora estoy conociendo a muchas personas que hacen cosas buenas”.

Desde que empezó a militar, su mamá está más tranquila. Andrés cuenta que antes, cuando salía, ella lo esperaba despierta, preocupada: “Andaba re nerviosa, no me podía ver en la calle. No dormía, se quedaba leyendo o jugando con el celular. Pero ahora está más tranquila porque sabe que estoy militando, acompañado, y no en el barrio metiéndome en bondis”.

## La religión

-¡Felipe! ¿Predicás hoy?

-No, no preparé nada. Además no me toca, le toca a Geraldine.

Felipe vive del otro lado de la 520, en Don Fabián, en La Plata, y participa de una iglesia evangélica que queda en 161 y 531. Ahí, todos los sábados a las 6 de la tarde, cerca de veinte chicos de entre 5 y 24 años participan de la prédica de la palabra para los jóvenes. A Marcos le gusta ir a la iglesia porque le preguntan cómo está y se encuentra con sus compañeros. Ellos le dicen que predica bien aunque hace poco que empezó a subirse al escenario: “Tus prédicas están re buenas, hacen pensar”, le dice un pibe que pasa en bici.

El salón es un galpón con techo de chapa, y cada pibe tiene su biblia. “Los domingos somos más”, dice Ricardo, el pastor pentecostal, y aclara que los sábados son un momento para encontrarse, comer algo y compartir entre los más chicos. Los domingos son para toda la familia. Durante la prédica, Ricardo habla de los límites, de la obediencia “a los líderes espirituales y a los padres” y trata el tema del día. Cada sábado se elige un tema y al que le toca predicar lo desarrolla leyendo fragmentos de la Biblia. La reunión dura una hora y la prédica se alterna con canciones que tocan tres pibes con guitarra, bajo y batería. Es la banda de la iglesia y sus miembros van rotando. Felipe también fue parte de esa banda; se sumó a la iglesia porque un amigo lo invitó a tocar la guitarra y él quería empezar a aprender música.

Cerca del final, Ricardo le pasa la palabra a su mujer: “Hoy mi esposa va a hacer la prédica porque no vino la chica a la que le tocaba. Escuchémosla atentos”, dice. Mónica lee y les pide a los pibes que colaboren con las ofrendas, que con eso compren los panchos y la gaseosa que comparten después de ese momento de reunión.

Cuando Felipe camina por la calle, relata fragmentos bíblicos, recuerda algunos pasajes. “En la biblia hay partes para todas las situaciones cotidianas”, dice. Un día que no tenía que ir a trabajar al loteo del Pro.Cre.Ar, Felipe se quedó en su casa arreglando una campera que de a poco se está cosiendo. En vez de poner la radio, escuchó la prédica de Dante Gebel, un pastor argentino famoso por hablarles a los jóvenes desde la Catedral de Cristal, una iglesia que está en California, Estados Unidos. “Me gusta porque es divertido, porque habla simple y hace chistes”, dice.

Varios autores (Míguez, 2002; Ceriani Cernadas, 2008; Frigerio, 1994) desarrollaron el lugar de preponderancia que hacia fines de los ´80 y principios de los ´90 empezó a ocupar la iglesia evangélica para los sectores populares así como para otras poblaciones en situación de vulneración social. Daniel Míguez (2002) señala que el pentecostalismo sirvió como estrategia

de supervivencia tanto material como psicológica y anímica para los sectores populares. Berger y Luckman (1972) señalaron que la conversión religiosa es un modo de la resocialización que conlleva cambios significativos en la realidad subjetiva de un individuo. En la conversión, que implica resocialización, el pasado se reinterpreta conforme con la realidad presente. Hernández (2010) sostiene que “el convertido y resocializado centra su vida en el presente, en la nueva realidad que eligió vivir y relata su experiencia de acuerdo con un vocabulario y un discurso adoptado. La emisión del testimonio, la forma en que se enuncia, determinadas palabras que no forman parte del vocabulario cotidiano, todo da cuenta del cambio, de la conversión”, tal como lo explicita el relato de Felipe.

\*\*

Las experiencias relatadas en relación al deporte, la música y la militancia pueden ser leídas en clave similar a la experiencia religiosa desde la vivencia de resocialización, donde el pasado puede ser reinterpretado desde el presente. Esa experiencia se debe producir dentro de una comunidad que la reconozca y que la considere posible. Es así que el concepto de comunidad es fundamental al momento de pensar los espacios mencionados ya que, ante la fragmentación al interior de los barrios, se buscan otros espacios donde recrear las características comunitarias: “Algo que va más allá de una localización geográfica, es un conglomerado humano con un cierto sentido de pertenencia. Es, pues, historia común, intereses compartidos, realidad espiritual y física, costumbres, hábitos, normas, símbolos, códigos” (Socarrás, 2004:177).

## La familia

Otras alternativas que los jóvenes consideran a la hora de pensar en cómo proyectar a futuro tienen que ver con la **construcción de un ámbito familiar propio que les de contención**. Iván tiene 17 años, vive en el barrio Independencia de La Matanza, y dice: “La manera de rescatarse es buscarse una novia, armar una familia o un laburo legal”.

Ése es el caso de Juan Pablo y su proyecto de formar una familia con Yamila, su novia. Juampi vivía en la calle en los alrededores de Puerta de Hierro, en la localidad matancera de Isidro Casanova, y ahora está contento porque va a ser papá. Ambos tienen 16 años. Están juntos todo el tiempo. Juampi vende golosinas en la calle pero como hace calor, nadie compra. La escuela no le gusta y no va casi nunca. Lo que sí le gusta es rapear. Y se pelea con otros a través de las letras de sus temas. Está saliendo a trabajar de vez en cuando, pero prefiere quedarse con su novia a tomar mate.

-Yo no quiero que mi hijo se críe acá, con tanta violencia -dice Juampi.

-Yo quiero irme para Villegas -agrega Yamila.

-Pero allá es igual de violento. Nada más que es más grande, entonces no se nota tanto.

-Ahora estoy re fastidiosa. Encima tenía turno para la ecografía para la semana pasada y cuando fui, la médica ya se había ido.

-¿Vas a parir acá?

-No, me da miedo acá. Mirá lo feo que es. Creo que voy a ir al Balestrini. Ahí dicen que te tratan re bien.

Al principio vivían en la casa de su abuela, pero eran muchos y ellos no se acostumbraban a que les dijeran lo que tenían que hacer. “Tuvimos un problema y nos fuimos a lo de mi tía”, cuenta Yamila mientras se frota la panza. Pero hace un tiempo, Juampi y Yamila volvieron a mudarse. Ahora están en la casa del papá de él.

-Me dejó la casa que está en la esquina de Crovara y las vías. Es un poco más lejos pero está buena. Encima estamos solos.

-Y ahí tenemos negocio. Vendemos sándwiches de milanesa, hamburguesas, flan, gelatina, bebidas- agrega ella.

## Un año de trabajo con personas privadas de la libertad



En la Argentina y en la región se vive una crisis del sistema carcelario que tiene su origen en el crecimiento del delito y en la forma de punirlo: el hacinamiento, las altas tasas de reincidencia, los bajos niveles de readaptación social, la violencia y la corrupción sistemática son algunas de las características que los describen.

Según el Informe Anual de 2012 del Sistema Nacional de Estadísticas sobre Ejecución de la Pena, la población carcelaria bonaerense presenta una desproporcionada mayoría de jóvenes con bajísimos niveles de educación formal, que mientras estaban en libertad eran desocupados o trabajadores a tiempo parcial. Una vez detenidos, son muy pocos los que participan de algún programa de capacitación laboral; algo que no está en concordancia con la función que la Constitución Nacional reserva a las cárceles al procurar la reinserción social de los detenidos.

Un alto porcentaje de los presos ha crecido en entornos delictivos, con amigos y/o familiares que cometieron delitos y que en muchas oportunidades pasaron por alguna institución carcelaria. Más de la mitad de los detenidos en prisiones bonaerenses declara haber estado anteriormente en una cárcel de adultos o haber tenido alguna experiencia en institutos de menores. La mayoría de la población carcelaria está condenada por delitos contra el patrimonio, básicamente por robo o robo agravado, y esto se destaca con mucha fuerza cuando se analiza la población que fue detenida en los últimos años. También se observa que muchos crecieron en familias con altos niveles de violencia y de consumo de alcohol y/o sustancias ilegales.

Estas características coinciden con los reclusos que encontramos en nuestra tarea llevada a cabo desde el IJóvenes. Más de la mitad son muy jóvenes y, en su gran mayoría, de barrios marginados. Estos conviven con detenidos con una extensa carrera delictiva, lo que incluye varias detenciones y una cultura carcelaria o *tumbera*, lo que produce un efecto devastador para ellos.

## **Nuestro proyecto**

Cuando el Padre José “Pepe” Di Paola, Capellán de la Unidad 46 de San Martín, convocó a Ignacio O’Donnell y a su equipo del IJóvenes para desarrollar un trabajo con los detenidos en la Unidad, se desarrolló un proyecto que involucraba a Marcos Liberatore y a otros miembros del Hogar de Cristo, a miembros de Narcóticos Anónimos y a la carpintería Sueños Compartidos, que funciona hace años en el penal.

El objetivo final de dicho proyecto fue diseñar y ejecutar un Centro de Día intra-carcelario en el que se brindase terapia de grupo, asistencia psicológica, apoyo espiritual y ayuda mutua como forma de acompañar a los internos en la recuperación de sus problemas vinculados a los usos de drogas, capacitándolos laboralmente y brindándoles competencias que los ayudaran en su inserción social. Para alcanzar ese objetivo, se puso en marcha un grupo de recuperación y un espacio terapéutico individual.

## **Breve descripción de la Unidad 46**

La Unidad 46 está ubicada en la intersección entre el Camino del Buen Ayre y la calle Debenedetti, en la localidad de José León Suárez, en el partido de General San Martín. En marzo de 2007, comenzó su actividad administrativa y en octubre de ese año ingresaron los primeros cien internos.

Los diez pabellones del penal rodean una cancha de fútbol. Cada pabellón tiene un patio y un espacio común con una cocina y duchas. Sobre uno de los muros de este espacio común están las celdas en las que conviven entre dos y cuatro internos.

Hay momentos en los que los internos están encerrados en las celdas, sin posibilidades de salir a los espacios comunes; los detenidos y el personal llaman a eso “engome” o “estar engomado”. Esto sucede todos los mediodías, los domingos y feriados, cuando los detenidos están castigados, cuando existe una circunstancia que requiera mayor control y en oportunidades en que el Servicio Penitenciario cuenta circunstancialmente con menos personal.

## **Primeros pasos de una experiencia prometedora**

Con el propósito de dar a conocer nuestra presencia entre los detenidos y comenzar a establecer un vínculo con ellos, recorrimos los diez pabellones que forman el penal. Íbamos en grupos de dos o tres personas y la dinámica consistía en presentarnos ante los responsables de cada pabellón. Los responsables de los tres pabellones “evangelistas” son llamados “siervos” y los otros tienen como responsables a los que llaman “el limpieza”, son líderes naturales (presos de mucha experiencia) que ocupan lugares más destacados en el orden jerárquico implícito.

Después de presentarnos ante los responsables, ellos solían convocar al resto de los reclusos, les contábamos cómo era nuestra propuesta, quiénes éramos y cómo nos organizaríamos. En algunos pabellones los responsables se encargarían de transmitir la propuesta, y sólo hablamos con ellos. No pudimos entrar en contacto con uno de los pabellones debido a que estaban *engomados* durante ese mes como castigo por una pelea interna en la que un detenido perdió un ojo.

La idea inicial era que se confeccionaran listas de los distintos pabellones con aquellos interesados en participar de la propuesta para convocarlos en función de las posibilidades espaciales. Esto se vio dificultado debido a que, por razones de historias de peleas entre presos recluidos en distintos pabellones, se nos recomendó no “mezclarlos”. Además, armar listas y convocar a los inscriptos resultó ser una metodología demasiado “formal” para el penal.

Una vez concluida la recorrida por los pabellones durante cinco semanas, pudimos comenzar con el espacio grupal. Lo que sucedió en la práctica fue que los miembros del Servicio Penitenciario Bonaerense nos “propusieron” comenzar por el pabellón número uno, y dado que no existía ninguna lista confeccionada, llamaban a viva voz a los que querían participar del “grupo de adicciones”. Esta práctica continúa hasta el presente. Cabe destacar que después de varias deliberaciones y por recomendación de las autoridades de penal, decidimos llamarlo “grupo de formación para el acompañamiento terapéutico”, para evitar las posibles estigmatizaciones y consecuencias judiciales de utilizar el término “adicción”.

El primer grupo que “bajó” estaba compuesto por jóvenes que vinieron a ver de qué se trataba, algunos que necesitaban hablar y otros que querían saber si participar del espacio les traería beneficios judiciales en su causa. Con el paso de las semanas se estableció un grupo estable, y si bien no siempre participaban todos, comenzaron a venir entre seis y doce integrantes que pertenecían a un pabellón de unos treinta reclusos.

Durante las primeras semanas algunos líderes naturales del pabellón monopolizaban una parte de las reuniones. Su presencia parecía ser un intento por controlar la situación, indicando sutilmente los temas que se podían abordar y limitando ciertas críticas a la vida interna del pabellón, mientras monitoreaban de qué se trataba este nuevo dispositivo. Poco a poco su

presencia o protagonismo fue mermando, probablemente porque entendieron que el grupo no constituía un peligro para su poder.

Simultáneamente a este proceso ocurrió otro. Aquellos que venían especulando con obtener algún beneficio judicial a cambio de “cumplir” con su presencia, fueron abandonando el grupo o cambiaron diametralmente su actitud y, así,, comenzaron a participar con mayor compromiso, contando padecimientos propios o colaborando en la contención de algún compañero. El grupo fue cobrando fuerza y poco a poco se hizo más claro que se trataba de un grupo terapéutico. Algunos miembros que ocupaban un lugar “periférico” fueron cobrando protagonismo, mientras que otros cuya participación se destacaba por lo animada y activa, fueron teniendo una presencia más intermitente. Esto generó un equilibrio en el nivel de participación de los distintos asistentes. Hay algunos internos que concurren regularmente y se han configurado en líderes del grupo, incentivando a otros a participar y mostrando entusiasmos por la actividad.

Este cambio en la actitud grupal se plasmaba en pequeños gestos que hablaban del vínculo con nosotros y del espacio que se iba construyendo. Reunión tras reunión, nos hacían saber que la confianza en nosotros iba aumentando. Comenzaron a llamarnos por nuestros nombres e incluso preguntaban por aquellos de nosotros que ocasionalmente no podían concurrir a alguna reunión. En los primeros encuentros, el saludo se hacía siguiendo una serie de gestos que casi constituían un “ritual”. La forma de poner la mano y de cambiar de posición era una señal de conocer y estar dispuesto a aceptar las costumbres de ese mundo. Después de las primeras reuniones, el saludo de bienvenida y la despedida se hacía con un abrazo y un beso. Pasados unos meses el saludo se hizo cálido, con un abrazo, sin necesidad de “medir” ni de marcar distancias, el encuentro es hoy algo esperado y previsible. Esto señala que se ha construido un espacio, que hay un juego cuyas reglas son conocidas y compartidas.

En una oportunidad bajó un interno que nunca habíamos visto. Eso ocurre en muchas ocasiones, pero esa vez se caracterizó por la insistencia de esta persona en obtener algún certificado o constancia que pudiera agregar a su “causa”. Los coordinadores dimos nuestra respuesta pero frente a la insistencia, los mismos internos comenzaron a explicarle de qué se trataba el dispositivo. En esas respuestas quedó plasmado cómo valoraban, entendían y defendían el espacio.

Las reuniones adoptan distintas formas. Nosotros siempre intentamos que se dé una circulación de la palabra, es decir, que todos participen y planteen temas o problemáticas que los atraviesen en ese momento. Esto se da muchas veces, y si bien hay ciertos miembros que ya nos hicieron saber que prefieren no hablar, su participación se circunscribe a escuchar y a lo sumo a realizar un breve comentario. Otras veces las reuniones se centran en un integrante. Él o sus compañeros nos hacen saber que está atravesando un momento difícil, que está angustiado por alguna situación que le tocó vivir últimamente o que está movilizado por alguna problemática a la que la vida de encierro lo lleva a enfrentar. En esas oportunidades, el espacio es utilizado por el grupo para hacerle llegar ante todo su experiencia y algún consejo, opinión o perspectiva diferente a la sostenida por el que está atravesando la situación. Una variante de este último tipo de reunión es que ese lugar “central” ocupado por un miembro del grupo le da paso luego a otro integrante. De esa manera, se aborda el malestar de dos o tres participantes.

Esto nos lleva a pensar dos cuestiones. La primera es la necesidad de los miembros del grupo de usar ese espacio para ayudar a sus compañeros. Es evidente que estando presos en el mismo pabellón, tienen tiempo y oportunidades de sobra para decir lo mismo que manifiestan en el grupo. Sea por el peso que esas palabras cobran en el interior de un grupo terapéutico o por el hecho de que ese encuadre permite decir cosas que no son factibles de ser dichas en otros ámbitos, el grupo se vuelve un instrumento de salud que ellos saben utilizar. La otra cuestión es el cuidado mutuo que los presos se brindan entre sí, y éste es un aspecto pocas veces destacado. Generalmente se subraya más la competencia feroz por poder, bienes o



privilegios entre reclusos; esa competencia, que sin duda existe, no hace desaparecer este otro aspecto más solidario. También, a diferencia de lo que pasa en el pabellón, los internos se escuchan sin interrumpirse, no se burlan entre ellos y se manifiestan siempre con respeto hacia el otro.

La presencia de personas en recuperación dentro del equipo genera que, al escuchar que vivieron experiencias similares a las que ellos viven hoy, se identifiquen y se sientan cómodos, y esto los predispone a hablar de sus propias experiencias y dificultades.

El humor es un elemento a destacar de las reuniones. Prácticamente no hay reunión sin que no aparezca la risa. Muchas veces un chiste, una broma sobre algún compañero o sobre la situación de encierro hace que todos estallemos en carcajadas. Reírse de sí mismo, de lo que hacemos, decimos o pensamos, estimula nuestra capacidad creativa. El humor implica una visión crítica de la realidad que nos permite vernos desde otra perspectiva y que, además, estimula en el grupo el afecto, el entendimiento y el apoyo.

Otro aspecto que nos señala el mayor compromiso de los reclusos con el grupo es la presencia del llanto. Esas personas duras, que al comienzo se presentaban serias, hoscas, han llorado en varias reuniones. Sabiendo que esos cuerpos están acostumbrados a resistir, que las emociones de la mayoría de los reclusos se contraía desde hace años con una importante dosis de insensibilidad, ver el llanto en ellos despertaba en nosotros una empatía con su dolor y una gratitud por la confianza que nos depositaban.

Los grupos suelen basarse en la angustia que les genera el encierro, el hacinamiento y una historia de violencia, marginalidad y exclusión social. Estas privaciones se hacen notorias en las situaciones de pobreza, precariedad laboral, familiares detenidos, falta de contención familiar y abusos, lo que genera una combinación en la cual la marginalidad está permanentemente potenciada por distintas formas de violencia y de consumos de sustancias.

Después de un año de llevar adelante distintas reuniones semanales ininterrumpidamente, los internos comenzaron a planificar un grupo en las celdas dentro del pabellón para los que pidieron apoyo y seguimiento. Alguien del equipo llamó a esto "goteo", debido a que los resultados positivos que obtenemos son a largo plazo y producto de acciones continuadas. Estos se dan gracias a la constancia en nuestra presencia, la seriedad, el profesionalismo y el respeto que nosotros les demostramos permanentemente. La posibilidad que tienen los internos para hablar en un grupo y de poder decir lo que les pasa, lo que sienten y manifestar sus preocupaciones, en un ambiente de respeto, sin ser interrumpidos, censurados y sin que se los ridiculice o se juzgue lo que dicen, hace que se muestren muy agradecidos y que nos manifiesten afecto.

## **Una experiencia replicable**

Trabajar con personas que han sido privadas de su libertad (algunos de ellos enfrentan 20 años de condena por delante) nos enfrenta permanentemente a la pregunta sobre por qué trabajar en cárceles. La respuesta que los miembros del equipo nos damos siempre se vincula a la necesidad de transformar esas vidas, dándoles la oportunidad de que se rehabiliten, además de buscar como resultado no generar más daños a terceros. Para eso, la experiencia que estamos desarrollando sirve como modelo a replicar en otras cárceles y lograr así romper el círculo compuesto por elementos que generan daño en la sociedad en su conjunto: marginalidad, delito, cárcel, reincidencia.

Los actores institucionales involucrados en este proyecto tienen la capacidad de convocar a personas formadas, provenientes de distintas disciplinas y con perfiles diversos. Ejemplo de esto son los adictos en recuperación, los operadores terapéuticos y los profesionales

especializados en adicciones. Además, debido a la experiencia de miembros del equipo en políticas públicas, se lograron articular distintos sectores y organismos, gestionando recursos materiales y formando recursos humanos.

La vasta experiencia previa entre los equipos de trabajo con poblaciones vulnerables que coordinan el proyecto -El Hogar de Cristo, Narcóticos Anónimos e Jóvenes- permitió gestar un modelo terapéutico innovador. Estos actores se especializan hace muchos años y han desarrollado innumerables experiencias de tratamiento con poblaciones de alta vulnerabilidad. El prestigio de las organizaciones presentes está ayudando a que se logre coordinar el trabajo de personas en recuperación, los talleres de carpintería, la escuela y el apoyo espiritual.

Martín Maduri, el primer sociólogo recibido en el Penal después de once años de encarcelamiento, lo sintetizó de este modo: "La cárcel toma sujetos vulnerables y escupe seres alienados; un castigo de la sociedad por haber nacido en la situación que les tocó". Frente a esa realidad, sabemos que tenemos que hacer todo lo posible para que esto no siga sucediendo. Los resultados y potencial de esta experiencia nos llevan a confiar en que el trabajo que realizamos pueda ser sistematizado y desarrollado en los distintos Sistemas Penales del país.

## Reflexiones en clave de políticas públicas



Hemos definido el marco legal, expuesto los criterios de abordaje existentes y los que resultan de ese plexo normativo, relatado los dispositivos que se han ido desarrollado en consecuencia, descripto la evolución de las políticas públicas y relatado desde diversos aspectos la realidad con que nos encontramos en nuestra investigación en el territorio.

Nuestras investigaciones nos han permitido detectar innumerables dificultades y carencias, varias vinculadas a la insuficiencia de herramientas de gestión, participación y/o asistencia en el territorio, y todas ellas enmarcadas en el contexto de una valoración política, social y cultural de cómo están organizados la vida y los consumos lícitos e ilícitos en nuestra sociedad.

En términos generales, vemos que las políticas estatales se han reorientado en función de criterios más razonables y acordes a la legislación vigente, que existe una disputa cultural en el Estado y en el seno de la sociedad en la que se ponen en juego los diversos modelos descriptos y que se ha plantado la semilla de nuevos dispositivos de abordaje que permiten trabajar en la prevención y encarar de manera más realista los consumos problemáticos.

Sin embargo, estamos muy lejos de que ese cambio haya llegado con claridad a los distintos barrios. Los distintos dispositivos que describimos en este informe, pertenezcan a herramientas estatales o a organizaciones como Hogar de Cristo, tienen un desarrollo embrionario y no existen políticas que garanticen su extensión a todo el territorio.

El sistema de salud desde el ámbito provincial y municipal se encuentra en transición. Está claro que el sistema hospitalario aún no funciona en la lógica establecida por la nueva Ley de Salud Mental, que el despliegue territorial de los CPA es insuficiente para la demanda existente en el territorio, que los dispositivos CePLA y PEC de SEDRONAR son valiosos pero están en una etapa embrionaria y que, aún cuando se ha trabajado muy fuerte para instalar una comprensión respecto a que la internación compulsiva y/o prolongada no es la solución para los consumos más problemáticos, de todos modos, las posibilidades de internación son insuficientes y en muchos casos se depende de comunidades terapéuticas con las cuales aún no se ha saldado de manera adecuada la discusión en torno al cambio de paradigma.

Aunque se ha mejorado la articulación con los gobiernos locales, resta mucho por hacer para que se trabaje de manera integral sobre los problemas de adicciones y para fortalecer la interdisciplina y la participación comunitaria en torno al sistema de atención primaria.

En ese sentido, como referencias alentadoras, cabe citar el ejemplo del Partido de la Costa, en que a partir de la construcción de un CePLA, el Municipio extendió esa estrategia y la integró a las distintas ofertas de clubes y entidades comunitarias como herramientas de prevención de la misma.

También es valioso el respaldo que desde el Gobierno provincial se brindó a la consolidación de la estrategia de abordaje del Hogar de Cristo en Villa Palito, a partir del trabajo del padre Bachi y su articulación con diversos dispositivos provinciales.

Respecto a la problemática de los menores, caben reflexiones similares en torno al cumplimiento de la legislación específica y el funcionamiento de los Servicios Zonales y Locales. Aún resta terminar de consolidar estos servicios, las condiciones laborales de sus integrantes suelen ser disímiles según los municipios, cabe trabajar mucho más en la articulación con la Justicia y en el fortalecimiento de la capacidad de asistencia del Estado.

Algo similar sucede con la violencia de género. Ha sido visibilizada de manera mucho más clara como problema pero todavía existe un desarrollo muy incipiente de las herramientas del Estado para la prevención y la asistencia.

Tener registro de todas estas limitaciones implica poner sobre la mesa la discusión de prioridades en la asignación de recursos del Estado y el modo en que se ejecutan las distintas políticas.

Fortalecer la asistencia requiere necesariamente más dispositivos, más profesionales y más participación comunitaria, pero también, una mejor articulación entre las políticas nacionales, provinciales y municipales para definir y compartir estrategias en el territorio.

Por último, aún cuando se acertara en todas estas cuestiones, la experiencia de Villa Palito demuestra que resulta muy difícil lograr efectividad de las políticas públicas si no se resuelven con la comunidad los problemas de hábitat. Las políticas específicas en materia de violencia y adicciones y aquellas que como prevención inespecífica apuntan a la participación de los jóvenes, requieren que al mismo tiempo se avance de manera mucho más clara en la resolución de los problemas dominiales y en la reurbanización de los distintos barrios.

En ese sentido, al analizar el futuro de los jóvenes frente a la violencia y las adicciones, advertimos que sin perjuicio de las políticas específicas, es necesario poner en tela de juicio la lógica de funcionamiento de todo el Estado.

## **Algunas conclusiones**

El análisis de los trabajos de campo realizados en los territorios nos aproxima a las siguientes conclusiones:

Hemos hallado que la mayoría de los espacios enfocan la temática desde la asistencia y son escasos los que la abordan desde lo preventivo. La mayoría de las instituciones/organizaciones muestran **dificultades en captar a los jóvenes a partir de los 15 años, en proponer actividades donde se sientan convocados y participen**. La participación de los jóvenes, en muchos casos, aparece ligada al cobro de una beca y en el caso que la beca finalice o se interrumpa por algún motivo, la participación también cae con ella.

También **son pocos los referentes a nivel comunitario que funcionan de guías/tutores para los jóvenes**, en el sentido de acompañarlos y sostenerlos para que puedan construir y desarrollar sus proyectos de vida.

**Generalmente, los espacios que abordan la temática se encuentran por fuera de los barrios, es decir, sin un enfoque a nivel comunitario.** Ejemplos de esto son algunos de los CPA relevados y el programa de Prevención y Asistencia en Adicciones de Tigre, que trabaja desde una perspectiva de abordaje integral pero posee dificultades al realizar una intervención a escala barrial en Villa Garrote. A la vez, dispositivos que poseen escala barrial como La Granja en el barrio Las Rosas de La Plata, lo hacen puertas adentro cuando se encuentran anclados en un barrio que atraviesa la problemática de consumo. En ese sentido, resulta interesante la reflexión que se encuentran realizando como equipo de trabajo respecto de organizarse como centro de día abierto al barrio. Por otro lado, en el barrio La Paz, otra propuesta interesante a nivel comunitario es La Casita, aunque aparecen dificultades al momento de avanzar sobre las estrategias de acompañamiento de los jóvenes en su vida cotidiana por fuera del espacio y en la articulación con otras instituciones/organizaciones para ofrecer una mirada integral de la problemática.

**Surgen como principales problemáticas en la adolescencia la deserción escolar, el embarazo, los circuitos de violencia que atraviesan los jóvenes y el consumo de sustancias psicoactivas.**

Puntualmente, **el consumo de sustancias produce un fuerte estigma a nivel social**. Así lo mencionan en el Centro de Día Padre Galli, donde la búsqueda de trabajo la hacen por fuera del dispositivo debido al estigma que los jóvenes transitan cuando otros saben que “viene del centro”.

Existe una **medicalización de las problemáticas del consumo**. Esto se refleja en La Granja, donde los jóvenes refieren que una vez finalizado el tratamiento, sólo vuelven a buscar la medicación, y en el caso de la salita de Garrote, donde relatan que un tipo de intervención frecuente es medicar ante situaciones de consumo, y en Pergamino, desde la red comunitaria Salto, que entiende que abstinencia asistida con medicamentos es la respuesta adecuada.

En la misma línea, podemos decir que **circula un imaginario, principalmente en las familias, ligado a la internación de los jóvenes con consumo como único y principal recurso**, así como también fuertemente vinculado a una solución que deje el problema del consumo por fuera del ámbito familiar. Algunas de estas intervenciones se encuentran vinculadas al paradigma médico sanitario donde se considera el consumo de sustancias como una enfermedad que, por lo tanto, hay que medicar para curarla (para mayor ampliación respecto de los paradigmas vinculados al consumo de sustancias ver: “Prevención del consumo problemático de drogas desde el lugar del adulto en la comunidad”. Ministerio de Educación. Presidencia de la Nación).

Es interesante destacar la experiencia de la Mesa de Articulación de Las Rosas como un espacio donde trabajar las distintas problemáticas que surgen en ese barrio de La Plata desde un enfoque intersectorial. En ese sentido, consideramos relevante la participación de la SADA en dicha mesa.

## **Recomendaciones a partir del trabajo de campo**

- Entendemos que sería importante, al momento de diseñar dispositivos que aborden la temática, delinearlos teniendo en cuenta la escala comunitaria, otorgando una mirada integral a la problemática desde un trabajo en red, y con un umbral mínimo de exigencia. Con estos tres componentes nos referimos a:

**Escala comunitaria:** es importante tener en cuenta la escala barrial de los dispositivos para garantizar el acceso a los habitantes a dichos espacios y específicamente a los jóvenes, que por lo general no suelen circular por fuera del barrio.

**Abordaje integral y en red:** entendemos que estamos ante una problemática que se entrama en múltiples aristas, donde al momento de establecer una estrategia de abordaje hay que contemplar el aspecto educativo, laboral, cultural, de salud, así como la red subjetiva y socio comunitaria de las personas, con el objetivo de correr a los sujetos de un lugar de estigma -“el adicto”- a un lugar de sujetos de derechos. Para ello, es importante llevar adelante los tratamientos poniendo fuertemente el eje en el trabajo en red, es decir, trabajar con otros actores socio comunitarios e institucionales que contribuyan a tejer una red de contención para los sujetos con consumo problemático.

**Umbral mínimo de exigencias:** los dispositivos de umbral mínimo de exigencias surgen como alternativa a las concepciones tradicionales abstencionistas. En ellos se incluyen criterios de reducción de riesgos y daños en los tratamientos con usuarios de drogas, donde la abstinencia no es un objetivo en sí misma, sino por añadidura.

- El abordaje de la labor debe hacer eje en la **desestigmatización**, entendiendo que el estigma es uno de los principales factores que deja por fuera del lazo social a los sujetos que consumen sustancias. Para ello, es necesario **promover actividades de sensibilización en el ámbito comunitario** trabajando sobre las representaciones sociales que existen en torno a los consumidores, las cuales deben incluir a los principales referentes de cada espacio social (organizaciones sociales, instituciones, referentes barriales, etc.).

- La **comunidad** debe estar implicada en todas las acciones que se lleven adelante, principalmente en las preventivas.

- La **inclusión social**, mediante la **articulación** y el **abordaje interdisciplinario**, es una de las principales líneas que debe guiar las intervenciones. En ese sentido, se debe articular con espacios de inclusión educativa, cultural y socio laboral.

- El consumo problemático es un proceso que incluye componentes sociales, psicológicos, históricos y culturales. Es así que su abordaje debe darse en el marco de la **co-responsabilidad** y el **abordaje intersectorial** vinculado a los derechos humanos y sociales de los sujetos, lo que permite un **abordaje integral**.

- Los sujetos deben ser acompañados en la construcción de los andamiajes necesarios para promover su **autonomía**, apartando las intervenciones de la lógica tutelar.

- Se debe garantizar la **accesibilidad** a los espacios de tratamiento, principalmente a modalidades ambulatorias tendientes a abordar la problemática fortaleciendo los lazos del sujeto con su contexto familiar, social y comunitario.

- La **perspectiva de género** debe ser transversal a todas definiciones que se efectúen en relación a la temática.

- La política frente al consumo de sustancias debe ser respetuosa de los **derechos humanos**, en especial de los propios consumidores.

- Si bien en la normativa nacional aún sigue en vigencia la Ley 23.737 relativa al narcotráfico, **no debe recurrirse a sanciones penales para los consumidores**, ya que la criminalización de los usuarios de drogas tuvo efectos contraproducentes al marginar a los consumidores y agravar sus problemas de salud.

- Se deben implementar **políticas integrales**, tal como lo prevé la Ley nacional 26.934 que instaura el Plan Integral para el Abordaje de los Consumos Problemáticos, sancionada en abril de 2014.

- El Estado debe asegurar que la calidad de los tratamientos existentes y las estrategias definidas se desarrollen en el marco de la Ley 26.657 de Salud Mental y, en el caso de tratarse de niños/as y adolescentes, en la Ley nacional 26.061 y provincial 13.298 , así se trate de centros públicos o privados.

- Se deben promover dispositivos que generen **acciones extramuros**, de manera que los sujetos puedan acceder a consultas ambulatorias; servicios de inclusión social y laboral para personas después del alta institucional; atención domiciliaria supervisada y apoyo a las personas y grupos familiares y comunitarios; servicios para la promoción y prevención en salud mental.

- La prescripción de medicación debe responder a fines terapéuticos, nunca como castigo, por conveniencia de terceros o suplir la necesidad de algún acompañamiento terapéutico. **Los**

**tratamientos psicofarmacológicos deben realizarse en un marco de abordaje interdisciplinario.** La renovación de prescripción de medicamentos debe ejecutarse con una evaluación por parte de los profesionales.

- **Antes de recurrir a la internación se deben haber agotado todas las posibles intervenciones terapéuticas** en su contexto familiar, comunitario o social. Este recurso debe ser lo más breve posible en función de criterios terapéuticos interdisciplinarios.

-Se debe reposicionar a los jóvenes desde un lugar de objetos de los programas y las políticas a un lugar de **sujetos de derechos**, valorando sus potencialidades.

## **Propuestas en relación al trabajo de campo en escuelas de San Isidro y Escobar**

- Ejercicios de entrenamiento de habilidades como la auto-estima y auto-percepción, la toma de decisiones y la resistencia a la presión de los pares, las publicidades y las familias, el control de la ira y otras emociones, las técnicas de comunicación y asertividad. Trabajo con objetivos a corto y largo plazo y producción de materiales de prevención para primero, segundo y tercer año.

- Clases psico-educativas sobre el consumo de las distintas sustancias en primero, segundo y tercer año. Transmisión de información científica respecto a las distintas sustancias, el proceso de las adicciones y la recuperación.

- Clases sobre la responsabilidad y la reducción de riesgos y daños para cuarto, quinto y sexto año.

- Entrenamiento en habilidades y fortalecimiento de nociones de auto-control y promoción de la salud para primero, segundo y tercer año. Trabajo con un plan de vida y los medios para alcanzarlo.

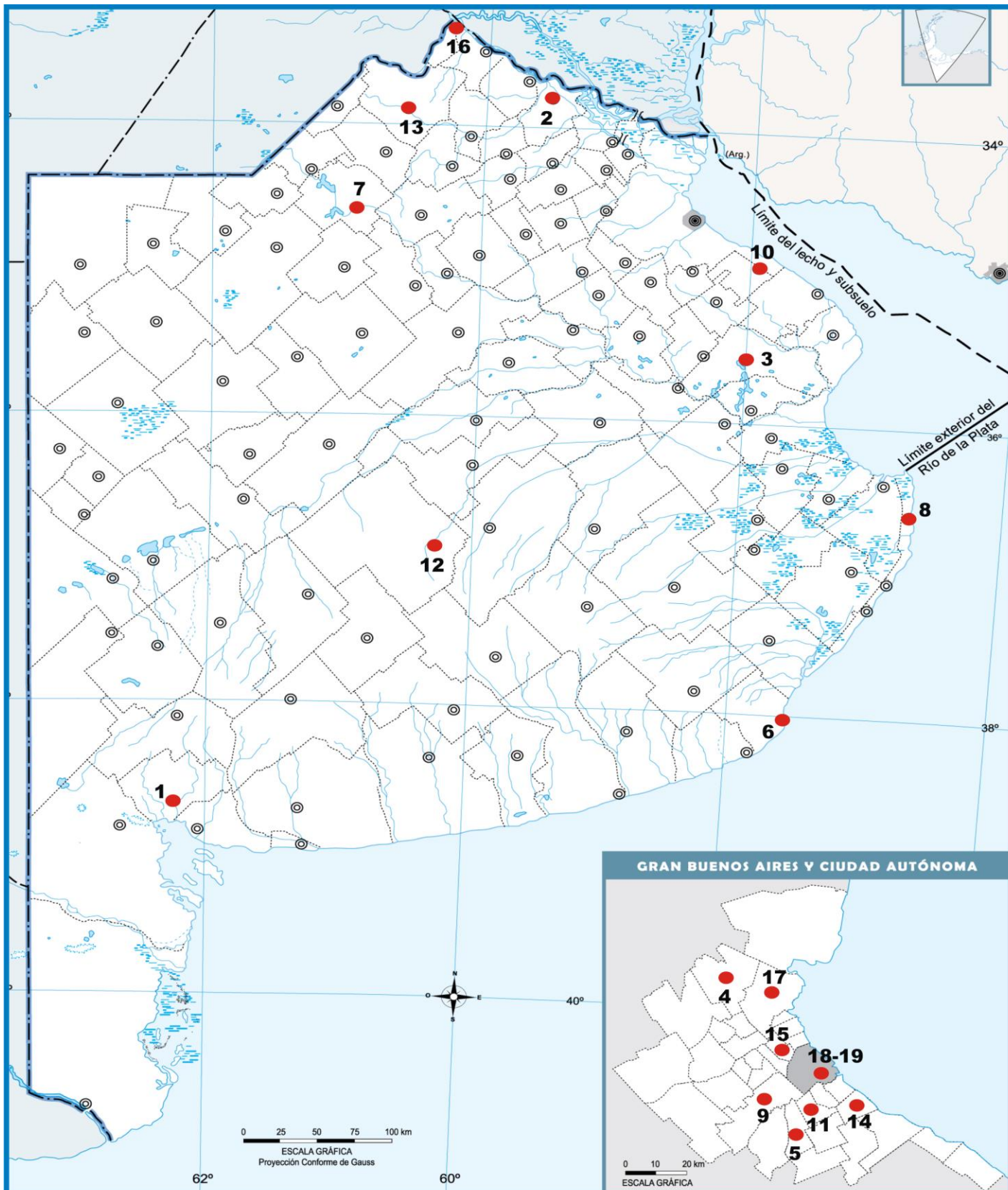
- Experiencias de intercambio con jóvenes rehabilitados o visitas a centros de tratamiento para todos los años. Fortalecimiento de las acciones solidarias del colegio.

- Talleres para padres sobre el abuso de sustancias y la construcción de límites. Estas actividades incluyen presentaciones psico-educativas, acciones preventivas y de reducción de los riesgos y daños, y opciones para un plan de acción y proyecto de todos los padres.

- Talleres sobre cómo promover la comunicación entre padres y alumnos. Incluye proveer herramientas para hablar del tema de los consumos y para intervenir de una manera productiva y efectiva.

- Capacitación a docentes y otros miembros del colegio sobre los principios y prácticas de la prevención efectiva y de la detección e intervención temprana del consumo problemático de sustancias. Desarrollo de una política integral del colegio.





## REFERENCIAS

### Partidos y lugares donde se desarrollaron tareas de investigación

- 1 Partido de Bahía Blanca
- 2 Partido de Baradero
- 3 Partido de Chascomús
- 4 Partido de Escobar
- 5 Partido de Esteban Echeverría
- 6 Partido de General Pueyrredón
- 7 Partido de Junín
- 8 Partido de la Costa
- 9 Partido de La Matanza
- 10 Partido de La Plata
- 11 Partido de Lomas de Zamora

- 12 Partido de Olavarría
- 13 Partido de Pergamino
- 14 Partido de Quilmes
- 15 Partido de San Martín
- 16 Partido de San Nicolás de los Arroyos
- 17 Partido de Tigre

### Dispositivos

- 18 Hospital Nacional en Red, especializado en Salud Mental y Adicciones "Lic. Laura Bonaparte"
- 19 Hogar de Cristo - Programa de inclusión y acompañamiento integral de Usuarios de Paco. Vicaría para las Villas de emergencia del Arzobispado de Buenos Aires

## Marco Normativo en materia de Adicciones y Derechos de Jóvenes

**Normas Constitucionales  
Legislación Nacional  
Legislación de Buenos Aires  
Decretos y Resoluciones Ministeriales básicos**

**Año 2015**

### **Marco Normativo en materia de Violencia y Adicciones**

#### **Normas Constitucionales Nacionales**

- La Constitución Nacional, en su reforma del año 1994, incorporó en su Art. 75, inc.22 a los tratados que gozan de jerarquía internacional. A través de ellos, la Nación ha reconocido internacionalmente ciertos principios y derechos humanos, tales como el derecho a la vida y a la salud.
- Al respecto, cabe destacar al Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, en su art. 12; la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre en sus Arts. I y XI; la Convención Americana sobre Derechos del Hombre, en su artículo 4º; al Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, en su artículo 6º y a la Declaración Universal de Derechos Humanos en sus Arts. 3 y 25.

#### **Tratados internacionales ratificados por Argentina**

- Convención Única de Naciones Unidas sobre Estupefacientes (1961), modificada por el protocolo de 1972.
- Convención de Naciones Unidas sobre Sustancias Psicotrópicas (1971).
- Convención de Naciones Unidas contra el Tráfico Ilícito de Estupefacientes y Sustancias Psicotrópicas (1988).
- Estrategia Antidrogas en el Hemisferio aprobada por la Comisión Interamericana contra el Abuso de Drogas en su Vigésimo Período Ordinario de Sesiones (Buenos Aires-octubre de 1996), (decreto 1339/96).

#### **Mercosur**

- Decisión 20/2003 y 21/2003. Estrategia regional Control de Tabaco. Suscribe los: "Lineamientos estratégicos para el Desarrollo del Plan de Acción Regional para el Control...".

#### **Marco Legal Nacional**

- Ley N° 17.818 (de 1968) y Ley N° 19.303 (1971):

Determinan la lista de estupefacientes y la de sustancias psicotrópicas respectivamente, que pueden circular en nuestro país, bajo estricto control.

- Ley N° 23.344:

Limita la publicidad de cigarrillos e impone la obligatoriedad de incluir en los paquetes una advertencia sobre el contenido de sustancias cancerígenas.

- Ley N° 23.358:

Establece la inclusión en los planes de estudio de los niveles de enseñanza primaria y secundaria los contenidos necesarios con el fin de establecer una adecuada prevención de la drogadicción.

- Ley N° 23.592:

Ley Nacional contra la discriminación. Antidiscriminatoria.

- Ley N° 23.737: MODIFICACIÓN AL CÓDIGO PENAL NARCOTRÁFICO.

Tipifica, entre otras conductas, la tenencia simple, la tenencia para consumo personal y la tenencia de estupefacientes con fines de comercialización [1989].

- Ley N° 23.849:

Convención sobre los derechos del niño [1989]. Promulgada de hecho el 16/10/1990.

- Ley N° 24.417:

Protección contra la violencia familiar. Modificada por Ley N° 26.485 de Protección Integral a las Mujeres. Ley para prevenir, sancionar y erradicar la violencia.

- Ley N° 24.788:

Prohíbe en todo el territorio nacional el expendio a menores de dieciocho años de todo tipo de bebidas alcohólicas y creáse el Programa Nacional de Prevención y Lucha contra el Consumo Excesivo de Alcohol.

- Ley N° 24.819:

Preserva la lealtad y el juego limpio en el deporte, y establece la creación de la Comisión Nacional Antidoping y del Registro Nacional de Sanciones Deportivas.

- Ley N° 24.455 y N° 24.754:

Obliga a todas las Obras Sociales y Asociaciones de Obras Sociales del Sistema Nacional a incorporar como prestaciones obligatorias la cobertura para los tratamientos médicos, psicológicos y farmacológicos de las personas que dependan física o psíquicamente del uso de estupefacientes.

- Ley N° 25.673:

Programa Nacional de Salud Sexual y Reproductiva [2002].

- Ley N° 26.052:

Incorpora modificaciones a la Ley de Estupefacientes N° 23.737.

- Ley N° 26.045:

Crea el Registro Nacional de Precursores Químicos.

- Ley N° 26.061

Ley Nacional de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes [2005].

- Ley N° 26.150:

Programa Nacional de Educación Sexual Integral [2006].

- Ley N° 26.364:

Prevención y sanción de la trata de personas y asistencia a sus víctimas. Derechos de las víctimas. Disposiciones penales y procesales. Modificada por Ley N° 26.842.

- Ley N° 26.485:

Ley Nacional de protección integral para prevenir, sancionar, y erradicar la violencia contra las mujeres [2009].

- Ley N° 26.529:

Derechos del Paciente. Historia clínica y consentimiento informado [2009].

- Ley N° 26.586:

Créase el Programa Nacional de Educación y Prevención sobre las Adicciones y el Consumo Indebido de Drogas.

- Ley N° 26.657:

Ley Nacional de Salud Mental [2010]. Decreto Reglamentario 603/2013.

### **Resoluciones Ministeriales de Salud de la Nación.**

- Resolución N° 282/1994:

Normas de organización y funcionamiento de internación de servicios de salud. Resolución 41/2001.

-Resolución N° 201/1998:

Los organismos que podrán prestar servicios, como centros preventivo-asistenciales de la drogadependencia, deberán brindar la orientación, diagnóstico, desintoxicación (en forma no aguda de la intoxicación por sustancias de abuso), deshabitación, rehabilitación y reinserción familiar y social de las personas usuarias de sustancias psicoactivas, así como su estado físico, psicológico y social.

-Resolución N° 482/2002:

Normas, organización y funcionamiento del Área de Servicio Social de los Establecimientos Asistenciales.

-Resolución N° 267/2003:

Glosario de Denominaciones de Establecimientos de Salud.

**Niñas, Niños y Adolescentes. Marco Administrativo.**

-Decreto N° 271/89:

Crea la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico bajo la órbita de la Presidencia de la Nación.

-Decreto N° 623/96:

Fija el marco institucional a partir del que se desarrolla el Plan Nacional de Drogas, y establece instrucciones y reglamentos para ejecutar la política de Prevención Integral de la Drogadependencia y de Control del Tráfico Ilícito de Drogas.

-Decreto N° 1095/96 y su modificatorio N° 1161/00:

Establecen sanciones de naturaleza administrativa, que consisten en la suspensión o cancelación de la autorización para operar con precursores químicos para todos aquellos que infrinjan dicha normativa. Las sustancias químicas sometidas a control se encuentran enunciadas normativamente en el Anexo I del decreto, que contiene tres listas o categorías de sustancias sometidas a control, siendo la lista I, aquella que está sometida a la fiscalización más severa y así sucesivamente en orden decreciente.

-Decreto N° 1.119/96 modificado por el N° 342/97:

Creó un Comité de Trabajo Conjunto compuesto por representantes de los -entonces- Ministerios de Salud y Acción Social, Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, Cultura y Educación, Administración Nacional del Seguro de Salud, Secretaría de Desarrollo Social y de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico, que tiene como objetivos unificar el accionar de los citados organismos a los efectos de posibilitar el efectivo cumplimiento de lo establecido en el artículo 1 inciso b) y artículo 2 de la Ley 24.455, y en los artículos 13 y 14 del Decreto 623/96.

-Resolución Conjunta N° 362/1997 y N° 154/1997:

Ministerio de Salud y Acción Social y Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y Lucha contra el Narcotráfico. Aprueba el Programa Terapéutico Básico para el Tratamiento de la Drogadicción.

-Decreto N° 2740/2002:

Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico.

-Decreto N° 149/2009:

Programa Nacional de Prevención y Lucha Contra el Consumo Excesivo de Alcohol. Reglamentación de la Ley 24.788.

-Resolución N° 336/97:

El Ministerio de Salud creó una Comisión presidida por el Director Nacional de la Administración Nacional de Medicamentos, Alimentos y Tecnología Médica (ANMAT) y compuesta por representantes de dicho organismo, de la Subsecretaría de Regulación y Fiscalización, de la Dirección Nacional de Fiscalización Sanitaria y de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico, cuyo objetivo es analizar, evaluar y promover normas relacionadas con la

producción, comercialización, depósito y dispensación de drogas psicotrópicas, estupefacientes y de adicción.

### **Marco Legal de la Provincia de Buenos Aires**

#### **Constitución de la Provincia de Buenos Aires; Derecho a la Salud:**

El ARTÍCULO Nº 36, señala en su INC. 2): "...los niños tienen derecho a la protección y a la formación integral, al cuidado preventivo y supletorio del Estado en situaciones de desamparo y a la asistencia tutelar y jurídica en todos los casos".

Entendemos en general por niño, a todo ser humano menor de 18 años de edad, en los términos del Art. 1 de la CONVENCIÓN SOBRE LOS DERECHOS DEL NIÑO.

En su INC. 3 reconoce que los jóvenes tienen derecho al pleno desarrollo de sus aptitudes.

El mismo artículo en su INC. 8 reconoce el DERECHO A LA SALUD, tanto en sus aspectos preventivos como asistenciales y terapéuticos,..... promueve la EDUCACIÓN PARA LA SALUD, la REHABILITACIÓN y la REINSERCIÓN de las personas tóxico dependientes.

#### -Ley Nº 10.670:

Prevé específicamente dentro del sistema educativo, programas destinados a la prevención de enfermedades psicosociales como alcoholismo, drogadicción, tabaquismo o violencia.

#### -Ley Nº 11.748/96 (Texto actualizado):

PROHÍBE de forma absoluta, en todo el territorio de la Provincia de Buenos Aires, la venta, expendio o suministro a cualquier título de bebidas alcohólicas a menores de 18 años de edad, así como la instalación de máquinas de expendio o suministro efectuado en los mismos.

#### -Ley Nº 11.748 [Modificación]:

Prohibición de venta de bebidas alcohólicas en todo el territorio de la provincia de Buenos Aires a menores de 18 años-. Modifica artículos 3, 6, 9. Modifica Decreto-Ley 8031/1973 -Código de Faltas de la Provincia-. Modifica artículo 71. Dispone creación de foro para la prevención del abuso de alcohol. Invita a los municipios a la creación de foros similares.

#### -Ley Nº 11.825:

Prohíbe la venta, expendio y suministro a cualquier título de bebidas alcohólicas a partir de las 23 horas y hasta las 8 horas del día siguiente. Sólo se hallan exceptuados los locales bailables, quienes deberán cesar la venta una hora antes del cierre. La venta, expendio o suministro, así como el depósito y exhibición de bebidas alcohólicas, se encuentra prohibida en forma absoluta en kioscos, kioscos polirrubros, estaciones de servicio y anexos y la venta ambulante de las mismas.

#### -Ley Nº 11.841:

Instituyendo en el territorio de la provincia de Buenos Aires, como día de la lucha contra las adicciones, el 23 de septiembre de cada año.

#### -Ley Nº 12.011:

Pegamentos. Prohíbe en todo el territorio de la provincia de Buenos Aires la venta, expendio o suministro, a cualquier título a menores de 18 de edad, de pegamentos, colas o similares que contengan en su composición tolueno o sus derivados y compuestos.

#### -Ley Nº 12.569:

Sobre violencia familiar y decreto reglamentario 2875/05. Texto actualizado con las modificaciones introducidas por Ley Nº 14.509. Crea registro de organizaciones no gubernamentales especializadas [protección-mujeres-políticas de género].

#### -Ley Nº 12.807:

Abuso sexual infantil. Prevención del abuso sexual contra niños en el territorio de la provincia de Buenos Aires. [Prostitución infantil, pornografía infantil].

-Ley Nº 12.988:

Creando en el ámbito de la provincia de Buenos Aires el sistema de recupero de costos por asistencia a las adicciones con el objeto de recobrar los fondos públicos invertidos en la prestación de los tratamientos de asistencia a las adicciones.

-Ley Nº 13.178:

Creando el registro provincial para la comercialización de bebidas alcohólicas. Modifica la ley 11825 -expendio de bebidas alcohólicas en el ámbito de la provincia de Buenos Aires.

-Ley Nº 13.298:

Ley Provincial que crea el Sistema de Promoción y protección integral de los derechos de los niños y decretos reglamentarios. Decreto Reglamentario 300/2005.

-Ley Nº 13.595:

Créase por la presente ley, en el ámbito de la provincia de Buenos Aires el Sistema de Atención de las Adicciones (SAA), el que tendrá por objeto brindar asistencia a personas que usen, abusen o dependan de las drogas, el alcohol, el tabaco y/u otras sustancias que produzcan adicción.

-Ley Nº 13.752:

Estableciendo la obligatoriedad de disponibilidad de agua potable para el público asistente en todo espectáculo de convocatoria masiva. Cuando se comercialicen bebidas y refrigerios. Dispone obligatoriedad de expendio de agua mineral o bebidas sin alcohol, gaseosas o jugos frutados sin azúcar.

-Ley Nº 13.857:

Modificando el artículo 6 de la ley 13178 -crea el registro provincial para la comercialización de bebidas alcohólicas-.

-Ley Nº 13.894:

Estableciendo Ley de control de tabaco. Regula sobre consumo, comercialización, publicidad, patrocinio, distribución y entrega de tabaco y/o sus derivados en todo el ámbito de la provincia de Buenos Aires. Establece prohibición de consumo de tabaco en todos los espacios cerrados dependientes de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, organismos de la Constitución, entes descentralizados y autárquicos, con o sin atención al público, lugares de trabajo en general, medios de transporte de pasajeros y en los espacios cerrados de acceso público del ámbito privado. Establece excepciones. Dispone habilitación de zonas para fumadores. Establece sanciones.

-Ley Nº 14.050:

Estableciendo régimen horario en todo el territorio de la provincia de Buenos Aires en relación al funcionamiento de establecimientos o locales bailables. Establece sanciones de multa y clausura. Dispone aplicable el procedimiento previsto en el decreto-ley 8031/1973 t.o. por decreto 181/1987 y modificatorias -Código de Faltas de la provincia de Buenos Aires-. Deroga Ley 12.588 -sustitución del artículo 9 de la ley 11582, atribución de los municipios de fijar el horario en que funcionarán los establecimientos de esparcimiento, locales bailables y salas de juego como así también donde se expendan bebidas alcohólicas. Prohíbe la admisión de los menores de 14 años en dichos establecimientos-. Modifica Ley 11.825 -expendio de bebidas alcohólicas en el ámbito de la provincia de Buenos Aires-. Modifica artículos 1 y 4. Dispone que los municipios deberán adecuar sus reglamentaciones locales a las previsiones de la presente ley.

-Ley Nº 14.051:

Modifica Ley Nº 11.748 sobre prohibición de ventas; expendio o suministro de bebidas alcohólicas y el DEC-ley 8031, Código de Faltas. [Alcoholemia, ebriedad, foro para la prevención del abuso del alcohol]

-Ley Nº 14.381:

Modificando la Ley 13.894 -Ley de control del tabaco-. Sustituye artículos 2, 3, 7, 11. Suprime capítulo IV, artículo 8 -habilitación de zonas para fumadores-. Sobre espacio cien por cien libre de humo de tabaco.

-Ley N° 14.429:

Creando el concurso bienal de afiches de prevención del alcoholismo y drogadicción y la campaña publicitaria permanente de prevención del alcoholismo y drogadicción. Dispone la participación de estudiantes del nivel secundario de establecimientos educativos de la Provincia. Establece provisión de ejemplares de afiches por la honorable Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires, para ser exhibidos en las instituciones educativas.

-Ley N° 14.494:

Historia clínica digital.

-Ley N° 14.556:

Ley de educación para la salud. Incluirla en el Manual en la sección de legislación provincial.

-Ley N° 14.580:

Adhiérase la provincia de Buenos Aires a la Ley 26.657 "Derecho a la Protección de la Salud Mental", que establece la protección de los derechos de los ciudadanos que padecen problemas de salud mental y garantiza el acceso a los servicios que la promueven y la protegen. La presente Ley asume el criterio de dicho instrumento normativo en el sentido de que las políticas de salud mental contemplan también la protección de los derechos de aquellos ciudadanos con problemas en el uso de drogas legales o ilegales.

-Decreto N° 6013/58 (T.O.1983):

Reglamento General para las Escuelas Públicas de Buenos Aires. Establece como prohibiciones en el Art. 149, INC. 10: "Admitir el uso de bebidas alcohólicas y tabaco, en las escuelas".

-Decreto N° 50:

Aprobar, en el ámbito del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, la estructura orgánica funcional de la Subsecretaría de Atención a las Adicciones.

-Decreto N° 187/2011:

Transfiriendo a partir del 01/01/2012, la Subsecretaría de Atención a las Adicciones a la órbita del Ministerio de Salud.

- Adhiérase la Provincia de Buenos Aires a la Ley N° 26.657; "Derecho a la protección de la salud mental". Designase al Ministerio de Salud de la provincia de Buenos Aires como autoridad de aplicación.
- Principios Generales del Fuero de Familia y del Fuero Penal del Niño. Resolución N° 171/05 y 172/05 del Ministerio de Desarrollo Social.

## Bibliografía

- Agüero A.** (2006) *Clínica Institucional en Toxicomanías*, Buenos Aires: Letra Viva.
- Benedetti Edith** (2015) *Hacia un pensamiento clínico acerca del consumo problemático*. Buenos Aires: Ediciones Licenciada Laura Bonaparte.
- Berger y Luckman** (1972) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourgois, P.** (2006) "Pensando la pobreza en el Gueto: Resistencia y Autodestrucción en el Apartheid Norteamericano". En: *Etnografías Contemporáneas*. Año 2. N°2.
- Bourgois, P.** (2010) "En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem". Bs. As.: Siglo XXI Editores.
- Carballeda** (2006) *La adolescencia y la drogadicción en los escenarios del desencanto*. Margen: Revista de Trabajo Social y Ciencias Sociales, N° 42, 2006.
- Ceriani Cernadas, C.** (2008) *Nuestros hermanos lamanitas. Indios y fronteras en la imaginación mormona*, Biblos, Buenos Aires.
- Donghi** (2006) *Innovaciones de la práctica. Dispositivos clínicos en el tratamiento de las adicciones*, Buenos Aires: JCE Ediciones de la práctica. Dispositivos clínicos en el tratamiento de las adicciones, Buenos Aires: JCE Ediciones.
- Ferrarotti, F.** (1981) *Storia e storie di vita*. Bari: Laterza.
- Frigerio, A. Comp.** (1994) "Estudios recientes sobre el pentecostalismo en el Cono Sur: problemas y perspectivas", en: *El pentecostalismo en la Argentina*, Alejandro Frigerio, Biblioteca Política Argentina 459, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires. pp. 10-28.
- Goffman, E.** (2006) *Estigma. La identidad deteriorada*; Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández G.** (2010) *Revista Cultura y Religión*, Vol. V, N° 1 (Junio del 2011) 135-155 *Conversiones religiosas e historia oral. Subtítulo: Pentecostales y mormones en contextos migratorios, en Bahía Blanca y área de influencia.*
- INDEC (2015)** *Encuesta Permanente de Hogares. Segundo semestre 2015*. Buenos Aires.
- Jacinto, C.** (editora) (2010) *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes*. Buenos Aires: Teseo.
- Kessler, G.** (2002) "De proveedores, amigos, vecinos y barberos: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires. En Feldman, S., Murmis, M. y otros. *En Sociedad y Sociabilidad en...* op. cit.
- (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Milanese, E.** (2006) "Desarrollos en el tratamiento comunitario de la exclusión grave: participación y protagonismo social de los gravemente excluidos". En: *Tercer Foro Internacional Prácticas de inclusión social con consumidores de drogas. El derecho a tener Derechos*. Popayán, Colombia. Noviembre 2005. P 23-25.
- Míguez, D.** (2002) "Inscripta en la Piel y en el Alma: Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes Delincuentes". En: *Religião e Sociedade*. Año 2002. N° 1. Vol 22. P 21-56.
- Míguez, D.** (2001) "La conversión religiosa como estrategia de supervivencia. Los pentecostales y el descenso social durante la "década perdida"", En: *Intersecciones en Antropología*, N° 2, ene./dic. pp. 73-98.
- Míguez, D. y Semán, P.** (2006) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Puebla, M. D.** (2008). *Historiografía y tendencias en el control penal. Desafíos para el TS. Desde la perspectiva de los DDHH en La construcción del TS en el ámbito de la Ejecución Penal. Una mirada desde la doctrina constitucional*. Buenos Aires: Espacio.



- Quevedo, S.** (2014) "Consumos Problemáticos". *Revista Quiero vale cuatro*. Disponible en: [http://www.quierovalecuatro.com.ar/images/PDF/01\\_Consumos\\_Quevedo.pdf](http://www.quierovalecuatro.com.ar/images/PDF/01_Consumos_Quevedo.pdf)[http://www.quierovalecuatro.com.ar/images/PDF/01\\_Consumos\\_Quevedo.pdf](http://www.quierovalecuatro.com.ar/images/PDF/01_Consumos_Quevedo.pdf)
- Raiden M.** (2006) Drogas en el siglo XXI: "mercado, consumo e identidad de clases". Trabajo presentado en las Jornadas de Debate: "Drogas, mitos y realidades", organizadas por la Dirección de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Septiembre 2006.
- Socarrás, E.** (2004) "Participación, cultura y comunidad", en Linares Fleites, Cecilia, Pedro Emilio Moras Puig y Bisel Rivero Baxter (compiladores): *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*. La Habana. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, p. 173 – 180.
- Soldano, D.** (2008). "Vivir en territorios desmembrados: un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el área metropolitana de Buenos Aires (1990-2005)". En: *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social: Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI*. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/clacso-crop/20120621122659/04solda2.pdf><http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/clacso-crop/20120621122659/04solda2.pdf>
- Wacquant, L.** (2010) *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Walther, A. y Phol A.** (2005) *Thematic study on policy measures concerning disadvantaged youth*. Tubingen: Iris.
- Willis, P.** (1988) *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Ediciones Akal.

### **Equipo de Investigación**

**Dirección:** Cristian Alarcón

**Coordinación:** Sebastián Hacher

#### **Investigadores:**

Jesica Suarez  
Agustina Sulleiro  
Julia Varela  
Melisa Marturano  
Guillermo Naveira  
Melina Antonuchi  
Silvana Melo  
Claudia Rafael  
Romina Pires  
Miguel Prenz

### **Equipo Dirección Territorial y Técnica**

Carlos Díaz  
Andrés Mecha  
Victoria Noguera  
Damián Barreiro

### **Equipo de la Vicepresidencia 1°**

Juan José Albarracín  
Germán Noriega  
Leopoldo E. Santucho

### **Equipo de la Secretaría General**

Evangelina Caravaca  
María Andrea Indarte  
María Silvina Peluso  
Daniela Viña  
Gabriela Díaz  
Gabriela Kourtis  
Analía de Simón  
Juana Sena  
María Eugenia Rego  
Nicole Jalof  
Alejandra De Grandis  
Gabriela Roldán  
Yamila Ratto  
Susana Correa  
Lucía Loíacono  
Emilia Figueras

### **Edición informe 2015**

Agustina Sulleiro  
Julia Varela  
Jesica Suarez  
Melisa Marturano  
Sebastián Hacher  
María Andrea Indarte

### **Fotografías**

Gentileza Cooperativa Sub / Luis María Her / Infojus Noticias